BIBLIOTECA DICTIO - Vol. 20

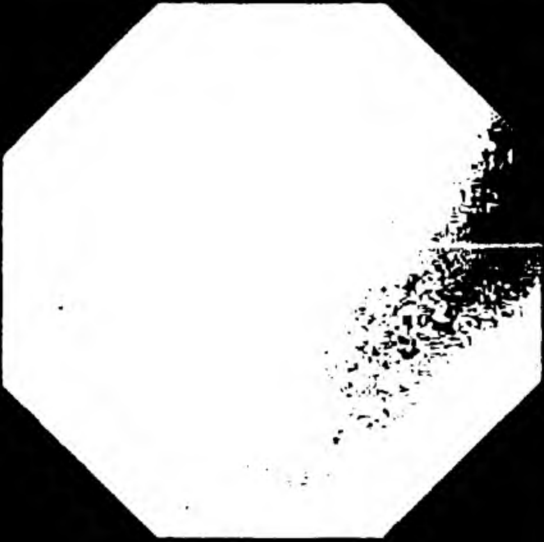
SECCION LETRAS

Leonardo Castellani

SEIS ENSAYOS Y TRES CARTAS



El autor



Leonardo Castellani nació en Reconquista, provincia de Santa Fe, el 16 de noviembre de 1899. En 1918 ingresó al noviciado cordobés de la Compañía de Jesús y en 1930, en Roma, se ordenó sacerdote. Seis años estudió en Europa. En 1935, ya graduado en filosofía en la Sorbona de París y en teología en la Gregoriana de Roma, regresó a su patria. Aquí se dedicó al periodismo y a la docencia superior y comenzó su sorprendente labor de escritor, de la cual queda testimonio en cincuenta libros eximios. De esta época son: EL NUEVO GOBIERNO DE SANCHO, LAS CANCIONES DE MILITIS y CRITICA LITERARIA.

A partir de 1946 comienza en su vida de escritor una nueva etapa con EL EVANGELIO DE JESUCRISTO y EL LIBRO DE LAS ORACIONES. Gran poeta y ensayista, gran crítico literario. Su obra y su figura han llegado a emparejar a las de Lugones.

La primera edición de 8 ENSAYOS Y 3 CARTAS apareció en 1973. Esta es, pues, la segunda; pero una segunda aumentada. En efecto: se reproduce el texto de la primera con más los siguientes ensayos: *Palabras pronunciadas por el padre Castellani en la cena que se le ofreció el 5 de diciembre de 1970 con motivo de cumplir sus 70 años de vida y 50 de escritor*, *Reflejos y raíces de la metafísica en América*, *Decadencia de las sociedades*, *Prólogo al libro* NOCIONES DE COMUNISMO PARA CATÓLICOS *de Enrique Elizalde* y *La Argentina de 1943 y de hoy —¿La Revolución de Junio es una revolución restauradora?*

El título, en atención a este aumento de material, debió ser: *11 ensayos y 3 cartas;* pero se prefirió dejar el de la primera edición, para no agregar otro más a la bibliografía del autor, lo que daría la idea de un nuevo libro y no la de una reedición aumentada, como es en realidad.

EDICIONES DICTIO - Buenos Aires

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
IMPRESO EN LA ARGENTINA

Estudio preliminar

Se puede fijar el período que va del año 1940 al 1945 como una etapa decisiva en el desarrollo de la conciencia nacional. La pléyade de escritores nacida en los comienzos del siglo alcanza su madurez y, junto con los frutos de una labor, hasta ese momento silenciosa, la vemos entrar de lleno en la vida política del país, para arrojar sobre el platillo de la balanza el peso de su inteligencia. Sería un exceso de humildad despreciar el esfuerzo de los escritores nacionalistas que lograron la plena posesión de sus recursos espirituales en esos años. Libros, revistas y folletos están llenos de un lúcido desvelo por el sentido y el porvenir de la patria. Se habló de liberación, pero se plantearon los problemas de la independencia en términos que denotaban la frecuentación de los grandes clásicos del pensamiento político y con un claro conocimiento de los objetivos propuestos.

Entre esos escritores, los más brillantes que el país produjo, se destacó con caracteres bien nítidos la figura del padre Leonardo Castellani. Dos son los elementos que en ese momento integran su compleja personalidad y lo convierten en uno de los testigos más inteligentes de nuestro proceso histórico: la calidad intelectual de sus trabajos, y el carácter eminentemente personal de un estilo único, no siempre dueño de sus más nobles recursos, pero constantemente vivo y profundo.

Su labor casi cotidiana en los periódicos lo convierte en una presencia perseverante dentro del quehacer de la nación, y hace de él un testigo cuya agudeza crítica iba de par con el coraje, para volcar en el testimonio su personalidad de escritor y la valoración religiosa de su cristianismo.

Como es perfectamente lógico suponer, esto le trajo inconvenientes. La jerarquía eclesiástica no estaba acostumbrada a la libertad de los auténticos hijos de Dios y se horrorizaba de la simplicidad con que este sacerdote atacaba a los ídolos del foro y delataba el sometimiento de la Iglesia argentina a los poderes consagrados. Era más de lo que podía soportar; y como los mediocres tienden a apoyarse mutuamente cuando se trata de combatir el talento o una inspiración superior, muy pronto el padre Castellani se vio rodeado por una conjuración de apóstoles profesionales dispuesta a triturarlo en los engranajes de su bien montada máquina burocrática.

Se defendió como pudo y —a mi juicio— sin merma de la calidad de su mensaje ni detrimento para la caridad. Las pruebas de esta lucha, o de esta agonía —para decirlo en griego y restaurar con la verdadera palabra el sentido espiritual de la polémica—, están en las cartas insertadas en este volumen y constituyen, junto a los ensayos, el vivo testimonio de su heroica presencia en esa época de revisión y balance para todos los intereses de la Patria.

Pues en verdad, lo que estaba en peligro era la sociedad argentina. Cuando Castellani esgrimía la necesidad de que se respetasen sus derechos a enseñar la verdad, no entendía defender intereses privados, sino la esencia misma del bien común de nuestra sociedad. Castellani supo hacerlo sin desfallecer un momento en su dignidad humana y sacerdotal, cediendo, sólo un poquito, a las ironías que tan ilustre colección de paletos inspiraban a una inteligencia como la suya.

A propósito de sus cartas se ha hablado de falta de humildad y caridad. ¡Qué idea menguada se tiene en nuestros medios de las virtudes cristianas! Y como siempre, el mal conocimiento se pone al servicio de los intereses mezquinos y los nombres usurpados de las santas virtudes sirven para enmascarar los apetitos más bajos y los temores más ruines. El servilismo disfrazado de humildad se arrastra en las antesalas del poderoso y luego pasa la factura de sus genuflexiones rentables. El miedo se sirve de la caridad para ocultar su contrabando y en-

tre sahumerios y falsas sonrisas cuida con deleite las prebendas obtenidas por el halago.

Estábamos tan acostumbrados a esta atmósfera de clérigos postrados, que la figura erguida de Castellani parecía un atentado a las buenas costumbres. Su lengua límpida, como una cascada serrana, decía con claridad lo que quería sin detenerse en las zalemas formales del estilo curialesco; y como decía la verdad, todos los fariseos con mando de tropa se sentían atacados allí, donde había hecho nido el Espíritu de la Mentira.

Pero no nos pongamos tétricos. Nuestro autor nunca lo hizo; en medio de sus desdichas personales rindió al humor el culto que éste se merece. No amenazó a nadie con las penas infernales, ni se erigió en administrador de la Providencia. Tampoco se dejó tentar por la rebeldía a la moda que quiere, dentro de un ámbito de intereses socialistas, que la Iglesia siga sirviendo al mundo.

Por eso es completamente inútil buscar en el caso Castellani un antecedente de las actitudes tercermundistas. El Mundo —así sea el tercero—, el Demonio y la Carne, seguían siendo para él los enemigos del hombre en todo aquello que contradecía el advenimiento del Reino de Dios.

Si me propusiera destacar un trabajo, donde Castellani revela su doble aptitud de pensador y escritor, es su corto ensayo sobre la inteligencia y el gobierno.

Cuando se pertenece al magisterio de la Iglesia no se hace de la actividad de pensar un ejercicio desligado de la realidad. Por esa razón, podemos decir que el verdadero teólogo, más que pensar, conoce. Es una costumbre moderna insistir en la libertad de pensamiento, como si fuéramos dueños de pensar lo que nos viniere en ganas. Libertad para conocer, sí, pero para conocer esa realidad que Dios nos ofrece y tratar de penetrar, con temor y temblor, en su íntima inteligencia.

Cuando el liberalismo propuso el falso dogma de la libertad de pensamiento, se reservaba todos los derechos a la incoherencia para evitar que su proposición se convirtiera en un absurdo. La libertad de pensar quedaba limitada al fuero de lo religioso y de lo moral y por ende

al complicado territorio por donde campa la faena política. Allí la inteligencia no tenía nada que conocer y el pensamiento, liberado de una realidad declarada inexistente, podía dedicarse con fruición a imaginar constituciones y soñar sociedades y nuevos hombres en los campos ilusorios de las utopías.

Castellani nos recordó que la autoridad era la causa eficiente del orden social y que no debía confundirse con el poder ciego de una comandita dispuesta a arrasar con todo lo que resistiera. La autoridad supone la existencia de una inteligencia egregia. Un gobierno puede tener poder, pero si carece de inteligencia y no es capaz de dar solución a los problemas que la realidad social le presenta, no tiene autoridad y por ende no gobierna en el sentido preciso del término.

Un país como el nuestro, crónicamente afectado por sucesivas promociones de desgobierno, necesitaba recordar este principio elemental. Formado en el juego de las libres opiniones sobre lo que debe ser la república, no había pensado jamás que la tarea de gobernar no consiste en el arte de inventar mitos y jugar con las ilusiones de las masas, sino en dirigir y ordenar la materia contingente de los hechos en orden a la perfección de nuestra humana naturaleza.

Que un teólogo lo dijera, no llamaba la atención de los buenos católicos, siempre y cuando lo hiciera de una manera comedida y abstracta. Pero que tuviera la intención de iluminar con el principio la menguada chatura de la situación concreta del país, era "meterse en política". Y esto estaba prohibido de manera terminante porque amenazaba la buena relación entre el clero y el gobierno, tan indispensable para el sostenimiento de los varios seminarios donde se trataba, sin gran seriedad, de enseñar teología.

Pero en eso —que para la jerarquía eclesiástica era primordial— aparecía la disconformidad de Castellani: ¿Se puede sostener la Iglesia en una falsa relación con los gobiernos? ¿Es tolerable un patronato ejercido por liberales o por masones? ¿Una Iglesia que no reclama para sí el patrimonio total de la Verdad Revelada y no

se esfuerza en enseñarlo, cumple con eficacia el mandato de Cristo?

En estas preguntas se encuentra el drama de Castellani; y cuando afirmo que es el de un testigo de Cristo, no digo nada de más. Su lucha con la jerarquía se dirime en el terreno del testimonio. Y cualesquiera sean las incidencias o las suspicacias suscitadas por lo que hay de humanamente personal en estos conflictos, queda que la auténtica filiación de la querella debe medirse con el mismo metro religioso con que Castellani planteó siempre su problema.

Que fue irrespetuoso en sus cartas, que se escapó de su encierro, que no guardó estilo. Pequeñas miserias que apenas rozan la superficie del asunto, pero no afectan sus motivaciones profundas.

No digo más. Estas cartas y estos breves ensayos revelan lo esencial de su lucha y nos presentan a Castellani en su doble aspecto de escritor y sacerdote sin que se descubra la mácula de la más pequeña fisura. Peleó el buen combate como pudo, con todas sus debilidades a cuestas. Pero su actitud no disminuyó jamás la índole apasionadamente espiritual de su reclamo.

Rubén Calderón Bouchet

Mendoza, 7 de agosto de 1973

Palabras pronunciadas por el padre Castellani en la cena que se le ofreció el 5 de diciembre de 1970 con motivo de cumplir sus 70 años de vida y sus 50 de escritor

Lo primero que debo hacer es agradecer esta gran manifestación de amistad, grande en cantidad y más aún en calidad. Esto significa algo, nosotros queremos que signifique algo.

Tuve que aceptar este homenaje más por el bien común que por mi propia vanidad. Eso de "homenaje" parece cosa más bien de Rotary Club o La Nación diario en su centenario. Pero recordé que Cristo aceptó un homenaje; aunque lo aceptó como preparación para una buena muerte; y dijo defendiendo a la mujercita que le echaba aceite sobre los pies y se los enjugaba con su cabellera –cosa difícilmente agradable– que la dejaran hacer, porque eso significaba que Él ya estaba muerto. Del mismo modo aquí yo debo pronunciar mi testamento.

O para no ser romántico, mi despedida. ¿Despedida de soltero o de casado? Parece que de casado, porque dicen que son mis bodas de oro con la literatura, con la cual jamás me he casado. Pero en fin, algo había que inventar; porque solamente el tener 70 años no tiene mucho mérito. Puede que tenga el mérito de la experiencia. Lo único que le queda al viejo es la experiencia.

La experiencia es un modo de conocer que se refiere a uno mismo por un lado y por otro a las cosas; pero a las cosas que han pasado por uno; de modo que es un conocimiento enteramente cierto, indubitable; porque no es conocimiento de oídas; y eso es lo que significa esa frase aparentemente disparatada del filósofo Kirkegor: "*La subjetividad es la verdad*"; lo cual quie-

re decir que la única verdad verdadera, segura y vital que poseemos es aquella que está enzarzada con nuestra propia existencia. Todo lo demás, aunque no sea despreciable, son saberes "de oídas".

Y por eso en los juicios criminales de las naciones anglosajonas el testigo debe atestiguar solamente de cosas que él ha hecho o ha visto, no las que ha oído: *hearsay!*, le objetan; o sea *¡díceres!*

Por tanto debo atestiguar mi experiencia de 50 o más años; no lo que dicen los libros que he leído o los sabios que he escuchado; y esa experiencia a lo primero resulta sombría, pero a una segunda consideración resulta más alentadora. Por tanto, si me dejara llevar del afecto de melancolía, que es propio de los ancianos, debería glosar lo que decimos cuando nos encontramos los de mi edad, que ya van quedando pocos: "somos una generación sacrificada" - "hemos fracasado" - "La Argentina no tiene remedio, es un país malnacido", o bien es "*un país cretinizado por 100 años de maleducación*", como dijo el yerno de Mussolini en su Diario.

Pero si vamos a ésa, la generación anterior, la de Lugones y Lisandro de la Torre —cuyos dos suicidios son para nosotros un dolor inconsolable y una severísima advertencia de Dios—, también fue una generación fracasada; y la que nos sigue, la de Soler Cañas y Armando Cascella, también fracasada; de modo que ¡todas las generaciones serían sacrificadas! Y por desgracia, en un sentido, ésa es la verdad religiosa: la vida del hombre pasa como un soplo y desemboca en la sepultura, y todo lo que ha hecho por regla general también se lo traga el tiempo. Ahora veo cuán verdad es ese lugar común de que la vida *pasa volando.*

"Y pues vemos lo presente
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente
daremos lo aún no venido
por pasado".

De modo que la primera parte deste protocolo consistiría en quejarme que la Iglesia me ha perseguido y la Patria me ha pospuesto y postergado; y de ahí concluir que hay un estrato de vitriolo en el fondo de la Iglesia y un gusano inmortal en el seno de la Patria. Pero después deso tendré que confesar que la Patria me ha dejado vivir —lo cual no es poco— y la Iglesia me ha enseñado la fe de Cristo.

En medio del camino de mi vida, la Iglesia, a la cual había estado sirviendo bien o mal y amando —sí— tranquilamente, se me dio vuelta y me mostró una figura de hiena, altro que Madre; la cual figura se me aparece de nuevo cada día que hay viento norte. Fue la mayor tentación de mi vida, una tentación contra la Fe —la cual, como digo, vuelve a veces—, tentación que pisaba sobre hechos indubitables, o sea hechos de experiencia. Su formulación era ésta: *Si la Iglesia me persigue gratuitamente, no es una sociedad fundada por Cristo, la sociedad santa que nos enseñaron.* La respuesta —sencilla pero difícil de actuar— era: *Esto no es la Iglesia.* Pero es la Jerarquía de la Iglesia, la más alta Jerarquía. No toda la Jerarquía; y algunos cuantos miembros de la Jerarquía, por altos que estén, no son la Iglesia. La Iglesia son los santos, los humildes, los rectos, los que tienen fe actuosa, los jerarcas iluminados sean pocos o muchos, la inmensa masa de los que practican la doctrina de Cristo calladamente. La Iglesia no se conoce por los vestidos colorados; es más difícil de conocer que eso.

Puesto que la tentación va de vencida, los hechos que la fundaron no hay por qué contarlos; y en parte han sido contados ya por mí, pero transformados en material poético o novelesco, no como quejas o reproches lo cual fuera vileza. Que para eso sirven las experiencias adversas, para volverlas experiencia poética o filosófica o práctica, justamente. Sin embargo, voy a aludir al último episodio que muchos conocen, para que se vea la capa de vitriolo que hay en el fondo y que lanza radios hacia la superficie, que no fue una casualidad sino que permanece. Dios me hizo como una sonda viva para que tocase el vitriolo; y cuando el ácido me

estaba por devorar, me sacó arriba armado de una nueva terrible experiencia, una inesperada sabiduría.

La última vitriolada es pues la siguiente: hace cosa de un año vino una orden de Roma a los padres paulinos de que no editaran ningún libro de Castellani, pretérito, presente ni futuro. La orden fue oculta, a mí no me dijeron nada. La orden provino de la Congregación del Santo Oficio, cuya competencia son los errores y herejías; pero no me quisieron decir qué herejía había yo perpetrado. El derecho canónico y una bula de Benedicto XIV mandan que si un cristiano se despeña en un error, se le avise; y recién se lo condene si después de dos avisos no se corrige. Aquí se procedió al revés: se sentenció primero y no se avisó nunca. Como los salesianos y los verbodivinos se enteraron de la orden a los paulinos, y como, haciendo celo, se dispusieron de inmediato a cumplir lo que nadie les pedía, heme aquí que no puedo editar ni reeditar ningún libro religioso mío —y libros no religiosos no tengo ganas de hacer—, porque mis libros religiosos, obviamente no puedo ir a Losada, Emecé o Sudamericana con ellos; y como tengo que ayudarme de mis libros para comer, pues la pícola jubilación de periodista no alcanza para comer, ayúdenme a pensar. O sea, el disparo eclesiástico partido de las Tinieblas apuntaba a la barriga; conforme decían los rojos catalanes durante la última guerra civil española: "*Apuntau a la barrigue*".

Me dirán: bien, sabido es que de Roma viene lo que a Roma va; y bien sabe usted de quién partió aquí en Buenos Aires la denuncia que en Roma se convirtió en sentencia. No vale: pues el que convirtió la secreta denuncia en secreta sentencia es el más alto organismo jerárquico de la Iglesia; el cual debería tener la obligación —no sólo como santo sino aun como racional— de *no sentenciar sin oír*. El gran pensador suizo Gonzaga de Reynolds me dijo una vez, cuando estuvo aquí en Buenos Aires: "*No hay en el mundo sociedad más desagradecida que la Iglesia Católica*". Mas en este caso se podría encarecer más, diciendo que no ya sólo la virtud de la gratitud, sino la simple virtud de la bon-

radez han sido atropelladas aquí; pero, como está dicho, se niega que venga propiamente de la Iglesia.

Éste es uno de los rayos de vitriolo que parten del fondo inficionado de la Iglesia actual: el depósito de vitriolo se llama fariseísmo; y dese depósito viene la perturbación y crisis actual. Siempre ha existido; y las grandes perturbaciones de la Iglesia actual de allí deben de venir. Ahora bien, el fariseísmo fue la Sinagoga, la que dio muerte a Cristo; pero el fariseísmo no es la Iglesia. ¿Y quién es, pues, la Iglesia en este caso? En este caso la Iglesia sería yo, como "*siguiendo los preceptos del Señor y sus divinas enseñanzas nos atrevemos a decir*"; como cuando condenaban a San Basilio la Iglesia era San Basilio, cuando condenaban a San Atanasio la Iglesia era San Atanasio, cuando condenaban a Juana de Arco la Iglesia era Juana de Arco; y lo mismo en 10 otros casos, San Juan de la Cruz, el arzobispo Carranza, el Beato Oriol, el padre Coloma, Jacinto Verdaguer. ¡Quién me iba a decir a mí: cuando joven en el Colegio del Salvador había un padre muy pomposo, majestuoso y prosopopéyico, el padre Isern, al cual por eso le pusimos el apodo de *la Iglesia Católica*; y ahora resulta que en justo castigo soy yo la Iglesia Católica en confronto con el padre Mejía!

Dejando esto y pasando a la Patria, es el mismo cuento. Ustedes tendrán sus propias experiencias, pero mi propia experiencia es que la Patria me ha puesto al margen de sus movimientos, me ha hecho ciudadano de segundo orden, me ha cargado como escritor con la conspiración del silencio, me ha exonerado de mi trabajo cinco veces, y en algunos lapsos no me ha dejado ejercitar ninguno de los tres oficios que sé, o sea: sacerdote, profesor y escritor. Son oficios que estudié bien; y ha habido trechos en mi vida en que no podía ejercitar ninguno. Podía haberme agregado a la "emigración de los técnicos"; pero no lo hice. Me quedé aquí. Incluso lo juré.

La respuesta a esto es la misma. No son la Patria los que actualmente y desde hace mucho tiempo mangonean el país a su gusto o a gusto del diablo: ¡La Pa-

tría son ustedes! No es la patria la ideología liberal, la plutocracia mercantil ni el imperialismo extranjero; esas cosas no se pueden consagrar al Corazón de María. Alguien dijo que puede ser que Onganía se haya convertido anteayer al hacer su consagración; pero en este caso va a tener que cambiar una cantidad de cosas que ha hecho. Si no comienza a cambiar una cantidad de cosas que ha hecho, no se ha convertido nada y menos consagrado; y tanto peor para él.

¡Cómo va a ser la Patria esta inmensa laguna en que andamos braceando con desesperación, nadando contra corriente y empantanándonos sin poder ir ni atrás ni adelante; esta casona derruida donde respiramos aire gastado, comemos pan duro, estamos inundados de mentiras y pamplinas, leemos o vemos cada día cosas que nos dan en rostro, estamos vejados por el cretinismo ambiente y creciente, soportamos vergüenzas nacionales. La Patria son ustedes. Entonces la Patria real ¿es muy chica? No lo sé, puede que sí, puede que no. Pero la Patria son ustedes.

Y si la Iglesia somos nosotros y la nación real —no LA NACIÓN diario— somos nosotros, ¿qué porvenir nos espera?

Un buen porvenir. Después de lo que ve la melancolía del anciano, viene lo que ve la juventud renovada por la fe; pues el salmo 102 dice: "*Dios puede renovar mi juventud como la juventud del águila*", o sea del Ave Fénix.

La Iglesia está en crisis. Bien. ¿Es la primera crisis en su historia? No es la primera crisis, aunque los pesimistas dicen es la última. Se puede decir que, en cierto modo, la Iglesia ha andado en crisis siempre; y hasta hoy ha salido de todas y ha salido con ganancia. Baste recordar aquí la histórica frase de San Jerónimo cuando la crisis arriana del siglo IV: "*El mundo se despertó un día y se espantó de verse arriano*". O sea, la herejía de Arrio, acompañada de tremenda persecución a la Iglesia, se había propagado en forma fulminante, adoptada por los emperadores y el ejército romano. De la noche a la mañana, como si dijéramos,

el mundo se encontró hereje; y sin embargo poco después, cuando San Jerónimo escribió, la pesadilla había pasado.

La crisis que dio origen al Protestantismo fue algo parecido. El gran teólogo San Roberto Belarmino creyó que era la Gran Apostasía, predicha por San Pablo, tras de la cual ha de venir el Anticristo y el fin del tiempo; y la razón que lo movía era que la Pseudo Reforma era la herejía más grande que había habido *"y podía haber"*; pues al cortarse de la Iglesia Visible y librar la religión al Libre Examen (o sea el capricho individual), abría la puerta a todas las herejías posibles, como de hecho sucedió en el mundo protestante; en el cual existen actualmente si no me equivoco 200 religiones diferentes o *denominaciones*, como dicen ellos; a no ser que sean 300. Desde que Lutero aseguró a cada lector de la Biblia la asistencia del Espíritu Santo, esta persona de la Santísima Trinidad empezó a decir cada macana que tembló el misterio; y que me perdonen mis hermanos separados, pero me es imposible tomarlos demasiado en serio.

Desa pavorosa crisis que parecía iba a barrer con el cristianismo romano, la Iglesia Romana salió con graves pérdidas pero también con mayores ventajas; creció incluso numéricamente, a causa de la evangelización de América por España. El Protestantismo siguió el curso que le habían predicho los mejores teólogos; es decir, se desmigajó, y se sometió a los poderes políticos; y si no desapareció del todo fue porque readoptó una cantidad de cosas que había comenzado por repudiar, como las parroquias, el sacerdocio, los obispos, la liturgia, e incluso, la comunión, los anglicanos y los luteranos. El Protestantismo fue combatido por Roma como una siniestra herejía por tres siglos, desde Belarmino a Newman; y si ahora la Iglesia parece haber aflojado respecto a él, es porque la situación ha cambiado; o sea, brevemente hablando, los que ahora nacen y son educados en el seno de un país protestante no son ya como los primeros protestantes, renegados y apóstatas: son como nosotros, maleducados.

Pero algunos dicen que la crisis actual de la Iglesia es peor que la crisis del siglo XVI; y yo creo lo mismo, después de haberlo largamente considerado. Bien ¿y qué? La mano de Dios no está abreviada y Dios puede conceder al mundo lo que Belloc y Chesterton tanto han deseado: la conversión de Europa; y la conversión de Europa sería entonces la resurrección del mundo. Las otras grandes crisis de la Iglesia, no se veía durante ellas como podían solventarse; y se solventaron. Así tampoco veo yo ahora cómo puede solventarse el presente berenjenal; pero eso no quiere decir que Dios no vea mejor que yo las berenjenas.

Si la crisis de la Iglesia se solventa, la crisis de la Argentina se solventa; porque su raíz más honda es de índole religiosa. Dicen que esa crisis consiste simplemente en la lucha entre federales y unitarios, los unitarios estando actualmente triunfantes y los federales derrotados. (Yo soy federal santafecino del mariscal don Estanislao López; y por lo tanto es justo esté derrotado). Yo diría más bien que la lucha es entre los *logistas*, o sea masones, los cuales están triunfantes, por medio principalmente de los católicos llamados mistongos, y la sencilla e ingenua fe de los que en otros tiempos enarbolaron un estandarte que decía: *Religión o Muerte*, y ahora no se atreven a hacer lo mismo y enarbolan un estandarte que dice: "Una esclavitud confortable; que sea confortable y además lleve el nombre de LIBERTAD".

Llegamos pues a la profecía sobre la Patria.

He dicho antes que ustedes son la Patria, porque sé que hay muchísima gente como ustedes en todo el ámbito del país; y mediante ellos estoy yo vivo todavía y séame lícito mencionar de paso a monseñor Roberto Tavella, el doctor Alberto Graffigna y el finado Enrique Von Grolman, el señor don Florencio Gamallo, el padre Llussá y el padre Furlong, dejando otro montón entre mis bienhechores. Este montón incalculable de gente, que son los *argentinos antiguos*, esperan la salvación de la Patria de la bondad de Dios y de sus propios esfuerzos; hasta hoy por desgracia aislados,

dispersos y aparentemente inútiles. Y mientras ellos existan, aunque sea como generación sacrificada, la redención de la Argentina es posible.

—Así que usted cree que la redención de la Argentina es posible.

—Sí, pero no la creo fácil.

—Y ¿cómo se iría a verificar?

—El cómo creo no hay un solo hombre en el mundo que lo sepa.

—¿O por lo menos, por qué camino?

—Días pasados me decía Octavio Maestu que no por el camino de cambiar estructuras, sino que deben cambiar los hombres, o sea los ánimos, o las ánimas. En realidad de verdad, ambas cosas deben cambiar, juntas y recíprocamente; o sea en causalidad recíproca, como dicen los filósofos. O sea, para repetir una cosa ya muy conocida, que Dios nos exige un cambio juntamente político y religioso. El cambio religioso es el más importante pero el cambio político es el más urgente: y ninguno de los dos puede darse solo. Y aunque para algunos conocidos míos estas dos cosas, religión y política, son distintas, y aun opuestas, y "*hay que dejar la política y hacer sólo religión*" dicen; es fácil de ver dónde estas dos cosas se tocan y conectan, que es en el Reino de la Verdad. Rendir culto, cultivar y resguardar la verdad, aunque sea acerca de Rosas, es hacer a la vez religión y política. Porque la Verdad es Dios, dijo crudamente Quevedo; o sea, el hombre ve las cosas porque existen y las cosas existen porque Dios las ve; y eso es la Verdad, una trascendencia que está colocada entre los hombres y Dios y tiene relación con ambos intelectos. Y así el Dios que se hizo hombre fue el Logos, es decir, la Verdad. "*Nuestro Dios es el Dios de las cosas como son. Nuestro Dios es el Dios que es*".

—¿Y Ud. cree que lo va a ver?

—Sí, yo creo que lo voy a ver, desde este mundo o desde el otro.

Veré la conversión de Europa precedida ojalá de la conversión de la Argentina, la cual hemos de desear

y procurar lleve la delantera, o al menos no vaya de baticola. Y si yo no veo eso, veré el gran desbarajuste atómico, en el cual el cielo y la tierra pasarán con gran estruendo, como dice San Pedro en su *Epístola II*, para dar lugar a la Reconstrucción Total y Definitiva a cargo del Dictador, y Taumaturgo de Nazareth, que, conforme a nuestra fe, algún día para eso solamente tiene que volver a la tierra, de la cual nunca se separó demasiado ni puede separarse, como indica ese nombre de *Parusía*. Porque una de dos: esta crisis atómica —y estas convulsiones entre trágicas y grotescas del mundo actual— o es la última crisis o no es la última crisis. Si no es la última crisis, entonces pasará y con ello pasará también la crisis argentina, aunque no sin que nosotros cinchemos; porque de arriba y gratis no dan nada hoy día; y si es la última crisis, precursora del gran tumbo y voltereta, entonces debemos trabajar lo mismo hasta estar seguros de que ha llegado, aunque no para impedirlo, porque ya no habrá caso, sino para salvarnos. Y la salvación consistirá en levantar las cabezas, animarnos y alegrarnos —lo cual no será fácil— porque así lo mandó Cristo. "*Cuando veáis que todas estas cosas comienzan*"..., dijo; o sea, la Gran Apostasía, la persecución a los cristianos veros y el EVANGELIO ya predicado a todas las gentes: precedidos estos Tres Signos, del Presigno que son "*guerras y rumores de guerra*". "*Cuando estas cosas comiencen, levantad vuestras cabezas, porque vuestra salvación está cerca*".

Vaya un donoso consuelo que ha venido usté a darnos aquí; desde el principio del discurso —y menos mal que ya se acaba— ha estado recordando la muerte; y menos mal que no adornó la mesa con calaveras.

No. Hemos estado recordando la Resurrección: la Resurrección del mundo, la Resurrección de la Argentina y la Resurrección de cada uno en particular. Y por eso hemos adornado la mesa con flores.

PARTE PRIMERA: *ENSAYOS*

La inteligencia y el gobierno

"...¿Qué cosa le parece a usted peor, un gobernante malvado o un gobernante tonto? Una discusión terrible que tenemos entre amigos hace mucho tiempo. A mí me parece que no hay cosa peor que un gobernante tonto, o sea sin visión más allá de sus narices. Hitler, por ejemplo, es un malvado, a pesar de lo que dice Estudios *en su Nº 351. Chamberlain y Daladier eran dos tontos. ¿Y a quién le fue peor, a Francia o Alemania? Le ruego, señor director, que me conteste. Suyo, J. Martínez Kennedy - Suscriptor de* Estudios*".*

La pregunta acerca de las relaciones de Inteligencia, Virtud y Gobierno es muy delicada y no se puede responder útilmente sin hacer una cantidad de distinciones, o sea, sin filosofar.

Tomándola en esa forma simple, que está en una comedia de Tirso de Molina, a saber: *"¿Es mejor un rey tonto que un rey malo?"*, hay que empezar por preguntarse qué se entiende por tonto, puesto que ésta de la tontera es yerba de muchas variedades. Todos somos tontos en algún grado o minuto, –*"cuando nos enamoramos"*, solía decir mi tío el cura–, de acuerdo a aquella frase de Ortega: *"Hombre sensato es el que tiene continua conciencia de estar a punto de hacer una insensatez"*.

Si damos a *tonto* el significado de cortedad de ingenio *tout-court*, es decir, pocos alcances naturales, mente poco amueblada, de reducido campo lumínico, salen inmediatamente las siguientes notas caracterológicas:

Tonto = ignorante.

Simple = tonto que se sabe tonto.

Necio = tonto que no se sabe tonto.

Fatuo = tonto que no se sabe tonto y encima quiere hacerse el listo.

Insensato = tonto que no se sabe tonto, y quiere gobernar encima —o hacer-que-gobierna— a otros.

Esta última variedad es la tremenda, mientras las dos primeras no son malas, y hasta con ciertas condiciones fueron amadas por Cristo, el cual dijo: "*Alábote, Padre del Cielo, que escondiste este saber a los sabios, y lo descubriste a los simplezuelos*". Ha habido santos simples, como San Simeón el Simple, San Pedro Claver, San Sansón el Loco, el Cura de Ars, San José de Cupertino, y los regocijantes fray Junípero y fray Gil, compañeros de San Francisco, y patrones de todos los giles cristianos del universo. Un hombre simple o sin letras en un gobierno pequeño y con una gran dosis de virtud y humildad puede hacerlo pasablemente y hasta muy bien, como lo hiciera si lo dejaran —como no lo dejaron— Sancho Panza en la Insula Barataria, aunque yo no recuerdo en este punto ningún ejemplo histórico fuera de la novela. Pero un gobierno *gobierno* necesita *per prius* y de entrada la inteligencia y después la virtud; la virtud mínimum necesaria para que no se corrompa la inteligencia, a la cual formalmente compete el regir, por la razón lisa y llana de que si un vidente que esté borracho no es buen piloto, un ciego no es piloto nada. *Intelligentis est ordinare*. Ésta es doctrina de Santo Tomás, el cual llama enérgicamente a la inversión de este orden "*monstruosidad*", lo mismo exactamente que un gran político moderno, el cardenal Richelieu, expresó en el conocido apotegma: "*En gobierno, un error muchas veces es peor que un crimen*". De ese texto de Santo Tomás, que está en la Lección XIX del libro DE ANIMA, salió probablemente aquella anécdota que ustedes saben pero voy a contar. Había elección de prior, como es uso de los dominicos, y un hermano le preguntó al Angélico quién le parecía mejor para cabeza: fray Salomón que era muy erudito, fray David que era muy entendido o fray Serafín, que era extremadamente santo. Respondió el Doctor Angélico, y es latín bien digestivo: "*Doctus doceat nos; intelli-*

gens regat nos. ¿Et sanctus? Sanctus oret pro nobis" [1].

La doctrina de Santo Tomás acerca de la inteligencia en la sociedad es la siguiente, brevemente compendiada.

1. *Pre-excelencia del pensamiento.* El fin de la multitud, como el fin del individuo, es el pensamiento. Esto es verdad aun en esta vida, en la medida de lo posible, *"secundum quod contingit multitudini contemplationi vacare"* [2]. Como en el individuo la inteligencia es *"la porción más preciosa"* (*"quod est potissimum in homine"*) así en la humanidad los doctos y los pensadores están en primera fila. El escándalo de SUR, pues, el ver que Hitler desplaza y destierra a Einstein y a Zweig es hasta un punto justificado...; sería justificado si Einstein y Zweig —quiero decir el llamado "intelectual" moderno— no hubiese empezado por traicionar él mismo su gran misión y pecar contra la luz volviéndose un "especialista", cuando no un logrero y un diletante. Hitler es un azote providencial... Pero esto no lo dice Santo Tomás.

Los más nobles contemplativos son los *doctores*, es decir, los *iluminadores*, los que alumbrados ellos mismos son capaces de alumbrar a los otros del rebalse de su contemplación, *"ex superabundantia contemplationis"*. Tales los obispos, los teólogos, los profesores, los predicadores, Santo Tomás busca los nombres más excelsos para realzar la dignidad del sabio que enseña en nombre de Dios, como es el obispo —cuando el obispo es un sabio, como solían ser en su tiempo—; o, cuando menos, sabe servirse de los sabios. *"Respectu Dei sunt homines* —dice— *respectu hominum sunt dii"* [3]. Henchido de admiración por esta vida iluminadora, de que el episcopado le ofrecía el tipo ideal y San Agustín el más flagrante ejemplo concreto, pero que él hallaba también en otra forma en su propia familia religiosa, los dominicos, Santo Tomás

1 *"El docto que nos enseñe, el inteligente que nos gobierne, y el santo que ruegue por nosotros".*

2 *"en el grado que a la multitud compete vacar a la contemplación".*

3 *"Respecto de Dios son hombres, para los hombres son dioses".*

no es tan movido por la modesta dedicación del humilde enjambre de los párrocos, a los cuales compara a los albañiles con respecto al arquitecto... "*In aedificio autem spiritali sunt quasi manuales operarii, qui particulariter insistunt curae animarum, puta sacramenta ministrando, vel aliquod ejusmodi particulariter agendo*"[4]. El obispo y el doctor en teología, cuyo influjo agarra lo universal, tiene la acción *arquitectónica*. Su deber es cuidar de los fines y de los principios, su vista debe ser capaz de abarcar las grandes líneas y las cosas hacederas antes de que estén hechas. No es buen obispo aquel que es un "primer párroco", un párroco grande, un párroco con mayor parroquia. Su trabajo es de esencia distinta, como la del arquitecto respecto al oficial frentista.

El poder político es naturalmente menos levantado que la autoridad religiosa, como el fin terrestre del Estado es inferior al fin terreno-divino de la Iglesia. Así pues, aunque el Estado sea "*la cosa más grande que puede construir la razón práctica*", sin embargo el alma humana sobrepasa al Estado. "*El alma no está ordenada a la sociedad civil según su totalidad de ser y de poder*". Y puesto que el fin donde el Gobernante Civil (el *Príncipe*) lleva a sus súbditos es la "*vida social según la virtud*", y esta vida social tiene a su vez por fin la asecución intelectiva *sobrenatural* de Dios, resulta que todo el moverse de la vida política está sometido en su conjunto al poder espiritual "*sicut spheram spherae*", por más que tenga al mismo tiempo juego libre y autonomía dentro de su propia esfera. Santo Tomás proclama en consecuencia, aun en el dominio temporal, un "gobierno de las luces" —que no es por cierto lo que llamó mister Roosevelt, un "*trust de cerebros*"—, idea que se ha parangonado a la doctrina de Platón acerca del "*reino de la Idea en el cuerpo político por medio del régimen de los Sapientes*", pero que Tomás urge con energía sorprendente, calificando de "*monstruosidad*", de "*desorden*", de "*abe-*

4 "*En el espiritual edificar son como albañiles, aquellos que se dedican más bien a la cura de las almas, como administrando los sacramentos, y agenciando de este modo así en lo particular*".

tración" que se dé el caso —helás, tan frecuente— de "*uno que preside no por preeminencia intelectual*", sino por brío de voluntad, dinero, violencia, color de falsa piedad, artimañas, vivezas o fraude. "*Illi homines qui excellunt in virtute operativa oportet quod dirigantur ab illis qui in virtute intellectiva excellunt... Sicut autem, in operibus unius hominis ex hoc inordinatio provenit quod intellectus sensualem virtutem sequitur... ita et in regimine humano inordinatio provenit ex eo quod non propter intellectus praeeminentiam aliquis praeest*"[5]. Aun los hombres "prácticos", los hombres de acción y los duces o conductores —dejando muy lejos los practicones y los "*briosos sin luces*", que decía el padre Mariana— deben estar bajo el régimen, control o influjo de los hombres de gran poder intelectivo. Santo Tomás usa una forma exactísima y precautísima, "*qui in virtute intellectiva excellunt*" donde designa con precisión, no una cualquiera *inteligencia* o *erudición* o *ciencia* o *intelectualidad* —piénsese en Azaña el literato, en Gamelín el soñador—, sino un intelecto poderoso y equilibrado; y no de cualquier manera sino con visible eminencia. De la falta de este orden racional y natural —ontológico en el fondo—, según Santo Tomás, se ven en todas las congregaciones faltas tan notables.

Esta doctrina que el santo doctor apuntala con la autoridad de Aristóteles y de "*Salomón*" parecería inconciliable con el noto tradicionalismo político del Angélico, el cual predica por otra parte la *monarquía*, y la monarquía *hereditaria* de su tiempo, con la posibilidad ende de un rey corto, tonto y hasta idiota. Pero la dificultad es levantada inmediatamente por las reflexiones que siguen. En el caso de un rey no genial, la inteligencia gobierna lo mismo por medio de los sabios consejeros a los cuales el rey naturalmente se remite, como lo hace todo *simple* que no sea *insensato*: "*servus sapiens dominabitur*

5 "*Aquellos hombres que descuellan en actividad operativa es preciso sean dirigidos por los que en actividad intelectiva descuellan... Porque así como en las obras de un individuo el desorden surge cuando la actividad sensual dirige a la intelectual... así en el régimen colectivo el desorden se origina de que alguno está mandando no por preeminencia intelectual...*".

filiis stultis", como dice la ESCRITURA [6]. Es evidente que esto presupone una monarquía no absolutista, sino asistida por Consejos Reales, que tengan autoridad efectiva, por una aristocracia en suma, como lo eran las medievales. En caso contrario, el único remedio al rey corto es el *privado* o *valido* que –piénsese en el conde duque de Olivares y en el monje Rasputín– puede ser un expediente soportable, y puede ser peor que la enfermedad. La monarquía carolingia en tiempo de los "mayordomos" y el actual régimen de Italia, son casos de régimen de *validos*: monarquía omnipotente, un valido todopoderoso, un rey representativo. La monarquía inglesa es el mismo caso pero con varios validos en vez de uno.

El pensamiento y la acción

Si cortáramos aquí, la doctrina del Aquinense quedaría peligrosamente dimediada, y podría sugerir un resbaloso racionalismo político, afín al de Voltaire, Condorcet y Augusto Comte. Hay que marcar ahora los fueros de la voluntad y el campo del "hombre práctico", o sea del ejecutor. Brevemente.

La *idea* que debe regir la sociedad no es la idea técnica o sistemática o –peor aún– la idea despegada de lo real; lo que llama Bergson "*mentes conceptuales*"; sino la idea vitalizada, la idea profunda, la idea inmanente enraizada al querer, que será tanto más rica y real cuanto más imperio alcance sobre todo lo que en el hombre no es espíritu. En suma, el intelecto que debe regir la sociedad no es el *intelecto* de los actuales "intelectuales", sino el Saber, la Sapiencia, la Sabiduría que abarca desde el humilde *sentido común* –abajo– pasando por la *cordura* –al medio– hasta la *visión* o *intuición creadora*. En esta distinción se funda el conocido axioma jurídico y político de que la *costumbre,* que en las disciplinas especulativas no tiene valor alguno, es un factor capital en el gobierno de las cosas

6 *"El peón sagaz dominará al señorito tonto"*, más o menos.

humanas, que no son *forma* pura, sino forma y materia, motor y máquina: ***hay que ser innovador en ciencia y tradicionalista en política.*** Apenas se vea una *forma* mejor se debe cambiar en lo especulativo, no así en lo práctico: por donde se concluye que en el famoso pleito romano de Galileo Galilei tenía razón Galileo y también la Inquisición Romana, cada uno la mitad, como dijo el brasilero: y ninguno de los dos sabía este axioma de Santo Tomás: "*Ea quae sunt artis, habent efficaciam ex sola ratione; et ideo ubicumque melioratio occurrit, est mutandum quod prius tenebatur. Sed leges habent maximam virtutem ex consuetudine, ut Philosophus dixit in* II Polit, *et ideo non sunt de facili mutandae...*"[7]. He aquí frenado cuerdamente el prurito revisionista de todos los utopistas; y no frenado por un conservadorismo estólido que rehúsa cambiar lo antiguo por ser más antiguo, sino por la profunda distinción anotada arriba entre las ideas íntimas, fondales y vitales y los fáciles armazones conceptuales que forman por decirlo así como la superficie verbal del espíritu, y que Santo Tomás compara con los fluyentes razonamientos de los borrachos, y de los hombres del vulgo y de los niños —y también de los pueblos demagogiados, como los porteños de hoy—, los cuales no representan realmente el *sentir* verdadero del ser humano que los profiere: "*etsi ore proferant quod hoc est faciendum, tamen interius sentunt quod hoc non est faciendum...*"[8].

No hay que cambiar a la ligera. Esto no excluye el progreso. Pero el progreso en las leyes se ha de efectuar, según Santo Tomás, no por manipuleos de códigos hechos de plantas que se implantan o cambian de la noche a la mañana —como nuestra Santa Constitución yankoide— sino más bien por los profundos y paulatinos des-

[7] "*Las cosas que son de artesanía, tienen su eficacia de la sola razón; y por eso dondequiera ocurra una mejora, hay que mudar lo que había primero. Pero las leyes tienen su fuerza primordial de las costumbres, como dijo el Filósofo en* II Política, *y por eso no deben cambiarse fácilmente*".

[8] "*Aunque digan que esto hay que hacerlo, interiormente como que sienten que esto no se debe hacer...*".

places que los hechos históricos producen en nuestras maneras de ver y de *sentir* la realidad social. De ahí viene que la costumbre, segunda naturaleza, prevalga sobre la ley muchas veces, como está en el derecho romano, porque la costumbre representa a veces la ley aceptada y establecida frente a la ley improvisada y vacua, que está en el papel y en el capricho de un hombre y nada más. De ahí también que toda ley escrita cese donde se opone la naturaleza o el mandato divino. Santo Tomás precisa incisivamente estas fronteras de la ley cuando habla de la obediencia religiosa, la más rigurosa que existe. Es cierto que el religioso debe acatar el mandato jerárquico a ciegas, "*perinde ac cadaver*", como dicen que dijo Loyola; pero ningún hombre está dispensado de guiar su vida con sus propias luces ni puede obrar jamás si su intelecto no le pinta su acción en línea con la razón. Ningún voto del mundo puede dispensar a un hombre de *tener conciencia propia,* porque en eso justamente consiste ser hombre [9]. "*Subditus non habet judicare de praecepto praelati, sed de impletione praecepti utique quia ad ipsum spectat. Unusquisque enim tenetur actus suos examinare ad scientiam quam a Deo habet, sive sit naturalis, sive adquisita, sive infusa: omnis enim homo debet secundum rationem agere*" [10].

En el mismo artículo en que se encuentra este axioma, Santo Tomás explica que si un pecado grave o leve aparece claramente en un mandato del superior, obedecer es pecado: "*conscientia enim ligabit; praecepto prae-*

9 A propósito de esto recuerdo una frase medio bruta de mi tío en un sermón, que fue muy criticado, pero la frase encierra una verdad: "*Como Jesucristo mismo lo dijo en una parábola, Dios no bajó a la tierra para hacer capones. Si para hacer eunucos Dios bajara a la tierra, mejor se podía haber quedado donde estaba*", dijo el bárbaro de mi tío en Catamarca.

10 "*El súbdito no tiene por qué discurrir acerca del precepto del prelado, pero acerca del cumplimiento del precepto, eso sí, porque le concierne. Es que cada cual está obligado a examinar sus actos propios a la luz de la ciencia que Dios le dio, sea natural, sea adquirida, sea infusa. Porque todo hombre está obligado a obrar según razón*".

lati in contrarium existente" [11]. El "*a ciegas*" de San Ignacio se refiere más bien a esa superficial y mudable *razón* cotidiana y conceptual que arriba juntamos, no a la iluminada intuición del alma obediente, enderezada a Dios como un reflector en la noche, y viendo con la luz de la fe mucho más allá de lo temporal y lo rutinario.

El "*perinde ac cadaver*" es una metáfora mística, que parece inventada aposta para hacer bolacear a los métomentodo. La verdadera obediencia no puede dispensar jamás de tener conciencia. Hay casos en que el súbdito tiene el deber de decir al superior: "Aquí estamos los dos haciendo barro", y decírselo con la energía con que San Pablo se lo dijo a San Pedro, "*in faciem ei restiti*" como dice el impetuoso tarsense [12].

En su notable encuesta sobre el caos contemporáneo llamada EL FIN Y LOS MEDIOS [13], el racionalista inglés Aldo Huxley examina con un conato de imparcialidad y con gran talento pero con penuria de información y de luz metafísica el problema filosófico de las formas de gobierno a la luz de las constituciones de dos órdenes religiosas, la benedictina y la jesuita, donde pueden verse en forma más límpida las dos soluciones válidas extremas del dualismo *libertad-autoridad*. Huxley resuelve

[11] "*La conciencia lo obliga* [antes], *si contra ella existe precepto de prelado*".

[12] El gran místico jesuita y director de almas P. Lallemént, que estudian los jesuitas en su 3ª probación, dice en su VIE SPIRITUELLE concordantemente: "*Dos maneras hay de obediencia, una que simplemente asume la voluntad del prelado, y ésta es de todos, otra que se une al superior inmediato y por el mismo acto se une al superior medio, y por él al superior sumo, y por él a Dios, conformándose no sólo con la acción sino con el último fin de la acción y con la perfección y excelencia divina de ella; y esta obediencia es propia de perfectos*". Es decir, cuando el hombre, al insertarse voluntariamente en el orden particular —que puede en algún caso *per accidens* ser desorden—, se inserta conscientemente en el orden universal de los fines.

[13] EL FIN Y LOS MEDIOS (END AND MEANS), Buenos Aires, Editorial Sudamericana, año 1939, traducción Jorge Bullrich, 462 págs. in 8º.

volcándose con desmesura del lado de la "libertad" o "democracia" benedictina, hasta negar validez a la otra forma —para nosotros lícita—; en lo cual contradice flagrantemente a la misma historia y a los obvios hechos, pues no hubiera podido subsistir como ha subsistido la Compañía de Jesús cuatro siglos fecundos a ser verdad lo que él dice del "alférez mayor" San Ignacio, a saber: "*Estaba sin duda equivocado al adoptar el más elevado militarismo. El «desprendimiento»*[14] *carece de valor cuando no se trata de un ser responsable. Un cadáver no tiene malicia ni es ambicioso ni lascivo; pero no por ello está dotado de «desprendimiento». A un novicio jesuita se le invita de muchas maneras a amoldar su conducta a la conducta de un cadáver* [?]. *Tiene que consentir que su superior lo mueva como si fuese un cadáver* [¡pesadito de mover, por Cristo!]. *Tanta obediencia pasiva es incompatible con el verdadero desprendimiento. Si creemos en el valor del «desprendimiento», debemos evitar el más rígido militarismo e imaginar algún sistema de organización que resulte, además de eficaz, educativo en alto sentido. La monarquía constitucional del benedictino es de carácter más educativo que el totalitarismo de Loyola. Cuando los miembros de las comunidades alcancen cierto grado de responsablez la democracia pura de los cuáqueros probablemente resultará todavía más perfecta que el «benedictismo»*".

El retrato que así hace Huxley de la obediencia jesuítica (pasividad total abdicadora de la personalidad) aunque es falso no es absurdo o ficticio. Él representa la corrupción de la virtud de obediencia, corrupción que no es imposible. La tentación de abdicar de la conciencia moral y volverse un autómata sin miedo y sin riesgos y una planta con patas, por inhumana que parezca,

14 "*Desprendimiento*" llama Huxley a lo que llamamos nosotros *perfección cristiana,* o sea el supremo ideal moral del hombre, la santidad; abandonando por ende el pensamiento cristiano del cual es parásito o al menos talófito, al confundir el fin (unión con Dios) con el medio (abnegación) a pesar del título de su libro, y descendiendo así de la ética cristiana a la ética estoica.

es un hecho. ¿Acaso el llamado por los médicos *síndrome adiposo-genital* no representa esa misma tentación en el orden biológico? La conciencia es una carga al fin y al cabo, de acuerdo a aquello —exagerado— de Campoamor:

> *"Del infierno en lo profundo*
> *no vi más atroz sentencia*
> *que la de andar por el mundo*
> *cargado de una conciencia"* [15].

Esta tentación de obediencia muerta o inerte es más rara que su contraria y lleva en el seno su sanción; por eso los ascetas antiguos no insisten acerca de ella y ponen toda la fuerza en combatir la inobediencia, lo cual da pie a Huxley para calumniar al catolicismo de que no haya enseñado —como el budismo, dice— que la inteligencia es un deber y la estupidez puede ser un pecado (la *ignorancia culpable* de los teólogos). Pero toda virtud, ya lo enseñó Aristóteles, anda siempre en medio de dos vicios, que representan su exceso y su defecto. Así la crítica terrible que hace Huxley a los que se creen santos porque usan fines buenos (?) para un fin último que no alcanzan a ver si es malo o bueno —crítica aplicada en el caso por Huxley al imperio británico y su colonización— es absolutamente certera y su doctrina es pura y simplemente tomista. En cuanto al reproche al catolicismo, Huxley olvida que allí al lado mismo tiene al pueblo francés, católico, que le responde con su vulgar proverbio: "*La bêtise c'est un péché*". Eso el paisano francés no lo necesitó aprender de Buda.

Nunca me olvidaré a propósito de todo esto —y creo que no hará daño hoy hacerlo público— lo que me dijo mi tío el cura a su vuelta de Europa, el cual había recorrido Europa, y comparado entre sí nada menos que once

15 Cosa exagerada en tiempo de Campoamor sin duda, pero que se está volviendo real con estos gobiernos democráticos de coima y fraude, donde tener una conciencia se convierte cada vez más en un verdadero martirio.

provincias de los jesuitas, a propósito del terrible ataque llevado por Unamuno durante toda su vida contra los jesuitas españoles: "*Lo que falla o puede fallar actualmente a alguna provincia de los jesuitas, en todo caso* —me dijo el canónigo—, *es que los superiores se han vuelto «propietarios»* [del mando, de las posiciones, de los instrumentos de trabajo, etc.], *es decir, se han apropiado en cierto modo la disposición de los bienes «comunes», incitando con su ejemplo a los súbditos a «independizarse económicamente», por así decirlo. Entonces la obediencia-virtud se vuelve difícil y crecen los dos extremos de la obediencia-vicio, o sea la insubordinación y el servilismo, con lo cual se anemia todo... Pero esto es defecto de personas y no del instituto*", concluía el viejo, que en el fondo no quería mal a los jesuitas.

Así me decía mi tío. Yo no lo entiendo del todo, por lo cual desde entonces no hago más que estudiar Santo Tomás a toda furia.

NUEVA POLÍTICA, *Buenos Aires, Nº 14, agosto de 1941.*

Sobre la democracia (Carta a E. P. O.) [16]

Mi estimado amigo:

¡Qué preguntitas se gasta Ud.!...

1. "¿Es pecado hablar contra la democracia?".

2. "¿Cómo es posible que de dos filósofos cristianos, tomistas los dos por añadidura, uno enseñe que la democracia es cristiana, Jacques Maritain, en SUR *Nº 57, y el otro declare a costa de su cabeza que la democracia es herética, Nimio de Anquín, en su discurso de la ciudad de Córdoba?*

3. "¿Es cierto que el Doctor Eximio Francisco Suárez enseña lo mismo que Rousseau que «la autoridad viene del pueblo»?

4. "¿Es verdad que la violencia es anticristiana?".

Las *2* y *3* preguntas me conmovieron un poco, porque parecen ir contra el decoro de nuestra profesión, como si la filosofía fuese una señora poco seria y que sirve para todo. La *1* y la *4* se refieren a sucesos argentinos demasiado para mí candentes.

¿La democracia? Extraño que acerca de ella usted me pregunte, existiendo el magno libro LOS PROBLEMAS DE LAS DEMOCRACIAS de Navarro Monzo, reeditado en el volumen LOS COLOQUIOS DE FU-LAO-CHANG, donde con amplitud magistral el antiguo redactor de la Ley Sáenz Peña dice sobre la democracia argentina todo cuanto puédese decir en estos momentos.

Lo que pasa es que existen nada menos que tres

16 Enrique P. Osés (N. del E.).

democracías, sin contar las innumerables cruzas que dan en el mundo de lo real concreto esos tres bichos *pur sang* que pertenecen a tres órdenes diversos, aunque estén en la misma línea filogenética, como un ángel, un hombre y un mono.

Así, pues, la primera pregunta y la tercera me es factible y quizá —dado mi oficio— obligatorio responderle, lo cual paso a hacer de la manera siguiente:

La democracia de Pericles es pecado hablar en contra.

La democracia de Platón es libre hablar en pro o en contra.

La democracia de Rousseau es pecado hablar en pro. Voilà!

"*Democracia es gobierno de pocos en favor de todos*". Ésta es la definición que dio Pericles en su famoso discurso que nos conservó Plutarco o Tucídides. Esta definición breve y sublime abarca, si bien se mira, desde la monarquía absoluta hasta el régimen por plebiscito de Atenas o Suiza, siendo ni más ni menos que la definición de *gobierno* contrapuesto a *desgobierno*: el cual recto gobierno puede darse y obtenerse —si Dios quiere— en cualquiera de las tres formas clásicas que ubican los tratadistas entre los dos extremos de *tiranía* arriba y *anarquía* abajo, a saber, *monarquía, aristocracia* y *república*, cada una de las cuales tiene debajo una corrupción propia que se llama: *despotismo, oligarquía y demagogia.* De esta sublime democracia ideal, es pecado hablar mal. Lo difícil es conseguirla. Como la felicidad, todos la desean, pero sólo la sabiduría sabe para dónde mora.

¿Cómo se consigue tal cosa, esos pocos que gobiernen en pro de todos, esos ángeles del Buen Consejo, esos santos del Bien Público, esos locos enamorados del Procomún hasta el martirio, que no menos que eso es necesario para alcanzar esa sublime meta?

Santo Tomás enseña que eso, un buen gobierno, desciende del cielo, que es un don de Dios a un pueblo y por cierto de los más grandes, lo mismo que la buena muerte y la buena boda, de acuerdo al refrán que dice: "*Casamiento y mortaja, del cielo baja*", pero que dentro

del esfuerzo cooperante o autodisponente del hombre, el mejor camino para conseguir ese ideal gobierno del pueblo (gobierno *para* el pueblo) es:

El gobierno de uno solo (monarquía).

Con participación de los pocos mejores (aristocracia).

Y el consentimiento y cooperación de todos, en la medida de lo posible y de la capacidad de cada uno (república).

Esto es lo que llama Santo Tomás *régimen mixto*, que teóricamente es el más perfecto, advirtiendo el teólogo inmediatamente que en la práctica ese gobierno es un ideal a perseguir, un *límite*, y que cada pueblo se labra en cada momento histórico el gobierno *que puede*, puesto que en concreto el mejor régimen de un pueblo es el que dicho pueblo aquí y ahora puede soportar o sostener, como la materia su forma. Si a ese ideal filosófico usted añade el ideal místico del cristianismo de llevar a todo hombre a la libertad de los hijos de Dios, a la igualdad en cuanto a los bienes primordiales, y a la fraternidad en el amor de Cristo, tendremos lo que algunos han llamado, con nombre que no tuvo fortuna, la "democracia cristiana".

Eso no se llama sino el *Reino de Dios*, disfraces oportunistas fuera. Ése es su nombre. Es el ideal eterno de la pobre Humanidad. Es un ideal.

Ahora, el que una cosa sea un ideal, usted lo sabe igual que yo, no significa que no sirva para nada. Un faro no sirve para que los navíos trepen por él, pero sirve para que los navíos vayan hacia él; que sin eso, van muertos. Pero Jesucristo nos avisó que en este mundo habría varios falsos faros y un solo faro verdadero.

Puesto esto, ¿usted es demócrata, señor?, como le dijo el otro investigador antiargentino al cura párroco.

—¿Qué entiende usted por demócrata?

—Gobernar en bien de todos y no sólo para los ricos.

—Señor, usted me ofende con esa pregunta. ¿Qué si soy demócrata?

¿Si somos demócratas? ¿Quién que es, no es de-
[mócrata?

Aquel que reniega del Pueblo Señor,

aquel que no execra nazismo y autócrata
que preso lo metan. Será lo mejor.

La segunda democracia es la democracia de Platón, forma de gobierno no teórica sino histórica, que el megarense describió incisivamente en el § II del Libro III de la POLITEYA (545 c 576 b).

Usted ha leído esas páginas inmortales y las ha encontrado llenas de terribles alusiones modernas. Usted ha leído, por ejemplo, aquella descripción profética de la guerra civil de España... Después de haber descrito el estado interno de un gobierno *oligárquico*, o sea una *plutocracia*, es decir, un Estado en que los intereses del dinero dan el tono y batuta, dice Sócrates: "*Entonces, cuando la clase gobernante y los gobernados se encuentran juntos, sea en viaje o de otro modo, en una procesión o en una expedición, o cuando navegan o hacen la guerra, ¡ah! no son los ricos entonces quienes desprecian a los pobres. Al contrario: cuando un pobre flaco y duro, quemado del sol, se encuentra puesto en medio del entrevero al lado de un rico crecido a la sombra y con grasa sobreabundante, cuando lo ve atorado, azotado y sin recursos, ¿no lo oyes tú decirse a sí mismo que tal raza de gente no debe sus riquezas sino a la cobardía de los pobres?; y cuando se encuentran entre ellos, ¿no se dicen los unos a los otros: «Los señoritos no cuentan; el día que queramos son nuestros?»*.

"*Y así como basta a un cuerpo débil una pequeña infección de fuera para enfermar, tanto que a veces los morbos estallan sin causa externa alguna, así un Estado en una situación análoga ¿no deviene a la menor ocasión la presa de esa peste que es la guerra intestina, mientras cada partido (derecha e izquierda) pide apoyos al exterior, los unos de un estado oligárquico, los otros de uno democrático; y a veces la discordia se desata fuera de toda ingerencia extranjera?*

"*—Ciertamente*" —responde Glauco, experto en la historia de las revoluciones griegas.

Platón describe luego a la democracia como un gobierno caracterizado por la laxitud de la autoridad, su división en muchas manos, la falta de obediencia en el

súbdito y la omnímoda libertad de opinar, de hablar y de hacer lo que antojare. La forma extrema de este régimen está en la definición de Otanés, en Herodoto, III, 80: *"cuando se distribuyen por suerte los oficios públicos"*. Es claro que Otanes añade: *"entre magistrados responsables"*. El viejo Aristóteles más tarde definirá la democracia por la nota distintiva de *libertad*. Ella abraza según el Estagirita dos ideas: "1. *Mandar en parte y en parte ser mandado. – 2. Vivir como uno quiere"* [17]. Un Estado así, dice Platón, es delicioso y divino... (*"thespesía kai edéia"*) por el momento...

Platón, hombre de temperamento espartano, opina que un régimen así es lícito, pero es imperfectísimo. Según la fórmula recibida, *"es el peor de los gobiernos lícitos y el mejor de los gobiernos ilícitos"*; o sea está en el punto mismo del devenir de un gobierno en desgobierno, de una *república* en *anarquía*. La descripción del Estado democrático y del hombre-tipo que lo representa está llena de fiera ironía aunque se parece no poco a las descripciones que hacen hoy día de la "dulce Francia" los argentinos con plata que viven en París, esos peligrosos amigos de Francia que usted y yo conocemos ¡ay! demasiado. Oigamos al maestro: *"¿No es verdad que en primer lugar uno es libre en tal Estado y que por todo reina la libertad y el franco hablar y el espontáneo hacer? ¿No es verdad que cada uno puede hacer allí un género de vida original, siguiendo su propia fantasía? ¿Que se encuentran en su gobierno hombres de todas clases? Esta Constitución sí que parece la más bella de todas. Como una manta abigarrada, tornasolada de todos matices, este gobierno mosaico de toda clase de caracteres parece un modelo de beldad; y es muy posible que, semejante a las mujeres y los niños que se enamoran de los colorinches, no poca gente lo consideren efectivamente como el más bello..."*.

...Glauco cree que es así.

Sócrates objeta contra esta omnímoda libertad la destrucción paulatina de la autoridad y a la larga de la

[17] POLÍTICA, VI, Capítulo II, 1317.

misma sociedad: "*Aquí sí que la vas a hallar, la Constitución. Porque gracias al principio de libertad que lo regula, este Estado es una feria de constituciones, pero a elegir a troche y moche. Porque no ser obligado a mandar el que es capaz de mandar, y al revés poder aspirar al mando cuando se es del todo inepto; poder zafarme de obedecer cuando se me antoja, no hacer la guerra cuando los otros la hacen y no guardar la paz prometida ¿todas estas prácticas no te parecen deliciosas por el momento? ¿Y la tranquilidad de ciertos reos, no es preciosa? ¿No has visto en un Estado de esta laya ciertos hombres delictuosos paseándose en público tranquilamente, como resucitados, y todo el mundo haciendo la vista gorda?*". Platón por supuesto alude a Atenas, no existía aún la Argentina.

"*¿Y qué me dices de esa indulgencia, de esa gentileza y anchor de espíritu, ese desprecio de las máximas tradiciones y de la necesidad de ser sometido desde la infancia a la disciplina dura de las cosas bellas, indispensable para poder, a menos de ser un genio, llegar a ser apto para regir a otros? ¿Y que baste llamarse a gritos «amigo del pueblo» para llegar a los honores?*

"*Es encantador*" —responde Glauco.

"*Esos son, pues, con otros parecidos, los cómodos de la democracia. Es, como ves, un gobierno encantador, caprichoso, pinturero, vario y ornamentoso, que dispensa una especie de igualdad tanto «a lo que es igual como a lo que es entre sí desigual»*", concluye Sócrates con humorismo doloroso.

Si yo no amara a Francia como la amo, me tentaría ahora de fáciles aplicaciones, que abandono a CAMILA y a las revistas humorísticas italianas. Pero lo que yo amo es una de las dos Francias en que está hoy día Francia virtualmente dividida, la que a pesar de las apariencias contrarias es la verdadera Francia, la más profunda y sustancial, la que nos revelará el porvenir cuando Dios quiera. La otra es aquella Francia que nos pintan aquí embelesados los pasmarotes como Amado Nervo, que ése sí es un producto genuino de la democracia tropical sudamericana, no de la segunda sino de la tercera clase:

"Se escuchan lejanas orquestas
que tienen no sé qué virtud.
El Bosque es un nido de fiestas
¡Oh mi juventud!

Islotes de azul claridad
cascada que en blando fluir
despeñan su diafanidad
¡dicha de vivir!

Prestigio de flores de lis
perfume de labios en flor
¡París! ¡Oh París! ¡Oh París!
¡Infinito amor!".

Esto no es de Platón, ¡ojo! Es del rastacuero Amado Nervo, cuando ya era viejo. Supongo que no hay peligro de equivocación.

El viejo Aristóteles, más sobrio que su maestro el poeta y teólogo de Megara, y menos apasionado en contra, resumió así técnicamente la definición de la democracia: *"El fundamento del régimen democrático es, pues, la libertad; así, pues, suele decirse que sólo se goza de la libertad en las democracias.*

"Ahora bien, la nota esencial de la libertad es gobernar y ser gobernado sucesivamente.

"Derecho democrático es ser todos iguales por cantidad, no por jerarquía.

"Puesto este derecho, es necesario que haya muchos gobernantes, y también que lo que parece bien a los más, ése sea el ideal y eso sea lo justo. Porque dicen que cada ciudadano debe tener derecho igual.

"De donde en las democracias tienen más fuerza los pobres que los ricos, porque son más en número.

"Se debe sancionar lo que parece a los más.

"Esta libertad es la primera de las notas de la democracia, que todos ponen en la definición de este régimen. La segunda nota es vivir como cada uno quiere.

"Esta nota se deriva de la libertad, pues dicen que es esclavitud vivir al arbitrio ajeno.

"De aquí se sigue el no obedecer, a no ser mandado al mismo tiempo.

"Esto puesto, se derivan las otras características, a saber:

"1. Todos pueden llegar a magistrados.

"2. Que todos manden a cada uno y cada uno a todos.

"3. Que se elijan los gobernantes por suerte, a lo menos aquellos que no requieran pericia especial, como serían generales o almirantes.

"4. Que no se elija a nadie por el hecho de tener plata.

"5. Que nadie gobierne mucho tiempo, ni dos veces, excepto en el ejército.

"6. Que todos puedan dar su opinión acerca de todo, de lo chico y de lo grande, sobre todo de la cosa pública.

"7. Que la asamblea del pueblo tenga la suma del poder o los poderes capitales.

"8. Que a ningún hombre en particular se le confíe mucho poder.

"9. Que se pague salario a todo gobernante...".

Así más o menos resume Aristóteles las características de este sistema de gobierno que pudo observar históricamente en aquel denso campo de experimentación política que fueron las griegas anfictionías. Es un régimen para hombres que tienen tanta desconfianza a los otros hombres vivientes que dividen el poder político en partes infinitesimales —y aún querrían no tener que soltarlo nunca de las manos—, traban una parte contra la otra, y prefieren hasta un régimen laxo y debilísimo en todo caso, de miedo a los abusos de un régimen fuerte. Por otra parte tienen una máxima confianza en la naturaleza humana, o sea en el hombre abstracto o multitudinario, puesto que creen que todos los hombres son capaces de gobernar cuando andan juntos, o cuando deponen todas sus particularidades personales y conservan solamente la esencia de la naturaleza humana.

De esta forma de gobierno dije arriba que es lícito discutirla, hablar en pro y en contra. Es cierto que hay pueblos o puede haberlos incapaces de ninguna otra. Es certísimo que hay estados de cosas o de ánimos que postulan y crean este régimen necesariamente.

Ahora eso sí, ninguno me puede imponer a mí como un dogma de fe revelado séase por el Progreso Indefinido, sea por nuestra Tradición Liberal, sea por nuestra Historia Ortodoxa, que yo desee que la Argentina sea eternamente uno de esos pueblos, incapaz de ser gobernado de otra forma. Eso sería desear para mi patria un estado político rudimentario y una debilidad humana constitucional, que es todo lo contrario al Progreso Indefinido, en cuyo nombre se me querría imponer tal deseo.

De hecho ahora no es uno de esos pueblos. El gobierno actual de la Argentina no es esta democracia pura, sino una mezcla de las tres que existen, aunque según mi amigo Gerardo Pasman su distancia focal política se acorta rápidamente hacia ella.

Ésta es la opinión pesimista de nuestro común amigo Gerardo, que se la da de gran observador político. Dios lo haga mal atalaya y errado aguaytador.

La tercera democracia es simplemente la demagogia, o sea el aprovechamiento de lo que tiene de sacro el primer nombre (ideal de hermandad humana) y de defendible el segundo (forma plebiscitaria y parlamentaria de ejercerse el mando en favor de la anarquía, el desorden, el disloque y las fuerzas oscuras que hostigan sin cesar los flancos de la historia humana).

Es evidente que el sacrosanto nombre de democracia cristiana y el eterno grito de los hombres hacia la hermandad de la especie puede convertirse en ensueño de maníaco con Rousseau, en ganzúa de vivillo con Voltaire, en trampita de ambicioso con Disraeli, en carnada de endemoniado con Lenin, en defensa de cajas de caudales con Wilson, o simplemente en título de partido político o estribillo de campaña electoral. Las palabras soportan todo.

Pero eso no podría haber sucedido a no haber mediado ese fenómeno de cristalización de elementos

eternos y elementos contingentes en una tercera "democracia" cuyo 1 ½ centenario estamos celebrando ahora con tanto entusiasmo en toda la República, y que se llama Revolución Francesa en la historia y Liberalismo en la teología.

El liberalismo teológico y filosófico ha sido condenado como herejía y error por todos los papas desde la encíclica MIRARI VOS de Gregorio XVI, 1832. En cuanto al liberalismo económico de Adam Smith y Ricardo, aunque se pretenda una teoría técnica acerca de la riqueza de las naciones, nació, creció y se nutrió en el ambiente metífico de una falsa teología, puesto que, como usted sabe, toda cuestión política se resuelve en una cuestión teológica, por lo mismo que todo problema particular depende de problemas generales. En el mismo ambiente nacimos y crecimos yo y usted, caro O., porque ése fue nuestro destino; y hoy es también nuestra suerte asistir al magno movimiento de la liquidación de esa herejía, porque toda herejía tiene la vida breve, a pesar de que la hidra de que procede tiene sempirretoñantes cabezas. La liquidación del liberalismo es ahora el episodio central de la vida del mundo, y en mi opinión el actual clima histórico de nuestra patria.

Es evidente que de esa tercera democracia hablaba Nimio de Anquín, aunque no la definió muy claro ni fue muy pródigo en salvedades; y dejando aparte la cuestión particular de la prudencia en poner su acto, que fue un acto de acción política. No me pida a mí que se la describa, ahí tiene el SYLLABUS de Pío IX en el precioso Enchyridion de documentos titulado ECCLESIA ET STATUS que acaba de editar mi compañero y colega el profesor Lo Grasso. Sólo le diré que esta tercera democracia deja a la otra que describió Platón convertida en una doncella virginal. El Cristianismo ha venido entremedio a sublimar el bien y a exacerbar el mal en la naturaleza humana. Ya las luchas históricas no son entre la carne y sangre, como dijo San Pablo, sino entre las fuerzas invisibles que arrean con inefables silbos interiores desde este aire que respiramos como pastores terribles las grandes greyes humanas, *"spiritus rectores tenebrarum ha-*

*rum**. Las fuerzas tentaculares, como las llamó Verhaeren, desde la venida de Cristo se han alineado continuamente en la historia al clangor de aquel clarín ineludible: *O conmigo o contra mí*. O la Ciudad de Dios, cuyo nombre es Visión de Paz, o la inacabable simbólica Babel que quiere asaltar el cielo —de la cual hay un siniestro retrato en Spengler—, la Ciudad del Hombre.

La demoliberal doctrina anticristiana extrema por un lado la libertad y la licencia que describiera Platón; pero introduce terribles elementos de tiranía, despotismo, militarismo y totalitarismo, por el otro lado. La libertad de hablar convertida en libertad de mentir y la mentira amplificada y ubicuizada hasta lo inmenso por la potencia técnica de la prensa y la radio, eso ni lo soñó Platón; y ese griego que por instinto tenía el sentido de lo armónico, si le llegan a mostrar los camiones de CRÍTICA en Estación Retiro, se hubiese querido morir. Por otra parte, este espartiota que proclamaba el gobierno fuerte y la educación por el Estado, si le hubiesen mostrado el monopolio de la enseñanza llevado hasta obligar al padre de familia a ceder a manos desconocidas y mercenarias la educación incluso religiosa de sus hijos; y si le contaran que un tinterillo anónimo iba a poder obligar por decreto a leer en clase de niñas adolescentes digamos las comedias de Aristófanes; y, concretamente, LA CELESTINA en la Argentina, el teorizador de LA REPÚBLICA hubiese exclamado "¡Imposible! ¡Eso no puede caber ni en mente de hombre cuerdo ni en raza de hombres libres!".

El liberalismo moderno, que —como monseñor Franceschi lo ha explicado innúmeras veces— tiene raíces protestantes, se caracteriza en lo religioso por su tendencia a negar a la Iglesia su independencia y su carácter de sociedad cabal y visible, a levantar lo laico sobre lo eclesiástico, lo civil sobre lo religioso, lo natural sobre lo revelado. En suma, es la misma idea del libre examen, la secularización de la vida entera, y la Iglesia Nacional y por ende sometida al Estado, que trajo al mundo Martín Lutero, puesta en forma más sorda y sutil y disfrazada de ideal purísimo de Cristianismo.

En lo político, la democracia postula el sistema del sufragio universal atomístico, de la división de los poderes, y de las asambleas representantes omnímodas del pueblo ex soberano. Este sistema político, considerado abstractamente como dije, no es antirreligioso en sí —y de ahí el discutido *ralliement* de León XIII— aunque sea lo más discutible políticamente. Lo que es antirreligioso —y en el fondo idiota— es el carácter de cosa definitivamente juzgada, intocable, infalible, misteriosa, definitiva y... "cristiana" que intentan imprimirle los liberales genuinos en este pobre país nuestro, intelectualmente desarmado, y a merced de cualquier "propaganda". Yo estoy perfectamente conforme con que en la Argentina haya Cámara de Diputados, tanto que cuando joven tuve ciertas vagas esperanzas de llegar a ser diputado —¡otros peor que yo lo han sido!—; pero no estoy conforme con un señor que viene a decirme que si no hay Cámara de Diputados la Argentina no puede existir, y aun el mismo mundo peligra venirse abajo. Yo obedezco la constitución nacional y no pienso en cambiarla; pero los mismos que la hicieron dijeron que, si la cosa valía la pena, se podía pensar en cambiarla, y son justamente los cansados de atropellarla los que sostienen que no es lícito legalmente soñar en tocarla. Se parecen a los que tienen manceba y protestan contra el Matrimonio. Que venga un señor que niega la autoridad de la Sacrosanta Tradición en la Iglesia a imponerme como dogma intocable una supuesta Tradición Liberal Argentina que nadie ha visto por ningún lado pero a él le viene de perlas por esta razón o la otra: muchas gracias, todavía no he perdido, a Dios gracias, las entendederas. Lo malo es que en el tren que vamos, acabaré por perderlas como cualquier lector de pasquines. El pan, el agua y el aire mismo están inficionados, el sol está nublado, y sólo la noche nos vale, clavada de frías y lejanas estrellas. La silente noche llena de vigilias y suspiros de los pocos varones que quedan por la Patria.

Lo peor de todo es que a causa de la niebla y las luces falsas no luchamos ya contra sustancias sino contra fantasmas; y peligramos matar a un amigo tomándolo

por un ladrón. Podemos abominar de la Revolución Francesa pero no podemos renunciar al ideal que ella arboló, que es un ideal cristiano pervertido, o, mejor dicho, una Verdad cautiva. Nuestro grave problema político ahora es matar a Yamandú sin tocar a Lucía Miranda. ¡Ay de nosotros si por matar al indio baleamos a la cautiva blanca, o por miedo de herirla dejamos al bestial raptor que haga de ella lo que quiere! Hablando sin metáfora, el ideal del liberalismo encerró un núcleo cristiano de mayor humanidad y mayor respeto de la persona, traducidos en las relaciones políticas y sociales; y en particular señaló en la Historia el advenimiento del derecho del trabajo y de la aspiración a una Supereuropa o sea una unificación nueva de los particularismos nacionales.

Por poco que considere usted, verá que en esos dos fenómenos historicopolíticos que yacen en el fondo de las convulsiones del mundo moderno resume la voz apagada de dos gritos evangélicos: "*Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de Dios*". "*Y se hará un solo redil con un solo Pastor*", que prestaban su fuerza virulenta a la reacción contra dos males que trajo la Reforma, a saber, la opresión del pobre por el Capitalismo y las barreras entre razas del Ultranacionalismo. Jamás un cristiano podrá renunciar a aquellas dos palabras de Cristo; y por más que el internacionalismo y el laborismo aparezcan hoy día ensuciados de Masonería y Socialismo, y por más que la palabra Democracia se use con los más diversos y desviados fines, no debemos cansarnos jamás de decir al mundo enloquecido: *Lo que ustedes claman en el fondo es bueno; pero sepan que sólo Dios puede dispensarlo, y sólo la Iglesia Católica tiene la llave de lo que Dios quiera dar.*

He aquí, pues, los pobres curas, que son llamados por los unos "legionarios" y por los otros "izquierdistas", lo que tienen que decir: y no es "meterse en política" el decirlo, ni es tampoco una cosa facultativa o deporte, sino que es obligación estricta para el que lo vea, y pone en serio aquel encargo de Cristo: "*Id, enseñad a todas gentes*".

En cuanto a la pregunta del otro cura Francisco Suárez, baste decir que el gran teólogo y no tan gran filósofo granadino construyó una teoría acerca del *sujeto* de la autoridad política, que opuso al teocratismo absoluto y delirante del rey de Anglia Jacobo I, la cual tiene una semejanza exterior y una profunda desemejanza interna con la teoría "liberal" que un siglo más tarde había de pergeñar el paranoico Rousseau.

Esta semejanza exterior hace que la revista católica de New York llamada AMÉRICA –que en lengua yanqui significa *Norteamérica*– escriba de tanto en tanto artículos un poco resbaladizos explicando a ese pueblo baratero que la constitución yanqui está de acuerdo con la teoría escolástica y que el jesuita Francisco Suárez defendió el primero de todos que "la autoridad baja de Dios al pueblo y sube del pueblo al Rey mediante un contrato", fórmula simplista que, como usted ve, se amolda también al rusoísmo, como anillo roto a cualquier dedo.

No hay derecho a hablar de ese modo.

Soldemos el anillito. Suárez opuso en el siglo XVII la fórmula: *la autoridad reside en el pueblo* a la fórmula despótica *la autoridad viene directa y sin medianeros ni controles de Dios al Rey*, significando que la autoridad, que no es uno de los elementos formales sino la *forma* misma de toda sociedad, brota necesariamente de la naturaleza humana, social por esencia, y por ende de la voluntad del Creador y no de un decreto especial y preferencial del Supremo Legislador en favor de una testa, familia o dinastía coronada en particular, como pretendía el vanidoso y bobalicón apóstata, hijo espurio de María Estuardo.

La teoría de Suárez, verdadera en el fondo pero poco sostenible hoy día en la forma que él le puso, dista, sin embargo, *toto coelo* del inmanejable engendro contradictorio que el Roseao más tarde pergeñara. Las diferencias son éstas:

1. La sociedad se constituye *vi naturae* –según Suárez– y no por un *contrato social* voluntario y explícito, como pretende el otro.

2. La autoridad procede de Dios, y no en última instancia de la *voluntad general* del pueblo.

3. La autoridad tal como reside en la comunidad, antes de la designación del soberano —antes *natura non tempore*— es distinta de la voluntad particular de cada súbdito.

4. El pacto social puede ser implícito, aun en grado sumo.

5. Trasladada por el pacto —implícito o no— la autoridad al soberano, no permanece ya en los súbditos, ni es recuperable *ad libitum* en cualquier condición y momento, como fantasea el anárquico ginebrino.[18]

En suma, lo que entiende Suárez decir es que la autoridad civil no puede ejercerse sino *para el pueblo* y con algún modo de consentimiento suyo; mientras el Roseao pretende que debe ejercerse por el pueblo, y por medio de representantes o mandantes elegidos explícitamente tiro a tiro, que por un lado tienen atribuciones ilimitadas y deiformes en forma realmente monstruosa, y por otra pueden ser depuestos al capricho de la multitud, ornada de una especie de Voluntad Divina, es decir, Infalible, Sapientísima y Creadora del Bien y del Mal. Error siniestro y herético, causa de todas las revueltas modernas, y del terrible envenenamiento político cuyas convulsiones todo el mundo sufre en este momento.

De este error han salido las consecuencias que usted sabe en la Argentina nuestra. ¿Quiénes gobiernan la Argentina? ¿Los más virtuosos, los más justos, los más sabios, los más videntes? ¿Quién se atrevería a sostenerlo? NO. Gobiernan *teóricamente* "los que el pueblo quiere". ¿Y el pueblo quiere siempre a los más justos, los más virtuosos, los más sabios, los más videntes? NO. La masa teóricamente los querría siempre provisto que: *1.* La masa misma estuviese siempre en estado de gracia

[18] Carolus Boyer, CURSUS PHILOSOPHICUS, II, *De ethica politica*, pág. 559.

y sabiduría; y 2. Que fuera capaz de discernirlos, lo cual es absurdo por hipótesis, porque en ese paradisíaco caso, *la masa ya no necesitaría gobierno alguno.*

De hecho, usted sabe a quiénes *quiere* en la realidad de las cosas la masa, o mejor dicho, la parte de ella que *vota*. La masa se ve obligada a querer a los que se le autoimponen como más sabios, más justos, más virtuosos, más videntes, en una lucha taimada y feroz, donde la virtud, la justicia y la sabiduría brillan por su flamante ausencia, donde todos los vicios hijos de la ambición, la avaricia y la pereza, y todos los pecados desde el homicidio hasta la mentira y el insulto hacen la más flagrante, colorida e impúdica exhibición de sí mismos, en una desnudez que cada día se hace más cínica y caradura. Prostitución espantosa de aquel sublime ideal del Reino de Dios que al comienzo llamamos "democracia", ante la cual el filósofo no tiene más remedio que cubrirse la cara con la toga y salir del circo hacia la soledad; y el cristiano ponerse a orar y a temer algún gran castigo del cielo, *quod avertat Deus,* una intervención de Azrael el Destructor.

¿Qué castigo? Para no presumir de profeta prefiero hacer hablar a Bossuet Boca-de-Bronce: "*los hombres que habían soñado una imagen de grandeza en la unión de muchas familias bajo la égida de un padre común, y que habían probado dulzura en tal vida, se inclinaron de grado a hacer sociedades de familias debajo de reyes que tuvieren lugar de padres.*

"*Parece ser que por eso los antiguos pueblos de Palestina apellidaron a sus reyes «Abimeléch», es decir, «Mi-padre-el-rey». Los súbditos teníanse todos por hijos del monarca, y llamándole todos «Mi padre el rey», Abimeléch devino el nombre común de los reyes de la región hebrea.*

"*Pero al lado de esta guisa inocente de hacer reyes, la ambición inventó la otra. Ella hizo conquistantes, de los cuales Nemrod, nieto de Caín, fue el primero, el cual de la caza de fieras pasó a cazador de humanos. 'Este hombre violento y guerrero fue comienzo de la*

potencia en la tierra, y sojuzgó primero cuatro villas, de las cuales formó su reino', dice la BIBLIA.

"De modo que los reinos formados por las conquistas son antiguos, ya que los vemos comenzar tan cerca del diluvio, bajo Nemrod, nieto de Caín.

"Este humor ambicioso y violento se difundió pronto entre los hombres. Vemos a Codorlahomor, rey de los Elamitas (es decir, de Medos y Persas), extender ampliamente sus conquistas en las vecindades de Palestina.

"Estos imperios, aunque violentos, injustos y tiránicos, por la acción del tiempo y del consentimiento cansado de los pueblos, pueden devenir legítimos; por esta causa los hombres han reconocido un «derecho de conquista»... del cual son pasibles los pueblos que por su corrupción, debilidad, ignorancia o insensatez se hacen inmerecederos de la otra forma más digna y suave de social estructura..." [18]. Hasta aquí el Águila de Meux.

Después de lo cual mi tío dio por conclusa la carta que me estaba dictando, viendo mis evidentes muestras de cansancio; cerró sus viejos libracos, que estaba traduciendo directamente con su gran poliglotía, y me miró con su cara de búho. Yo le pedí el verso con que solíamos terminar cada artículo o charla. Protestó que no había ningún verso acomodado a colofonar una carta tan abstracta. Pero como yo insistiera, sacó no sé de dónde una vieja poesía en lunfardo que no creo le pertenezca, pero que aquí reproduzco lo mismo, por el aquel de la costumbre:

Elecciones democráticas

No es lo mismo la mitad ¡huija! que la mitad más uno
La mitad no tiene razón.
Yo voto por la mayoría ¡huija! no soy reyuno
[y siempre gano l'*elesión*.

[18] POLITIQUE TIRÉE DE L'ECRITURE, París, año 1855, 1, 12, Artículo 1, Proposición IV.

La lista de los sociales que llamamos *sucia-lista*
a l'últim'hora dimitió.
La radical se fundió con l'ultrapersonalista
La vitoria nos sonriyó.
Yo me había lanzao como un tigre y un terremoto
a la lucha de la libertá
y no vayan a creerse del vino, yo no soy devoto
[más que de la Conduta y la Verdá.
Porque el Progreso al fin ha dao al pobre el voto
[y a los ricos la igualdá.
Y entonces ¡viva el Dotor!
y viva, barajo
el partido nuestro, y abajo
el otro partido traidor
ladrón inconsiente yeguada
sin desensia ni honor
sin cívica altura ni nada
borracho, fraulento y chupador,
y viva la demosgracia
y la costitusión
y que la pille una desgracia
a toda la oposición
y viva esto y aquello, y lo de más allá,
¡Vivá! ¡Vivá! ¡Vivá!

Nueva política, *Buenos Aires, Nº 17, noviembre de 1941.*

Por la conversión de los que injurian a Dios de palabra, escrito o acción

Los que injurian a Dios con sus acciones son los pecadores. Todo pecado es una injuria a Dios, en la terminología legalista de la teología latina. Pero no es la intención de esta *intención* hacer rogar este mes por los pecadores: por ellos debemos rogar todos los días cuando tocan las campanadas de *las ánimas*, a eso de las 9 ó 10 de la noche, o a las 11, si el Gobierno adelantó la hora; si es que se conserva todavía en este país aquella vieja cristiana costumbre de los pueblos españoles e italianos, de doblar a muerto de noche para mandar a la gente a rezar y acostarse. Creo que eso en Buenos Aires ha sido archivado en el Reglamento de Ruidos Inútiles y Molestos y ha sido sustituido por el gracioso y nasal "Buenas noches" que nos da a las 11 el judío de Radio Belgrano. Ese judío sí que se podía decir que injuria a Dios de palabra y de acción, tan feo como habla el castellano el pobre: es un verdadero pecado.

Los argentinos en su gran mayoría no injurian a Dios de palabra o por escrito, en el sentido de la *intención*, la cual se refiere evidentemente a los escritos, gestos o dichos impíos, blasfemos y sacrílegos, o sea los actos que directamente envuelven contumelia contra la Divinidad o las cosas a ella relacionadas. Un tiempo hubo la costumbre en Buenos Aires de gritar frases injuriosas a los sacerdotes, hoy bastante remitida, y en muchos barrios enteramente desaparecida. Es cierto que persiste sin embargo, aunque en forma vergonzante e invisible, una superstición con respecto al sacerdote, que manda, so pena de una desgracia innombrable, hacer un gesto bastante obsceno al toparse; superstición pro-

cedente del sur de Italia, que es tan maligna e ingeniosa que parece haber sido discurrida por Asmodeo en persona. Es una combinación de pecado contra el 1º, el 4º y el 6º mandamiento. Si la conocen, ustedes me entienden.

Los argentinos en general creen que hay Dios y no se meten mucho con Él. Hay pocos argentinos que crean que Dios no existe, que el alma muere con el cuerpo y que Jesucristo fue solamente un hombre muy bien inspirado, gran poeta, que murió allá en los tiempos de los caldeos, como pasa con la mayoría del pueblo en los países protestantes. Hay menos argentinos todavía que se pongan a escribir estas cosas o predicarlas apasionadamente y todavía menos los que las salpimenten con blasfemias o irreverencias. Don Lisandro de la Torre salió al fin de su náufraga vida con una cantidad de vociferios contra Dios y contra monseñor Franceschi, que tuvieron un momento al país suspenso como en un partido de fútbol; pero ése ya ha muerto. El único que conozco hoy día que se las da de Voltaire, y se relame haciendo ironías a lo Anatole France —pero en el fondo es un pobre hombre—, es el director de la revista ATLÁNTIDA; pero ése no es argentino tampoco. LA VANGUARDIA y CRÍTICA hacen eso porque es un negocio; los pobres que allí "trabajan" son esclavos; y aunque no podemos negar que son argentinos, no son todos argentinos; y los que lo son, no lo parecen.

Pero hay sin embargo, tanto en la Argentina como afuera, gente que diabólicamente injuria a Dios, maldice a Dios, insulta o ensucia a Dios, y, lo que es peor todavía, lucha contra la fe y el amor de Dios, milita, trabaja, suda, escribe, habla en contra de la gloria y del renombre de Dios: querría tapar con su harnero ese Nombre Omnipresente que cantan las estrellas del cielo. A éstos el pueblo argentino los bautiza vagamente con el nombre de "masones", variándolo a veces con los sinónimos de "herejes" o "judiazos" o "protestantes"; y confiando en que la constitución nacional manda que el presidente sea católico, se duerme tan quieto pensando que esos hombres tienen poder solamente en los "Uropas". En lo cual hace mal y se equivoca bastante.

Esos enemigos personales de Dios mandan mucho hoy día y en todas partes; muchos de ellos tienen mucha plata; y cuando uno de ellos tiene poder sobre sus semejantes, es más peligroso que la tuberculosis, la sífilis, la lepra, y los otros morbos a los cuales tenemos tanto miedo en Buenos Aires, no sin razón por cierto.

Dicen los teólogos que el *odio formal a Dios* es el pecado más grande que puede hacer un hombre, pecado que deshace directamente la relación esencial de Creador y Criatura, anula el Último Fin, y vulnera la virtud de la Caridad, que es la mayor y la más primera. Es el pecado del demonio y será el pecado del Anticristo. Pero lo mismo que lo muy santo, lo muy perverso no se encuentra en este mundo en mayoría y por eso creemos que este pecado es raro, aunque siempre ha existido, si hemos de creer a San Pablo que dice: "*Y desde ahora ya trabaja el Misterio de Iniquidad*". Porque realmente el odio formal a Dios es un misterio de perversión, no es algo humano y se pierde en lo oscuro de lo supernatural del alma. Y ha tocado a nuestros tiempos ver este fenómeno histórico enteramente inédito, el odio a Dios aflorando en manifestaciones sociológicas y hasta políticas, el pecado de Satán aclimatado en la tierra como en un invernáculo maldito. Nunca hasta hoy en el mundo había existido una nación atea, una nación *oficial y constitucionalmente* antitea, como la Rusia de los Soviets. Nunca en el mundo se habían hecho campañas contra Dios, museos contra Dios, escuelas, universidades, bellas artes, literatura y ciencia especializada en destruir a Dios. ¿No será que están ya cerca los últimos tiempos, los tiempos de la plena manifestación del Misterio de Iniquidad? Sea lo que fuere, es cierto que este pecado clama al cielo; y la sangre que en este momento riega la tierra le hace contrapeso horroroso. El primero que derramó sangre fraterna fue Caín, el cual empezó por disgustar a Dios en el *sacrificio*, es decir, en el acto latréutico, que es el acto propio de la virtud de Religión. No dice la BIBLIA por qué ofendía a Dios Caín en su sacrificio, pero expresa claramente que Dios no le aceptaba sus actos religiosos. De ahí

vino en Caín la envidia y más tarde el homicidio. Así pasa también en la historia profana; cuando los pueblos eliminan en su alma a Dios Padre, comienzan a odiarse a muerte entre sí los hermanos.

Es, pues, cierto que hay hoy día un número creciente de hombres decididos a enseñar a sus hermanos que no hay Dios, que no hay otra vida, y que lo único por lo que se debe bregar, es para conseguir una sociedad próspera y feliz en este mundo. *"El cielo se lo dejamos a los ángeles y a los gorriones"* —blasfemaba Heine—. Todo lo que impida fabricar un Edén en la tierra y un Rascacielos que efectivamente llegue hasta el cielo, debe ser combatido con la máxima fuerza y por todos los medios —según estos hombres. Los que desde cualquier modo atajen o estorben la creación de esa Sociedad Terrena Perfecta y Feliz deben ser eliminados a cualquier costo. Todas las inmensas fuerzas del Dinero, la Política y la Técnica Moderna deben ser puestas al servicio de esta gran empresa de la Humanidad, que un gran político francés, Viviani, definió con el tropo bien apropiado de *"apagar las estrellas"*. Estos hombres no son solamente los herejes; ni tampoco son ellos todos los judíos y todos los herejes; aunque es cierto que a esa trenza de tres se pueden reducir como a su origen todos los que hoy día están ocupados —¡y con qué febril eficiencia a veces!— en ese trabajito de pura cepa demoníaca.

¿Cómo pueden prédicas de tal sulfurosa olfación obtener audiencia? Muy fácilmente. Primero, porque debido al género de educación que recibe la mayoría de la gente de este santo país, las nuevas generaciones crecen en una increíble ignorancia y más todavía en una terrible confusión religiosa, que les convierte a Dios y a su Hijo Divino en unas cosas más bien lejanas y extranjeras, a las cuales ciertamente no hay por qué irritar por las dudas —no sea el diablo que deveras sean así como los curas dicen— pero que en definitiva no sabemos, y si las supiéramos, no te sacan de ningún apuro. Por otro lado las cosas de esta vida apuran, y el mundo aparece bien real, bien existente, y bien sóli-

do y magnífico para el que tiene plata, y el que no la tiene se muere de hambre como dos y dos son cuatro, como he visto días pasados en el cine. Y la prueba es que los frailes mismos —que son los que dicen que se puede vivir sin plata— tienen unos conventos regios, como he visto también en el cine. Esto no todos lo dicen así, pero está implicado en esta común conducta de carrera furiosa a la plata de que todo el ambiente nuestro nos brinda tantos ejemplos; ¡y qué altos ejemplos de tanto en tanto! Esta conducta general y por lo mismo contagiosa, a menos no estar contrarrestada por los más sólidos principios, implica con respecto al prójimo el siguiente apotegma: *Cada cual mire por sigo y al más débil, contra un poste.* Y como los débiles son los más en la humanidad, he aquí que una minoría más astuta, activa y enérgica, usando tal filosofía llega a apoderarse de los medios de producción y de los resortes del poder de una manera enorme, y llega a tener en sus manos, como ha dicho el papa Pío XI, junto con enormes caudales, un poder ingente de explotación de las masas humanas, poder tanto más terrible cuanto más incontrolado, oculto, invisible: un poder tentacular invisible, que de hecho es mayor a veces —dice el papa— que el poder político de los gobernantes visibles, como nuestro presidente, poder con el que pueden, por ejemplo, enviar a una nación medio a ciegas a una guerra. Esa minoría no puede desear la gloria del nombre de Dios; Dios es la única arma que tiene contra ella el inmenso ejército del Desheredado. Esa minoría no puede ser muy amiga de Dios; y de hecho, en forma más o menos explícita y formal, es enemiga de Dios.

No es extraño que al otro extremo de este fenómeno del dominio del demonio Plutón en el mundo moderno, exista otra pequeña banda de hombres muy listos, cabezas claras, violentos, entusiastas, luchadores, enérgicos, que tienen como ideal supremo y fortísimo, que vibra en ellos con una vibración casi religiosa, la destrucción de tan horrible estado de cosas, la liberación de las masas humanas de esta fuerza inhumana e implacable que es la Moneda, la destrucción del actual

orden social, que les aparece como algo infernal, odioso, insoportable. Estos hombres saben lo que es el Odio y saben de su embriagadora sed de destruir. Quieren hacer una nueva sociedad, un nuevo mundo, un Nuevo Hombre y, para eso, destruir hasta las raíces el actual, que les parece —en una especie de visión maniquea— radicalmente inficionado por las esencias del Mal, infinitamente odiable. Y entre esas raíces y esos sostenes del orden actual topan la religión, la Iglesia, el Cristianismo, Jesús de Nazareth que dijo que Él era Dios... El paso es perfectamente lógico. "*La Religión es el Opio del Pueblo*", dice Marx. "*Dios es la Humanidad hacia una Super-Humanidad*", dice Bernard Shaw. "*Dios ha muerto*", dice Nietzsche. "*¡Muera Dios!*", dice Lenin.

Más hondo que estas dos bandas de capitalistas y comunistas, existe una más horrible y secreta; pero esa yo ya no la conozco, por suerte. Ha hablado de ella misteriosamente monseñor D'Herbigny en un trabajo filosófico sobre la persecución a la Iglesia en el mundo moderno. En un informe presentado al Vaticano sobre la persecución religiosa de los Sin-Dios en Rusia y Méjico, este ilustre prelado y sabio francés decía: "*Imaginemos un hombre de empresa y de presa, como ese mister Heythorp, tan maravillosamente pintado por Galworsthy en su novela* A STOIC, *dotado de las viejas cualidades de audacia, decisión, tenacidad y brío del pirata anglosajón trasladadas al mundo de las finanzas, con la aventurería del explorador aliada a la precisión del matemático, como hay tantos en el mundo moderno; imaginemos a uno o muchos de estos hombres fríos y poderosos, posesionados por una violenta pasión contra el catolicismo, por una razón o por otra; o por haber sido educados así, o por haber topado contra la religión en algunas de sus magnas empresas de lucro y logrería. Hombres así aislados o unidos, dentro de la Masonería o fuera de ella, constituyen un poder persecutorio, tanto más temible cuanto menos visible, y explican muchos fenómenos sociológicos contemporáneos, porque se convierten como en el alma y en los jefes de los movimientos anticristianos más o menos informes o instintivos. Un hombre así fue el barón de Rotschild, el que pagó*

la Vida de Jesús *del apóstata Renan. Otro fue Calmann-Lévy, el que financió toda la obra venenosa de Anatole France. Otros fueron los banqueros Morgan, que suministraron a Lenin los fondos necesarios para la revolución de Octubre*". Hasta aquí monseñor D'Herbigny.

Contra estas demoníacas fuerzas ocultas, la Iglesia tiene primero de todo dos armas, que son los brazos levantados al cielo de la oración, y los brazos en cruz de los mártires, los brazos del padre Pró que cae acribillado de balas con la sonrisa en los labios; y después, todo el arsenal de las virtudes cristianas, de la palabra de Dios que es espada bífida, y también de la inteligencia y el pensamiento, sobre todo en los que gobiernan, porque Cristo Nuestro Señor nos ha mandado ser simples, pero nos ha prohibido ser sonsos, al menos los que gobiernan. Y en su vida nos dejó grande e inestimable ejemplo, que no debe ser suprimido del Evangelio, del uso que se ha de hacer de la ira y la indignación —que son pasiones humanas ciertamente refrenables, pero no suprimibles—, cuando se levantó como un león y como un nuevo Moisés contra los que deshonraban e injuriaban directamente a Dios con sus palabras y acciones, haciendo una demostración violenta contra ellos que le puso en peligro, y más tarde de hecho le costó la vida. Porque *A Dios rogando y con el mazo dando* es también un refrán cristiano.

Nuestra *intención* dice: "*Rogar por la conversión de los que injurian a Dios*", y reflexionando sobre ella hemos llegado a un punto que parece más cerca de la inquisición que de la conversión. No es así sin embargo. Es que los que han llegado a cierta clase de pecados no se convierten con cualquier clase de sermones, ni siquiera con cualquier clase de oraciones. Por eso arriba hemos nombrado el martirio. No obra en ellos el sermón de palabra sino solamente el sermón de obra. Cristo sabía perfectamente, cuando arrojó a los mercaderes del templo, que con su látigo Él no iba a derrotar a los soldados de Caifás ni a la legión de Pilatos; pero sabía también que era parte de su misión hacer aquel gesto de indignación en defensa de la honra de su Pa-

dre, y después sostener con su vida la autoridad de aquel gesto. Y eso es lo que hacían los mártires cuando volteaban un ídolo y después se dejaban atar para las fieras. No hay Cruzada verdadera sin la opción del Martirio; y éste es un pensamiento absolutamente necesario para hoy, en que varios movimientos de espada se adjudican el nombre de Cruzada. San Pedro tenía espada y le cortó la oreja a Malco; pero después fue y negó a Cristo, a pesar de sus buenas intenciones, solamente porque, teniendo en efecto alma de Cruzado, no había en su alma preparación de mártir. Se había dormido durante la Oración.

Roguemos, pues, porque Dios vuelva a unir en un haz esas dos grandes creaciones de la Iglesia, hoy desunidas por el liberalismo: el espíritu de Caballería y el espíritu de Apostolado. Los católicos liberales dicen: *Transijan, transijan, transijan; al fin y al cabo estos masones que gobiernan nos dejan predicar, y eso es lo principal, porque predicando nosotros se convertirán todos, incluso esos mismos masones.* Creen que es posible el Apostolado sin la Caballería, que es como decir la Gracia sin la Natura. En cambio, el católico totalitario cree todo lo contrario: *Usted dice que no hay Dios y yo digo que hay Dios. ¿Cómo lo prueba? Lo pruebo estando dispuesto a morir por esta creencia. Pero le prevengo que si usted, confiado en eso, vino a matarme, yo le voy a pegar un tiro primero, porque una cosa es ser santo y otra cosa es ser sonso, y morir por morir, es mejor vivir.*

Cada uno tiene una parte de la verdad cristiana. Roguemos porque se encuentren esas dos hermanas, y veremos entonces maravillas en la tierra.

MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS, *Buenos Aires, Año XXV, Tomo III, Nº 4, diciembre de 1941.*

La Coordinación y los católicos

Esto que muchos llaman *democracia* se está convirtiendo en un arte de embaucar al prójimo; y parecería que no hay mejor demócrata que el que más exitosamente practica el embuste. "Fulano no tiene condiciones políticas" le dicen a uno tranquilamente, queriendo significar un hombre que no sabe o no quiere mentir.

Y así, aunque el instinto del pueblo ha barruntado qué cosa es la *Coordinación,* el saber de los dirigentes se calla la boca o dice flagrantes mentiras. Por lo menos así dijo mi dichoso tío, el día siguiente que lo interrogué.

Hay "católicos" que sirven a la llamada "Coordinación" o "Corporación" de Transportes, y, lo que es peor, la defienden, siguió mi tío. Siempre ha habido en la Iglesia hombres que obran contra sus creencias, es decir, pecadores. Pero aquí se trata de un fenómeno de confusionismo, signo de los tiempos, y que en cierto sentido es peor todavía que la flaqueza de la voluntad; digo la ceguera de la mente, o sea la falta o falsificación de las *creencias*, proveniente de una honda anemia de las *vivencias*. Esto no excluye la posibilidad de que algunos hayan sido engañados o sorprendidos allá en 1935, supuesta la forma solapada y hábil con que se llevó la famosa ley. Pero ahora eso parece imposible.

Lo que se ha llamado ladinamente *Corporación* no tiene nada de la corporación medieval ni de la corporación de que hablan los papas en sus encíclicas sociales; es justamente todo lo contrario. Es un monstruo plutocrático, armado de una ley injusta, que va derechamente contra la letra de las encíclicas de León XIII y Pío XI. Se trata de un *trust* de capitales anónimos

internacionales hecho para explotar sin concurrencia alguna y en condiciones ventajeras la necesidad del transporte urbano de Buenos Aires. Pueden poner todas las Vírgenes de Luján que quieran en las paredes de sus estaciones. No sólo es mala en su género sino que aparece a más ornamentada de una cantidad de iniquidades y fealdades supererogatorias que la convierten en un verdadero monstruo, que la hacen trascender la usura para rozar el robo y el insulto puro y simple: incide sobre las clases pobres, despoja a un pequeño gremio artesanal de su instrumento de propia invención, aprieta las ataduras de la esclavitud económica de la patria y se adorna graciosamente de sobornos, mentiras, falsificaciones, violencias, sin contar un repugnante paternalismo hacia los despojados y vejados. Esta aberración se ha consumado paso a paso, sin que la conciencia católica del país haya bullido apenas, lo cual prueba que ella está bien dormida, o bien cautiva, o al menos transitoriamente muda. El hecho de que los colectiveros hayan cometido y hayan de cometer infinidad de faltas, que sean antipáticos y maleducados y que sus transportes no lleguen a la perfección, no levanta un ápice de la malicia de sus contrarios.

La calificación de la *Corporación* en el respecto económico y político ha sido puesta de manifiesto en un limpio estudio de Julio Irazusta, aparecido en La Voz del Plata el 16 de septiembre de 1942 [20]. Los servicios de transporte de Buenos Aires venían siendo llenados en forma pacífica y rutinaria por compañías anónimas extranjeras, que retiraban emolumentos verdaderamente usurarios sin mayor riesgo, inteligencia ni esfuerzo. De repente se ven amenazadas, en virtud de la ley del progreso y del ingenio del pueblo porteño, por una empresa privada, el *colectivo*, que absorbe el favor popular y sirve a sus necesidades con más eficiencia y con una

[20] Este artículo titulado *La Corporación y los colectivos* integra su libro El liberalismo y el socialismo y otros ensayos económicos que al igual que otro suyo, Estudios histórico-políticos, aparecerá en la Biblioteca Dictio próximamente.

reducción de los gastos de capital a la *vigésima parte* del tranvía —si contamos el capital que "figura", aunque por cierto evidentemente aguado por los contadores al fusionarse en *trust*.

Entonces, las obscuras potestades financieras con sede en Londres extorsionan a un presidente argentino y después "adquieren" de un Parlamento argentino una ley monopolio que anula por fuerza la molesta competencia, se apodera del instrumento y del *habitus* creados por ella en años de trabajo y arroja violentamente y contra su voluntad a una cantidad notable de artesanos independientes al rebaño infernal del proletariado. La libertad de trabajo garantizada por la Constitución, las normas primeras de una sociología sensata y hasta la justicia natural son violadas de frente; pero veamos, ya que hablamos de católicos, la letra misma de las encíclicas pontificias: *"Hemos quitado los Privilegios de los Reyes, que al fin eran personas vivas a quien poder matar si abusaban mucho* —suspiraba mi tío— *y se los hemos dado al ídolo Capital, que es un ídolo metálico indestructible...*".

Comentando y complementando las enseñanzas de su predecesor León XIII, enseña solemnemente el papa Pío XI en su encíclica Quadragesimo anno: *"El número de los proletarios indigentes ha crecido sobremanera y sus quejas claman a Dios desde la tierra... ya ese número se suma al ejército enorme de los mercenarios rurales, deprimidos a ínfima condición de vida y destituidos de toda esperanza... Por lo cual con toda el alma hay que procurar una redistribución de la riqueza, que convierta a los proletarios en pequeños propietarios... Salta a los ojos de todos que en nuestros tiempos se están acumulando, junto con grandes riquezas, un poder enorme y un despótico dominio en manos de pocos, quienes las más veces ni siquiera son dueños sino depositarios y administradores del capital que rigen a su entero capricho... Este poder despótico, que abarca también el crédito, es ejercitado con una saña incalculable y él controla toda la circulación y la sangre de la vida económica... De donde surge una competencia*

desenfrenada, que deja sobrevivientes tan sólo a los más potentes, vale decir, casi siempre, a los más feroces y menos escrupulosos... Este choque de fuerzas y poderes engendra tres guerras: guerra por la primacía económica primero; guerra por incautarse después del poder público, para usarlo y abusarlo en las empresas de lucro; guerra internacional por los mercados... Mas los últimos frutos de este espíritu individualista en la economía son los que vosotros, V. Hermanos, viendo estáis y lamentando: destrúyese la útil libre concurrencia, cae el mercado libre cautivo de la potencia financiera, y la sed de lucro suscita desenfrenada ambición de poder. Toda la economía se vuelve horrendamente dura, implacable y atroz. Añádese a esto que de la confusión y el hibridismo entre las funciones políticas y las funciones económicas han surgido daños gravísimos, como es por ejemplo —uno de los peores— la abyección de la dignidad gubernativa, la cual en vez de tronear altísima como debiera, suprema reina y oráculo infalible al solo bien común tensa y atenta y horra de toda torsión partidista del ingenio del pueblo porteño, se ha derrumbado esclava, encadenada y entregada a las codicias y ambiciones de sus súbditos...".

He aquí, pues, a la manera sintética y noble del estilo pontificio, la historia filosófica de la Pseudo-Corporación y verdadero Monstruo que otros entre nosotros han analizado en detalle: concurrencia irregulada hija del liberalismo manchesteriano, coalición de los potentes pocos para derrotar a los pequeños muchos, absorción del poderío financiero y después político en manos implacables e invisibles, guerra atroz entre los genios del dinero, lanzamiento paulatino de los más a la condición de proletarios, con la inevitable secuela de la lucha social y el morbo del comunismo. En el fondo de todo el proceso, el vicio contra natura y el pecado capital de la *usura*: el demonio Plutón de quien dijo expresamente Jesucristo que tiene garras muy duras donde caen necesariamente los que se imaginan poder servir a dos señores.

El mejor comentario de las encíclicas sociales de la Santa Sede es el libro de Hilaire Belloc La crisis de

LA CIVILIZACIÓN. Belloc expone allí los *trusts* como el fenómeno final y fatal del implacable proceso capitalista, seguido luego por la explotación irremediable del pobre y su rebeldía subsiguiente en comunismo; y tiene la precaución de precisar para uso nuestro, que ningún *trust* es tan nefasto como el de los transportes en las grandes urbes...

"*Vamos a suponer* —dice en pág. 202 de la primera edición de la Editorial Sudamericana, de Buenos Aires— *un grupo de capitalistas controlando cierta línea de ferrocarril con ciertos problemas que resolver y ciertas necesidades públicas que satisfacer. Supongamos también otro grupo controlando otra línea y enfrentado a otra serie distinta de condiciones y necesidades. Puede resultar difícil ajustar las funciones de ambos en forma que los dos combinen bajo un solo control, aunque semejante combinación prometa ventajas debido a la reducción de gastos administrativos... Pero la fusión de dos grupos financieros puede realizarse automáticamente.*

"*No existe un obstáculo material que estorbe. Se trata de arreglar una combinación provechosa en el arte conocido de la teneduría de libros. He aquí cómo la Usura —quiero decir la percepción de intereses por un adelanto de dinero o simple crédito, abstracción hecha de si rinde o no rinde— tira a centralizar siempre. A la larga se forma una especie de pulpo que extiende sus tentáculos por la sociedad entera...*".

Lo gracioso de este texto es que el *holding* allí denunciado por Belloc como nefasto es una criatura inocente al lado de lo nuestro. Allí se trataría de dos empresas que prestan servicios y se fusionan con el fin de suprimir la concurrencia o simplemente aumentar el lucro; en nuestro caso se trata de una empresa que apenas presta servicio por inefectiva, atrasada y angurrienta que, valiéndose de manejos delictuosos y una ley ante el derecho natural netamente inválida, elimina por el dolo y la fuerza otra empresa vigorosa eficiente y útil. "*Simplemente nos toman por imbéciles a los argentinos, yo no he visto cosa parecida*", rugía el tío, que, como gallego naturalizado, era argentino sin mayor altanería.

Continuemos oyendo a Belloc aunque sea a trocitos: el gran *trust* produce la masa prolctaria, esclavizada a pesar de su mentida "libertad" política; la masa esclava se subleva contra el "orden" injusto en comunismo y guerra social; la guerra social trae consigo la necesidad ineludible de la dictadura en los países que se resisten a perecer del todo... Craso trae a Espartaco; Espartaco suscita a César...

"Aliada a la Usura, la libertad del «dumping» destruye al pequeño propietario en ventaja del grande; y esto haciendo, produce esa masa de hombres en lo económico esclavos, cuya libertad política hay que poner en tela de juicio, porque no se funda en nada sólido, en ninguna porción útil de bienes que la respalde. La libertad política sin la económica no tiene vigencia, y porque el actual proletariado tiene la una y no la otra, se subleva amenazando la estructura básica del mundo moderno". El que tiene que comer en las manos de otro, no es ciudadano, es esclavo, sicofante, cliente o caballo.

"Significamos mediante el término «capitalismo» un estado social en que la masa de los ciudadanos libres —o al menos una porción de ellos con valor determinativo— carece de los medios de producción de tal modo que se ve constreñida a vivir percibiendo salarios de manos de los poseedores de la tierra o el capital: estos despojados se llaman «proletarios»".

"Este nombre [capitalismo] *de una gran calamidad que amenaza la existencia misma de nuestra sociedad, no significa el derecho a la propiedad, significa la propiedad desmesurada, hipertrofiada, hinchada en forma que no pudiendo trabajar normalmente nos amenaza con un desastre"*.

"La tendencia fatídica del capitalismo no es que quiera voluntariamente «explotar»; la raíz del mal es la existencia de un gran número de hombres inermes contra la explotación y contra la tendencia natural de esa nefasta mentira que supone procreador al oro muerto".

"Repitamos y expliquemos netamente esta característica: la calamidad que está en la raíz del Capitalismo no consiste en su poder de realizar beneficios ni en su

independencia sobre la propiedad privada...; sino en la presencia de un «proletariado»; es decir, de hombres con la libertad política y carentes de la económica en tal número que determinan el tono de una comunidad social en un momento dado y pueden comunicarle el veneno de su resentimiento y el ímpetu de una inevitable y feroz pasión colectiva".

"La presión que lleva a la guerra social sólo puede suprimirse eliminando uno de estos dos términos incompatibles: o devolver la propiedad a una mayoría de familias proletarias, o suprimir la libertad por una dictadura de masas, o atea como en el comunismo, o pagana como en el nazismo".

"Son dos espíritus frente a frente, dos espíritus contrarios; uno de ellos triunfará. Los dos no pueden triunfar juntos ni tampoco mezclarse".

"La solución del comunismo sigue la línea de menor resistencia: la restauración equilibrada de la propiedad es asunto arduo, complicado y lento; en cambio la transformación de una sociedad capitalista en una comunista sólo requiere una extensión de las condiciones ya existentes".

"Sabemos por experiencia que el camino que nos conduce al comunismo pasa a través de una inmensa masacre".

Parece imposible que la conciencia católica argentina, frente a estos hechos y estos textos, no pueda producir más que esporádicos mitines en la Plaza Once o en el Luna Park, que por lo demás salen mal y son inefectivos, y no se resuelven ni siquiera en oración, no digamos nada de la "acción". Es, pues, necesario estampar, como retrato de nuestra Patria, el párrafo final de la Rerum novarum: *"Destruidos en el pasado siglo los antiguos gremios de obreros y no habiéndoseles dado en su lugar defensa alguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la religión de nuestros padres, poco a poco ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos e inermes, por la condición de los tiempos, a la inhumanidad de los patrones y a la desenfrenada codicia de los competidores.*

"A aumentar el mal vino la voraz usura; la cual, aunque más de una vez condenada por sentencia de la Iglesia, sigue siempre bajo diversas formas la misma en su ser, ejercitada por hombres avaros y codiciosos.

"Júntase a esto que la producción y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos; de tal manera que unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos".

Y bien, la "Corporación" se defiende. En una audaz carta al ministro del Interior, profusamente "solicitada" en toda la prensa llamada "grande", enumera las razones que tiene para *"no suspender por más tiempo las incautaciones de todos los medios de transporte... que tiene la obligación de incorporar, cumpliendo con toda decisión y cuanto antes con las finalidades de la Ley de su creación"*... Con esta caradurez hablan.

Las razones son las siguientes: *hay que ordenar los transportes en Buenos Aires; ellos los plutócratas tienen una Ley aprobada, ellos pagan a los colectiveros un precio justo por sus coches, ellos se mantienen dentro de la legalidad, en las grandes capitales europeas la «coordinación» ha dado resultado, de su constitución se seguirán una serie de ventajas técnicas, financieras, sociales y estatales.* Despojada de la faramalla retórica, abundante en medias verdades, efugios, inexactitudes y positivas falsedades, éstas son las razones de la "corporación" plutocrática.

Y bien: *1.* No hay que ordenar los transportes con daño profundo de la comunidad social y con lesión de la ley natural, es decir, con un desorden mayor — *2.* La ley aunque no estuviese viciada por el soborno es netamente injusta, posiblemente inválida, y la legalidad que ella crea es la legalidad de la tiranía — *3.* Las ventajas enumeradas no lo son directamente para la sociedad ni siquiera para el Estado, sino de inmediato para los explotadores de los transportes y los capitales internacionales que ellos representan — *4.* Finalmente, la

comparación con otras urbes europeas es una grotesca mistificación, asunto de tirar tierra a los ojos. En efecto, los subterráneos de París, los mejores del mundo, no pertenecen a un consorcio internacional sino a la Comuna de París, cosa que el redactor de la carta no puede ignorar aunque calla; los de Londres tampoco pertenecen a capitales extranjeros sino nacionales; y en último caso, el hecho de que urbes europeas hayan caído en *otro tiempo* —porque allá se está cambiando todo— en el dogal del monstruo plutocrático, no arguye para nosotros obligación ninguna de meter la cabeza en el mismo tajo, a no ser que se nos tome por zulúes o por *minus habentes.*

La extrema precariedad de la defensa justifica lo que han dicho de la Corporación sus peores enemigos. Tiene el descaro de apelar a las ventajas "sociales" que proporcionará a los mismos espoliados; a la yapita de dinero que van a salir ganando por su coche; a la "*situación excepcionalmente beneficiosa que resultará para 30.000 obreros*" (!). Esto es lo que digo que va derechamente contra la letra de las encíclicas —y el sentido común—, lo que ningún católico debe pararse a discutir ni examinar, porque para eso somos católicos de raza hispana, para arrojar los papeles a la cara con un mentís rotundo a quienquiera contradiga abiertamente el sentir de Nuestra Santa Madre la Iglesia Jerárquica, como decía el capitán Iñigo de Loyola.

Lo espantoso en este caso para la Argentina es la existencia de una legalidad perfecta en favor de lo que es anticristiano, inicuo y ruinoso. Eso demuestra la debilidad esencial de nuestra institución política, su capacidad fabulosa de derrota y de rendición, su incapacidad para resolver un problema vasto (el problema de ordenar los transportes, un problema casi de policía) sin ceder al deslumbramiento y al untamiento del extranjero, sin agarrar instintivamente por el camino más fácil, que es el camino del declive.

CABILDO, *Buenos Aires, Nº 255, 13 de junio de 1943.*

Los curas proletarios

El episodio de los *curas obreros* de París no tiene la importancia que las cháchara periodísticas le atribuyen. Desde su comienzo vimos que en ese experimento de "*apostolado clandestino*" —como lo ha llamado Sulis— había matute, moda y mojiganga. Lo que tiene importancia es la cuestión de los curas proletarios, y en general de los curas trabajadores. El que consiguiera que los curas argentinos trabajaran, por ejemplo, haría un aporte importante al Plan Quinquenal.

Desde el tiempo en que Tito Livio en su empaque imperial injuriosamente llamó a los galos "*nata ad vanos tumultus gens*", los franceses han sido un poco barulleros, como asimismo riñosos y madrugadores; de hecho su animal totémico es el gallo. Así que hicieron grande alharaca cuando algunos pocos sacerdotes, suficientemente robustos para el caso, y con los más amplios auspicios del cardenal Suhard, se entraron sigilosamente (?) de estibadores del puerto, mecánicos o chóferes, como quien entra en la nueva orden religiosa de los tiempos modernos en busca de una mayor perfección de vida.

Efectivamente, el obrero manual es el único trabajador; el trabajo es la virtud; y la virtud es la santidad. De modo que cuando los proletarios tengan *todo el poder*, sobrevendrá el Paraíso Terrenal y se podrá suprimir incluso el mismo *Poder*, que no es sino una de las consecuencias del Pecado, es decir, del *capital*; de acuerdo a la visión religioso-maniqueo-mesiánica de Carlos Marx [21].

21 Ver el MANIFIESTO COMUNISTA, Capítulo III.

De modo que se anunció *bruyamment* al mundo, como una gran cosa, que había ya "curas obreros"; y el mundo, olvidado de que Jesucristo había llamado ya a sus apóstoles con ese nombre (*"dignus est «operarius» mercede sua"*) se admiró; olvidado de que cualquier sacerdote que cumpla con su deber no tiene más remedio que ser un trabajador que trabaja por lo menos tanto como los que celebran el 1 de mayo; aunque a veces tenga que quedarse en su cuchitril el 1 de mayo, trabajando con gripe, y no pueda hacer su acto de presencia.

Este párrafo se refiere a los curas que trabajan en su trabajo; porque el que trabaja en trabajo ajeno no es buen trabajador. ¿Y cuál es *su* trabajo?

"¡Oh cura! ¿con qué trabajas — si no es con la cabeza?" dijo el hijo de Martín Fierro.

Ciertamente el cura no es un trabajador manual. Mas el trabajo de la cabeza es uno de los más bravos e insalubres que existen; y es una cosa que hoy día, como lo hagas bien y de veras, te manda quizás a la miseria y te convierte en cuanto te descuidas en proletario; y no de cualquier clase sino de la que los marxistas llaman *lumpen-proletarien*. En tiempos más propicios a las letras y menos a las armas que los nuestros, Cervantes dijo empero que uno de los peros de la vocación de letrado eran: *"dolores de cabeza, indigestiones de estómago"*; y vive Cristo que no iremos nosotros los escritores y maestros actuales a contradecirlo, aunque en eso de las indigestiones el peligro ha disminuido mucho, con un aumento en cambio de los dolores de cabeza.

"La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones hasta ahora reputadas como venerables. Del médico, del jurisconsulto, del sacerdote, del poeta, del sabio, ha hecho trabajadores asalariados", dice Marx en el mismo manifiesto. Se olvidó de decir que si de muchos sacerdotes ha hecho proletarios, de algunos ha hecho capitalistas: contraparte inevitable.

Sacerdotes capitalistas no son los que tienen capital —pues francamente creemos que los obispos buenos

deben tenerlo—; sino pura y simplemente los que no trabajan con la cabeza. Son simples ociosos que viven del trabajo ajeno. ¿Y qué diremos de los que ocupan altos puestos o manejan grandes sumas sin tener cabeza alguna visible o ponderable?

Se ha cumplido entre nosotros la predicción de Carlos Marx respecto al sacerdote. Lo mismo que en el *siglo*, supuesto que la Iglesia no tiene más remedio que existir en él, en la Iglesia los *bienes* están defectuosamente distribuidos; y los *instrumentos de trabajo* no están a veces en manos de los trabajadores sino de los ociosos, de los perros de hortelano que no comen ni dejan comer; simplísimo abuso capitalista que subleva con toda razón a Jaime María de Mahieu.

Existen naturalmente parroquias *pobres*, y parroquias *ricas* que producen grandes rentas automáticamente como predios o como feudos; y las parroquias se adjudican entre nosotros por el más absoluto discrecionalismo, sin el menor control o respecto a méritos, aptitudes o necesidades —por ejemplo—; y por este tenor se podrían poner otros muchos ejemplos. La regla verdadera de la justicia social o *distributica* —como la llamaban los antiguos— respecto de las entradas de cada uno, es —según Santo Tomás— *"lo que le es necesario según su estado"*, puesto que es evidente que no son las mismas necesidades en un destripaterrones y en un monarca y que la "producción" propia del monarca se obstaculiza, con daño de todos, de dársele los mismos medios de vida que al destripaterrones; y el estado de estudioso, de intelectual, de investigador, de doctor, tiene muchas más necesidades psicológicas, e incluso físicas y fisiológicas, que la de un ganapán de la liturgia que se pasa el día haciendo ceremonias. Justamente contemplando este hecho creó en otros tiempos la Iglesia la institución de los "canónigos", que hoy día ha degenerado de su fin y de su carácter de una manera deplorable... y absoluta, posiblemente irremediable.

Esta decadencia —y otras que sería largo tocar— tiene sus raíces en la decadencia de los estudios de los

eclesiásticos; en suma, para hablar breve y mal, en la haraganería. Si el fin del sacerdote fuese hacer ceremonias, largar bendiciones o inaugurar iglesias feas, todas esas ceremonias se pueden aprender en menos de seis meses; y no tendrían sentido los largos años que la Iglesia prescribe para esa vocación, hoy día "carrera", cuando no negocio. "*Hemos puesto la religión en las escuelas; sería conveniente llevarla también a las iglesias*", dijo don Pío Ducadelia.

Lo menos que se puede pedir a un cura por oficio es que sepa predicar el EVANGELIO. Supuesta por otro lado la fe, el saber hablar en público y un cierto conocimiento de la ESCRITURA SACRA debería ser un mínimum indispensable para una ordenación sacerdotal. No se ve eso. En nuestras iglesias católicas se predica muy poco; y eso bastante mal, en general. Es mucho más fácil hacer moralina y perderse en consideraciones gazmoñas acerca del "pecado feo", que leer, explicar y revivir el pequeño librito que contiene la vida y las palabras de Cristo; el cual, entre paréntesis, habló muy poco del "pecado feo", como hombre de buen gusto que era.

Es más fácil: el EVANGELIO contiene *misterios*; los misterios son el objeto de la Fe; la Fe hoy día es lo difícil. Esquivando la paradoja y la angustia de la Fe, la carrera de pastor de almas se vuelve relativamente fácil, reducida al pastoreo de ceremonias. A esos curas harán bien los comunistas si llegan al poder en imponerles un trabajo manual ¡y qué falta les está haciendo a algunos buenos monseñores un buen trabajo manual! Pero por justo juicio de Dios habrá que imponerlo a todos, a ésos y a los otros; dado que el actual estado de la disciplina eclesiástica en este país impone injustamente el trabajo manual a los *otros*, a los que tienen vocación intelectual. Con gran prudencia impuso el cardenal Innitzer a sus seminaristas de Viena que aprendiesen un oficio manual: criticado por algunos "teólogos" españoles, los sucesos posteriores le dieron la razón.

El argentino tiene una religión sentimental y pueril, cuando no meramente política. Aquí no se ha pro-

ducido en tantísimos años de catolicismo un solo libro eximio acerca de la religión, porque el argentino, incluso el sacerdote, no *piensa* su religión; lo cual es casi igual que decir que no la tiene; ¡y con tantos deanes, tantos canónigos, tantos prelados, tantos profesores y "doctores", tantas becas y prebendas, tantos edificios enormes, tantas bibliotecas intonsas!

El problema teológico de la Fe no es el objeto de este artículo, que contempla solamente, de acuerdo al carácter de nuestra revista, el trabajo sacerdotal en su relación social y sociológica. Sobre este tema escribió un sacerdote argentino, Honorato Améndola dei Tebaldi, una sensata circular que no fue tomada en cuenta; y lo toca Hernán Benítez en su último libro. Ese trabajo anda mal; y eso es causa oculta de muchos graves daños de toda la comunidad nacional. Si no se lleva la religión a las iglesias, de acuerdo al pío deseo de don Pío Ducadelia, habrá que llevar por lo menos la sociología; y no podemos excusarnos de hacerlo, por desagradable o peligroso que nos resulte, ya que nos ha ganado por la mano Carlos Marx; y él la ha llevado a su manera, como se verá en la gran encuesta sobre el comunismo en que se ha empeñado nuestra revista.

Una grave revisión y puesta a punto de los estudios eclesiásticos —la misma que pedía Balmes para España en 1844, *La instrucción del clero,* en revista La Sociedad, II, pág. 301— es una cosa que ya no concierne sólo a las autoridades eclesiásticas, sino a la comunidad nacional, en su equilibrio actual y en sus destinos futuros; que ya experimenta los malos efectos de los malos estudios actuales, y cuyo sentimiento estas líneas apresuradas no hacen sino traducir, lo más fiel y respetuosamente posible. La joven y activa Universidad de Tucumán ha concedido una equiparación de los estudios del Seminario Diocesano con los suyos propios, para facilitar una útil ósmosis a la cultura nacional. Esta medida es justa y progresista; pero supone que los estudios eclesiásticos se pongan a una altura universitaria, sin lo cual la universidad no puede obtener otro efecto que sabotearse a sí propia.

Ramiro de Maetzu ha escrito en su DEFENSA DE LA HISPANIDAD: *"El bachillerato enciclopédico en Sudamérica no consigue formar sino legiones de almas apocadas, que necesitan del alero de una oficina pública para ganarse el sustento"*; eso son muchísimos sacerdotes en nuestro país: oficinistas. Los espléndidos atributos del sacerdote que hallamos en la ESCRITURA y los poetas profanos —como Baudelaire— no les son aplicables.

Con gran despliegue de grandes edificios, de ostentosas ceremonias y falsos "doctorados", la burocracia eclesiástica lanza a la circulación almas sacerdotales apocadas, hombres que no parecen hombres, y que en realidad son esclavos, *"incapaces de la amistad"*, como dijo Aristóteles del esclavo; porque dependen para su sustento absolutamente de su "oficina", de la que puede privarlos sin ambages en cualquier momento la voluntad del obispo y echarlos a la vía, con una "suspensión" justa o no; que en eso no hay ni control ni apelación ninguna posible. Aquel que come su pienso de las manos de un amo arbitrario, no es libre. El que no es libre no puede ser sacerdote, en el verdadero sentido de esa palabra. Los antiguos cánones de la Iglesia prohibían ordenar sacerdotes a los esclavos, a los malnacidos y a los idiotas. La Iglesia Argentina —como lo sabe la historia— ha tenido otrora por arzobispo a un malnacido, a un bastardo. Así le ha ido al pobre.

Sin que queramos que el método marxista explique todos los fenómenos sociológicos, explica, sin embargo, como *causa material* este problema que está en el tapete y en la consideración de todos los avisados: la Iglesia Argentina enseña latín, y aquí no ha habido un solo gran latinista; enseña griego, y no hay helenistas; enseña hebreo, y la cátedra de hebreo de nuestra Facultad máxima la tiene que ocupar un rabino, y bien ocupada por cierto.

Se enseñan cinco años de letras humanas y no hay sacerdotes escritores, ni siquiera buenos oradores; se enseñan (?) tres años de filosofía, y no hay filósofos

clérigos: Alejandro Korn, un médico, tiene que inaugurar la filosofía argentina. No hay teólogos, no hay escrituristas, no hay juristas sacros, y, sin embargo, se pretende enseñar todo eso, y se piden al Gobierno sumas ingentes con ese pretexto. No hay un solo libro bueno sobre esas materias producido en el país y en toda su historia; que depende por tanto en eso de la producción extranjera. Todo esto depende de inmediato de los malos estudios, o de la mistificación y la haraganería en las "universidades" eclesiásticas; y, en el fondo, del mal uso de los bienes eclesiásticos, del nombramiento politiquero y tortuoso de los obispos, de la intromisión y prepotencia de algunos "nuncios" extranjeros, de la angurria vegetativa de algunas órdenes religiosas desordenadas y mal gobernadas. En suma depende, como dijo poco ha el senador Mac Carthy hablando de otro asunto, *"de un aparato burocrático que se ha vuelto pesado, rígido y ciego, que oprime en vez de ayudar, y que ya no responde al objeto para que fue instituido"*.

De todo esto hablará dentro de poco mejor que yo el padre Hernán Benítez en un libro que prepara sobre el estado actual de la Iglesia, según nos refieren. Pero ya ha hablado el padre Lombardi, en un librote titulado Pío XII PER UN MONDO MIGLIORE que está en nuestras manos; el cual Lombardi, *"il microfono di Dio"*, aunque no sea santo de nuestra devoción, "propala" aquí varias cosas excelentes, entre ellas una amplia revisión del armazón externo de la Iglesia, que parece —y está— hoy día carcomido en tantas partes.

"La introducción más y más larga y directa de los laicos en la ciudadela eclesiástica, tan celosa hasta hoy de la exclusividad de sus poderes", exclama el orador italiano, tesis que tiene por autor primero al excelso poeta francés Paul Claudel. En suma, en vez de que los sacerdotes se "entren" de obreros, que los obreros hagan un poco de sacerdotes, en ese gran "senado de católicos" que él propicia. También él hace notar que el manejo impersonal de los asuntos eclesiásticos por una burocracia mecánica y ciega puede producir ma-

les espantosos, como produjo el resentimiento y la caída reciente de un gran teólogo alemán ¡y no de uno solo a osadas!, idea que en sus dos librotes Pío XII PER UN MONDO MIGLIORE y PER UN MONDO NUOVO propala el porvenirista "*il microfono di Dio*", con bastante malhumor de la prelatura vaticana, pero con el auspicio directo de Pío XII, según leemos en periódicos italianos.

En 1840 el ministro Mendizábal despojó a la Iglesia de sus bienes, sobre todo de los de comunidades religiosas, a los que llamó "*manos muertas*". El joven filósofo catalán Balmes, entonces de 29 años, discutió con altura el suceso en su revista LA SOCIEDAD, condenando como era obvio la injusticia intrínseca de la medida y sus desastrosas consecuencias políticas y sociales probables; mas terminó su alegato con una exhortación al estudio serio y a la vida contemplativa enderezada al clero y a las órdenes religiosas. La ocasión del despojo injusto de esos bienes la había dado pura y simplemente el mal uso de esos bienes; como suele suceder en todos estos grandes despojos políticos; el cual mal uso, si se contempla con una visión religiosa, es un abuso más grave en su propio plano, que el abuso subsiguiente del poder político: es un abuso casi sacrílego, por ser bienes sacros.

Con ejemplar prudencia y moderación, pero con coraje más ejemplar todavía, el joven sacerdote exhorta a sus cofrades clérigos y religiosos al estudio serio y "social", es decir, útil a la sociedad y realizado en equipo; y traza un esquema que es todavía actual —más actual que entonces quizá— *de lo que deben ser los religiosos de ahora.*

Sin exhortarlos a que deserten sus claustros por la plaza pública o los estudios profanos, o a que se entren de changadores o almaceneros, muy al contrario; aconseja empero su dedicación paralela o accesoria a las ciencias naturales, hoy predominantes, como sustitutivo del antiguo trabajo manual de los monjes. Copiar manuscritos antiguos o tejer cestos de mimbres es naturalmente inútil y ridículo hoy con la imprenta y las maquinarias; su importancia social ha desaparecido;

y la botánica o la química deben sustituirlos en esa tarea exterior y como manual, necesaria al contemplativo. Pero para eso es necesario procurarse maestros eximios, habilitar laboratorios, y respetar a la inteligencia —por lo menos no tenerle rencor, envidia o celos ruines. Hay que ponerla en su lugar y darle los medios. *Es necesario un buen uso de los bienes eclesiásticos.* Balmes mismo no tenía medios de sostener su excelsa revista; y murió antes de los 40 años *"a causa de los bárbaros disgustos con que le acortaron la vida"*, atestigua Menéndez y Pelayo.

Si los monasterios de hoy tuviesen el aspecto de la maqueta que Balmes traza en el Artículo II de su trabajo, creemos que los respetarían no sólo Mendizábal sino hasta los comunistas; sin necesidad de hacer asambleas "oceánicas" en el Luna Park.

Parecería pues que anda faltando en nuestro país otro Rivadavia eclesiástico que hiciera la otra Reforma, o la única que no concluyó nuestro Mendizábal; la reforma sociológica de los estudios eclesiásticos; para lo cual no necesitaría cambiar nada en lo que *no existe,* sino simplemente instaurar con sentido social y nacional la encíclica STUDIORUM DUCE; a la cual se quema incienso y se ponen ramitos de flores en todos los seminarios argentinos, pero no se cumple en ninguno.

Lo cual es una vergüenza y un desastre, no ya sólo para nosotros los clérigos, sino para toda la Nación, que necesita de la inteligencia tanto o más que de cualquier otro ingrediente; y que sin el ejercicio intenso y ordenado de la inteligencia va perdida, como todo aquel que va a oscuras.

DINÁMICA SOCIAL, *Buenos Aires, Nº 45, mayo de 1954.*

Lo Paródico

Solamente la absoluta necesidad de ganarse el puchero —es decir, *el hambre*— puede excusar actualmente a un hombre religioso de *hacer* periodismo. Pero ha de esforzarse si no quiere pecar en hacer periodismo no paródico.

Lo Paródico no significa lo que salió de la escuela de José Parodi; nosotros hemos salido de esa escuelita privada de un viejo español, donde se enseñaba a leer, escribir y contar —bien— un poco de historia argentina —genuina—, lectura expresiva, declamación y pelota a paleta; y una cantidad de poesías religiosas o masónicas de memoria; y se ignoraba enteramente el método de Pestalozzi, de Froebel y de Herbart —lo que llama un diario, hablando de Mantovani, "*lo científico-pedagógico*—, pero se aprendía algo.

Lo Paródico es la imitación de Lo Serio; cuanto más parecido a Lo Serio sin serlo, es más eficaz en el arte de la comedia. No es lo mismo que Lo Cómico, no es lo mismo que Lo Falso, aunque participa de esas dos categorías.

Lo Paródico no es hecho adrede: resulta de una degeneración o descenso de Lo Serio, como respecto de la religión, ese "*descenso de una mística en política*" que teorizaron Bergson y Péguy. De ahí que Lo Paródico no se puede atacar directamente sin peligro de lastimar lo que está detrás de esa corteza o ese tejido adiposo. Hay que usar las emanaciones radiactivas del humorismo.

Si uno de estos católicos *mistongos* me dice que yo me debo sacrificar por Dios —él también— y que

yo he sido elegido para "víctima" —tu abuela—, yo no puedo negarle sus proposiciones santas; mientras interiormente lo estoy mandando a la punta del sauce. Si uno de estos filósofos canonicales me hace un librote sobre Kirkegor, yo no puedo decir que es mentira lo que él ha copiado de otros libros; aunque sé perfectamente que Kirkegor y él son los dos extremos del diámetro, y por lo tanto de Kirkegor él no sabe un jerónimo; y así sucesivamente. Sólo el humorismo... y el heroísmo puede hacer mella en Lo Paródico.

La Argentina es actualmente un país paródico. En todo lo visible. No en su fondo; no en ese fondo del *país real* que oprimido y cuidadosamente recubierto parece estar alzando presión cuasi volcánica.

Detrás de esa costra de la parodia, Benjamín Aybar en Tucumán escribe EL REALISMO INTUITIVO, Diego Pró ESTUDIOS DE FILOSOFÍA y CONVERSACIONES CON BERNARECCI. Raimundo Pardo una doctrina epistemológica discutible pero original, Amadeo un buen libro de política aunque sea una muy mala defensa, Gaviola una crítica certera y casi feroz de la Universidad, y otros muchos que me excuso nombrar... ¿Que todo eso queda sepultado al instante? Déjenlo allí no más. La parodia entre nosotros está tocando los límites de la farsa; y entonces... adiós eficacia de la parodia, al quedar en calzoncillos.

Basta ver a uno de esos politiqueros afanosos por salvar el país, y aun crearlo de nuevo, mandarse una "proclama" o una "proclamación del pueblo"; manejando las palabras más graves que existen, haciendo malabarismos de psitacosis con términos abstractos que él no sabría definir: la Libertad, la Democracia, la Salud del País, los Derechos Obreros, la Felicidad de las Masas y de los Mazos, la Crisis Institucional, las Leyes Eternas, los Fueros de la Moral, las Dictaduras, el Progreso, el Bien Público, e incluso el Paraíso Terrenal, la Religión del Civismo y la Bomba Atómica; terminando naturalmente con el anatema a "las tendencias extremistas de derecha que resurgen en los Totalitarismos ignominiosos y «anquilosados»"... que él cree que sig-

nifica; *aniquilados*. Es una parodia viva de la filosofía política; e incluso de la política y de la economía. Les recomiendo los noticiarios "panamericanos".

Más fácil todavía para tener un cuadro plástico de Lo Paródico argentino es tomar su coraje a dos manos e ir a ver películas argentinas... por deber profesional y encomendándose a Dios primero: parodia de la elegancia en el vestir, parodia de la aristocracia, parodia del pueblo, parodia de la tragedia, parodia del drama, parodia de la poesía, parodia de la caballerosidad, de la "gran vida", del "Malevo Generoso", de la Magdalena Lunfarda, de la Obrerita Caída pero santa, del orden moral, del sentimiento, del amor, de la gracia, de Carlitos Chaplin... y hasta de la religiosidad. Sin embargo, el buen Pepe Arias me conmueve y conmueve al público de los barrios: no en balde somos argentinos. Un amigo mío estaba a mi lado echando venablos; y yo ciertamente comencé lo mismo. Pero...

Los cineastas conocen el gusto del público... aunque ellos carezcan a veces de todo gusto. En el fondo trabajan sobre una sustancia emocional que es cristiana... paródica. Un peoncito correntino que estaba a mi izquierda, venido a Buenos Aires "en vacaciones", hacía contrapeso a mi crítico de la derecha. Se sabía de memoria las viejas cintas argentinas ("*yo el cine – me gûsta – con locûra*) y me las explicaba:

"*–Esta es mejor todavía... Pepe Arias siempre acaba mal... Los hace casar a los otros y él no se casa nunca... Es triste; pero así tiene que ser no más...*".

–¿Por qué? –le dije yo.

"*–Y... así tendrá que ser no más...*".

¿Qué ley eterna es esa cuyo eco resuena en el correntino? Pepe Arias que concierta un matrimonio feliz aparentemente imposible, hace triunfar al cancionista desconocido y perseguido, desenmascara al villano, vuelve argentino al chiquito chinés, convierte al *gangster* herido y le hace restituir el "documento", y después retorna a la penuria y al fracaso... Pepe Arias Quijote apela en el corazón del vulgo a viejos instintos obnubilados e informes; y en el fondo toca las cate-

gorías morales cristianas, las más altas, la categoría del *mártir* y la categoría del *santo*... paródicas: del buen corazón, de la pureza omnímoda en la conducta, del desinterés inefable, de la abnegación sin límites... transportadas al ritmo de tango, y con una bandera azul y blanca en lugar de crucifijo. La culpa no es de él. Él es un buen actor, y más no le pueden pedir.

Ejemplo trivial para que llegue a todos, pero que forma parte de un conjunto y que depende de otras parodias más graves: la parodia de la cultura, triunfante por ejemplo en el "suplemento" de LA NACIÓN; la parodia de la filosofía en hombres de algún talento que cayeron en la tentación de la rana que quiso hacerse buey, y estallaron; la parodia de la política que es una especie de borrachera y un verdadero alcoholismo en el país y no quiero hablar de Lo Paródico en la religión. El "figurón", parodia del hombre prócer; el "pedagogo", parodia del maestro; el cura relumbroso y meterete, parodia del sacerdote docto; el pretoriano (o sea el *gorila*) parodia del honor militar; el demagogo, parodia del tribuno; el sabihondo, parodia del modesto estudioso; el politiquero, parodia del estadista; el macaneador, parodia del orador; el chiripitifláutico, parodia del poeta; el compadrito, parodia del coraje; el guarango, parodia del hombre libre... con la parodia de la "Constitución", la parodia del gobierno y la parodia de la revolución. ¿Y detrás? Y detrás la falta de moral pública y una manga de vivos y de mentirosos... y los bienes del país recogidos sigilosamente por el extranjero, por el que es extranjero en todas partes, el supercapitalismo internacional. Castigo de Dios a los pueblos que no aman bastante la verdad.

Todo esto se cifra en la frase que pronunció Clemenceau al visitar la Argentina, y que a medio siglo de distancia vibra todavía en la mente de muchos con más actualidad que nunca: *"El drama de los argentinos es que tienen que tener Institutos Pasteur... y no tienen Pasteur"*. La solución que daba Sarmiento era que había que tomar un mal Pasteur, y ayudarlo a vol-

verse Pasteur. *"Hay que hacer las cosas aunque sea mal* —decía el sanjuanino—, *después habrá tiempo para enderezarlas"*. Pero la fórmula degeneró por el camino de la mayor facilidad: ahora simplemente se inventa un Pasteur. Se inventa un Pasteur espantapájaros, y después se aplasta para que no estorbe a los Pasteur pichones.

La universidad libre... Es necesaria. Pero si se fabrica una "universidad católica" por el camino que ahora parece se ha tomado —y que opinamos de todos modos no va a resultar— la Iglesia se manchará en la Argentina con una universidad paródica. El tal camino falso consiste simplemente en hacer una gran fachada con adentro hombres que no son profesores universitarios, es decir, sabios —puesto que ser "católico", es decir, amigo del obispo, lo suple todo— y encomendar su dirección a un hombre que no sólo no tiene adentro una universidad, pero ni siquiera un universitario. Nadie da lo que no tiene.

Hace un siglo Soren Kirkegor anunció que Lo Paródico se estaba adueñando del mundo; o por lo menos de Dinamarca.

Y que detrás de Lo Paródico se escondía Lo Demoníaco. Pero ésa ya es otra historia.

Para concluir filosóficamente como habemos empezado, el remedio de Lo Paródico es Lo Auténtico, mantenido a toda costa, incluso hasta el martirio. (Además hace falta una revista humorística, no "jocosa" solamente). Dicen que uno "destruye"... ¡que Dios los escuche! Y no caen en la cuenta de que lo destruible y destruendo es una costra roñosa; y que uno trata de destruirla desde lo que está detrás de ella, que es Lo Auténtico, auténtico modesto quizá, *"como cuadra a nuestra tierra"*, pero al fin auténtico.

En la Argentina vendrán soluciones; yo tengo esperanza. No esperen soluciones grandiosas y perfectas, el "siglo de oro" de las profecías de Don Orione, si es que son de él. No: soluciones medianejas y llenas de crudezas, soluciones quizá invisibles al principio, que

demandarán esfuerzo, paciencia y tiempo; pero al fin basadas en lo genuino, en lo sólido, en la verdad...

> *...porque Ella no perece, y ha de prevalecer tanto si Yo la hago prevalecer... o no.*

No terminará todo esto de golpe en casamiento feliz, como las cintas de Pepe Arias. La cinta no terminará nunca; y eso es lo bueno.

A semejanza de esas pobres mujercitas que tomaron un manto y una candela y se fueron a la Procesión de Corpus a Plaza Mayo, *a pesar de que el Cura les había dicho que no fueran,* no menos que la Policía, así... (pero para qué vamos a darnos corte)...

DINÁMICA SOCIAL, *Buenos Aires, Nº 77, marzo de 1957.*

Reflejos y raíces de la metafísica en América

Nadie puede pretender sensatamente encontrar una metafísica original en América, porque ese tal no tendría ni una remota idea de lo que es la metafísica; por lo cual huelga hacer una afirmación obvia que está ya implicada en mi título. No hay una metafísica en América —en todo caso sería más fácil que hubiese dos—, y sin embargo puede ser que América no sea del todo e irrevocablemente "el Continente estúpido", *"la región de los hombres hueros, charlatanes e improvisadores"*, que dice Pío Baroja; porque ha habido lo que ha podido haber, *reflejos* de la filosofía europea, *raíces* de una filosofía por venir.

Digamos desde ya que los *reflejos* son todos los tramos de la filosofía moderna, desde el suarismo al heideggerismo; y las *raíces* de la filosofía argentina son las que mencionó, hablando de la cultura popular, el señor presidente de la República [22] en su discurso del 6 de septiembre, a saber: *"historia, religión, poesía, idioma"*. ¿Y la ciencia, no es una de las raíces de la metafísica? La ciencia, en el sentido que tiene hoy día de *técnica*, no lo es. Las ciencias humanas, las ciencias morales, la ciencia especulativa —que es antes que sus aplicaciones—, la ciencia en el sentido antiguo de la palabra, es una de las raíces de la metafísica; pero hoy está comprendida en esas palabras, que cité y que están al calce de esta invitación: *"historia, religión, poesía, idioma"*.

[22] Juan D. Perón (N. del E.).

Menester es que nos entendamos acerca de lo que es metafísica. ¿Identifícase ella con la filosofía? Sí y no. Llamamos metafísica a la filosofía primera, πρωτη φιλοσοφία, cuyo objeto material es el mundo, el alma y Dios, y cuyo objeto formal son las razones últimas de las cosas todas, o sea, como decían los antiguos, "*el ser en cuanto ser*".

Es claro que hoy se usa *metafísica* para designar toda especulación filosófica un poco profunda, aunque sea acerca de un tema de lógica, de psicología o de ética; y la razón es ésta: que todo tema filosófico profundizado tropieza con un problema metafísico; y así se puede decir por ejemplo que "Spencer es el metafísico del empirismo inglés", aunque, de suyo, el empirismo esté reñido con la metafísica; y así hablaremos en esta conferencia de James, de Royce o de Santayana que son metafísicos sólo en un sentido lato. Esto es metafísica en sentido lato; pero también se usa la palabra en sentido *erróneo*, para designar al ocultismo, al espiritismo, al teosofismo y otras chalatanerías. De eso no tratamos.

Esta especulación acerca del *ser*, máximamente abstracta y sistemática —que es la metafísica—, está en la cumbre de la especulación filosófica; pero por otra parte está también en su principio, porque es como el motor y el alma de toda especulación; lo cual se ve no sólo por la razón, puesto que siendo la filosofía *razón abstractiva* el ser es la primera abstracción de nuestro entendimiento, sino también por la historia puesto que el nacimiento y el desarrollo de la filosofía en Grecia está precedida por las dos intuiciones metafísicas de Parménides y Heráclito (la intuición del *ser* y la intuición del *devenir*) sobre las cuales trabajan y se edifican los poderosos sistemas de Platón y Aristóteles. La filosofía de Parménides y Heráclito no es sistemática sino más bien —digamos— *mítica* o simbólica; sus obras, de que sólo nos quedan fragmentos, están escritas en hexámetros y son dos poemas; y no contienen sino una sola idea, que si se la pongo en

una frase se reirán ustedes de ella. Parménides dice que:

"el ser es y el no ser no es
el ser es todo
el ser no puede aumentar ni disminuir
el ser es indestructible".

Heráclito dice que:

"todo pasa, nada permanece
la lucha es la madre de todas las cosas
todo es devenir".

Pero en estas dos perogrulladas está contenida la primera formulación tosca del objeto de la metafísica, el *ser* y el *ir siendo* o devenir, y no hay más que esto en el intrincadísimo libro de Martín Heidegger SEIN UND ZEIT —libro del que mi alma abomina, entre paréntesis—: es el intento de la razón humana de captar el principio último de todas las cosas en términos puramente racionales y abstractos; o sea, la aplicación de la ciencia y razón humana al inconmensurable misterio divino.

De estas dos perogrulladas nació la metafísica occidental, como doctrina separada de la religión, en tanto que en Oriente nunca se dio esa separación; y la metafísica hindú por ejemplo es al mismo tiempo teología. Hoy día está en boga en ciertos círculos pretender que eso fue una desgracia para el Occidente, pues pretenden que eso originó primero el racionalismo, después el ateísmo y después las grandes calamidades de todo orden que nuestro tiempo padece: Schopenhauer puede ponerse como padrino de esta posición catastrófica; y conozco una voluminosa "tesis" de un jesuita español acerca del "estoicismo" que la acoge y hace suya; defendiendo que la doctrina estoica, donde la religión y la moral se mezclan a la filosofía, era el buen camino; y Platón y Aristóteles el malo. Es un error: *fue un bien y un progreso para el débil intelecto humano esa fisiparidad;* y fue un bien y

un progreso para Occidente. Nadie puede negar que Occidente dominó el mundo y sigue presidiéndolo; y si lo preside es a causa del progreso de su inteligencia; y el progreso de su inteligencia fue facilitado por ese desdoblamiento de disciplinas, la cual hizo posible incluso el nacimiento de las ciencias aplicadas y de la técnica: asombrosa técnica del mundo moderno de la cual gozamos —y hacemos bien—, y de la cual estamos orgullosos —y hacemos mal—. La técnica no es la sabiduría; la técnica puede ser aprendida por el sabio y por el insensato; y usada para el bien o para el mal. "*La metafísica es la sabiduría o es nada*", dice Aristóteles. La técnica no es la sabiduría.

Hay un libro argentino llamado NACIMIENTO Y DESARROLLO DE LA FILOSOFÍA EN EL RÍO DE LA PLATA, cuyo título sugiere la graciosa especie de que, así como el origen del hombre está en la Pampa según Ameghino, así los presocráticos nacieron en Montevideo, Sócrates enseñó en Rosario y Platón fue un profesor de la Universidad de Córdoba. Pero no: el libro de nuestro cofrade Guillermo Furlong trata simplemente de los *reflejos* en estas tierras de una filosofía que no nació ni pudo nacer aquí; y, obviamente, así como no ha tenido aquí nacimiento tampoco ha tenido desarrollo; así como no tiene desarrollo argentino un ford 1931 porque un chofer argentino lo maneje y un herrero argentino lo componga y lo haga durar hasta 1953. La filosofía europea, y por cierto en estado decadente, fue simplemente importada aquí, lo mismo que las siete vacas y el un toro que los hermanos Geraes trajeron del Brasil según la Historia de Grosso; pero no se multiplicó al infinito como ese feliz plantel ni fue mestizada con toros ingleses ni se volvió cimarrona; sino que una y otra vez hubo que importar nuevos lotes de Europa, todos diferentes, que después de una vida artificial que no se propagaba mucho decaían, originando una nueva exigencia de importación: importante hecho del cual hemos de buscar la explicación. Y así hemos tenido aquí el suarismo, el cartesianismo, el condillaquismo o sensualismo, el posi-

tivismo, el kantismo, el bergsonismo y los grandes panteísmos alemanes —junto con una efímera llamarada de maritenismo o neotomismo—, todos ellos independientes entre sí, que no sólo no tuvieron continuidad, pero ni siquiera *choque* entre ellos; quiero decir, choques ideológicos, discusiones que produjeran luz; que choques políticos sí los tuvieron; y de sobra. Es una lástima que en Hispanoamérica la filosofía se haya usado para pelear; porque así como la religión entre nosotros es más bien política que mística, así la filosofía ha sido más bien partido y bando que escuela. En la escuela de Martín Fierro, al contrapunto sigue una pelea a cuchillo; pero en el caso de nuestra filosofa, los cuchillos han precedido siempre, por una razón que yo no sé, a la música del contrapunto.

¿Pasó lo mismo en toda América? No, ciertamente. En la América inglesa se observa el fenómeno contrario: hay una continuidad básica en la especulación filosófica que ha permitido esa *acumulación* del pensamiento en *volumen*, que es necesaria para la *concentración* del pensamiento en *densidad*, concentración y densidad que forman la filosofía, como advirtió también exactamente en su discurso el primer magistrado de la Nación. Así pues se puede hablar de una filosofía de Estados Unidos y de un pensamiento norteamericano, en tanto que no se puede hablar de una filosofía argentina, ni brasileña, ni peruana, ni mejicana, ni hispanoamericana. Nos guste o no nos guste, esto es así; y la explicación y quizá el consuelo vendrán más adelante.

¿De manera que usted se atreve a dudar de que exista una filosofía autóctona, con tanto dinero que se insumió en la educación pública; con tantos profesores de filosofía, con tantísimo papel que se imprime y con más universidades y seminarios de clérigos filósofos y teólogos que en la misma Inglaterra?

Pues ¿qué quieren que les diga? Si ustedes quieren ser engañados les puedo decir lo contrario. Pero —dirá alguno— el padre Furlong, que tiene diez mil datos, títulos, fechas y nombres en su feliz memoria, dice en la página 199 que: "*No es aventurado afirmar*

que ellos, los suaristas, llegaron a crear una cierta ciencia y una cierta filosofía autóctona".

¿Qué quieren que haga? Yo, de miedo de leer las 700 páginas abarrotadas de erudición que siguen a esta afirmación peregrina y audaz, me refugio detrás del citado discurso del primer magistrado. Dice así, y dice muy bien: *"Elijamos una nueva filosofía. Hay que trabajar por esas ideas; trabajar por esa filosofía, una filosofía objetiva, una filosofía de la vida, vale decir, la única filosofía. En filosofía partimos de Grecia, que es el comienzo del camino filosófico de la vida en el mundo.*

"Si ahora estamos perdidos tenemos que volver al comienzo. Volver al principio del camino, para tomar la buena senda y tratar de no perderla.

"Nada hay más sabio que volver al comienzo y empezar de nuevo cuando uno reconoce que ha perdido el camino. Empezar con cosas simples pero puras, con verdades simples pero verdades. Estos filósofos que han recorrido tanto camino y andan en el aire volando, no nos dicen nada que nos convenza".

Estas palabras son sabias; y lo bueno es que han sido pronunciadas por un hombre de gran decisión; y lo consolador es que ya se han producido decisiones en ese sentido, como por ejemplo —tomo una al azar— la creación del Instituto de Metafísica en Córdoba, dirigido por un hombre de verdadero valor, que me seguirá en esta tribuna, que publica una revista ARQUÉ enteramente en la *"buena senda"* que dice el general Perón; es decir, la senda de comenzar a filosofar aquí sobre bases nuevas, sólidas, inconmovibles, no sobre las ruinas y los escombros de un pasado poco feliz; porque no todo lo pasado es tradición. Un padre le deja de herencia a su hijo una casa y una tuberculosis; la casa es tradición, la tuberculosis no es tradición.

No. Ni la Colonia, ni la Organización Nacional del 53 crearon aquí una filosofía con pensamiento original; y lo que es más, ni siquiera una filosofía continuada y permanente con *cualquier pensamiento*, aunque sea ajeno. Este fenómeno se explica de la siguien-

te manera: El *suarismo* fue la primera metafísica que aportó a nuestras playas, cuando en Norteamérica todavía estaban cazando indios con winchester y leyendo la BIBLIA, puesto que fuimos adultos antes que ellos, y quizá fuimos adultos antes de tiempo, con una adultez importada y prematura.

El suarismo fue la primera metafísica que aportó a la Colonia, el primer *reflejo de la filosofía europea* que hubo en la Argentina. El suarismo fue, por decirlo así, en la filosofía oficial del gran imperio español, y penetró con las armas españolas en Italia, en Germanía y en toda Hispanoamérica: fue la filosofía de la Contrarreforma, una especie de arreglo ecléctico de la primera escolástica. Francisco Suárez, granadino, profesor en Coimbra, hizo una especie de gran compilación sistemática de la filosofía cristiana con el título de DISPUTATIONES METAPHYSICAE, tomando nominalmente como base a Santo Tomás de Aquino, pero introduciendo en su sistema tesis enteramente inconciliables de Guillermo Occam y Duns Scoto que simplemente —para decirlo sin ambages— rompen el espinazo de la doctrina metafísica de Santo Tomás. Estas tesis son principalmente cuatro:

1. La no distinción real entre la esencia y la existencia.

2. El conocimiento intelectual de lo singular antes que de lo universal.

3. El voluntarismo: distinción real del intelecto especulativo y el práctico; predominio del intelecto práctico.

4. La aptitud de existir de la materia sin la forma.

En otras muchas tesis particulares se apartó Suárez de Santo Tomás; pero estas que he nombrado son tesis fundamentales, de modo que configuran un sistema metafísico —o por mejor decir una metafísica incoherente y sin sistema— *enteramente distinta* y aun contraria a la de Santo Tomás. De manera que llamar al suarismo *tomismo español* o *tomismo jesuita* o *tomis-*

mo moderno o *tomismo* de cualquier manera, es un simple equívoco; y decir que Suárez es "el mayor comentador de Santo Tomás", es una cruda falsedad. Suárez, lo mismo que Duns Scoto, no fue un comentador ni un discípulo sino un émulo de Santo Tomás; y siendo de poca potencia metafísica, es decir, mediocre como filósofo, intentó construir una "filosofía moderna" acogiendo una cantidad de corrientes divergentes y antitradicionales que habían tomado auge en el Renacimiento, corrientes que no llegó a absorber ni asimilar del todo. Cualesquiera sean sus méritos como teólogo y como jurista, su obra filosófica es endeble, es ecléctica, es invertebrada, no está iluminada por el sol de una intuición del Ser —lo que es propio de todo gran metafísico— sino que es un amañamiento o combinación de tesis que no pueden fundirse entre sí en una gran intuición. La decadencia de la escolástica no cesó con Suárez, como se suele decir; sino que Suárez es el producto más notable de esa decadencia. La decadencia de la escolástica viene desde el siglo XIV, desde el olvido y la negligencia en que se dejó la obra genial del príncipe de la Escolástica, Tomás de Aquino; y Suárez transformó esa negligencia en falsificación.

El mencionado volumen de Furlong no conoce ninguna de estas distinciones y para él lo mismo es Suárez que Santo Tomás, que San Agustín y que toda la filosofía cristiana y aun toda la filosofía que él llama "*sana*", y debajo de este gran bodoque quiere pasar su matute; para él todo es lo mismo cuando se trata de su campo, y todo es lo mismo cuando se trata del campo contrario; y lo mismo es Francisco Suárez que todos los profesores suaristas que enseñaron bien o mal, escribieron manuales y resúmenes o no escribieron nada, edificaron o disparataron en Córdoba, Buenos Aires o Charcas. Todos resultan unos tremendos pensadores como el padre José de Acosta o el padre León Suárez, a los que llama "*grandes pensadores*" —lo mismo que su enemigo Francisco Romero llama "*filósofo y jefe de escuela*", a Andrés Ferreyra—; y como el libro tiene 750 páginas atiborradas de

nombres y títulos, resulta que en la Argentina ha habido una filosofía que para qué hablar de la Grecia; todo esto con tamaña falta de calibre y proporción que pone en su penúltimo capítulo, página 164, como "*cuatro grandes pensadores*" a Gregorio Funes, Juan Ignacio de Gorriti, Pedro Ignacio de Castro Barros y Cayetano Rodríguez; y después pone, con fogoso e ingenuo patriotismo hibernoargentino, entre los "*pensadores máximos de la revolución argentina*" al coronel Cornelio Saavedra, que fue un honesto y brioso militar que jamás hizo un silogismo; a Juan Hipólito Vieytes que fue un honesto comerciante entendido en balances; a Juan José Castelli, que fue un honesto porteño muy resentido con los españoles peninsulares; y a Mariano Moreno, que fue un abogado del libre cambio inglés sin más escritos que la REPRESENTACIÓN DE LOS HACENDADOS. En suma, estos próceres nuestros fueron próceres, fueron hombres cultos y algunos no fueron tontos; pero de Francisco Suárez sabían tanto como Soiza Reilly.

El ingente volumen del patriótico Furlong no es un libro de filosofía ni un libro de historia sino de apologética y propaganda del suarismo —el cual no domina— y de la Compañía de Jesús, a la cual pertenece. Libro de apologética y propaganda, o, por mejor decir, de audacia inverecunda: ya que ni esos fines consigue, pues José Ingenieros y Alejandro Korn, contra los cuales dispara continuamente, se convierten en maestros y quedan más firmes que antes después de esta andanada voluminosa de humo y papel picado. Lo que consigue con toda certeza es avergonzar al que lo lee, si es hombre honesto y entendido.

Me es odioso y desabrido hacer esta crítica —que parece un ataque salvaje a un estudioso y un cofrade—, pero es mi deber limpiar el camino por donde vamos, que es el de la sencilla y modesta verdad, como dice el señor presidente. Furlong tiene sus méritos, fundados en obras anteriores; y es un incansable buscador de documentos historiográficos; aunque a decir verdad es un hombre parcial y sumamente inclinado a la apologética y la propaganda. Aquí erró, por la sencilla

razón de que para escribir historia de la filosofía hay que saber filosofía. Que su error le sea leve, aunque ciertamente su enorme volumen —recomendado por una gran cantidad de padrinos eminentes que ingenuamente lo han avalado— *no es leve*. Su utilidad indirecta comienza aquí, comienza con este ensayo —modestia aparte—, puesto que servirá para hacer el balance definitivo del suarismo rioplatense y ponerlo en su lugar, que es el cementerio, con una honrosa y pesada lápida: que es justamente este libro de Furlong.

No quiero decir con esto que tengan razón Korn e Ingenieros en sus rotundas e indocumentadas afirmaciones de que "*no hubo ningún pensamiento filosófico en la Colonia*", como repiten después de ellos una cantidad de discípulos incautos —véase Bella Rabinovitch, *La moral y la religión en el Martín Fierro*, BOLETÍN DE SOCIOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES, Tomo II, pág. 242—. Al contrario, el pensamiento de las aulas de Córdoba, de Charcas y de Buenos Aires aparece vivaz y hasta atrevido, aunque confuso: el cartesianismo llegó relativamente pronto y fue un fermento de discusiones útiles y de críticas no siempre triviales; el filosofismo fue conocido principalmente en la obra de Montesquieu y de Rousseau; y finalmente, en los albores de la Independencia, el sensualismo de Locke y de Condillac se hizo la filosofía de moda y entusiasmó, con el nombre de *Ideología*, a los espíritus jóvenes y rebeldes. En la Argentina colonial se estudiaba mucho, había una viva curiosidad intelectual y quizá se disparataba menos que hoy día, porque la charlatanería estaba más coartada. Así como la Colonia no dio ningún gran poeta, pero los versificadores de entonces tenían una sólida cultura y un sentido de la lengua que falta en muchos modernos, así los estudiosos de la Colonia eran sensatos, sólidos y aplicados; y no se les puede hacer culpa del estar un poco fuera de la órbita del movimiento intelectual europeo, y de tener que mantenerse de *reflejos*, lo cual era inevitable. En suma, la Argentina tiene una sólida tradición de estudio filosófico; pero no tuvo, por desgracia, una tradición filosófica; así como Norteamérica tiene como tra-

dición filosófica el empirismo inglés de Locke y Hume, que prácticamente no fue nunca quebrada y constituye el hilo conductor del pensamiento yanki: "pensamiento, que le aborrezco conmigo", como dijo el correntino.

El suarismo fue cercenado por medios políticos (o sea, por los decretos prohibitorios de Carlos III), por desgracia; puesto que esos medios políticos no sirven para nada en filosofía: lo que sirve es la libre discusión. El que a hierro mata a hierro muere: el suarismo se había impuesto por medios políticos, por ejemplo en Córdoba, donde los dominicos que habían fundado una facultad tomista en 1700 alegando con razón que Suárez divergía de Santo Tomás, fueron obligados a cerrarla a los pocos meses de abierta; de manera que sabemos por carta de un obispo de la Asunción que a mediados del siglo XVIII los jesuitas ejercían por medios políticos el monopolio de la opinión filosófica, de modo que "*no se conocía en el Río de la Plata ni un solo tomista, excepto el doctor Leiva, Cura de Santa Fe*". A mi paisano el cura Leiva, el único tomista argentino en 1753, lo tomo desde hoy por patrono. ¡Viva Leiva!

Esto fue una calamidad para el pensamiento argentino; quiero decir, la ruptura de la tradición filosófica por el abuso de hacer intervenir en la filosofía la politiquería, el sectarismo y el "ordeno y mando", que no tiene allí nada que hacer. Si al menos hubiese permanecido la escuela de Suárez, endeble y floja como es, se hubiese "acumulado" aquí el pensamiento y hubiese dado las bases a una filosofía propia. Pero fue descuajada y sustituida por una débil ola de cartesianismo, después por una débil ola de empirismo o sensualismo; y finalmente después del 53 por una gran ola de positivismo, no positivismo explícito sino implícito, no en sus principios sino en sus conclusiones. Todas estas olas sucesivas de modas filosóficas europeas dependían de la política y no de la especulación original. y eran importadas como el ford 31, el chevrolet 47 y el lincoln 1953: no tenían raíces ni las echaban; eran

reflejos. Aquí hacíamos lo que podíamos con ellas, las componíamos, les poníamos carrocería nueva, y sobre todo muchas estampitas, florcitas, retratos de la novia y letreritos de *Mire si viene un vehículo de atrás;* como el colectivo 39.

Es superfluo que les diga quién fue el suarista más grande en la Argentina, que fue el arcediano Rivarola, autor del mejor poema que se escribió en la Colonia; quién fue el mejor cartesiano, que fue fray Cayetano Rodríguez; quién fue el mejor condillaquista, que fue Juan Crisóstomo Lafinur, todos poetas; porque todo esto está en los libros de Alejandro Korn y su discípulo Francisco Romero, que son apreciables, aunque también parciales. El trabajo de Korn, sacando lo relativo a la escolástica —de la cual no sabía ni pizca pues ignoraba el latín—, es un trabajo honesto y aprovechable en su segunda parte.

Es una lástima que la filosofía en la Argentina se haya usado siempre para pelear, para lo cual no sirve; como esos frailes que pinta Unamuno que tenían unos grandes crucifijos, no para rezar, sino para sacudírselos por la cabeza a los que no se sacaban el sombrero en las procesiones. Lo malo fue que los que no se sacaban el sombrero en las procesiones, les quitaban los crucifijos y les pegaban a los frailes a su vez con ellos.

Con perdón de la mala comparación, esto es lo que pasó entre nosotros: el suarismo suprimió al tomismo y después vino Carlos III y suprimió al suarismo. Se rompió la tradición filosófica del país, y las modas que vinieron después fueron como semillas que caen en el camino y no en tierra arada. Lo mismo, *mutatis mutandis,* pasó en Méjico y en el Perú. Otra cosa pasó en Estados Unidos: no se rompió allí la tradición filosófica, a saber, la tradición del empirismo inglés de Locke y de Hume. Claro que también hubo allí inevitablemente los reflejos de toda la serie de filosofías que caracterizan al mundo postcartesiano, lo mismo que aquí; todos esos filósofos de los cuales dice con verdad el primer magistrado que *"andan por el aire";* pero esas filosofías fueron filtradas y como

digeridas por la tradición empirista, que es tan conforme al genio de la raza inglesa; de manera que el mismo Josiah Royce se mueve sobre una base de empirismo lockiano a pesar de ser idealista hegeliano; o sea lo que parece lo más opuesto al empirismo. En realidad de verdad el hegelismo es opuesto al empirismo; pero no con oposición de contradicción sino con oposición de contrariedad: como Etéocles y Polínices, los dos hermanos enemigos nacidos del mismo vientre.

No puedo resumir aquí la historia de la filosofía estadounidense ni caracterizar a sus principales filósofos, William James, Josiah Royce y Jorge Santayana, este último el más distinguido filósofo que ha dado la nación del Norte, de origen español, discípulo y crítico acerado de Schopenhauer y Bergson, exquisito poeta, elegante reseñador del pensamiento norteamericano y autor de una vasta obra de metafísica ecléctica (LA VIDA DE LA RAZÓN y LOS REINOS DEL SER), donde sobre la eterna base del empirismo inglés se alza una construcción de materiales ricos pero de dudosa arquitectura que tiene por nota distintiva una especie de vitalismo humanista. Baste decir que esa filosofía se divide en dos netas direcciones principales: una, la del *empirismo puro* que cultivando con tesón a los grandes empiristas ingleses (Locke, Hume, Spencer) desemboca en la creación del *pragmatismo*, hijo de Pierce y de James; la otra es la adopción de hegelismo a través de la filosofía inglesa que abrazó con entusiasmo este último y definitivo avatar del espíritu protestante, saltando por encima de Kant. Por más enmarañada y compleja que parezca la filosofía norteamericana —como lo es—, las dos tónicas fundamentales son siempre las mismas y no son sino las dos grandes columnas de la obra de Locke: *empirismo* por un lado y *religiosidad* por otro, religiosidad como puntal y como antídoto contra las últimas consecuencias del empirismo, que el anglosajón instintivamente teme; y con mucha razón. Las últimas consecuencias del empirismo las han sacado los rusos.

"No hay peor guerra que la guerra entre hermanos", dice Sófocles hablando justamente de los dos

hijos mellizos de Edipo el Tebano, Etéocles y Polínices. El destino nos ha hecho espectadores del espectáculo trágico del enfrentarse amenazador de dos grandes colosos diabólicamente armados y adoradores ambos de la técnica, del progreso material, de la riqueza y —digámoslo en términos míticos— de la Torre de Babel, que invitan clamorosamente a todo el mundo a alinearse en uno de los dos frentes, pero bajo la adoración del mismo monstruoso ídolo. Todo el problema del actual mundo en crisis consiste en la opción entre esa idolatría o la adoración de Dios, que es espíritu, verdad y vida: del Dios metaempírico, sobreespiritual y ultrahumano de la tradición metafísica judeo-greco-latina. Tanto Norteamérica como Rusia luchan, a mi parecer, por tomar la dirección de la Torre de Babel.

¿Creen ustedes que envidio yo a Norteamérica el hecho de que tenga una filosofía mientras aquí no hay una filosofía? ¿Creen que caigo en la vulgaridad de maldecir a España, y contraer el complejo de inferioridad argentino, o, mejor dicho, cocoliche? ¿Creen que cedo a la tentación de blasfemar de nuestro país y llamarlo "nación inmoral y estúpida", como oí días pasados en la cárcel de Villa Devoto a uno que se llama filósofo? No en mis días. Prefiero una filosofía de la vida, como dice el presidente, aunque esté todavía en raíces, que no una filosofía de la producción y la destrucción, aunque esté hecha y superhecha. ¿Qué preferirían ustedes, una pampa limpia sin árboles ni caminos o un espléndido camino asfaltado rodeado de árboles que lleva al desierto o al borde de un abismo? Prefiero un campo arrasado, lleno de raíces buenas, que no un bosque de manzanillares, de árboles venenosos cuyo sombra da la muerte. El empirismo, como saben ustedes y como su nombre lo indica, consiste en reducir todo el conocer del hombre a la experiencia, es decir, al conocimiento sensible; o sea, hablando brutalmente, en equiparar al hombre y al bruto, con muchísimo refinamiento de vocabulario y técnica verbal a veces, eso sí; y es natural, por tanto, que el pensamiento empírico inspire una civilización de gran

fuerza animal, de apresuramiento y éxito en el progreso material. Pero ese apresuramiento del progreso material ¿a dónde nos lleva? *"Pecunia festinata dispersabitur"* dice la ESCRITURA: *"Los enriquecimientos apresurados son peligrosos"*.

Admiro la fuerza, la vitalidad y el poder de Estados Unidos, hoy día prácticamente el emperador del mundo; admiro algunos de sus pensadores como Edgar Poe y Santayana; pero no admiro sus errores, no admiro el empirismo como filosofía, no admiro la blattología en que va a terminar Josiah Royce, la estupidez del pragmatismo en que muere el pensamiento de William James; y creo que la Argentina puede dar al mundo otra cosa: puede dar algo incluso a Estados Unidos. Herederos de una conciencia viva de Dios y del hombre, aquí no es imposible esa *"filosofía de la vida"* que nos pide nuestro presidente, una filosofía que descienda a la vida, y que dé vida y no solamente palabrería, y que no corte al hombre de sus raíces vitales: una filosofía enraizada en el idioma, en la poesía popular, en la familia, en la historia y en la religión; en la *Tradición*, en una palabra. Esa filosofía es posible aquí, porque aquí existen sus raíces, aunque confieso que crearla no es misión mía ni de nadie *ahora*, porque actualmente la tarea es superior a nuestras fuerzas. Tiene que venir primero un gran progreso de la ciencia y la restauración de una verdadera religiosidad —puesto que la religión argentina es floja y desleída— antes que pueda existir aquí una metafísica. Aquí he tocado un punto muy serio: la religión es una de las raíces de la metafísica; y la religión argentina ¿en dónde está? En cuatro siglos de religión no hemos producido un solo libro religioso que se pueda leer; ni tan siquiera un comentario de los EVANGELIOS. ¡No meditamos el EVANGELIO! Es decir, la religiosidad argentina no ha llegado todavía a la cabeza ni siquiera al corazón. ¿Será posible que toda la religión católica se reduzca a pedirle plata al Gobierno y hacer colectas entre los fieles, edificar iglesias feas y hacer limosnas parcas? Eso lo hacía también el paganismo. El fin

de la religión es conocer a Dios, que es el mismo fin último de la metafísica. Aquí hay miles de clérigos con toda clase de comodidades para dedicarse a conocer a Dios; y no hay ni un solo libro de teología ni un solo libro de metafísica ni siquiera un solo libro de buena poesía escrito por un clérigo. La Argentina sabe muy poco de Dios y produce buena carne congelada. La religión argentina, si existe, está descabezada.

Nadie me puede reprochar esta queja, porque junto a la queja traigo el remedio. El remedio no está en multiplicar las universidades y en multiplicar los seminarios sin multiplicar los sabios; tampoco está en importar sabios o querer fabricar sabios, porque los sabios no se importan y los hace Dios: hay que reconocerlos cuando existen, ponerlos en su lugar y darles los medios de trabajo; nada más. Es todo lo que el Estado puede hacer en orden a la sabiduría, pero es muchísimo; y es también sabiduría. Los medios de trabajo son las bibliotecas y son las publicaciones; aquí en la Argentina no hay una sola biblioteca que contenga todos los filósofos con sus obras completas en su idioma original. Primer punto del Plan Quinquenal respecto a la filosofía: una biblioteca con las obras de todos los grandes filósofos en su idioma original.

En cuanto a las publicaciones, en que gastan las universidades muchísimo dinero, es un burdo error publicar las cosas insignificantes que aquí se han hecho, por el mero título de que aquí se han hecho aunque no valgan nada, como el Curso de ideología de Lafinur, o los Artículos de Andrés Ferreyra, y mucho menos esa bufonada de Ingenieros Proposiciones sobre el porvenir de la filosofía, que es un libro que está pidiendo a gritos una revista humorística. Si se quiere gastar dinero en editar libros, *hay que editar los textos de los grandes filósofos*, como hizo Vasconcelos en Méjico; y también los cuatro o cinco libros decentes de filosofía que aquí han surgido, Las jerarquías del ser y la eternidad de Alberto Rougés,

La teoría del conocimiento de Alfredo Franceschi, Aproximaciones a la filosofía tradicional de Sixto Terán; y los notables ensayos de metafísica de Nimio de Anquín y de Benjamín Aybar. Esos libros merecen vulgarizarse y comentarse y no las deleznables improvisaciones del... del... del... José Ingenieros.

En cuanto a lo que aquí se ha escrito de filosofía, de que el padre Furlong ha levantado un catálogo tan impresionante cuanto mal calibrado, lo que cumple es hacer una buena antología cronológica de las páginas mejores; tarea que hubiese podido hacer el padre Furlong, dirigido por alguien que supiese filosofía, con grande provecho para la patria.

Y con esto creo haber cumplido con mi deber en esta clase: si me dan mil pesos para que haga una clase de filosofía, honestamente tengo que hacer una cosa que sirva. Si el señor presidente de la Nación me dice: "Aquí tiene mil pesos y hágame una clase de filosofía", yo no puedo hacer lo que haría un adulón o un pedante. Un adulón haría una clase como el libro del padre Furlong, diciéndole que aquí hay una filosofía autóctona, que ella es la mejor del mundo, y que concuerda enteramente con sus ideas; un mistificador pedante haría una cosa enteramente nebulosa —el presidente conoce a estos filósofos que andan por las nubes— en que el oyente no sacase nada en limpio y el filósofo quedase como un hombre muy profundo. Pero para mí no había más camino sino decir la sencilla y modesta verdad; puesto que la verdad no molesta a ningún hombre cuando no va en contra de él; y la verdad en el fondo no va en contra de nadie, porque es la salvación de todos.

I. El estudio de De Mahieu

El que lea el breve y nutrido ensayo[23] del profesor Jaime María de Mahieu sobre la decadencia de las sociedades, si es capaz de manejar el raciocinio abstracto y no es como los niños a los cuales hay que enseñar con ejemplos o comparaciones, no perderá ciertamente el tiempo. No encontrará al final una receta infalible para salvar a una sociedad que degenera; pero le será puesto delante de los ojos mentales en su contextura íntima el proceso de ese fenómeno histórico, el más difícil e importante de todos: el decaimiento de una unidad comunitaria humana. Y, como dijo el clásico:

> *"El que no ve la verdad*
> *a la hoya se encamina.*
> *La primera medicina*
> *es saber la enfermedad".*

Hay naciones que crecen, otras que se estabilizan, otras que retroceden, y aun perecen y desaparecen. De Mahieu se ha puesto delante ese hecho histórico indudable en posición contemplativa y ha intentado penetrar en él por medio del análisis sociológico; el cual es en él riguroso y fino. Si el fruto de su meditación no fuese otro que el de plantear con toda claridad y

[23] Este libro de De Mahieu no fue editado hasta ahora (N. del E.).

exactitud el problema, haciéndolo mover delante de nosotros, no sería poco; limpiándolo de una cantidad de prejuicios, sofismas o nociones vagas o erróneas, como lo hace; pero hay más en él, hay copia de agudas observaciones y conclusiones acerca de la realidad contemporánea, sumamente sensatas y sólidas; y en el fondo hay como una presencia continua de dicha realidad, cuya percepción y captación quizá sea el fruto más jugoso del libro.

Yo no sabría decir por qué una nación se levanta y otra se empantanan y hunde en el curso de la Historia; o por lo menos no podría decirlo en una sola frase, que no fuese una reverenda vaguedad; ni De Mahieu tampoco, a osadas. De Mahieu reconoce al final de su sobrio y severo análisis que hay en el caso un elemento misterioso; con el cual su método científico positivo no está concernido. Pero prescindiendo de la *causa absoluta* —que los antiguos profetas al predecir la ruina de los imperios asignaban simplemente a los grandes pecados colectivos y a la voluntad inescrutable de la Providencia— está visto que la razón puede discernir muchas cosas particulares, y también las *peripecias* del fatal proceso [24] —lo cual abre la posibilidad de poder actuar sobre ellas en sentido salvífico—; o por lo menos de tomar la actitud del médico ante un caso desesperado. Hay casos en que el filósofo tiene que limitarse a constatar un proceso de precipitamiento (*"círculo infernal"*, dice De Mahieu) limitándose a poner obstáculos —ideales— que lo retarden; y dejando abierta la eventualidad remota del *milagro*; como es el caso, por ejemplo, del Cura Loco, en el relato fantástico —y ojalá disparatado— de Dulcinea.

No nos gusta del todo Vico: el método riguroso es deficiente en la *scienza nuova*, la erudición aunque inmensa es poco escrupulosa, y la imaginación tiene demasiada licencia para nuestro gusto; pero su intuición fundamental —opuesta al mito del Progreso Indefinido—

24 Bruno Jacovella, en un artículo del número 63 de DINÁMICA SOCIAL sobre los *bárbaros*, ha reseñado con lucidez las *peripecias* de la decadencia del Imperio Romano.

de que las naciones decaen; de que en su decaer se cumplen ciertas etapas las mismas siempre; y de que *lo religioso* es el lazo unificante de los regímenes estables y aun la posibilidad de la resurrección, esa intuición es exacta y quizás genial, a juzgar por su fecundidad, y por la cantidad de pensadores (De Maistre, Herder, Spengler, Toynbee, Pieper, De Corte) que la han aprobado —diversificándola, eso sí, en varias direcciones. Mas la predominancia de *lo intelectual* y *lo profético* —que es su cumbre— en la evolución ascendente de las colectividades, que impregna la obra de Vico, está presente en De Mahieu en el papel capital que asigna a los *creadores*, incidiendo en el tradicional dicho del Rey Sabio cuando afirmó en las PARTIDAS que "*los sabios son aquello por lo cual se conservan, se sustentan y acrecen las naciones...*". Resta determinar qué se entiende por *creador*, y por *sabio*, pues la falsificación es aquí posible; y en nuestra época, de regla. Esos "sabios" monumentales que crean los diarios argentinos con una desfachatez que nos avergüenza —la prensa argentina en su casi totalidad nos causa una profunda vergüenza— son una simple supercheria; y son en su bombo e hinchazón deshonrosa para el país una verdadera señal de decadencia colectiva... e inverecunda.

2. Definición del fenómeno

Parecería que la sobria red conceptual de De Mahieu no alcanza a aprisionar el complejísimo fenómeno que se propone encerrar. No es así empero, a nuestro parecer. Un aristotélico encontrará en su librito lo que llaman las "*cuatro causas*"; y por ende la definición, siquier general, del fenómeno. La causa material, que es *lo potencial*, está representada por las posibilidades de pudrición que encierra toda comunidad social, mayores o menores, como, por ejemplo, su nacimiento deficiente, "haber sido arrancada verde", como dice el pueblo. Recordemos lo que dice Aristóteles acerca de las "*naciones demasiado chicas*" —y "*demasiado grandes*"— imposibilitadas según él de llegar a plenitud

armónica como naciones, determinadas por una circunstancia de materia, que en este caso no solamente limita, sino que prohíbe.

La causa formal de la decadencia —que aquí es *falta de causa final,* siendo *decadencia* un fenómeno negativo— es la ausencia de la *directriz tradicional,* como la llama De Mahieu; o sea, la pérdida, o la falta de conciencia, o la indiferencia a lo que vulgarmente llamamos *ideal nacional*. De acuerdo a la natura dinámica de los organismos nacionales —tan repetidamente recalcada por De Mahieu— una nación es como una *empresa*: como diría Saavedra Fajardo; y una empresa cesa de ser cuando no sabe dónde va. Una nación no puede menos de decaer cuando no sabe lo que tiene que hacer en este mundo. Recuerdo a este propósito lo que me dijo un hombre religioso bastante pesimista, que *"él tenía miedo de que Dios se asomase a un balcón y pusiese los ojos en la Argentina"*; porque ¿qué podrían ver aquí esos ojos que fuese digno de ellos, es decir, de valor para la humanidad? Producir vacas, trigo, el tango, la constitución del 53, el diario CRÍTICA, y revoluciones triunfantes y siempre libertadoras, evidentemente es poco. Sin embargo, nosotros no dejamos de creer que existe aquí, siquiera soterrado e informe, un ideal nacional más o menos digno de los ojos de Dios. Ningún poeta nuestro lo ha sabido expresar del todo, aunque Hernández y Lugones lo hayan apuntado. Nuestra poesía permanece todavía en el estadio romántico... pero el *ideal nacional* existe, aunque no tenemos la menor esperanza de que sea expresado algún día por el "cine nacional".

La causa eficiente del proceso de decadencia son los factores externos que lo aguijan: entre los cuales De Mahieu nombra los dos capitales: las naciones vecinas y los egoísmos individuales, sustraídos a la *síntesis armonizante,* que él sitúa en el Estado. *"Pobre Méjico, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos"*, dijo Porfirio Díaz al morir; y en cuanto a los *egoísmos individuales* funestos a las naciones, a los *perduelis* los conocemos demasiado. Pero estos factores externos no tendrían éxito de no fallar el factor formal o intrínseco

de la unidad colectiva, que De Mahieu llama la *síntesis estructural*.

La *síntesis estructural* es la causa formal del progreso de las naciones; y a ella dedica De Mahieu su análisis. La quiebra de esa síntesis trae la decadencia. Considera esa quiebra o por parte del Estado, o por parte del haz de grupos humanos que llamamos la *sociedad*, o por parte de las relaciones entre ambos polos; que es lo más importante. A los sobresaltos del organismo en procura del equilibrio fallido de esas relaciones, llama De Mahieu *revolución*.

3. La revolución

Es menester tener ojo a la realidad que el autor llama *revolución*. No es el pronunciamiento, ni el golpe de Estado, ni el golpe de mano, ni los motines o asonadas, ni las guerras civiles; aunque todas esas cosas y otras tales puedan ser sus partes o sus instrumentos.

Mucho menos es *revolución* el cambio violento de toda la legislación por parte de una facción —o "partido"— para aniquilar a la facción contraria (gobierno de facciones: Mario y Syla); ni la llamada hoy *lucha de clases*, que es en el fondo una guerra servil latente (Espartaco).

De Mahieu pone a la palabra *revolución* un signo positivo; y hay que tomar la palabra en el sentido en que él la usa. Se podrá objetar que no es el sentido en que se usa vulgarmente; pero el filósofo es dueño de sus términos, y vulgarmente todas estas palabras han sido deturpadas.

Se puede objetar más seriamente que en el sentido de De Mahieu no ha habido revoluciones —así como se ha dicho que en el sentido de democracia de Montesquieu, la democracia es imposible—, anoser que llamemos revoluciones al cristianismo, al mahometismo con respecto a los árabes, a la legislación de Julio César, a la aprobación de los Capetos por parte del papa en sustitución de los merovingios... y a la coronación de Carlomagno.

Siempre quedaría que existen realidades históricas que se ajustan a la definición de De Mahieu de: sacudidas vitales de una sociedad en proceso de decadencia para ajustar su propia esencia al nuevo momento histórico; y el recurso de llamar *revoluciones frustradas* —en todo o en parte— a todas las demás. En efecto, ninguna revolución grande o chica, benéfica o perversa, se puede concebir sin un profundo malestar en el cuerpo social.

Siempre quedamos en la ortodoxia política de que toda revolución, por benéficos que puedan ser sus resultados, supone una enfermedad; y por tanto no es un bien absoluto, contra la idea moderna de la revolución pura, o la revolución por la revolución, o la adoración de la Revolución con mayúscula. Esa idea es simplemente una necedad y una especie de manía: un estado de revolución permanente es un contrasentido y una contradicción en lo ideal; y en lo real, es justamente uno de los síndromes más ciertos de la decadencia. Muy bien observó Mommsenn, siguiendo a Aristóteles, que la discordia es causa del progreso de las naciones cuando se mantiene en la superficie (patricios y plebeyos durante la República Romana) y, por el contrario, cuando la discordia está en el fondo y la concordia sólo en la superficie, la nación está condenada. Y el estado de revolución permanente supone la discordia en el fondo.

"Cuando los franceses festejan el 14 de julio me recuerdan a un hombre que festejara el aniversario del día que atrapó una tifoidea", decía chistosamente Jacques Bainville. Efectivamente, la tifoidea puede haber prolongado la vida de este hombre; o *per se*, librándolo de una enfermedad peor; o *per accidens*, a causa de la enérgica reacción de sus fuerzas vitales, pero siempre queda que la tifoidea es tifoidea, y no un baño de mar.

Existe hoy día un vasto movimiento de destrucción de la tradición occidental, que tiene diferentes formas, se sitúa en todos los planos, y pareciera ganar terreno en todos los frentes; a ese movimiento se suele llamar Revolución con mayúscula; y el sentimiento de adora-

ción o aprobación incondicional de la palabra viene del fanatismo en pro de ese movimiento. Esta idea de Revolución está en el extremo opuesto del pensamiento de De Mahieu.

Resulta así que a la palabra revolución tomada genéricamente hay que ponerle, como hacen los matemáticos, el doble signo ±. En su sentido general de *transformación violenta*, puede tener dos sentidos específicos contrarios; especificados por su dirección o fin. Puede ser una enfermedad mortal o una enfermedad benéfica; pero siempre es una enfermedad aguda, preferible por tanto a la enfermedad crónica, que es la degeneración. Ése es el pensamiento exacto de De Mahieu; el cual pone el acento sobre la posibilidad benéfica de la revolución, simplemente porque vive en nuestra época, y no en el tiempo de los Reyes Católicos o de Carlomagno.

4. Resurrección de las naciones

Estudiando las civilizaciones muertas, y con una intuición profunda del ser de la civilización romana, adquirida a través de la filología y la jurisprudencia, Juan Bautista Vico vio que la decadencia de las naciones se producía de acuerdo a leyes fijas, y con estadios característicos, que él llama *cursos* y *recursos*. Distinguió tres estados típicos, *el tiempo de los dioses* o estado teocrático; *el tiempo de los héroes*, o estado feudal; y *el tiempo de los hombres*, o estado republicano, poniendo a la religión como condición necesaria del mantenimiento o estabilidad de cualquiera de ellos; y distinguiendo cuidadosamente la *república popular* de la *demagogia*, que es la precipitación de la república en la ruina, justamente por falta de religiosidad; después de lo cual viene para él el *cesarismo*, o bien la conquista de la nación decaída por otra más fuerte; o más virtuosa, que para él es equivalente.

El esquema de Vico, que es exacto en lo esencial, parecería ser desmentido por la resurrección de las naciones. En la historia de Francia, por ejemplo, ha habi-

do varios períodos de plenitud, cortados por decadencias transitorias; como el siglo de Carlomagno, el de Luis IX y el de Luis XIV; a los cuales se puede añadir la gran aventura napoleónica, la cabalgata de Juana de Arco, y la gesta de Geoffroy de Bouillon. Del mismo modo, en las demás naciones europeas se pueden distinguir bajones y subidas alternados, pero no el esquema de Vico: no degeneraron nunca hasta la ruina, ni tampoco volvieron al estadio teocrático —o *tiempo de los dioses*, en un *ricorso*.

Vico empero sabía bien su historia. La respuesta a este reparo no está explícita en su libro, pero se puede fácilmente colegir cuál sería, si se la preguntaran. Vico era ferviente cristiano, y pone fuera de su esquema natural de evolución a la Iglesia, a la cual tiene simplemente por la religión verdadera, sobrenatural y providencial. De modo que para él la decadencia natural de las naciones cristianas sería detenida o contrarrestada por un recontacto con el cristianismo, que las creó. En el pensamiento del filósofo napolitano el *tiempo de los dioses* sería el período de la evangelización de Europa; cuando misioneros de gran magnitud, como San Remigio, San Patricio y San Bonifacio, la recorrieron de norte a sur y hacia el este hasta Prusia y Rusia, injertando en todas partes una fe simple y ruda, absoluta, en el tronco de las costumbres caballerescas de los germanos; el *tiempo de los héroes* sería todo el período feudal subsiguiente; y el *tiempo de los hombres* aquel que alboreaba en sus días, en las vísperas de la gran revolución republicana, que él no llegó a ver. Leyendo el final de su libro, esta exposición de su teoría no es temeraria, y aun nos atrevemos a decir que no ofrece duda.

Hilaire Belloc la ha recogido en su estudio EUROPE AND THE FAITH al postular una "*conversión de Europa*" como condición única del salvamento de la civilidad occidental en la actual crisis del mundo. Toynbee, en su voluminosa historia de la civilización, recoge la idea en otra forma: Toynbee cree sí que la religión es el *vinculum substantiale* de la sociedad, el que produce la

concordia profunda; pero cree también que la religión actual de Occidente se ha gastado hasta la trama y no sirve más; poniendo por ende sus esperanzas en una "nueva religión": el temor de la decadencia de Occidente —que al parecer él confunde con Inglaterra— lo obsede y lo angustia.

La idea de que *"la religión es la sociedad y la sociedad es la religión"*, popularizada en forma confusa por Durkheim y su escuela, y limpiada de sus rebabas y expuesta con gran distinción entre nosotros por José María Rosa en su tesis doctoral INTERPRETACIÓN RELIGIOSA DE LA HISTORIA, juntada a los otros presupuestos filosóficos empiristas, han llevado a Toynbee a una teoría realmente peregrina [25], que pretende establecer lo siguiente: cada civilización está informada por una religión; todas ellas son perecederas a mayor o menor plazo; y al parecer dejan una especie de huevo de donde brota una nueva religión fresca y lozana, y por ende una nueva civilización juvenil que entierra a su padre y a su madre y armada de la herencia emprende su carrera por la Historia. Consoladora ficción, hija de la desesperación de la época, que no tiene un solo punto de apoyo en la realidad, pero puede servir de cordial a los ignorantes: en la "era atómica" todos viviremos cien años y practicaremos la religión atómica, cuyo mesías ya debe de haber nacido en Norteamérica, desde luego.

Demasiada imaginación para un historiador. No se puede ver cómo de una religión que muere de vieja y podrida podría salir una religión nueva y pura; ni se ha visto nunca. Es contradictorio, pues es contra la ley de la causalidad; lo más saldría así constantemente de lo menos. Yo no sé si se habrá visto en el mundo un hombre de 90 años que se casa y engendra un hijo vigoroso; puede que se haya visto en el READER'S DIGEST, porque en Norteamérica puede pasar eso y mucho más... Pero que un cadáver se case y engendre un hijo, eso no se puede ver: aunque hay un cuento terri-

25 La resumimos en forma un poco brusca, pero exacta.

ble de la condesa de Pardo Bazán con este tema: el hijo del cadáver. Pero es un cuento.

El novelista James Jones, discípulo de Toynbee por lo visto, en su enorme y atroz novela FROM HERE TO ETERNITY —cuya traducción argentina hizo bien en prohibir el intendente municipal— traza hacia el final los lineamientos de la nueva religión atómica y hasta el retrato del mesías que la va a fundar, un soldado preso llamado Malloy. Jack Malloy —es decir, James Jones, es decir, Toynbee— dice que *"éste es el momento en que la religión empieza a morir"* (*Das ist der Augenblick in dem jene... Religion zu sterben beginnt*") y explica a sus discípulos, que son hombres de pelo en pecho, asesinos, ladrones y homosexuales —una especie de doce apóstoles— que: *"el cristianismo salió del judaísmo cambiándolo un poquito*[26]*; del cristianismo salió el mahometismo y el protestantismo; y del protestantismo saldrá la nueva religión pura y triunfante"*... de Jack Malloy, es decir de James Jones, es decir de Toynbee...[27]. Bueno. Feliz el que la vea. Pero James Jones no la ve. Se cansa al rato de la ideaza, o pierde la fe en su mesías y lo hace desaparecer en las tinieblas. Lejos nos hemos ido de Vico. La teoría de Vico es seria. Del cristianismo no se puede esperar sino deformaciones (que es lo que fueron la Reforma y todas las demás innúmeras herejías, muertas en estos 20 siglos) o bien renovaciones. De la posibilidad de un *revival* del catolicismo depende la posibilidad del mantenimiento de nuestra civilización; y estas *renovaciones* del catolicismo

[26] Oigamos a Kirkegor, que de religión sabía más que Malloy: "*La Iglesia Católica es «Lo Contrario» («das Gegenbild») del Judaísmo: aquí es Dios en su majestad quien se inclina sobre la tierra y quiere ser aprehendido en esa majestad, truena sobre el monte Sinaí; y así como Dios se tiene en su majestad, así también todo el culto con la humildad que el sentimiento de ser nada delante de Dios introduce, manifiesta lo mayestático; mas en la Iglesia es el hombre quien, subiendo más y más, es levantado, es ayudado por Dios —Dios comienza con su autorrebajamiento—. Cristo tomó la forma de siervo, y aun el Papa se llama siervo de los siervos*", Tagebuecher, 30 de octubre de 1838.

[27] Traducción alemana de G. B. Fischer, año 1954, pág. 577.

han sucedido de hecho, sin mudarse la doctrina; el clero francés actual, por ejemplo, es muy diferente del clero francés en tiempo de Montesquieu: y la religión es la misma.

Esa posibilidad de un recontacto de las naciones europeas con su fuente religiosa vital (o sea *"la conversión de Europa"*) parece más que improbable imposible a los ojos modernos; porque realmente la corrupción (*"el desplazamiento de la mística en política"*) ha ido muy lejos y ha subido muy alto, quizá más que en ninguna otra época de la historia. Pero no hay que olvidar que todas las *renovaciones* históricas que conocemos han sido en su tiempo improbables e imprevisibles, y han surgido del seno de una situación humanamente desesperada: Cristo viene en la tempestad caminando sobre las aguas. Yo creo que un día vendrá el fin del mundo —del ciclo adánico— precedido de una corrupción religiosa irremediable; pero no lo he profetizado *para ahora* sino en forma conjetural y condicional [28].

En suma, la relación sociedad-religión, proclamada desde Platón por tantos grandes pensadores, se puede expresar sociológicamente —prescindiendo de la verdad teológica mayor o menor de las diversas religiones— diciendo que *nación que pierde el sentido de lo sacro está perdida*. El *sentido de lo sacro* no es la religión sino algo anterior a ella; en el cual ella se encarna y a la vez lo estructura, en relación de materia y forma. La pérdida del sentido de lo sacro es uno de los signos más ciertos de decadencia: cuando todo se profana, y el culto, el sacramento, el juramento y hasta las palabras religiosas pierden su *temerosidad* o *majestad*, y se preñan de "política": fenómeno muy visto en nuestros días. Díganme, por ejemplo, adonde ha ido a parar la religiosidad cuando se puede "jurar la Constitución" públicamente, con gran pompa y a banderas desplegadas; y después apoderarse del poder y condenar por "traidores a la patria" a los que hicieron la Constitución. El juramento en este caso se ha convertido en una burla; y no

28 Ver Su Majestad Dulcinea.

hay ya religiosidad real, no sólo en los que hacen este estupro sino en los que lo apoyan, sostienen o consienten.

5. El "desorden estructural"

Nadie podrá negar a De Mahieu el haber puesto el dedo exactamente sobre la causa formal de la decadencia —que es la causa principal, la intrínseca y especificante—. Ella no es otra que la *"confusión de las personas"*, que dijo el Dante; la cual es llamada aquí *"desorden estructural"*.

La sociedad en definitiva se compone de personas; y su descoyuntamiento por ende se produce cuando las personas son arrojadas de su propio lugar social, y puestas donde no debían estar; lo que decimos vulgarmente *patasarriba*. *"Ara el caballo, ensíllame el buey"*, dicen los paisanos.

Para ilustrar este despatarro, De Mahieu trae la división de Vacher de Lapouge de las personas —socialmente consideradas— en cuatro clases: *1.* Los creadores - 2. Los realizadores - 3. Los asimiladores - 4. Los brutos. Suprimid los *creadores* en una sociedad, ella no puede ir adelante, tiene que caer; y para suprimirlos el remedio es sencillo, basta ponerlos en el último lugar, abajo de todos. Que el hombre que tiene poder creador no pueda ganarse la vida, ya está en el lugar de los *brutos*, y más abajo aún; porque aquí en la Argentina todos se ganan la vida, y los brutos incluso hacen fortuna. Eso se llama en la ESCRITURA *"matar a los profetas"*; y la muerte del profeta trae como contragolpe inmediato la aparición de los *"pseudoprofetas"*.

Se podría preguntar en qué lugar de los cuatro rangos de Vacher están los falsos valores, es decir, los simuladores, mistificadores y sofisticados; y si los dos primeros rangos se definen *los que hacen*; el tercero, *los que reciben* y el cuarto, *los que estorban*, evidentemente los intelectualoides, los inteligentones y los inteligentuales se van al rango de los *brutos*. Pero eso no es aparente, puesto que no parecen brutos sino todo lo contrario, brillan con todos los fulgores de la mistificación y la "propaganda". Dirigen bibliotecas y casas edi-

trices, son impuestos como maestros y guías de las naciones al público indefenso, y hasta —en países dejados de la mano de Dios— gobiernan la educación de la niñez y juventud; pobre educación de mis pecados.

En realidad ese tipo social, tan abundante hoy día como las langostas del APOKALYPSIS, los inteligentones, intelectualoides e inteligentuales, son corrupciones de los dos primeros tipos, son "*luciferinos*" como los llama Raymond Aron, que procedentes de los rangos de los *sátwicos* y *rajásicos* perturban y soliviantan con sus falsas luces a los *tamásicos*, originando su rebelión, y en consecuencia "*la confusión de las personas*", causa formal de la caída; como fueron los nobles felones y los clérigos corrompidos en el proceso de desviación de la Revolución Francesa. El *luciferino* es simplemente el pseudoprofeta de la ESCRITURA, el que grita: "*llegó la paz llegó la paz; y no había paz*" [29].

En el pensamiento de De Mahieu, los *creadores* representan la actividad intelectual en su grado íntegro y desbordante; así como los *ejecutores* la actividad volitiva bajo el influjo de los primeros, los *hombres de acción*; que dejados solos no pueden ir muy lejos, porque no pueden *ver* muy lejos; en tanto que los *creadores* sin los *hombres de acción* son como cabezas sin brazos, pues aunque nada impide que un genio intelectual sea también un hombre de acción, en la práctica y dada la limitación humana, el "*excessus intellectus*" —que dice Santo Tomás— pone trabas a la actividad ejecutiva, dirigida a lo contingente, a lo práctico, a lo posible, como notó el mismo santo. De donde la disyunción de las dos primeras clases entre sí origina parálisis; y su inversión, por la cual los *prácticos y enérgicos* son puestos encima de los *inteligentes* —como empezó a pasar en el mundo desde el siglo XVII, en la Iglesia incluso— origina decadencia. La filosofía de Francisco Suárez, que pone al intelecto práctico como una facultad diferente del especulativo y superior a él en cierto modo —netamente cismática en esto a la de Santo Tomás— repre-

29 Isaías.

senta la teorización de un estado de cosas que había comenzado ya en la realidad histórica, y que no se ha detenido hasta nuestros días.

La cima de la actividad intelectual es la profecía. El profeta está por encima incluso del metafísico; y de hecho no hay un gran metafísico que no tenga una punta de profeta. La razón es que el profeta es a la vez profundo como el metafísico, y concreto como el político. El metafísico es el hombre de lo universal y el adalid u hombre de acción es el hombre de lo concreto, de la experiencia; mas el profeta marida en sí las dos cosas.

El profetismo puede ser sobrenatural y natural; y estos dos grados no son opuestos entre sí; de donde nace el concepto de *profeta* en sentido amplio, que abstrae de los dos grados. Profecía sobrenatural es predicción de lo futuro contingente, en nombre de una autoridad sobrenatural y en relación con el asunto de la salvación o perdición del hombre; o sea el núcleo más hondo y decisivo de la Historia de la Humanidad, que comprende también el destino de las naciones, desde ese supremo punto de vista. Y así vemos que los profetas hebreos —lo más altos que han existido— son al mismo tiempo que previdentes, moralistas, teólogos y legisladores; y aun conductores, como Moisés.

En el pueblo de Israel se dio en forma visible la separación de los tres elementos rectores de una sociedad completa: el *profetismo* de Moisés, el *sacerdocio* de Aarón y la *reyecía* de David; todos los cuales recibían la unción sagrada; que habían de fundirse en el Gran Profeta futuro, el Hijo del Hombre, cuyo nombre propio es el Mesías o Ungido, en griego Jristos. En la cristiandad medieval las dos primeras clases se fundieron en una: los sacerdotes, que eran a la vez los sabios y letrados por un lado; y los nobles, que representaban la reyecía. Pero existe una oposición entre el sacerdote (el hombre del culto y la conservación de lo presente) y el profeta (vigía y creador del porvenir). De donde siempre que se da el fenómeno máximamente calamitoso del asesinato del Profeta, interviene en él el sacerdocio, o una parte de él (sacerdotes luciferinos) como se ve eminentemente en el ejemplo de Cristo.

La ESCRITURA está llena de la amenaza divina de quitar por causa de sus pecados a su pueblo la luz profética, y abandonarlo a las malas artes de los pseudoprofetas, los que prometen venturas temporales, consuelan, halagan y adulan, y en vez de exigir el arrepentimiento prometen a los pueblos viciosos el éxito, la riqueza, el triunfo y el Progreso Indefinido, y al mismo tiempo por otro lado acrecen la desesperación. (Toda la obra profética eufórica y promitente de Víctor Hugo, por ejemplo, está recorrida en el fondo de un secreto estremecimiento de pánico). Esta amenaza divina culmina en la predicación de Jeshua-ben-Nazareth. Cristo dice: "*Mataréis al Profeta y surgirán bandadas de pseudoprofetas que llevarán a la Ciudad Santa a la última desolación*". Y así fue.

El asesinato del profeta es el signo fatal del hundimiento nacional. Antes de matarlo físicamente se lo puede asesinar como profeta —cosa en que se especializa nuestra época— quitándole todos los medios de hacerse oír. Se lo mata al final cuando se ve que eso es muy difícil y casi imposible: San Pablo en la cárcel Mamertina convertía policías; porque el profeta habla también con su propia vida. Más adelante veremos qué es lo que pasa cuando un pueblo toma a sus maestros naturales, y los amordaza.

Existe la *profecía natural*, la cual estudió con atención Santo Tomás; y parece ser la disposición psicológica preparatoria para recibir la gracia de la profecía sobrenatural. De esta disposición natural se puede usar bien o usar mal; porque no es una gracia *gratum faciens* sino *gratis data.* Psicológicamente parece consistir en una inmersión tan honda de la vida del profeta en lo presente que lo habilita a proyectar las líneas directrices actuales a lo futuro: así profetizaron naturalmente Nietzsche y Donoso Cortés en nuestros tiempos. Los que conocen bien la filosofía contemporánea —no los expositores de esquemitas de filosofía extranjera y robadores de ideítas de la filosofía alemana— pueden percibir en la dramática lucha entre Hegel y Kirkegor el suceso capital de ella; y literalmente el encontronazo de dos profetas, planeadores de dos mundos opuestos; a saber, el

mundo del ateísmo radical y total, y el mundo del recontacto con la religión genuina.

Ni Donoso, ni Newman, ni Bloy, ni Kirkegor, ni Péguy —"*le prophète Péguy*", si hemos de creer a André Rousseaux— pudieron ser asesinados, aunque el mundo actual cargó pesadamente sobre ellos; sobre los tres últimos en forma casi insoportable. Sacrificaron su vida a su mensaje, y lo produjeron. Péguy, amenazado por el hambre, tachado por su familia de "fracasar en todos los negocios" y por sus adversarios de *fainéant*, y pechando a todos sus amigos para mantener sus CAHIERS, es editado hoy día entero y casi con lujo por la NOUVELLE RÉVUE FRANÇAISE, lo cual quiere decir que su angustioso "mensaje" está hoy al alcance de todos... los que tengan oídos para oír. La muerte heroica y casi temeraria en las trincheras de Villeroy lo libertó oportunamente de una carga que ya frisaba en la desesperación y el derrumbe:

"Dichoso aquel que muere sobre un campo de [guerra
pero siempre que sea campo de guerra justa...
Dichoso aquel que muere por diez palmos de [tierra
donde posa sus plantas alguna causa augusta.

Dichoso aquel que pone muerte limpia en la [perra
vida, sin haber hecho dolo ni fuerza injusta;
dichoso aquel que compra su tálamo de tierra,
que compra con su sangre la cama eterna adusta.

Dichoso aquel que muere por la Cosa Solemne,
aunque sea pequeña como un grano de anís;
dichoso aquel que muere para que quede in- [demne
la vida de un niñito, la gloria de un país.

Dichoso aquel que muere por algo que es pe- [renne

sea el Santo Sepulcro, Dulcinea o Beatriz...
O por un sol en campo de doble cielo y lis" [30].

Improperio sobre Jerusalén. Este *improperio* está entre los papeles íntimos de un "profeta asesinado" —hay varios en la Argentina, al menos en sentido amplio ¿por ventura el P. Castañeda no se puede llamar un profeta de la tradición nacional, Méndez Calzada un profeta del teatro nacional, Lugones un profeta de la restauración?—, papeles de los cuales disponemos y nos parece no indiscreto copiar aquí.

Dice así: "*Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas...*".

Un pueblo que mata a sus maestros naturales está perdido, y no hay más que llorar sobre él. Un pueblo que mata a sus maestros naturales se saca los ojos. No es necesario que los mate físicamente, basta que los mate como maestros. Basta que al escritor que sabe, por ejemplo, no le deje editar sus libros; basta que al escritor que construye, no le deje difundir sus escritos; al escritor que tiene la palabra de la salud, le haga el vacío delante y entorno. Ese pueblo se vuelve voluntariamente ciego. Y entonces se hace guiar por otros ciegos, pues no puede ver que son ciegos. Y se precipita al abismo.

6. La libertad

Por cuarta o quinta vez en su corta historia, la Argentina ha conquistado la "Libertad" definitiva. No le ha costado mucha sangre; y no ha sido la sangre de los culpados sino la de los inocentes, de acuerdo a los misericordiosos designios de Dios: los muchachitos cordobeses.

De modo que ahora tenemos libertad para hacer lo que queramos: para callar la verdad o propalar la mentira los diarios grandes, siempre que sea mentira conveniente al Gobierno y a la caja; para fundirse los diarios

[30] Traducción de Jerónimo del Rey.

chicos; para dedicarnos con fervor a la politiquería, siempre que sea dentro de un partido aprobado; para divertirse el que pueda divertirse; para quemar basuras si el municipio no las quema; para trabajar el que tenga trabajo; para comer el que tenga qué; y para votar —¡oh, para votar!— si nos dejan votar, aunque sea para colaborar patrióticamente en un posible "Gran Fraude Patriótico".

De Mahieu sabe muy bien lo que es "Libertad"; y repite la palabra de Hegel: *"No puedo entender lo que significa «libertad», si libertad no significa «poder»"*. Efectivamente, el único que tiene libertad de hacer una cosa es el que puede hacerla.

De donde se sigue directamente que en el Estado Moderno, que es "totalitario" de más en más —llámese Unión de Repúblicas Soviéticas, nacionalsocialismo, fascismo, democracia—, la libertad del individuo disminuye paralelamente a la absorción del poder por parte del Estado.

Al Estado Moderno no le cuesta nada proclamar a bombo y platillos que otorga al pueblo la "Libertad" —y lo hacen tanto más cuanto menos existe de hecho—; pero, libertad real no habrá si disminuye o es aniquilado el *poder* de las fuerzas cuyo haz constituye la sociedad (familias, gremios, empresas, instituciones naturales) y de las cuales el Estado legítimo no debería ser sino la estructuración política; tanto más perfecto cuanto más insumido y corporizado en ellas. La antigua monarquía francesa estaba sustentada por las cuatro columnas de Iglesia, Universidad, Nobleza y Gremios —incluso aquí los Parlamentos— que tenían su vida propia y a las cuales no era cómodo ofender; de manera que Luis IX por ejemplo, teóricamente "rey absoluto", podía hacer muchísimo menos cosas —y prepotencias— que un presidente democrático-liberal de la República Argentina, sobre todo si es "Provisional". De modo que había mucha más libertad real en el pueblo, *s'il vous plaît*, bajo esos déspotas ensangrentados, que Víctor Hugo elocuentemente cubre de maldiciones y de ludibrio, que en nuestros libertarios tiempos... *s'il vous plaît*.

Nosotros te queremos, oh pueblo, enormemente
Y porque te queremos te damos libertad
De hacer todo lo malo que puedas cautamente
Y de saberlo todo, todo, hasta la verdad
Cuando ella no va en contra de nuestra auto-
[ridad.

En todas las "luchas por la Libertad", la libertad resulta disminuida, aunque venza ¡qué será si pierde! Cuando la libertad crece es cuando no se "lucha por la Libertad", y aun no se acuerdan de ella; cuando se lucha "por los augurios y el matrimonio sacro", como los Plebeyos contra los Patricios en la República Romana; o por el Santo Sepulcro como en el Medioevo; o contra los moros, como en España. Es un hecho. No decimos esto para que los cristianos argentinos dejen de luchar por "la libertad de enseñanza"; eso no es luchar por la libertad sino simplemente por la educación, contra la idiotez.

Para mejor, al lado del poder totalitario del Estado democrático moderno —o detrás de él, mejor dicho— existe el poder totalitario del dinero, que es el que gobierna en realidad de verdad en las naciones sedicentes democráticas. De modo que entre estos dos poderes (el poder político débil e hipócrita que da libertad al pueblo para votar y para corromperse, y el poder inflexible del capitalismo que le da libertad para lo mismo y morirse de hambre encima), la libertad del pueblo está como un bife entre dos planchas.

De Mahieu, y cualquiera que lo lea, y cualquiera que no sepa leer y conserve por ende el sentido común, sabe perfectamente que hoy día se ha creado un ídolo con la palabra Libertad —así con mayúscula—, que es propuesto a la adoración de las masas; primera vez en la historia ¡adorar un *flatus vocis*!, un soplido. En su ensayo EL ANTICRISTO, en el año 1846, John Henry Newman, un cardenal que sabía teología, notó que unos 50 años antes se había intentado fundar el culto religioso a un Dios nuevo, *"enteramente desconocido de nuestros padres"* [31] en la figura de la Libertad y la Igualdad, re-

[31] Daniel, XI, 38.

presentadas por una prostituta con el nombre de la "diosa Razón". Newman ve en eso la solución de una contradictoria que hay en las antiguas profecías, a saber: que el Anticristo, por un lado, será ateo y suprimirá a todos los dioses; y, por otro, adorará y hará adorar *"a un dios violento; que va a rendir culto con oro, plata, gemas y diademas a un Dios nuevo, que sus Padres no conocieron. Así hará él en todas las fortalezas* [o puestos militares] *con un Dios singular, que él habrá elegido, y al cual rendirá gran honor"* [32]. No dice Newman que Robespierre sea el Anticristo, ni que esa "diosa" será el Dios de la Era Atómica; nota simplemente que el fenómeno levanta (*aufgehoben*) la contradicción entre ser ateo y a la vez adorar un ídolo. El Anticristo adorará y hará adorar a sí mismo; no de cualquier modo, sino con *"oro, plata, gemas, y riquezas"*. El capitalismo no le va a estorbar mucho al Gran Perverso.

¡Adoremos la Libertad! Adoremos la libertad de los hijos de Dios, la cual se basa en el amor a la Verdad, que no puede existir sin la práctica de la virtud.

La libertad de todos —y sobre todo del débil— se basa en la vigencia de un orden moral. *Virtud es poder.* Sin la vigencia del orden moral, un pueblo entra como pueblo en la decadencia. Y nunca perece peor la libertad que cuando se halla en palabras y ficciones y no en realidades.

7. Ambigüedad de la "decadencia"

De Mahieu aplica las palabras *decadencia* y *prosperidad* en el sentido político estrictamente, conforme a su muy consciente presupuesto metódico; y así sus análisis son exactos, aunque limitados.

Es evidente que cuando una nación desaparece o es avasallada o devorada, políticamente está en —el último grado de la— decadencia; y que cuando está tan fuerte que puede hacer de su voluntad ley para las otras,

[32] Daniel, XI, 38.

está próspera políticamente. El proceso entre esos dos extremos es el estudiado por De Mahieu.

Pero, por ejemplo, Irlanda, oprimida por Inglaterra, o Polonia, dividida entre sus tres vecinos, ¿eran naciones menos felices que sus opresoras? Ya no es tan fácil de determinar. Si feliz significa *noble*, por ejemplo, no eran menos felices, sino más.

La palabra *feliz* tiene tres sentidos, según se pronuncie en el plano sentimental, en el plano ético o en el plano religioso. Allá por 1951, cuando Eva Duarte estaba a punto de ser nombrada vicepresidente, no había mujer vulgar en la Argentina que no la tuviese por feliz, y aun por la más dichosa del universo; y lo era efectivamente, en el plano estético. Paz en su tumba.

Lo mismo se aplica a las naciones. Nada impide que una nación oprimida económicamente o políticamente tenga una verdadera grandeza moral o religiosa: el pueblo de Israel en gran parte de su historia es un ejemplo de esta última grandeza.

Hay dos clases de pobreza, dice Montesquieu: una la de los pueblos que son despojados de sus riquezas naturales por sonsos —el cual sería el caso de la Argentina, nación "pobre" actualmente, como lo experimento yo, y como lo afirman todos los "prébiches"—; otra, "*cuando una nación desprecia el dinero porque tiene sus mientes puestas en empresas más grandes*". En suma, existe la pobreza del vicioso y del haragán, la cual es miseria; y la pobreza del asceta, la cual es riqueza espiritual: la pobreza de Castilla.

El caso tan discutido de Inglaterra —discutido por los ingleses ante todo— es el ejemplo típico. Inglaterra despojó a los monasterios, hizo un cisma y decidió por ese hecho la disgregación de la Cristiandad; e inmediatamente subió a un alto grado de poderío económico y político, indudable. Benefició del principio sociológico positivista que dice: "*cuando una nueva manera de vida aparece en el mundo, la nación que primero lo descubre y adopta, se levanta*". En este caso, el capitalismo. Pero se levanta ¿en qué sentido? Solamente en el sentido *de esa nueva manera de vida.* Y así hay una fuerte escuela de pensadores ingleses que sostiene el cisma in-

glés y la revolución que lo siguió, representó la muerte de la "Merry England", la decadencia de lo noble y por ende de la alegría moral, paralelamente a la opulencia material. Cobbett y Dickens serían los dos implacables y humorosos testigos de esa otra decadencia, paralela y subordinada.

Oigamos a Montesquieu, tan ingenioso y vivaracho como corto de vista: *"Enrique VIII, queriendo reformar la Iglesia de Inglaterra, destruyó los monjes, nación perezosa ella misma y que fomentaba la pereza en otros, porque, «practicando la hospitalidad», una infinidad de gentes ociosas, gentilhombres y burgueses, pasaban la vida en correr de convento en convento* [?]. *Él quitó también los «hospitales», donde el pueblo bajo encontraba subsistencia, como los gentilhombres la suya en los monasterios* [?]. *Después de estos cambios, el espíritu de «comercio» y de industria se establece en Inglaterra"* [33].

La desenfrenada admiración de Montesquieu y de Voltaire por el progreso material visible de Inglaterra los lleva hasta transformar la hospitalidad y los hospitales en malas obras y calamidades públicas; y a atribuir la causa de esa prosperidad —que es más compleja, y una de cuyas raíces fue viciosa, y, por ende, causa de ruina venidera— exclusivamente al traspaso de los bienes de los monasterios, que eran hospitalarios, a manos de los Céciles, Crómwelles y Marlboroughes, que no lo eran.

Me hacen acordar a un miserable plumífero argentino —o español; o mejor dicho, ni argentino ni español— que, llevado del odio político —o del odio *tout court*—, se arregla para transformar en una "mala acción" el hecho de que Juan March haya regalado en Barcelona 1.200.000 dólares para fomentar las artes y las ciencias, y realizar asistencia social. Ojalá que hubiese *una* de estas "malas acciones" entre los ricos de la Argentina, sea que la haga para *"salvar su alma"* —como reprocha

33 L'Esprit des lois; Parte IV; Capítulo XXIX, al fin; las comillas francesas fueron puestas por mí.

el mísero periodista a March–, sea simplemente para salvar el resto de sus riquezas [34].

Decimos pues que la palabra *prosperidad* o *felicidad* aplicada a una nación es *análoga*; y aun a veces *equívoca*. La *felicidad* para una nación ignorante o viciosa puede presentarse en forma de grandes calamidades colectivas, conforme a la ley formulada por Vico; como encontramos ejemplos en la ESCRITURA, donde los profetas predican desastres políticos nacionales con la cláusula esperanzal de que *"el residuo será salvo"*: el residuo, es decir, la minoría sobreviviente vuelta pía, sobria y veraz por el sufrimiento, que representa la verdadera alma de Israel.

Todo el punto está en si dentro de esa nación hay *alma* todavía; porque la lucha, aun la más cruel de las luchas civiles, es superior a la *paz en el desorden*, la cual es mera podredumbre, y tanto más peligrosa cuanto podredumbre lenta.

La instancia moral es más alta que la instancia sentimental y *a fortiori* que la instancia logrera y usurera, la cual ni siquiera tenían en cuenta los antiguos filósofos políticos; y se ha hecho la única instancia en nuestra época. La instancia moral es más alta, y sus leyes son naturales e ineludibles. Nación viciosa = nación que se acarrea la ruina. Y en lo más alto de la estructura de los vicios colectivos está el error, la necedad. Y el error más grave es el que se comete en materia religiosa. No se puede salir de ahí.

Montesquieu, con el cual me he entretenido estos días, emprende en su larga obra –que no carece de aciertos parciales y una moderación y buen sentido francés sumamente apreciables– la creación de república basada sobre la virtud; y al mismo tiempo la destrucción de la religión, tal como existía entre los franceses. El propósito es contradictorio; y el resultado del *"acerado panfleto contra el cristianismo"* –como lo califica, después de Faguet, Gonzague Truc– lo mostró de sobra.

34 Confrontar LA RAZÓN, Buenos Aires, 3 de marzo de 1956, pág. 4.

Ya se lo dijo en su tiempo el bueno de Marivaux, con gran discreción... *Marivaudage* significa hoy día en francés algo que es esencialmente casquivano (*frivole*), aunque gracioso y fino; y sin embargo el bueno de Marivaux era mucho menos casquivano que el solemne barón de la Brède y presidente del Parlamento de Burdeos. Marivaux era un casquivano casto; y el presidente del Parlamento era un solemne libertino, como nuestro prócer don Bartolomé Mitre.

El libro L'ESPRIT DES LOIS, que les recomiendo, se parece a las óperas de Von Weber (ABÚ HASÁN); el cual aprendió la delicada *broderie* de la ópera italiana, pero no tiene la fuerte sustancia musical de la escuela alemana: Beethoven. Montesquieu es más fino que Vico, pero no es Vico.

8. La moral

No queríamos hablar de la moral; pero De Mahieu habla. De Mahieu enumera como causas eficientes de la decadencia los vicios colectivos, y nombra algunos de los más "eficientes" en ese sentido, como los vicios carnales, el alcoholismo, el robo y la mentira.

Sentiríamos mucho que este acápite —que será breve— suscitase un *plus* de "comisiones investigadoras". Una monja vieja y muy sensata nos decía días pasados: "*Pero este general Aramburu ¿es un general o es el Juicio Final?*". Quería decir —si no nos engañamos— que es dignísimo de un gobernante querer moralizar a su país; pero que se equivoca si cree que su deber profesional es hacer una nación químicamente pura, poniendo a un lado todos los elegidos y al otro todos los réprobos; sobre todo si entre éstos hay muchos compañeros suyos que han hecho exactamente lo mismo que él.

La relación de la moral con los medios políticos es un filosofema delicado, que no tocaremos aquí porque De Mahieu no lo toca; y somos prologuistas, no "apendicistas". Baste decir que con medios políticos se puede fomentar indudablemente la moral externa, que podríamos llamar la *decencia pública*; y eso sí es incum-

bencia directa del gobernante; pero no se puede crear "moral" *tout court*, porque ésa se crea solamente por medios morales. Ningún gobernante puede suprimir con medios políticos la prostitución, por ejemplo; por lo cual el mismo purísimo Santo Tomás de Aquino concluyó que el Príncipe debe "*tolerar*" —no fomentar ni explotar— la prostitución, cuando de su prohibición legal surgieran daños mayores. *Tolerar* no es *aprobar*, sino que es no poder otra cosa. Un Príncipe que quisiera suprimir *todos los males existentes*, crearía males mayores enseña el santo; y el sentido común; y la experiencia.

Lo que concierne directamente al Príncipe son los pecados contra la patria, que los romanos llamaban *perduellium*, y tenían por los más graves de todos, después del sacrilegio. La doctrina liberal tuvo como consecuencia suprimir de los códigos y aun de la conciencia pública el pecado de perduelio; pero díganme: si es punible que yo dañe a mi prójimo ¿cómo no ha de serlo, y más, que yo dañe a toda la comunidad?

El bendito librito de Rousseau suprimió por ejemplo el crimen de *sedición*; que según Santo Tomás es "*pecado grave*". Ahora, gracias a Rousseau, no se puede distinguir más entre el pecado de sedición y el levantamiento legítimo de una comunidad contra un tirano: se ha hecho la noche, en la cual todos los gatos son pardos; porque según el CONTRATO SOCIAL no puede haber nunca sedición, o toda sedición es buena. Y así de otros perduelios.

Los editores que por ganar dinero difunden literatura malsana o idiota —que es la más malsana de todas— y aun trancan la salida o venta de impresos excelentes por motivos ideológicos, venganzas, rencores o banderías, ésos cometen delito de perduelio. ¿Por qué no han de ser castigados? Al contrario, lamen a los gobiernos pidiendo subsidios, premios y facilidades como "benefactores del comercio y la industria". Eso es un contradión... Y así de muchas otras cosas.

En los actuales acontecimientos por ejemplo —y en esto no hago más que repetir lo que oigo— el pueblo discurre así: "Los militares y marinos sabían que el *go-*

bierno depuesto robaba; y robaba en grande. Para *deponer* al gobierno tiránico expusieron sus vidas, y la vida de mucha gente que no tenía nada que ver, y que la perdió inocentemente. Entonces, ¿por qué no fusilaron sobre el tambor después de vencer a tres o cuatro de los principales perduelis, en vez de dejarlos huir? Eso hubiese entonado rápida y eficazmente la moral pública, pues efectivamente el robar los dineros públicos es perduelio y la moral cristiana dice que hay en eso tres pecados mortales, cosa que nunca predican sin embargo nuestros grandes *predicadores*. En vez de eso, y haciendo concebir dudas acerca de su propio sentido ético, hicieron una gran redada de ladrones menores mezclados con inocentes, y los obligan ahora a probar que la fortuna que tienen es suya, dando vuelta del revés el principio jurídico de que *melior est conditio possidentis*, eliminando así 25 siglos de civilización jurídica, y exponiéndonos a un enredo interminable que al final se disipe en humor y cháchara, sin que quede castigado al final nadie fuera de nosotros, el pueblo: que es el que siempre las paga todas; porque en esa redada marinera se han enredado ellos mismos en procesos fumosos e interminables, en los cuales al final —ya lo verá usted si vive— se les van a escapar todos los culpables y van a quedar castigados los inocentes...". Hasta aquí el público.

No se ha sabido aquí por desgracia —o se ha olvidado— el gran principio político formulado así por el agudo creador de la "ciencia política": "*El príncipe nuevo que debe castigar, hará bien en dar un golpe muy duro al principio, a las cabezas, y después mostrar benignidad; porque lo amargo se ha de poner al principio y lo dulce al final. Si al contrario, empieza con blanduras y después quiere apretar, se hará singularmente odioso; porque su nueva rigidez será interpretada como crueldad, y su antigua dulzura como debilidad*"[35].

Esto lo sabe incluso uno que ha gobernado una clase de muchachos de liceo.

35 Il Principe, Capítulo IV.

Para terminar con este tema, diremos que un grado preeminente de decadencia reina en una nación cuando los gobernantes son inmorales, y se llenan la boca con palabrería moral y exigencias de moral... para los demás. Esta situación la anatematizó Cristo cuando dijo: "*Los potentes de este mundo ahora explotan y oprimen al pueblo, y se hacen llamar «Irreprochables», «Incorruptibles» o «Benefactores»*. Eso está encerrado en el acerado versículo "*Benefici nuncupantur...*". Pilatos se lavó las manos en público; y consta por varios indicios históricos que era muy sucio adentro.

En esos casos de gran decadencia no queda más remedio que la *acción moral*; la acción política no basta, estando ella misma inmoralizada. *La acción moral es hoy día en la Argentina la cosa más necesaria y peligrosa que existe.* Estos casos de descuajeringamiento hereditario piden acción moral heroica, en algún gradito al menos. Pero no hay heroísmo moral ni cívico ahora: los argentinos actuales somos flojos; o como dijo la chola boliviana, "*las mujeres somos frígiles*". Al revés, parecería que ahora las mujeres en Agathaura son más enérgicas que los varones.

9. Ejemplos

El ejemplo clásico de decadencia nacional con sus naturales consecuencias es el Imperio Romano en tiempo de San Agustín. No es necesario repasar los monumentales estudios de Mommsen y Guglielmo Ferrero, bastan las obras del Obispo de Hipona en África. Las continuas sublevaciones de generales, que ponían y deponían emperadores, habían concluido por avezar a la usurpación del poder y convertir por ende en título de *legitimidad gubernativa* el mero hecho de *tener armas*. De donde siguió una cadena de períodos de anarquía, cortada por períodos de las dos cosas juntas.

En el tiempo de la vida del santo —desde mediados del siglo IV a comienzos del V (354-430)— hubo en Roma nada menos que tres generales usurpadores, a saber: Máximo III que duró 3 años; Juan I, dos años, y des-

pués asesinado por supuesto; y el peor de todos, Attalus I, que duró más de 10 años. Y durante suyo, se produjo el tercer ataque y saqueo de la Urbe, cabeza del mundo civilizado. En el tiempo de la vida de un hombre, el Imperio se dividió y se reunió tres veces; en tanto los reyezuelos bárbaros luchaban entre sí —en nombre del Emperador— y se quedaban con pedazos tan grandes dél como toda España (godos y vándalos) y Francia Sur (francos), hasta que al fin el Imperio se pierde en Occidente y queda reducido a su mitad oriental, Constantinópolis.

San Agustín abandonó los temas políticos —después de declarar altivamente que *"los pueblos corrompidos sólo pueden ser gobernados por tiranos"*— y se dedicó al tema religioso, en lo cual lo voy a imitar *tandem aliquando.* Estaba él en el Concilio de Cartago contra los donatistas y pelagianos el año 410, cuando le llegó la noticia de la destrucción de Roma por Alarico, que muchos cristianos tomaban como señal del fin del mundo inminente; y otra vez quiso hacerse el duro y proclamó que *"no tenía por hombres a los que se asombraran de que se caían las casas y morían los mortales..."*. Mas cuando los vándalos cruzaron el Estrecho y sitiaron Hipona, dejando tras sí un reguero de ruinas, aflojó el santo y se murió de pena; "pidió a Dios se lo llevara", dicen los devotos. En el fondo era buen patriota, aunque parecía un perfecto nazi: era en realidad un patricio.

La razón de que se oscilara tan fácil de tiranía a anarquía es que en el fondo dellas hay algo común, que es el *desgobierno*: el Tirano, aunque al parecer gobierna demasiado, en realidad no gobierna, porque no *ordena* (orden) más solamente *manda* y atropella. Pero la gente en general deste país no sabe a punto fijo lo que es *tiranía*, ni lo que es *anarquía*: las conocemos solamente por sus efectos; es decir, cuando es demasiado tarde. Educados por José Mármol y José Ingenieros, creemos que *tiranía* es a manera de un despatarro de mazorqueros, fusilamientos o degollinas, cintas punzó, insultos inmundos y salvajes al adversario... y la pobrecita Amalia que cae acribillada a tiros en los brazos de

su amante Torcuato —o como se llame— en medio de las carcajadas mefistofélicas de Cuitiño. Y en cuanto a la *anarquía* se nos hace que es una especie de caos, despelote y entrevero general. Pero en rigor lingüista, *tirano* no significa duro, ni déspota, ni cruel anoser en los dramas de Lope; Luis XI de Francia fue todo eso y no fue un tirano, lo mismo que Solano López del Paraguay. Ni tampoco *anarquía* significa una merienda de negros. Hay anarquías de frac y corbata blanca.

Técnicamente *anarquía* significa falta de vigencia de la Ley; y *tiranía* significa falta de vigencia de la Ley. *Ley* significa un algo que esté por encima de la voluntad y aún de la cabeza de los hombres, en el sentido que diremos ahora. En los dos extremos de la corrupción política predomina sobre la Ley la voluntad de los hombres: en la tiranía, la de uno; y en la anarquía, la de muchos. Cuando dije *Ley* no quise decir lo que llaman *ley* Grotius, Karl Schmidt, Kant o Hegel: un instrumento de la voluntad del político; sino lo que llamaban *ley* —positiva o natural— los antiguos: ordenación de la Ley Natural... o "*las leyes naturales son las mismas inclinaciones de las cosas a sus fines propios*" y Ley Natural no es otra cosa al cabo sino "*la luz del intelecto infundida en nosotros por los cielos, con la cual conocemos lo que se debe hacer y lo que se debe evitar*", dice Tomás de Aquino.

Hoy día la han apodado feamente *imperativo categórico*. Atrás, pedante.

Esta diferencia entre el concepto de Ley de la tradición y la nueva ley rusóica de la Revolución deberá ser objeto de otro capítulo —si Dios no lo remedia— pues ella es capital: no es indiferente antes es diversísimo que la ley descienda del intelecto, como quería la filosofía antigua, o de la voluntad, como quieren las modernas filosofías voluntaristas; o por mejor decir, la sofística contemporánea. "*Decir que de la Voluntad de Dios* [Occam, Descartes] *depende la ley moral* —dijo Santo Tomás— *es blasfemia*".

Baste decir ahora que cuando nuestros abuelos el siglo pasado hablaban de *restaurar las leyes* y exorna-

ban con el título de *Restaurador de las Leyes* al que no nombraré —para no convertirme *ipso facto* en "nazi"—, querían decir *volver a las leyes de antes,* a las de siempre, a las eternas... a la idea antigua de Ley. No pretendían muchas leyes ni leyes nuevas: que si a eso vamos, don Bernardino González Rivadavia era machazo en eso: promulgó lo menos cinco veces más que el Otro —por eso ahora andamos los rioplatenses por la ley 20.000 y pico—. Lo que querían era que la Ley se mirase de otra manera; querían en suma que fuese necesaria y obedecida, y eso por parte de todos, empezando por el mismo Mandatario, convertido así en promulgador y vocero de la Razón y puesto por debajo della, para lo cual era necesario que la Ley fuera justa, pareja y prudente; o sea, de acuerdo a las costumbres y *"derivada de la razón en orden al bien común"*, derivada de la Deidad en definitiva, *"fuente de toda razón y justicia"*; *"de los cielos"*, como dice el de Aquino.

Mas para que la ley salga realmente Ley —lo cual no es soplar y hacer botellas—, ley propia pareja y prudente, comúnmente se requiere no salga del mate de uno solo, sino que se junten varios mates buenos... y si fuere posible, todos. Y esto es *democracia* según el muy nazi de Santo Tomás, que era hijo de una condesa alemana. No "democracia *cristiana*" porque en aquellos tiempos atrasadazos no se habían misturado todavía política y religión, sino *democracia* a secas o *república* porque *"el gobierno es más suave y más feliz cuando todos tienen en él alguna parte en la medida de su capacidad..."*. Ojo con esta *"en la medida"*; ese inciso es capital para distinguir la vera democracia de las falsas, que hoy día viborean y campan.

La *masa* no tiene medida alguna de capacidad para el gobierno: no es nunca amasadora, aunque puede ser *amansadora.*

A mí en la clase de historia me enseñaron que en este feliz país donde nací por casualidad

porque estaba aquí
mi señor papá
claro está con mi mamá,

hubo una andanada de períodos de tiranía y de anarquía, cortados por relámpagos de paz; a saber:

1. Tiranía bajo los reyes de España, atestiguada por el mismísimo Himno Nacional;
2. La "Libertad" que como un rayo del cielo –y de Mariano Moreno– rompió con ruido todas las cadenas
   el 25 de Mayo
   día del trueno y el rayo
   último del despotismo
   y... primero de lo mismo.
3. La "Anarquía",
4. La "Tiranía" de nuevo –el que te dije–.
5. La Libertad de nuevo, con la ayuda de los brasileros y la constitución de 1853; esta vez libertad definitiva y eterna...

Pero resulta que el 90 hubo aquí una revolución muy seria, después de varios conatos, contra la "tiranía" o la "oligarquía"; y en 1912, cuando salí de la escuela, se impuso el Sufragio Universal Libre y Obligatorio, y se recobró la "Libertad" definitiva, pero en 1930, el Ejército Argentino, mandado por Uriburu, hizo otra revolución contra otra tiranía y luego en 1943 otra revolución contra la Oligarquía, mandada por diversos generales. Entonces se me confundió toda la historia, perdí mi latín y ya no comprendía nada, cuando estaba estudiando en París. Recuerdo en 1932 los diarios franceses de provincia describían el "proceso" argentino más o menos así: *"Et alors, le général Ouribourú sortit son révolver et chassa le général Irigoyen; mais alors, quoi, un autre général, Agustín Justó, sortit son révolver et chassa le général Ouribourú, lequel, étant un grand ami de la France, vint à Paris... et y mourut..."*.

Recuerdo me daba una vergüenza imponente leer eso; hasta que un día me consolé diciendo, con el autor

del Ente dilucidado: *"Los monstruos ¿lo somos nosotros o lo son ellos?"*.

Pero se me confundió grande toda la historia argentina, y recién ahora, a los 60 años, se me comienza a ordenar de nuevo. Días pasados encontré un muchachito de 15 años leyendo precozmente la Vida de Rosas de don Carlos Ibarguren, el cual me dijo: *"Tío, el fruto desta lectura es bastante triste; porque resulta que en la escuela me han engañado"*. A lo cual respondí: *"Dale gracias a Dios que te enteras a los 15 años; yo no me enteré hasta los 35"*.

Pero desto que diré ahora, recién me enteré a los 60; a saber: el eje permanente de la historia argentina es la pugna entre la tradición hispánica, ya no muy pura, y el liberalismo foráneo, bajo cuyo signo nacimos a la "vida libre"; y esa pugna continuará hasta el año 2.000 por lo menos, como está narrado en el libro Su Majestad Dulcinea de inminente reedición... (*Inminente* no significa *próximo* como creen los loquitores, sino *amenazante*). El pueblo argentino jamás asimiló el liberalismo inglés o francés o norteamericano: no se sabe por qué. Los liberales lo han tenido aquí todo para hacérselo asimilar: el progreso, la moda y la mentira, prensa grande, libros, universidades... y hasta sacerdotes, curas y obispos liberales o liberaloides; y el pueblo argentino no lo asimiló: mala suerte. Cada vez que el pueblo elegía libremente su *caudillo* —el primer derecho del pueblo, decía Estanislao López— eligió un caudillo antiliberal. Ninguno dellos les salió muy santo y uno dellos les salió al final con una locura, mas el pueblo, "*les petites gens*" que dice el francés, permaneció tozudamente en su actitud antiliberal. El Partido Radical, cuando comenzó a "liberalizarse" empezó a decaer, es un hecho: algo aflojó en su espinazo.

Esto es para mí una especie de prodigio. Será por inteligente o por tozudo, por falta de religión o por sobra, por falta de cultura o por sobra; pero el hecho está allí, macizo como una roca: el pueblo no quiere a los liberales.

En este momento histórico, eso se comprende un poco: no hay liberales de gran talento aquí y ahora.

Miren los que hoy escriben o hablan bien, con autori dad, eficazmente, no son liberales: liberales de gran calibre, un Sarmiento, un Mitre —o digamos incluso un Lisandro de la Torre—, no hay. Mas el pueblo (la masa) erre que erre, en cuanto le dan cancha libre va y enalza un caudillo no liberal hasta las nubes. Para mí que la culpa la tienen los médicos, los curas... o la "Acción Católica".

De modo que al pueblo argentino (la masa) le pasa un poco lo que le pasó a Julio Camba. Cuando el gran humorista español escribió el mejor de sus libros, HACIENDO DE REPÚBLICA, sus amigotes de la peña, la redacción o el café exclamaron: "*¡El gordo se ha convertido al catolicismo!*", el gordo replicó: "*No. Lo que pasa es que me di cuenta de que soy católico*". Así la masa argentina —que definir el liberalismo no sabía— se da cuenta sin cesar que es antiliberal... Y no se puede decir que la culpa la tienen los "nazis", pues en tiempo de Irigoyen no había "nazis".

De modo y manera que si la historia tiene leyes fijas —lo cual no es seguro— se podría predecir esto: ahora han copado la "Revolución" los militares, vendrá otra revolución y pondrá en el inestable y codiciado trono a un antiliberal. En menos de 10 años. ¿Por qué 10 años? Porque los plazos de las revoluciones argentinas se van acortando sensiblemente.

Hablo de las revoluciones totales, que cambian la "ins-ti-tu-cio-na-li-za-ci-ón", haciendo oscilar el péndulo de un extremo al otro. No hablo del golpe de San Martín en 1812 o las "revoluciones" radicales de 1893 ó 1905, que fueron meros colazos del 90. Y bien:

De la Revolución de Mayo a Caseros,	43 años
De Caseros a Alem-Irigoyen	42 años
De la del 90 a Uriburu	40 años
De Uriburu a Farrell	13 años
De Farrell a Lonardi	12 años

¿A qué se deben estos ciclos? Se deben a que los militares jóvenes deben imbuirse de la ideología co-

rrespondiente para hacer la correspondiente "revolución" (es decir, tienen que ir *juntando rabia*) penetrándose de la ideología de Rousseau o de Echeverría si gobierna un caudillo absoluto; y de las ideas absolutistas si gobiernan caudillos liberales —por fraude—... Así durante la "década infame" los oficiales jóvenes absorben las ideas del PAMPERO y se convencen de que el país "anda mal"; y durante la década siguiente, se dan cuenta por sí mismos —y por los *panfletos*— de que la libertad es también necesaria y que otra vez el país "anda mal"; y entonces ¡pumba!... *"Le général X sortit son révolver et chassa le général Z"*; y así sucesivamente.

Hay que tomarlo un poco en broma; al fin la vida es corta; y el que se hace mala sangre se la acorta más todavía. Pero lo que queríamos decir es que hay que salir de una vez del movimiento pendular, si se puede. Y que no se puede salir si no se consolida la Ley... o se "restauran" las leyes, como quieran. Y la Ley no se puede restaurar si no es sobre la base de una restauración moral.

¿Y cómo se hace esa restauración? Mucho preguntas, Sancho. Ése es el tema de otro prólogo. Pero, por de pronto, moralízate tú, el que estás leyendo, como yo el que estoy escribiendo, antes de querer moralizar a otros a la fuerza. Tú, aunque seas "Comisario Investigador" uriburiano y sobrino del mismísimo Mahatma Ghandi... *"Hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère"*.

10. Conclusión

Después de haber leído quizás todo este "filosofema" —o galimatías si usté quiere— el lector en ayunas me dice:

—Vamos a ver, en resumidas cuentas, lo que interesa es no más esto: la República de Buenos Aires; es o no una nación en decadencia?

—Sí señor. Es una nación en decadencia.

—¿Y por qué?

—Porque es una no-nación que decae.

—Pruébelo. Usté nos confunde con el Uruguay...

—No sé si usté es capaz de la prueba. Pero pondré tres ejemplos o *síntomas*.

a. El caos político

—Las predicciones de Charles Maurras se han cumplido cruelmente en nosotros, más que en Francia. Estamos en plena politiquería, o sea democacaracia.

Le diré simplemente esto: estamos en incurable inestabilidad política, porque ha más de 100 años todos los gobiernos son ilegítimos; es decir, fraudulentos y usurpadores.

—Eso es demasiado decir. Desde Sáenz Peña hijo, ellos han sido elegidos por sufragio universal. Perón, por ejemplo...

—Perón obtuvo la mayoría de un sufragio "universal", porque primero se demostró a la masa como un caudillo; por eso lo votaron si no todos, muchos. De modo que no es el sufragio quien le dio el poder, sino su poder personal quien arrambló el sufragio. Le diré que eso es malo, pero es mejor que lo otro.

Irigoyen lo mismo: primero de ganar la primera elección *limpia* después de Sáenz Peña, se había mostrado caudillo popular, había hecho revoluciones y revelaciones. De donde sigue no es la mayoría la que unge sino que confirma a los ya ungidos: o bien es formada por fraude sutil si se quiere. Hacer optar a la gente entre dos "candidatos", uno vencido de antemano previstamente, es fraude.

La mayoría nunca se equivoca, dijo Rusó. La mayoría se equivoca siempre, dijo Ibsen. Mentira los dos. Ni se equivoca ni nada, pues hace lo que la hacen hacer. El que se equivoca es el que se fía del politiquero, que es el que mangonea las mayorías.

El "sufragio universal" es una farsa porque desde su comienzo alimentó en su seno un sofisma: la "sobe-

ranía del pueblo", que es hoy el gobierno de los marrulleros y los charlatanes[36].

Esto ha sido demostrado tantas veces y por hombres tan autorizados, que me excuso de repetirlo. Pueden leer el Prefacio de MIS IDEAS POLÍTICAS o esa meditación breve e incisiva ABSTRACCIÓN REVOLUCIONARIA, ambos de Charles Maurras, sin ir a Taine, De Bonald o Bourget ni tragarse la enorme ENCUESTA SOBRE LA MONARQUÍA —también de Maurras—, Donoso Cortés o Menéndez Pelayo.

El resultado deste gran desorden del "sufragio universal" es toda clase de males políticos, de los cuales el mayor es la "centralización".

b. La centralización

Centralización significa la absorción por el Estado de toda la actividad de los cuerpos intermedios e incluso de los individuos. Esta absorción ha ido creciendo desde la famosa francesada de 1789 hasta hoy, de modo que puede decirse que hoy todos los Estados son tiranías. El mayor ladrón de cualquier Estado actual es el Gobierno. El publicista Bertrand de Jouvenel, en su macizo tratado EL PODER, contiende que esa absorción es inevitable en el Estado, que es esencial al Estado el *crecer*. Debería haber añadido la condicional *a menos que otro no lo impida*. En efecto, la

[36] O sea, la soberanía del Anonimato, la Irresponsabilidad, las Elecciones, el Dinero y... el Extranjero. Vean la muy voceada "Libertad de Prensa"; en ella se ha concretado la "Libertad de Expresión", una de las "Libertades de Perdición", que dijo Pío IX: cuanto más hablan della, menos existe. Será tonto por demás un presidentito destos para dejar que un cagatinta anónimo le discuta o condene una medida suya; allá va el secuestro de una edición, o la suspensión del diario o simplemente la supresión. Por tanto se guardan muy bien de ofender al tiranuelo de turno. Tienen libertad para hablar contra Dios, pero no para pintar bigotes de foca a un Testa Hinchada No Coronada.

En ningún momento del mundo ha habido menos libertad que ahora; y eso que la mayoría de los Estados de hoy han nacido a los gritos de "Libertad, Libertad, Libertad"; y lo siguen cantando.

función natural de los poderes parciales y relativos (Familia, Municipio, Gremios, Dinero, Universidad, Ejército) es limitar el poder, de suyo devorante, del Poder Central.

Hoy día el Estado hace de todo, menos a veces lo que debería hacer. Desde zapatero hasta constructor de casas, el Estado se mete en todo; también en las empresas particulares, de las cuales se entromete socio. Usté no puede ni publicar un libro sin tener encima al Fisco. El Fisco sangra a toda actividad productiva y él monopoliza la mayor parte de las actividades productivas. Pero donde más celoso y dañoso se muestra es en el Monopolio de la Enseñanza. El Estado es el maestro *de part Dieu* ¿qué digo? es el Maestro de los Maestros, el Maestrísimo. Directa o indirectamente es el que imparte la —llamémosla— Educación, directamente en las escuelas "públicas", indirecta en las escuelas mal llamadas "privadas".

Esta aberración de que el "Político" se meta a regir o a hacer lo que no le toca y a lo que no es apto, la copiamos nosotros de la Tercera República francesa y ella la copió de Juliano el Apóstata, con el fin de perseguir la Religión. Napoleón también lo puso, pero con otro fin diverso. Es el dogma más acariciado del futuro Estado socialista y es el credo del Anticristo. Los padres tienen el deber y el derecho de educar sus hijos, la Iglesia tiene la misión de enseñar la religión. El Estado es político y no educador, anoser para subyugar la educación a la política; y, en este caso, a la infidelidad.

"Huelga de los trabajadores de la Educación". Este enunciado grotesco es la criada respondona que le salió a la leyenda del Estado Enseñante. Está pasando aquí lo que pasó en Francia, a saber: el Estado Anticlerical fundó la Escuela Normal Superior, que debía dar todos los maestros superiores, y se reservó la potestad de habilitar los maestros comunes. Quería hacer de los enseñantes los *"genízaros de la República"*, como se expresó Jules Ferry; o sea los que imbuyeran a los indefensos niños el laicismo y el anticlericalismo. Pero

surgió como resultado lógico que los maestros se hicieron comunistas, y comenzaron a dar dolores de cabeza a la "República laica, una e indivisible", con huelga tras huelga comenzando por pedir "aumentos de salario"; o sea porque el Gobierno no les paga bastante o no les paga a su gusto, se la hacen pagar a los niños, sin hacer mella ninguna con eso en los magnates de la "República", y aprovechadores de la "Educación".

Cuando el daño o el escándalo se hace intolerable, el Gobierno cede y aumenta los salarios y los trabajadores de la Educación se reintegran al trabajo de educar, después de haber dado el mal ejemplo de deseducar. "¡Los genízaros de la República!".

Aquí en este país, el monopolio de la educación es responsable de la decadencia de la educación; y la decadencia de la educación es responsable en gran parte de la decadencia de la República [37].

Los de la Acción Francesa estimaban que la "centralización" en Francia no podía ser vencida sino por la Monarquía. Valdría decir que en la Argentina es invencible.

c. La indisciplina de las costumbres

Esta expresión atenuada y exacta de André Benoist es lo que llamamos brutamente la *corrupción* o la *podredumbre*. En lo moral, en lo intelectual, en lo físico mismo, la indisciplina reina por todo.

Por ejemplo, no se puede mirar los avisos de cine de La Nación sin un movimiento de asco; pero si se entra a lo "avisado", vemos que los "filmes", con pocas excepciones, están adornados o penetrados de erotismo, cuando no de pornografía.

Más grave que la lujuria, grande arruinadora de naciones, es quizá la cretinidad de las masas. A ella contribuye todo, desde la educación intelectual nula hasta los llamados "medios de comunicación" de los

[37] Poco ve el que no distinga el vínculo diamantino que existe entre la democacaracia y la centralización o "estatismo".

cuales hemos mencionado uno. Otro de los más potentes es la "prensa grande". El diario que nombré es el púlpito de la memez al mismo tiempo que "la Tribuna de Doctrina". Es un púlpito de memez muy disimulado. Pongamos un ejemplo cualquiera: tengo delante una "nota" de Jorge Luis Borges sobre Lugones, del Suplemento Literario dominical del 23 junio de 74 en que el máximo literato se arregla para denigrar a nuestro máximo poeta, poniéndolo por debajo de Sarmiento (?) ¡y de Almafuerte! para terminar con un aparente elogio de algunas "líneas inagotables" de Lugones que no son sino un elogio de sí mismo. Ésta es una lección de memez.

Basta mencionar estas dos cosas, la lujuria y la memez, que son muy emparentadas, para comprender *"la indisciplina de las costumbres"* signo fatal de decadencia. Entre otras muchas otras cosas, innumerables, cuya noticia nos trae muy templada la "prensa" cada día. Y no hablamos de la prensa amarilla sino de la "blanca".

En fin, nuestro grande y hermoso país está en decadencia política, educacional y moral en forma que no vemos el remedio. Es un proceso que viene de muy atrás y seguirá adelante si Dios no lo remedia, pues sólo Él puede remediarlo, quién sabe cómo.

Prólogo al libro NOCIONES DE COMUNISMO PARA CATÓLICOS, *de Enrique Elizalde*

El comunismo es la cuestión candente hoy día, el problema específico y fundamental de nuestra época. Nadie escapa a él, se ha introducido por todo; su espectro por lo menos. Y cómo será de actuante, que con su mero espectro especulan los politiqueros: que agitando el "fantasma del comunismo" se mantienen en el mando y aumentan el comunismo.

El doctor Enrique Elizalde ha escrito sobre este *tema de todos* un libro innegablemente útil [38]; y para mí, original y sólido. Conoce al comunismo por contacto directo, y conoce lo que de él se dice en el medio católico común; de donde se persuadió que podía decir algo provechoso al último, quizás a ambos.

Creo que el resultado honra a las letras argentinas. No es una repetición o trasfusión de otros libros, es un esfuerzo discreto y sincero de pensamiento propio, que no presume de descubrimientos, pero tampoco retrocede ante las preguntas más osadas y difíciles, que son justamente las que hace "el hombre de la calle". Posee un pensamiento bien informado, maduro, y sobre todo *crítico* —cosa no muy frecuente entre nosotros—; cualidades que se revelan incluso en el estilo, sencillo, equilibrado y muy claro; es decir, simplemente *puro*. Poseer la facultad mimética de *repetir en otra forma*, aunque sea mejor forma, no es pensamiento. El pensamiento existe cuando hay vivencias propias: cuando

[38] NOCIONES DE COMUNISMO PARA CATÓLICOS, Buenos Aires, Editorial Poblet, año 1961.

existe una reflexión sobre propias experiencias. Sobre los dos temas que él maneja en contrapunto, catolicismo, comunismo, Elizalde posee mucho más que citas y lugares comunes; y con una sinceridad impávida profiere verdades u opiniones que el católico vulgar o mistongo rehúsa discutir, rehúsa oír y rehúsa ver.

Voy a bordar algunas reflexiones sobre el texto mismo del libro, sin incurrir en la grosería de intentar hacer otro sobre el mismo tema ni querer exponer mis opiniones a costa de las del autor a la manera de los parásitos; sin dejar de notar empero al final dos o tres puntos secundarios que me parecen discutibles o menos exactos. La verdad es que en un trabajo de teología hecho por un médico, el teólogo puede tener algo que decir, aunque sea por presunción profesional.

1. La herejía

El comunismo es una herejía. Ésta es una de las afirmaciones básicas de este sólido ensayo, de la cual se derivan fundamentales conclusiones, y sin cuya consideración, discutir el comunismo, es golpear alrededor del clavo.

En alguno de mis escritos [39] lo comparé con la herejía albiana o albigense. Como ella, el comunismo es a la vez un movimiento social, un movimiento político y un movimiento religioso. O sea, es una revulsión demagógica contra la Tradición, que asume forma religiosa y es aprovechada por la política. Un escolástico diría que el descontento y resentimiento social es su causa material; una visión herética del hombre, su causa formal; y la política, su causa eficiente; aunque las tres causalidades se entremezclen poco limpiamente.

Hay enormes diferencias entre estos dos albigenismos, que veremos luego; pero, primero, las semejanzas.

El albianismo medieval fue una herejía antisocial,

[39] CRISTO ¿VUELVE O NO VUELVE? Buenos Aires, Biblioteca Dictio, Volumen Nº 5, año 1977, pág. 206.

que rechazaba y destruía todo el cimiento de la civilización romana y cristiana; o la civilización a secas: la Propiedad, el Matrimonio, la Familia, la Autoridad, el Ejército y la Jerarquía Eclesiástica; para ver su virulencia baste decir que al matrimonio legal preferían la ramería e incluso la sodomía. Su dogmática era maniquea: la materia había sido creada por el diablo, el espíritu por Dios —dicho brevemente pero veramente—. Su organización era sencilla y fuerte, una especie de Antiglesia calcada sobre la Iglesia: los *espirituales*, o *perfectos*, o *puros* (*cátharos*) que se habían libertado del yugo de la materia eran los jefes y tenían obispos e incluso en un momento un antipapa residente en Bulgaria, de donde también los llamaron *búlgaros*. Los demás debían tender a ese estado *electo* o *perfecto* —que combinaba a veces tremendos ayunos con el vicio de la sodomía— y si no llegaban a él, podían al menos recibir a la hora de la muerte el *consolamentum* de un *perfecto* (especie de extremaunción o absolución) con el cual se salvaban raspando. Pero la raíz de estos y otros más complicados dogmas y el fin a donde tendían era la destrucción de la sociedad existente para dar lugar a otra mejor, igual que el comunismo. Si hubiesen triunfado las huestes de Raimundo VI de Tolosa y Pedro de Aragón el Joven —como debían triunfar—, toda Europa hubiese cambiado, y no para mejor. Belloc y otros historiadores estiman que el peligro que pasó entonces la Cristiandad fue mayor que el de los musulmanes, el cual subsistía en ese tiempo; y por cierto se hubiera combinado muy bien con el catharismo.

La sangrienta batalla de Murel (o Muret) es uno de los acontecimientos decisivos de la humanidad, como Marathon, Cañas (Cannae), las Navas de Tolosa, Tolbiac o Lepanto; en ella Simón de Monfort con mil hombres venció un ejército de 100.000 hombres; en la desventaja nunca vista en el mundo de uno contra cien. Mandaba el ejército Pedro II de Aragón, a quien Belloc llama *"el Borrachín"* y Menéndez Pelayo *"el Católico"*: quedó muerto en el encuentro. Ni era albigense ni era su mira *"fastidiar a los franceses"* como dice Belloc:

probablemente se unió a las huestes de su cuñado Raimundo por solidaridad feudal y familiar; y si a alguno quiso fastidiar fue acaso al papa Inocencio III.

La lucha contra el catharismo duró como dos siglos, desde el famoso año Mil hasta las vísperas mismas del siglo de San Luis Rey y Santo Tomás. Al subir al pontificado Inocencio el Grande se opuso a la "cruzada" contra los albianos, diciendo: *"La religión no se puede persuadir con la fuerza"* y enviando a las regiones infestadas (que más bien que Albi de donde tomaron su nombre, eran el Languedoc y el Norte de Italia) misioneros santos, como desea E. E. Los albigenses los mataban, si venía a mano. Después del asesinato del principal, Pedro de Castelnau, que todo el mundo atribuyó al conde Raymond, Inocencio viró con la fuerza y la majestad de un buque de guerra: canonizó al legado papal y proclamó la cruzada, que ya había declarado el Concilio de Tours en 1163. Los cristianos tardaron casi dos siglos en tomar las armas contra la secta organizada subversiva y agresiva.

Eran los populachos los que se levantaban primero contra este movimiento disolvente, hasta el punto de linchar a sus predicadores (Pedro de Bruys, quemado vivo 20 años antes del Concilio de Tours); eran los hombres de gobierno de la naciente monarquía francesa los que propiciaban la formación de un ejército regular contra ellos; y eran los hombres de Iglesia como San Bernardo y Santo Domingo de Guzmán los que se oponían a la violencia; hasta que tuvieron que alzar la mano. La contienda religiosa se había vuelto netamente política, como ahora Rusia y Estados Unidos: los barones del sur de Francia, celosos del norte semigermano —y sobre todo del reyezuelo de la Isla de Francia Felipe Augusto— se habían ligado al conde de Tolosa y a su compinche el rey de Aragón. Sin embargo, el llamado del papa tuvo mezquino efecto; ya está dicho que el *"ejército blanco"* —así le llamó el cronista poeta Guillén de Tudela— tenía mil hombres; eso sí, hombres de a caballo; mandados por el discutido Simón de Monfort:

"Lo comte de Monfort venir ab so senhal
Et molt d'autres francés que tuit son a caval".

Nunca se vio más grande esperanza en una situación más desesperada: encerrados en un castillo, oyeron misa a la madrugada —dicha por Santo Domingo— montados a caballo, incluso dentro de la Iglesia; y de allí no más salieron a la desesperada hacia el flanco izquierdo, y antes de contactar viraron a la derecha y se metieron como una cuña en el centro. Las tropas de Pedro II, indisciplinadas, se retiraron en la confusión más espantosa y fueron alanceadas con el furor de la desesperación... y del miedo. El cronista Pedro Sarnensis dice que el ejército enemigo parecía un océano. Toda esta cruzada se distinguió por su ferocidad, de ambas partes: en vano Santo Domingo y Pedro de Osma clamaban. El que ha visto a franceses furiosos se hace una idea.

Aunque la matanza fue comparable a las de moros en las Navas de Tolosa, es dudoso —como casi todos los *bons mots* de la Historia— el dicho del De Monfort: "*Matadlos a todos; Dios conocerá a los suyos*". Como la matanza continuara a manos del populacho y de los jueces reales, se fundó la *Inquisición* (se llama la Primera Inquisición) no para matar herejes sino —créase o no— para librar de la muerte por lo menos a los noherejes; pues como suele pasar en estos casos, pulularon las falsas denuncias y los vencedores tendían a alzarse con las propiedades de los vencidos. Bastaba que se probara que un hombre era casado; o que delante del tribunal de teólogos abjurase su doctrina anárquica y subversiva, para que los *hombres de la encuesta* (que eso significa *inquisición*) liberaran al acusado; pues había un decreto del rey de Francia de pena capital para todo recalcitrante; y los jueces reales no se daban mucho trabajo con la teología.

Veinte años más tarde, en 1233, las Constituciones de Tarragona de don Jaime el Conquistador ponen el cimiento de la Inquisición Española; que quien las lea verá eran un inmenso progreso jurídico sobre la

legislación durísima de aquellos tiempos. El Artículo 5 dice que "*para que no pagasen inocentes por pecadores* [como pasaba a causa del tremendo edicto del padre de Pedro II contra los valdenses] *nadie podría decidir en causas de herejías sino el obispo, u otra persona eclesiástica a eso deputada*" (o sea un inquisidor). La Inquisición era un tribunal *doble*; y en ella los eclesiásticos no hacían al comienzo sino *inquirir*.

Así terminó la herejía albigense primera, para bien de la humanidad, aunque la lucha contra ella continuó casi un siglo más en Cataluña y León de España; y la Inquisición... evolucionó; la cual nada tuvo en su comienzo que no fuese loable, y en su medio no fue tan negra como hoy día hacen creer al vulgo. Y si lo digo yo, que he sido víctima de la "Inquisición sin Encuesta"...

Y así probablemente tendrá que terminar el comunismo, si es que el mundo debe seguir viviendo, cosa que yo no sé. No creo que se pueda convertir a los comunistas rusos tocándoles el violín del Progreso Indefinido, los Derechos del Hombre, y la Democracia Liberal, como San Vicente Solano a los indios. También puede ser que el comunismo no se deba convertir, sino que deba fusionarse con las otras dos Ranas del Apokalypsis, el Liberalismo y el Modernismo para formar la trenza del Anticristo.

Y aquí viene la diferencia de los dos albigenismos, Primero y Segundo:

1. La Herejía de Albi fue un conflicto regional, de los lugares oscuros y sucios de Europa, mal evangelizados; el comunismo es un conflicto mundial.

2. El albianismo era una barbarie desorganizada; el comunismo es una barbarie organizada, teorizada, calculada y –perdón por la palabreja– *tecnologizada*.

3. El albianismo insurgía contra una sociedad cristiana; el comunismo contra una sociedad que no puede llamarse cristiana *simpliciter*, como bien nota E. E. Y ésta es la diferencia capital. Los yanquis defienden hoy la Civilización Cristiana... Capitalista.

De aquí que tiene razón el autor en rehusar una guerra preventiva contra Rusia. De punta a cabo en su libro insiste en que *"la violencia no puede persuadir una religión"* —como dijo Inocencio III—, que la lucha contra el comunismo debe ser moral y espiritual, que lo primero y principal es *nuestra conversión*. Tiene razón en eso, pero permítame:

—Si los rusos atacan a Europa o América, ¿les está permitido defenderse a los cristianos?

—¿No han atacado ya los rusos a Europa, como en el caso de Hungría, Polonia y las otras cinco *naciones cautivas*?

—¿Es obligatorio esperar para armarse que se produzca de hecho el ataque atómico?

Formular las preguntas es contestarlas.

Las exhortaciones *irenistas* del autor se dirigen a los católicos comunísimos que dicen que los comunistas son todos bestias y ladrones y que hay que aniquilarlos cuanto antes.

Algún choque o guerra parece muy probable sino inevitable —porque sencillamente la *agresión armada* al mundo capitalista está dentro de la doctrina comunista—, en tanto que la *defensa armada* está indudablemente dentro de la doctrina racional, no diré católica. Dentro del sentido común, sea pagano o cristiano.

2. Conflictos críticos

Abramos las páginas de la historia: en nuestro pobre mundo ha cuajado muchas veces la siguiente situación: dos núcleos enfrentados irreconciliablemente, uno de los cuales puede llamarse Civilización y el otro Barbarie. Se produce una guerra desesperada, de exterminio a veces. Triunfa el núcleo civilizado, y sigue para él un Siglo de Oro, un Imperio. De esta suerte fueron las Guerras Médicas (Grecia y Persia), las Púnicas (Roma y Cartago) y las Musulmanas (Europa encabezada por España contra el Islam). Hay otras más pequeñas o menos claras; como la breve Cruzada Albigense que hemos descrito; no tan breve pues duró 20 años.

Chesterton ha reseñado magistralmente uno de estos choques en su libro THE EVERLASTING MAN, capítulo *La guerra de los dioses y los hombres.* Entre nosotros un escritor español, Penella de Silva, escribió un dilatado y curioso libro: BUENOS DÍAS, MISTER TRUMAN, en que expone muy bien esta premisa del *permanente asedio de la Civilización por la Barbarie*, aunque por desgracia no saca conclusiones del todo justas. Su error a mi parecer es propiciar una *guerra preventiva*, o sea, un ataque activo de EE.UU. a Rusia —proceder no cristiano— y, sobre todo, el olvidarse que es preciso que preceda a toda vera *cruzada* la conversión de Europa, por lo menos incoada. De otro modo serán dos fuerzas igualmente inicuas o poco menos las que choquen; y los que sonaremos seremos nosotros los cristianos. Esta posibilidad ha sido también considerada por los videntes; como el ruso Solovief en sus DIÁLOGOS, en el año 1900, y el inglés R. H. Benson en su novela EL SEÑOR DEL MUNDO, año 1910, cuya traducción española publicamos poco ha. Uno y otro consideran dos enormes potencias enfrentadas, las dos igualmente acristianas, Europa y Asia (Imperio chinojaponés) y como consecuencia de esta situación la epifanía del Anticristo. Solovief considera la guerra verificada y ganada por los amarillos; Benson considera la guerra evitada a último momento por el Anticristo, Juliano Felsenburg.

Quise decir esto para que no se entienda a E. E. en el sentido del *irenismo* condenado por S. S. Pío XII en su encíclica HUMANI GENERIS contra la Nueva Teología. *Irenismo* (de *irénee*: *paz*) significa *Paz con los herejes a toda costa.*

Sospecho que no se puede amansar a las fieras de hoy día tocándoles la flauta de Orfeo. Si no han leído las MEMORIAS de Trotzsky, léanlas. Es una fiera humana; más aún, es un demoníaco.

El asalto actual a la Iglesia se diferencia de todos los anteriores en que no es solamente malo —con maldad humana—, sino satánico. Tiende a liquidar no solamente lo sobrenatural, sino aun lo natural, como bien

nota nuestro autor: la razón, la tradición, la convivencia política, los derechos humanos —empezando por el derecho de propiedad privada, palafrén del comunismo.

Entre paréntesis, notaré una proposición, que está en la página 68, que me parece menos exacta: "*discuten los teólogos si el derecho de propiedad es inherente a la natura*"...

Eso no lo discuten los filósofos católicos; discuten solamente su grado de *naturalidad*.

Niegan dos extremos: que sea un derecho natural de *primer grado*, como el derecho a comer o a casarse, uno; y dos, niegan que sea una mera convención humana, una ley positiva que otra ley positiva pueda lícitamente abolir.

Es un derecho natural de *segundo grado*, o sea "*derivado con intermedio de la razón*", como es, por ejemplo, el matrimonio indisoluble y monógamo.

E. E. defiende que es derecho natural con el argumento que de él depende el derecho a la libertad. Está bien, pero hay que añadir por debajo el derecho a comer y a engendrar hijos *con tranquilidad*. Eso de la "dignidad de la persona humana" solamente, parece cosa de democristianos.

En suma, es verdad lo de E. E. en pág. 84:

"*Aplastar a las naciones comunistas en una guerra... no tiene sentido*".

También es verdad complementaria: No defenderse de los Bárbaros o los Piratas si acometen... no tiene sentido. E. E. no sueña en negarlo. Pero no insiste en ello, pues no lo pedía el fin de su libro.

3. La culpa

E. E. le carga la romana a los católicos. "*Los católicos tenemos la culpa*" —dice—, lo cual es verdad; es decir, los sedicentes católicos no los santos, que son los veros católicos. Pero decir: "los católicos tenemos *toda* la culpa", no sería verdad. Esto también lo indica al llamar a boca llena "*herejes*" a los bolchévicos; pues, la

herejía es pecado, y muy grave: es una rama de la *infidelidad*, que es el más grave de todos.

No se es hereje de nacimiento, o *por casualidad*; salvando empero la tesis del filósofo Zubiri acerca del *pecado colectivo de ateísmo*.

Otra cosa es el *error en la fe*, el cual puede ser inculpable; mas el *hereje* es lo que el criollo entiende cuando dice *hereje*, y algo peor.

El comunismo es, según E. E., una especie de catolicismo ateo, valga la paradoja; como el albianismo fue un catolicismo maniqueo: Elizalde hace ver que existen en él profundas aspiraciones cristianas —o hebreas—, asumidas por el ateísmo. Ésa es la definición misma de toda herejía; de las cuales Elizalde opina, el comunismo *"es la más inteligente"* (?).

Todas las miserias, injusticias, explotaciones y atropellos del mundo no pueden hacer que un hombre diga: *No hay Dios* si él no quiere. Podrán hacerlo enojarse contra Dios y aun blasfemar; pero la insensata afirmación *No hay Dios* procede de la necedad, según la ESCRITURA: *"Dijo en su corazón el necio: No hay Dios"* [40]. Y la necedad, entendida como la ESCRITURA, es pecado grave: el hombre es responsable directa o indirectamente de ella. La simple ignorancia, que suele ser humilde; la equivocación acerca del número del colectivo o la hora del tren, que suele ser propia del filósofo, no es la *"stultitia"* de la BIBLIA: *"Stultitia opponitur sapientiae"*; es decir, es la necedad acerca de las cuestiones vitales; o como dicen hoy, *trascendentes*. Esta necedad es hija de la lujuria o bien de la soberbia, enseña Santo Tomás [41].

El ateísmo, tan numeroso hoy, no es disculpable, aunque sea en muchos "atenuable".

40 *Psalmo XIII*, 1; *Psalmo LII*, 1.

41 SUMA TEOLÓGICA, II, IIae, XLVI.

4. Crisis en la Iglesia

¿A qué católicos le carga la romana Elizalde? A los burgueses, es decir, a los ricos. No han cumplido las encíclicas papales acerca de la cuestión social.

Algunos las han cumplido. ¿Era posible o fácil que *todos* las cumplieran? Para eso era necesario que abajo de ellos la gente llamada *humilde* las hubiese cumplido también; y arriba de ellos, el clero: hostigando a los católicos malos ricos, como en tiempo de San Crisóstomo, San Agustín y... Jesucristo. El clero es copartícipe de esta responsabilidad, como en tiempo de los albigenses.

Hemos dicho alguna vez que la Iglesia atraviesa hoy una crisis por lo menos tan grave como antes del estallido del protestantismo. Pedidos cuenta de esto, no podemos darla; por lo menos sin escribir un gran libraco. Es un *pálpito,* digamos; y se han escrito a veces libros enteros (como el de Congar O. P.), para justificar un pálpito, que no son convincentes; y sin embargo, el pálpito era certero.

Yo diría así brevemente que –parece– la actual estructura temporal de la Iglesia está fallando en su eficacia –lo dijeron el insigne Rosmini y el insigne Newman hace un siglo–; ya endurecida y engarabitada, como pasa a todos los institutos humanos; y a favor de esa falla, enormes abusos e injusticias son posibles dentro de la Iglesia, que la ensucian y desacreditan. Una de ellas y muy seria es la preconización de Jerarcas poco inteligentes, contra lo que enseñó Santo Tomás y mandó San Pablo (*"Y el pazguato no será ya más llamado Príncipe"*, dice el Profeta; hablando del Siglo de Oro); lo cual proviene en parte de la actual lamentable distanciación y aun dispartición entre el Pueblo Fiel y la Jerarquía; en la cual tanto insistió Rosmini antes del Primer Concilio Vaticano.

La estructura temporal de la Iglesia *no* es la Iglesia; ella ha tenido varias y diversas en el curso de la Historia. El Vaticano no es el Espíritu Santo... como me dijo ayer un "nacionalista" argentino. ¡Ojo, sin

embargo!; los comunistas dicen algo parecido: ellos "combaten solamente al catolicismo político" (?).

Quédese esto así; pues con este asunto no es muy apacible meterse mucho. Elizalde indica esta causa muy de paso; y hace muy bien.

5. "Sed contra est..."

Esto se está haciendo una disertación. Acabemos.

Hay en este libro algunas proposiciones "filosóficas" —su catecismo, Elizalde lo sabe muy bien— que no me gustan, aunque pueden ser entendidas bien; por ejemplo, acerca de la teoría del conocimiento, acerca de la teoría de la creencia y acerca del uso de los bienes temporales.

I. "*Los juicios son elecciones antes que comprobaciones Juzgar es optar*". Distingamos.

1. Los juicios de *creencia* —de lo cual trata el contexto— son opciones *a la vez que afirmaciones.*

2. Los juicios en general están conectados con la voluntad, siendo nuestras facultades un *todo* y no compartimentos estancos. "*El intelecto está penetrado de voluntad*", dice el autor con razón; que es lo que decían los antiguos: "*voluntas in ratione est*". El hombre que sabe, primero *quiere* saber, dice Elizalde. En un sentido: en el sentido de que el apetito o tendencia general a saber, es propia del intelecto; como toda potencia apetece su acto. Habría que distinguir aquí, para ser exactos, entre *voluntad tendencia* y *voluntad potencia*, o sea, entre *propensión* y *albedrío*. No necesitamos *querer saber* cuando se nos enfrenta una evidencia. Yo quisiera no saber que en estos momentos mi vecino me está dando radio gratis a todo volumen; pero no puedo.

3. El intelecto prima la voluntad; es decir, es primero ontológicamente, es principal. Lo contrario procede del difundido *voluntarismo* que impregna la filosofía

moderna; que comenzó históricamente con Occam y fue cuasi impuesto por Suárez. Es un error en metafísica.

Los únicos filósofos modernos no voluntaristas que conozco son Schopenhauer, Husserl y Nikolai Hartmann entre los mayores.

II. La fe es una de las especies de la *creencia*. Es, antes de todo, una afirmación, no un sentimiento. Según la fórmula teológica, ella es "*intelectual, libre y oscura*".

"*Creer en los milagros es también un milagro... Creer en lo que se deseaba demostrar es un acto de fe...*", dice nuestro autor. Quiere indicar que *al que no quiere, no se le puede demostrar la existencia de Dios*, lo cual es verdad; pero la existencia de Dios no es un acto de fe sino una verdad natural al alcance de la razón. Como tampoco el milagro —entendido como hecho histórico— no es un acto de fe.

El autor exagera o no determina bien el papel de la Gracia y la Voluntad Humana, en la fe; por Amor de su empeño en recalcar que la fe es libre.

"*La fe no es cosa nuestra sino de Dios; es muy poco lo que nosotros aportamos, casi todo lo hace la Gracia...*", dice en pág. 94.

Créase o no, la Gracia lo hace *todo* y el Albedrío humano lo hace también *todo*.

Parece imposible; pero un pintor pintando hace *todo* el cuadro y el pincel hace *todo* el cuadro en diversos planos: causa principal e instrumental. "*Totum sed non totaliter*", decían exactamente los antiguos.

La comparación flaquea en el caso de la fe, pues allí el instrumento no es inanimado, sino vivo. Entonces recurren los filósofos a la noción de *causas recíprocas*.

Hay causas que se causan mutuamente: están unidas y su acción produce un solo efecto o un solo *supósito*, como son eminentemente el cuerpo y el alma en el hombre. "*Mi enfermedad me produce tristeza y la tristeza produce mi enfermedad*", decía Kirkegor, enfermo del mal de melancolía. "*Causae quae ad invicem sunt causae*" ("*causas entre sí causativas*").

La doctrina de las causas recíprocas es una clave en psicología y en filosofía. Ellas se dan solamente en

el dominio de lo viviente y sobre todo de lo espiritual; y resuelven problemas, de otra manera, desesperantes.

Algunos modernos les llaman ineptamente *causas en cadena* y *causas en circuito.* Así la teoría de Freud acerca del *placer premio* y *placer estímulo.*

La Gracia causa la determinación de mi albedrío y la determinación de mi albedrío causa la Gracia.

¿Es imposible? Más imposible es que la Gracia cause, pongamos, nueve décimos del acto de fe y un décimo sólo lo cause yo. Un acto vital (*inmanente*, como dicen) no puede ser causado parcialmente por dos causas vivas a medias; como dos caballos que tiran de un carro. No es así.

(*Paréntesis*: Es una lástima que en la Argentina no se enseñe *buena* filosofía, rudimentaria al menos, a todos. Pero para eso sería necesario la supieran primero Mac Kay el profesor Salonia.

El bárbaro Monopolio Estatal de la Enseñanza ha atrasado al intelecto argentino, y con él a *toda* Argentina de un modo inmensurable. El Estado no puede enseñar filosofía porque no sabe filosofía; entre nosotros no sabe ni siquiera política, que es su oficio.)

III. Acerca del uso de sus bienes, Elizalde da a los ricos consejos buenos, pero incompletos.

"Si hemos de emplear nuestra fortuna en la política, lograríamos mayor beneficio dándola de limosna a los pobres", dice.

Eso es verdad, excepto en el caso de verdadera vocación política; es verdad de los que tienen vocación religiosa.

Si un argentino con vero talento político gastara su fortuna —si la tuviera, como sería de desear— en traernos un buen gobierno, haría mayor beneficio que fundando una Casa Cuna. Fundaría muchas Casas Cunas.

Existen —o existieron— en la Cristiandad Europea las virtudes de ricos, llamadas *liberalidad, magnificencia* y *municificencia*, que se puede decir son variedades superiores de la limosna o beneficencia. Ellas consisten: *1.* En ser desprendido y generoso con su dinero, o sea

liberal en el antiguo buen sentido— 2. En hacer obras magnas de pública utilidad— y 3. En hacer donaciones a los que sirven al procomún —como los periodistas "nacionalistas de derecha"— o el curandero uruguayo Federico Díaz.

Enrique Elizalde hace un retrato del nacionalismo, del cual sólo diré que los nacionalistas argentinos *que yo conozco* no se parecen ni sombra. Será el nacionalismo de Alemania, o de Inglaterra. O esto que llaman ahora *nacionalismo de izquierda.*

Mi finado director y amigo don Lautaro Durañona y Vedia no tenía ni sombra de los tres caracteres de este mal nacionalismo, a saber: odio a los judíos, rencor a las demás naciones y prepotencia dictatorial bestial con sus compatriotas. Más bien pecaba por los tres contrarios a ésto.

6. Cabo

Este prólogo es así como es a causa de que la primera vez que leí este manuscrito fue en orden a hacerle una "censura". Pido disculpa a los lectores que hubiesen preferido quizás otra cosa. Para más pormenores positivos ver el ensayo *El comunismo,* en la pág. 204 de mi libro CRISTO, ¿VUELVE O NO VUELVE?, en la edición de la Biblioteca Dictio.

Summa summarum: el autor, a mi parecer, logra su intento, el cual es oportuno aquí y ahora.

Describe con mansedumbre y exactitud la Segunda Rana [42].

Pronostica bien sus causas próximas y consecuencias posibles.

De su lectura, concluyo yo:

O bien el comunismo mundial será reducido por el medio y manera que aquí se indican; como el antiguo albigeísmo, o el Islam, o el arrianismo; y en ese caso vendrá en el mundo una gran prosperidad o al menos

[42] Referencia a las Tres Ranas del APOKALYPSIS.

pacificación, que no durará empero más de tres generaciones, o quizás dos: un Siglo de Oro.

O bien el comunismo *no* será reducido y seguirá propagándose lentamente y embromando a medio mundo; entonces, yo no veré el resultado ni mis sobrinos nietos tampoco.

O bien el comunismo se funde, pacíficamente o no, con la Tercera Rana, que es la Última Herejía, y la más inteligente —satánicamente— de todas, y ahora ya existe. Esto visionaron Solovief y Benson.

Y entonces, agarráte Catalina que vamos a galopar.

Buenos Aires, 1961, Día de San Policarpo Milenista, obispo y mártir.

La Argentina de 1943 y de hoy — ¿La Revolución de Junio es una revolución restauradora?

La exageración era creer que la Argentina estaba madura para una *revolución restauradora*. Esto de revolución restauradora parecerá contradictorio a muchos, que entienden una restauración es lo contrario de una revolución; si se entiende por esa palabra *revolución de masas*, fenómeno político moderno que no construye ni sana nada, a no ser *per accidens*, antes es siempre como una enfermedad. *Revolución restauradora* es una reconstrucción enérgica y a corto plazo, como la metedura en caja, dolorosa y casi violenta, de un hueso sacado. Para *eso*, no estaba madura nuestra patria, como lo motró el suceso. Esta exageración era de todos los nacionalistas.

La gran verdad que sustentaba la exageración era que el país no podía —decentemente— seguir como estaba.

La cual verdad no creemos ha dejado mucho de serlo.

1. El fin del "régimen"

Esta verdad se presenta en forma dramática en lo que podríamos llamar el problema de la Neutralidad, el problema de la Sucesión Presidencial y el problema de la Corrupción Partidista, tres actos de un mismo drama: el drama de la Impotencia Nacional. La corrida de telón fluye el llamado Escándalo del Palomar; el nudo, la enfermedad del doctor Ortiz y las inminentes elecciones muleras; y el desenlace, un golpe de Estado precipitado por un grupo de altos jefes militares. La razón de que la política argentina de plácida y pastoril que estaba se volviera súbito dramática, es que afloraron de nuevo en ella —a través de pretextos politiqueros y a conjuros de la

presente guerra mundial—, la cuestión económica y la política exterior, es decir, los dos problemas polos de todo gobierno *real.* ¿Es que antes pues el gobierno argentino no era real? *Così è, se vi pare.* No era muy real. Las dos máximas tareas del gobernante nos eran dadas hechas desde fuera; y para que nos creyésemos nación, nos dejaban divertirnos, afanarnos y matarnos con los triquitraques sórdidos de la "política interna". La política interna consiste, como es sabido, en el llamado *juego de los partidos*, instrumento artificial de una seudodemocracia, que tiene poquísimo de política real.

El llamado *juego de los partidos* (o *libre juego de las instituciones*) consiste simplemente, al final del proceso del régimen liberal, en que *no hay partidos.* No hay una cosa realmente partida —a no ser la concordia y el bien común de la Nación—, hay una sola cosa real en el fondo con dos trajes rojo y verde, como lo mostró, en el punto concreto —y simbólico—, el mencionado escándalo del Palomar. En lo que toca a la sustancia del procomún nacional, todos eran unos. Otro ejemplo concreto que se puede dar es el gran aviso de la CADE —y otros *ejusdem furfuris*— que ostenta actualmente la quinta página de LA VANGUARDIA. Y así mil otros ejemplos muy claros.

Los partidos liberales, en este proceso que entre nosotros ha sido rápido, tienden a convertirse en una clase de hombres homogéneos moral, intelectual y hasta caractéricamente, que se adjudican como prebenda la función de gobernar, y luchan continuamente —con bastante fealdad— por el poder; en el cual, si las cosas marchan como deben, lo justo es que se vayan turnando, lo contrario sería totalitarismo. Esta observación, hecha por todos los grandes publicistas contemporáneos —en particular Bagehot, H. Belloc, Cecil Chesterton en THE PARTY SYSTEM, para no mencionar sino ingleses y "liberales"—, en la Argentina se volvió de evidencia meridiana: no había diferencia esencial alguna en los "programas", en las "plataformas", ni en las "doctrinas". Lo cual no quiere decir no hubieran brutales diferencias en las codicias ("quítate tú que me pongo yo"), obcecadas diferencias en los áni-

mos ("nosotros somos los buenos, nosotros ni más ni menos, los otros son unos potros, comparados con nosotros") y vagas diferencias en las tendencias generales profundas, reliquias de la gran división histórica de federales y unitarios, que ésa sí fue contraposición de apetitos racionales además de sensuales. En suma, la división real estaba en lo profundo y era informe (creencias) en vez de estar en lo contingente y ser razonada (opiniones) como debería ser según la teoría de los partidos. Es decir, que el país había caído en discordia civil latente, signo fiero de decadencia nacional, según Aristóteles[43]. Eso puso de manifiesto la "revolución". Ahora la discordia profunda, mortal, es un hecho de simple vista.

Tomad un conservador de 1943, empobrecedlo y agriadlo, y tenéis un radical; tomad un radical, hacedlo comecuras, tenéis un socialista. El fondo común de los tres es el *liberalismo* del siglo pasado, que al excluir a todo otro partido como "contrario a las instituciones" se convierte pues en un dogma, al mismo tiempo que rezuma por debajo su natural y actual destilación, el comunismo. Muestra pues lo que fue siempre, *dogma*, es decir, *herejía católica*. Lo que diferencia las tres ramas del Partido Unico Trifásico es sólo la hipertrofia de uno de los elementos componentes: privilegio, oposición, resentimiento. Tenemos pues absurdamente una especie de Totalitarismo de la Libertad o Iglesia de la Democracia; dado que el Radicalismo, brote de un retoño federal, perdió rápidamente en un proceso ya estudiado la característica que le imprimió su fundador, el hijo del mazorquero: el federalismo tradicional.

Todo esto es bien complicado por informe; y los esquemas necesariamente resultarán toscos. Así pues, el juego de los partidos se volvió tan *juego* entre nosotros, que se empezó a jugar sucio: advino el fraude, que está potencialmente en el fondo de todo pretendido "sufragio universal". Un refugiado en Montevideo ha escrito recientemente: "*Si la Revolución de Junio consistió en quitar del poder al presidente legal para poner en él a un*

[43] Ética a Nicómaco, Libro IX, 6.

hombre que el pueblo no ha pedido, pues ni lo conocía, entonces la Revolución de Junio es una elección fraudulenta". Se debe conceder que así es, si se admite el antecedente; pero se debe añadir que entonces *todas* las modernas elecciones argentinas fueron fraudulentas en cierto modo, porque todas en nuestro sistema encaraman a hombres que la masa del pueblo no conoce ni puede conocer —como gobernantes— a no ser si acaso después que han gobernado mal; y ya no es tiempo. Hay un absurdo intrínseco, o por lo menos una idea utópica, en el sufragio universal directo, o democracia individualista, tal como rige entre nosotros, que constituye una falla del sistema mismo que no de los particulares, y que prescribe que tal sistema simplista de democracia, si es democracia, no puede ser la mejor democracia posible, y entre nosotros, quizás ni siquiera pasable. La democracia será jerárquica y gremial el día que sea, como decía ayer no más el papa, si no es gremial, es fraude.

Bien. Esa falla interna —todos los sistemas políticos las tienen, no nos engañemos— se desarrolló de tal modo que llegamos a fuerza de sufragios —muleros o puros— a una especie de selección al revés, al encumbramiento casi infalible de los irresponsables y los inconscientes, a la exclusión de los mejores. "*Para subir en la Argentina no basta ser estúpido, además hay que ser solemne*" —decía allá por el Centenario mi irritable tío don Claudio del Rey. Pues bien, después se añadió a eso otra condición peor, si cabe, que fue el ser inmoral. Como las elecciones son caras, había que ser coimero. La coima es pecado capital argentino. En español se dice *cohecho, concusión, baratería*; pero esos crímenes, que son sumamente graves, tres pecados mortales en uno (dinero robado al pobre abusando de algo sacro, la autoridad pública) tienen para el argentino la atracción carnal de una concubina, que eso significa *coima* en español. Lo mismo que *rico* significa entre nosotros todo lo apetecible, incluso lo bello, así como lo sabroso. Singulares perversiones lingüísticas que denotan cómo la sed de oro y la licencia sensual se han fundido y se han hecho carne en nosotros. La concusión o la prostitución impuesta a

infelices maestras a cambio del "puesto" vendría a ser su símbolo más detonante.

Este mal con ser tan grande no es más que un síntoma de la esencial prevaricación oculta que consistía en la entrega consuetudinaria del poder (o sea del país) a fuerzas tenebrosas. Los nacionalistas, con más celo que prudencia, querían arrancar el síntoma a toda prisa y costa. Se formó en el Ejército, y también en el país, un clima. Una logia de oficiales creyó pillar la ocasión de hacer algo. Castillo estaba muy viejo. Se produjo la revolución, golpe de Estado o pronunciamiento del 4 de junio. Finó el *régimen*. Comenzó el baile.

2. Las causas

Las causas de estos síntomas, que son muchas y dispuestastas en diversos planos, desde las particulares, como el *sarmientismo,* hasta las generales, como la actual circunstancia del mundo; desde las próximas, como esa quiebra del sistema arriba notada, hasta las remotísimas, como la herejía; que todas ellas se reúnen en una sola, y que si se formulara parecería blasfemia o paradoja; como sería por ejemplo: *Esta-nación-nunca-ha-sido-y-hoy-debería-ser-nación*; o bien: *Esta-nación-nació-enferma-y-ahora-se-resiente-cuerpo-y-alma.*

La enfermedad de la Argentina no es local sino total. Por tanto abarca de la Nación tanto lo material como lo formal. Lo material de una nación son los hombres y lo formal es la autoridad, porque una nación es un ente moral y no geográfico. Así que la Nación argentina consta de lo siguiente:

Lo material	genuino	intereses comunes pueblo
	falso	(masa intereses particulares)

- Lo formal
  - las élites
    - los partidos
    - la aristocracia
    - (los demagogos)
  - la autoridad
    - ejército
    - clero
    - Estado
    - (caciques)
    - (figurones)

Este esquema no es muy brillante y el hacerlo parecerá pueril. Pero aclara todo lo que está enfermo entre nosotros desde hace mucho. La enfermedad parece radicar en una sequía de Verdad: de verdad ontológica, de verdad lógica y de verdad moral. La señal más visible es que la colectividad ha acabado por consentir en alimentarse de mentiras, de las cuales actualmente se propina grandes panzadas. Difícil es que haya un país del mundo que nos aventaje en el consumo de *grupos*, mulas, bolazos, chimentos, boletos, camelos, timos y macanas, tanto nacionales como importados.

No he de recorrer los efectos de la enfermedad en cada una de las partes susodichas. Alguna queda dicha arriba, como la mentira de los partidos. De la enfermedad de la aristocracia hemos tratado en un ensayo titulado *Los emigrados*. De lo demás por orden diremos algunas palabras así al vuelo; y medio riendo un poco para no llorar.

3. La materia

Para discurrir con esperanza de acierto sobre el estado político de la Argentina y sus causas, hay que partir de dos patentes verdades, una de hecho y otra de principio, a saber: que la Argentina, después de una breve lucha "se ha uniformado con el resto de Sudamérica", como dicen los diarios —es decir, está en igual estado que México, Nicaragua o Paraguay, con diferencias no de esen-

cía sino de grado o modo—; y segunda, que este acontecimiento trascendental no es una casualidad, ni un milagro, ni un efecto de la voluntad de tal o cual persona solamente, sino un parto de las entrañas de la nación, un fruto de la educación nacional. Los grandes fenómenos políticos tienen causalidad moral tan determinada como la causalidad física de un eclipse o un terremoto.

La materia de los fenómenos políticos es el *pueblo* o bien la *masa*, que no es lo mismo. Cuando locutores y tribunos se dirigen a las amadas "masas laboriosas" en trance de cumplimiento, creen hacer una lisonja, y en realidad quizá digan una verdad, pero no lisonjera; al contrario. Pues la multitud puede ser homogénea (horda) o heterogénea; si es heterogénea, organizada (pueblo) o desorganizada; y en este último caso se llama *masa*, la cual. agitada y lanzada al desorden lleva el nombre de *turba*. Desde la Revolución Francesa, el fenómeno de la *turba* es endémico en Occidente, lo cual prueba la vigencia habitual de la *masa* y la destrucción paulatina del *pueblo*. Las conexiones que ligan entre sí a hombres y familias han sido destrozadas por el liberalismo, el industrialismo y el maquinismo moderno de un modo cruel. "Oh pueblo, yo te quiero inmensamente", dice el demagogo. No hay *pueblo*.

La desorganización actual del pueblo argentino, rotos incluso los lazos rudos de los antiguos partidos (Unitario y Federal) que eran un artificial vínculo mancomunal, es fantástica. Políticamente somos un desierto de once millones de granos de arena, capaces a lo más de formar médanos, que no montañas. La "*concordia política*" de que habló Aristóteles [44] no existe en la Argentina porque ella tiene una base religiosa y no hay religión en la Argentina, religión formada: hay sí bastante religiosidad informe. "*Y quitaré de entre ellos el Vidente y el Jefe* —dice el Profeta— *y se echarán el uno contra el otro*" [45]. Pero mejor es traducir toda la perícopa, actualmente bien argentina.

[44] Ética a Nicómaco, *IX*, 6.

[45] Isaías, *III*, 2.

"He aquí; el Caudillo, el Dios de los ejércitos,
Quitará de la nación ésta
El robusto y el fuerte
Toda fuerza de pan, toda fuerza de agua:
Tanto el fuerte y el peleador
Como el juez, el profeta, el adivino, el cuerdo,
El capitanejo, el de rostro atrayente, el consejero,
El edificador y el perito en lengua mística
Y pondré chiquillos al frente de ellos
Y los mujeriegos los dominarán.
Y caerán uno contra otro
Cada una atropellará a su prójimo
Tumultuará el mocoso contra el viejo
Y el plebeyo contra el noble.
Tomará un hombre a su hermano
O al doméstico de su casa:
«—Aquí tienes el vestido, sé príncipe nuestro,
Y responde de esta ruina».
Y el otro responderá diciendo:
«—No soy doctor
En mi casa no hay pan ni hay ropa.
No me pongan de rey de este pueblo»".

La razón última de la atomización o desmenuce político de nuestra sociedad no es otra que la indicada por el Profeta, a saber, la ausencia del Vidente, la falta de luz, la propaganda libre y triunfante del error; y primero del error religioso, o sea, de la herejía. Se ha callado el *perito en lengua mística* —o lo han acallado—. Desde Esquiú no ha habido entre nosotros ningún gran espíritu religioso capaz de ver y decir las verdades profundas de la Patria: Estrada habló tarde y Esquiú mismo estuvo contaminado de compromiso.

4. El pueblo

El pueblo argentino es masa.

En estos momentos estoy sintiendo, gracias a un vecino, el tango de Nestor Yamandú: *"Calle mía, barrio*

mío, tu hijo pródigo soy yo". Estética y culturalmente el Tango será una porquería, pero no lo podemos despreciar: es la expresión poética genuina de nuestra *masa* actual.

La bastardización de nuestro pueblo en masa no reconoce como causa total, pese a los sociólogos improvisados, el injerto imprudente y macizo de inmigración indiscriminada. Está de moda ahora despotricar contra el "hijo de italiano" y "el judío". La introducción del italiano y del judío no fuera nociva en un organismo fuerte, que hubiera asimilado mejor el primero y aislado al segundo; lo fue en un organismo anemiado y descoyuntado adrede. Justamente con ese propósito se procuró la inmigración y su característica cuantitativa, para "*suplantar al criollo*", como decía Sarmiento, en una imitación torpe y apresurada de Norteamérica, la cual sabía bien lo que hacía, supuesto que ella no copiaba. El hijo de italiano no inventó el tango, lo encontró aquí; de suyo él hubiera desarrollado la *canzone*, el producto artístico popular más fino del mundo. El judío argentino no inventó el comunismo, por mucho que sepa servirse de él. El populacho de las grandes ciudades no creó el diario CRÍTICA, con el cual actualmente ceba su espíritu; lo creó un aventurero uruguayo, con la tolerancia y la ayuda de lo que había de más alto en nuestra sociedad. En el gran Congreso Eucarístico de 1934, un presidente de la República y general del Ejército nacional [46], que era uno de los mayores accionistas de CRÍTICA, diario blasfemo, consagró el país confiado a su conciencia al Sacratísimo Corazón de Jesús, al lado del legado de su santidad, hoy santidad él mismo [47], y del cardenal arzobispo [48]. Y después se fue a cenar a lo de Botana. Mediten sobre este hecho.

La permisión del envenenamiento ideológico de la masa argentina, contemplado con indiferencia por los

46 General Agustín P. Justo (N. del E.).

47 Pío XII (N. del E.).

48 Monseñor Copello (N. del E.).

que tienen a su custodia la espada del Espíritu (que es la palabra de Dios) y la espada de la Ley, está en el principio del descoyuntaje político del país, que es de esencia moral; antes que las mismas injustas condiciones económicas de nuestro pueblo, que provocan tanta ira y resentimiento; y conste que no he dicho de nuestros obreros, sino de *nuestro pueblo*. La expoliación visible del país está condicionada por otra expoliación invisible. La claudicación argentina es total —como aquel que renguea a causa de un trauma epiléptico—, y a las vergüenzas de nuestra carne han precedido y acompañan enormes claudicaciones de nuestra alma. He aquí por qué nadie ni nada nos hará reaccionar jamás con desprecio, rencor o mofa a los males morales de nuestro pueblo pobre. Nunca, ni aun en el caso de que la masa vuelta turba nos destroce como "nazis", ninguna torpeza o error de los pequeños nos hará olvidar las palabras de Aquel que dijo: *"Me dan lástima estas turbas, porque andan como ovejas que no tienen Pastor"*. El compás que les venía de arriba no era de himno ni de marcha sino de tango.

5. La forma

El diagnóstico general de nuestra patria —dado por personas con el *habitus* de la religión y por ende probablemente con el de profecía— es que no podemos llegar a un rosado porvenir sino a través de un presente escarlata. La otra alternativa a esta salida dramática sería un paulatino hundimiento en el tembladeral de la tiranía extranjera, de inexorable y silencioso proceso, cuyo desenlace no verá ninguno de los que hoy caminamos. Yo no me pronuncio acerca de este vaticinio, porque no soy profeta ni hijo de profeta. Lo que sé con certeza es lo que dice Dios a Israel: *"Tu perdición, Israel, viene de ti; tu salvación viene toda de mí, y no está en tus manos sino en las mías"*. Tal como estamos, no hay en nosotros fuerza visible alguna de la cual razonablemente se pueda esperar redención; menos que nada de los Cinco, de los Tres, o de los Siete Grandes —no sé cuán-

tos son a punto fijo— que parecen ignorar perfectamente que nadie es grande sino Dios: aunque conocen perfectamente qué naciones son chicas.

Las élites y los cuerpos constituidos en autoridad son los que dan forma a las masas: entre nosotros están dispersos o quebrados. El patriciado argentino parece enteramente deshecho, como clase social dirigente. La llamada *Inteligencia* está corrompida en parte, y en un todo —salvo excepciones heroicas— desgonzada de la vida y de los intereses reales del país. Los verdaderos emigrados no son los de Montevideo; los emigrados del país son las clases llamadas altas, ausentistas, indolentes o necias (los argentinos en París) y los escritores y maestros extranjerizantes, que tienen en Sarmiento y Echeverría a sus precursores.

Sobre el pueblo la pituquería cipaya no influye nada, a no ser negativamente, destruyéndoles la religión y el sentido, lo mismo que hace la propaganda protestante en el plano religioso. Los que influyen realmente sobre la masa son los demagogos, los del comité y los de la prensa amarilla, que no trabajan casi nunca por cuenta propia. Tripas llevan corazón, que no corazón tripas.

Los antiguos partidos no representan de ninguna manera la vida real del país como unidad nacional, sino a lo más como tendencia ciega de sus elementos en vía desintegrante. (La química de un cadáver tiene sus leyes, pero son leyes de más en más informulables; y cuya formulación, por lo demás, no interesa). La prueba es que en estos momentos los únicos partidos argentinos con realidad política efectiva son el "nazi" —prohibido— y el "antinazi", o frente popular —en vías de formación—. Reales con realidad nunca vista hasta ahora, desde el tiempo de federales y unitarios. Jamás hasta ahora, por ejemplo, un radical pretendía que los conservadores fuesen asesinados o fusilados, ni un conservador reclamaba que se quitase a los radicales el hablar o expresarse en público —¡y cómo se expresaban algunos, Dios del cielo!—, que es como otra manera de matar; así como es otra la de quitarle los medios de subsistencia, de co-

merciar, de viajar... En los poblados de San Juan o de Corrientes existían divisiones sociales feroces entre las familias a causa de la política; pero jamás llegaban a tanto.

"Vuelven los federales
vuelven mi vida
vuelve la cinta roja
pero teñida".

Vuelve la vieja contienda histórica, y por desgracia planteada quizá con la misma testarudez cerril que la primera vez, con esa falla de contemplación y esa sobra de pasión que hizo fracasar ya una vez la deseable solución integradora, síntesis necesaria de las dos entrañables tendencias parcialmente argentinas, síntesis fallida cuyo fracaso nos atrasó un siglo.

La palabra *nazi* representa hoy, por lo menos en la intención de sus mangoneadores, algo semejante a la palabra *papista* en la Inglaterra del 1700 o a la palabra *chrestianus* en el mundo de Nerón a Juliano, salvando diferencias; es decir, algo a la vez indeterminado y horrible, cuya aplicación o delación sirve de arma persecutoria fulminante. Un elemento religioso interviene pues en esta calificación —pues *nazi* en puridad equivale al *hereje* de otros tiempos, es decir, un criminal peor que ladrón, asesino y degenerado sexual— y no es extraño que la lucha que ella connota sea por ende de carácter atroz, pues no hay guerras peores que las guerras entre hermanos y las guerras religiosas. No es tan fácil desprenderse de la religión, como creyó el feliz siglo pasado. Nuestro siglo está plagado de *ersatz* de la religión perdida, cargados con la fuerza disociadora y explosiva de la religiosidad natural en estado informe: es decir, nuestro siglo está plagado de ídolos y es idólatra. La guerra que acaba de pasar —pero ¿es que ha pasado de veras?— fue una guerra de idolatrías; lo dijimos en ESTUDIOS, julio 1940, cuando ella comenzó, siguiendo por lo demás al gran historiador Belloc. Dios mismo está revolviendo

esta cuba en fermentación, Dios o el diablo; no penséis que vais a escapar de sus manos con palabrerías, ni con declaraciones, ni con cartas, actas, congresos, reuniones y pelotuderías de las cuales Él permanece ausente.

Para volver a los demagogos de la prensa —causas y a la vez efectos los más serios del desorden argentino—, su carácter distintivo en este momento es la impudencia de la mentira, como arriba dijimos. El demagogo es un adulador, y por tanto es siempre inveraz; pero los extremos de hoy día, aquí entre nosotros, difícil es que se hayan visto jamás en el mundo; lo cual prueba cómo nos desprecian los que mienten desde afuera y cómo se desprecian los que aquí mienten. Los grandes medios de difusión de la técnica moderna usados sin ética y frente al aborregamiento y confusión de las masas han producido ese fenómeno de la "propaganda", indigno del género humano. Porque ahora se aprisiona y se amordaza en nombre de la libertad, se oprime en nombre de la igualdad, y se mata en nombre de la fraternidad. Las masas han sido siempre medio malas en general; pero posiblemente nunca han sido tan imbéciles y tan hipócritas en conjunto. "*¡Oh Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!*", dijo la pobre madame Roland; pero le faltaba ver el crimen de la destrucción sistemática y organizada de la poca libertad que nos queda, hecha por los sayones y festejada por las víctimas al grito entusiástico de ¡Libertad!

La impudicia en el mentir es lo que más nos subleva en la situación actual, ella cubre de incienso y esconde a la conciencia moral colectiva los peores vicios, la crueldad, la impiedad, la rapiña. Hemos llegado a un extremo en que las palabras-banderas significan por lo general lo exacto contrario de lo que suenan; y basta examinar los nombres de algunos de los grandes mentideros nacionales, como un excelente ejemplo:

Un diario que es un tacho de bazofia intelectual y sensacionalista de bestias se llama CRÍTICA, que es la operación intelectual por excelencia, el instrumento fino del trabajo científico y del gusto literario.

Una revista snob, protestantoide, pazguata, enteramente comercial, se llama EL HOGAR, o como dice el pueblo *El Lograr*.

Un diario que se distingue entre todos —lo cual es mucho decir— por su servilismo lacayuno se llama LA RAZÓN.

Un diario que publica listas de argentinos con incitaciones paladinas al asesinato o a la venganza demente, se llama EL PATRIOTA.

Lo único que nos falta es una revista pornográfica que se llame *La Virgen*, un diario chantagista que se llame *La Probidad*, un diario de historietas que se llame *La Filosofía*, un diario socialista que se llame *La Tradición*, y un diario oficialista que se llame *La Inteligencia*.

Y sin embargo —para que vean que a pesar de tanto veneno no somos envenenados del todo—, esta misma corrupción de nuestra prensa ha producido al menos una gran vocación periodística, porque Dios no permitiera el mal si no pudiera sacar un mayor bien. Un amigo nuestro que era poeta, místico y millonario, usaba decir que cuando Dios deja corromperse diabólicamente una cosa humana, quiere sacar de ella algo divino. Y se hizo periodista. Y escribió una *Balada del Periodista sin Diario*, de la cual serviré un fragmento: Decía que en el desorden extremo del periodismo argentino él discernía una tentación de heroísmo para el periodista criollo y para el criollo en general. Lo decía de este modo más o menos:

Balada del Periodista sin Diario

"Critique quinte, Razón, diario... oh!".

Se olvidará el soldado de su espada
y el marinero de su mar.
Se olvidará el labriego de su arada
y la novia de su azahar.
Se olvidará el masón del negro avío
y el cura del Kirieleisón.

Antes de Sión se olvidará el judío
que nosotros del diario... oh!

Todo el que vio la plancha y la platina
de este deporte colosal
tragar tres leguas de papel bobina
y hacerlo fango o ideal.
Todo el que hizo a furor de cacoquimia
de tabaco y de discusión
un artículo, entró en la negra alquimia
que se llama el diarioooo... oh!

¿Podéis contar las mariposas blancas
que vuelan sobre el alfalfar?
¿Podéis contar las mil cuartillas francas
que os hemos hecho tragar?

¿Podéis frenar al palafrén bizarro
cuando oyó el bélico atambor
y al periodista que se unió al cotarro
para hacer su diario... oh!

El Papa lanza sus excomuniones,
sus listas negras la Reunión,
el Coronel apunta sus cañones
derechos a mi corazón.
No importa, hay que pinchar las pompas fú-
[nebres
con la nueva palabra de hoy
parar al necio y desmentir al pérfido
y sacar el diario, oh!

Envío

Príncipe, que fumando estás sentado
en tu trono de emperador,
abdica, junta plata, y, al contado
compra una rotativa, oh!

Para acabar podríamos hablar, si fuésemos maldicientes, entre otras cosas discutidas, del fracaso del Colegio Militar en su efecto intelectual y del fracaso del servicio militar en cuanto a lo moral, temas amplia y rabiosamente discutidos hoy en día, aun por aquellos que tienen el tejado de vidrio: supuesto que el fracaso de Campo de Mayo no es sino una parte del fracaso de nuestra enseñanza, y el fracaso de la moral del conscripto es parte del fracaso de nuestra moral a secas. Pero dice el viejo Aristóteles que cuando hay discordia la gente discordiosa ama confesar al prójimo y evita confesarse a sí mismo, que es lo provechoso: "*quiere que sus semejantes cumplan toda justicia y ellos nada*", dice el Estagirita.

El error era creer que el Ejército argentino como *clase* gestaba en sí los valores morales y los saberes políticos indispensables para nuestra gigantesca reconstrucción, al menos en función de instrumento inteligente: cosa que quizá no se pueda pedir hoy a ningún Ejército del mundo, como no se podía pedir en 1845 al Ejército español, testigo Balmes en *La preponderancia militar*[49]. ¡Qué candidez! Los saberes políticos supremos son lo más alto que hay en el género del saber práctico, tanto que resurten a una verdadera Sabiduría; y el Filósofo, en el algún tanto ditirámbico proemio a su MORAL NICOMÁQUEA, no duda en calificarlos de ciencia "*arquitectónica*" o sea filosófica: ciencia negada, por su misma profesión, al actual soldado. No es lícito aplicar hoy día la doctrina de Platón sobre su utópica Clase Guerrera a todo el estado militar indistintamente, según hizo en 1943 un conferencista del Círculo Militar; así como no se puede aplicar a todo el clero el sermón sobre el Sacerdocio de San Juan Crisóstomo. Militar es una cosa y guerrero es otra; sobre todo, guerrero de Platón, que viene a ser algo así como el caballero an-

49 OBRAS COMPLETAS, tomo XXX, pág. 291.

dante de Don Quijote. Éste fue el momentáneo error de casi todos los argentinos, pueblo de anchas esperanzas.

Todo el error en este caso consistió en olvidar que el orden militar no es ni ha sido nunca a derechas sino una parte del orden civil; cosa extrañamente olvidada entre nosotros, primero por los civiles y luego por los mismos militares. Los nacionalistas que más ruidosamente clamaban a todo viento que "aquí todo está podrido y hay que cambiarlo todo" eran por incomprensible inconsecuencia quienes mantenían una fe extraña en que el Ejército era el Paladión de todas las virtudes y saberes; y, en consecuencia, los mismos militares, aunque no todos, al verse de golpe encumbrados por la "elección fraudulenta" del 4 de junio, cayeron en la ilusión tan humana de que no eran parte sino todo, que el orden militar adecuaba y comprendía el civil, y que no había dificultad ni problema alguno en la difícil ciencia y tarea del gobierno que un militar de buena voluntad debidamente asesorado no pudiese soltar, cortar, deshacer, destruir, sajar, descuajar y desmenuzar de un tajo victorioso de su espada gordiana. Eso se vio primero en la candidez con que llenaron todos los altos puestos con hombres del arma; después, en la tranquilidad con que empezaron a molestar a la vez a todo el mundo; tercero, en la franqueza con que cambiaron, rodaron y manejaron a sus colaboradores civiles; y, por último, en la posterior actitud con que dieron marcha atrás dirigiéndose con velocidad a un estado parecido al que hubo antes pero no del todo igual, porque como dicen los italianos: "*Igual que antes es peor que antes*" ("*Come prima peggio di prima*").

Convenzámonos que esa creación moderna que es el Ejército permanente —nacido de la leva forzosa de la Revolución Francesa— participa de las condiciones del mundo moderno, y también por ende de sus taras. Es una construcción no sacra, artificial, profesionalista y clasista, que tiene sobre sí esta condición temible: que no es útil ni necesario sino en función de una calamidad inmensa, que es la guerra moderna; y que no habiendo

guerra está en continua ocasión próxima de ocio, padre de muchos vicios, sobre todo nuestro Ejército, excesivamente mimado; entendiendo por ocio también el agitarse en el vacío. Ése es nuestro Ejército en sus cuadros superiores, y no ese mito de santidad y patriotismo, al cual un cierto poeta de estas partes opuso aquella otra imagen también exagerada, pero interesante, que dice:

Al fin habrá que hallarle algo que hacer
porque no sirve para gobernar
y para ganar guerras sin pelear
resulta caro, ya lo van a ver.

Andar luciendo atrás de su mujer
uniformes y ganas de charlar
es por ahora todo su efectuar
y todo lo demás es prometer.

Son altos empleados
de instrumentos mortíferos dotados
a fin de hacer lo que el Estado mande.

Meros esclavos de linaje adusto
del Dios Estado, sea vil o grande
sea justo o injusto.

7. La Iglesia

Si hablar del Ejército es peliagudo, más bravo es hablar de la Iglesia: tarea superior a este ensayo, y en cualquier caso superior a nuestras actuales fuerzas. Y, sin embargo, será forzoso algún día hablar francamente de ella porque no sé cómo quieren llegar a una solución nacional sin eso. Y segundo, porque ya se ha hablado; ya ha sido interpelada formalmente la clerecía, no sólo por el chacharero ARGENTINE DIARY de Ray Israel, sino por doctrinarios como André Siegfried o politicones como Aguirre Cámara, y aun por católicos no menospreciables.

El caso de la Iglesia Argentina puesto en dos palabras es el siguiente: está atada con rendaje de oro a un Estado que ha dejado de ser católico, o va por ese camino; y con la mayor buena voluntad de que no deje de ser católico, tiene que agarrarse de los colores de la bandera, del preámbulo de la Constitución, del catolicismo de nuestros próceres, del clero de la Independencia, del catecismo de Sarmiento y de los tedéums y bendiciones de piedras fundamentales. Esto constituye una dificultad seria y un problema que no es para broma y que nos atormenta desde Estrada. Los socialistas dicen que la solución es la ruptura o separación violenta de la Iglesia y el Estado. Los católicos dicen que el remedio es un concordato. De nosotros no depende la decisión y quizá ni de hombre nacido, sino que lo zanjará uno de estos días la circunstancia o la Providencia. Nosotros desearíamos un visitador apostólico de agallas, y un sínodo nacional, y, si a mano viene, un concilio ecuménico. Nada menos.

El vulgo resume la situación de este modo: para salvar las almas se necesitan muchos sacerdotes; para muchos sacerdotes se necesitan muchos seminarios; para muchos seminarios se necesita mucha plata; para mucha plata se necesita la liberalidad del Gobierno; para eso hay que andar bien con el Gobierno, con todos los Gobiernos, hagan lo que hagan y vengan de donde vengan. Este resumen bien inexacto lo hace, como dije, el vulgo; tanto el vulgo adverso como el vulgo converso a la Iglesia, sólo que éste lo califica de prudencia y el otro de acomodo o servilismo. Este resumen no representa sino una proyección informe o deformada del problema, el cual demandaría un libro. Que la Iglesia necesita bienes temporales es cierto; pero los bienes de la Iglesia no son el Bien de la Iglesia. Que la Iglesia debe respetar los gobiernos legítimos es indudable; pero mucho más debe respetar, naturalmente, la palabra de Dios y su misión propia, que no es sino repartirla. Que la Iglesia "no debe meterse en política" o, como dijo recientemente un prelado, *"que lo espiritual no debe entrometerse en lo temporal"* podrá ser cierto;

pero uno de los peores modos de meterse en política la Iglesia es no tener más política que la del Gobierno y bendecir todo lo que los poderes de este mundo, para tenerlos contentos, nos meten por delante. *"Fornicar con los reyes de la tierra"*, llama a esto la ESCRITURA. San Cipriano de Cartago escribía a sus obispos: *"No os preocupéis mucho de edificar templos, ya sabéis que en ellos un día se sentará el Anticristo. Preocupaos de edificar almas, donde no puede asentarse el diablo"*.

El resultado de todo esto (es decir, del aflojamiento de lo *formal*) es que el Estado Argentino se debilitó gradualmente: hoy día los muchachos le tosen, una mota lo asusta, con una palabra mito se lo conturba, un cable de afuera lo desconcierta. Se disoció de la nación, y se hizo parasitario, irritable y débil. Violento a ratos también, por supuesto: es la ley de los débiles.

8. "Jam non est propheta"

Atrevámonos a ir más adentro en estos males de la Iglesia y de la Nación. El filósofo como el matemático y el dentista está obligado a sacar raíces. De ahí la peligrosidad de la filosofía para sus cultivadores serios, pues el paciente a veces empieza a las patadas. Hablemos de lo que San Juan en el APOKALYPSIS llamó *"sodomía espiritual"* (*"Quae vocatur spiritualiter Sodoma"*).

Retire esa palabra, le dijeron una vez a Vázquez de Mella. ¡Que la retire el Profeta! respondió el gran tribuno gallego. Efectivamente la palabra era del ECLESIASTES: *"Vae tibi, terra, cujus rex puer est"*. Desdichada la nación gobernada por mujeres y niños (María Cristina y Alfonso XIII) había exclamado Vázquez. Así también yo digo que retire Santo Tomás la palabra de sodomía espiritual, con que califica a la aberración que consiste en poner a gobernar hombres *"qui non eminentia intellectus praecellunt"* (*"que no resplandecen por su inteligencia"*). Sodomía espiritual es invertir el orden

de las facultades, poniendo por encima del Vidente al Dinámico[50].

Por su lado la Iglesia, habiendo olvidado el esoterismo y en algunas partes incluso la teología, está actualmente llena de prelados que no presiden en virtud de ninguna excelencia espiritual (*charismata*) y por ende no son obedecidos anoser por disciplina o rutina; de donde se sigue que aquella estructuración del Cuerpo de Cristo que pintó San Pablo, compacta y conexa, en donde los dones de luz y calor espiritual descienden de arriba para distribuirse armoniosamente por los miembros según su función y capacitación, está obstruida por pegotes, escombros, várices, coágulos, tumores y apostemas, hijos crueles del desorden de los tiempos —ha escrito un gran teólogo contemporáneo[51].

La complejidad de los tiempos modernos ha obligado a la especialización; y el ideal paulino de que los obispos sean a la vez "*pastores y doctores*" ("*alios prophetas, alios quidem pastores et doctores*")[52], realizado paradigmalmente en San Agustín, no puede pedirse ahora siempre, pero también es una demasía que no salga nunca.

Según una leyenda oral, el presidente Roca fue una vez cómplice de este crimen masónico. Se trataba de ordenar la terna para nombrar un obispo en el Interior;

50 En su comentario al libro aristotélico DE ANIMA, Lecc. XIX, el Angélico la llama aberración (*monstrum*), que es la palabra que usa para designar las perversiones sexuales.

51 "*Cum Ecclesia esoterismum quidem et alicubi etiam meram Theologiam palam evacuaverit, hodie non raro a Prelatibus gubernatur qui presunt non virtute charismatum vel excellentia spiritali quacumque, ac deinde non obtinent obedientiam nisi disciplinae cujusdam vel rutinae causa; unde sequitur quod tota aedificatio Corporis, compacta atque connexa, ubi lucis ac roboris charitatis a Capite descendit ut concinne per membra diversificetur, ut Paulus describit, ruderibus, purgamentis, obstructionibus charitatis a Capite descendit ut concinne per membra diversifi-* RESSUMENDO SIMPLICES ANNOTATIONES, Romae, Isola de Liri, Donato Campoli, 7, 1931. Ad usum NN. tantum.

52 *Ad Ephes, IV*, 11.

y el ministro del Interior le hacía al Zorro Roca el recuento de los candidatos:

—Éste —le dijo— es un buen orador sagrado que posee una verdadera elocuencia a falta de una profunda ciencia...

—¡Pase! —dijo el presidente.

—Este otro —prosiguió el ministro— es un frailito muy culto, muy estudioso, muy trabajador, muy versado en esa macana que ellos llaman teología...

—¡Pase! —repitió el Zorro.

—El tercero —dijo el informante— es un prelado buen mozo, de mucho mundo, de mucho trato, de mucha sociología, muy popular entre las señoras; pero de mollera vacía.

—Ése —dijo Roca—. Pásemelo al primer término. Ése es nuestro obispo. Ése no nos dará que hacer.

Los obispos deberían ser escogidos realmente por el clero y el pueblo fiel de acuerdo con la Sede Apostólica.

El andar por ahí diciendo verdades fue la ocupación de Jesucristo y es la misión de la Iglesia; y sigue siendo la vocación particular de algunos pocos varones, bien infelices ellos si atendemos a las apariencias, que surgen todavía a la manera de bichos raros en esta época mentirosa y amedrentada.

Recordemos la lista de los que en los últimos tiempos, según el Apokalipsis, XXI, 7, cobrarán la ira de Dios: los primeros de todos son los *miedosos;* porque el miedo en efecto puede ser un pecado capital; y los últimos son los *mentirosos.*

"El que venza poseerá todo esto: Y yo le seré Dios y él será mi hijo.

Pero los miedosos y los incrédulos y los onanistas
y los asesinos, los fornicarios y los supersticiosos
y los idólatras y todos los embusteros,
su parte será en el estanque ardiente de fuego y azufre,
lo cual es la muerte eterna".

9. ¿Qué hacer?

Primeramente, persuadirse que no hay nada que hacer mientras nuestra nación esté presa de histerismo colectivo y *sin gobierno asentado,* con una dictadura militar precaria y provisoria.

¿Qué vendrá después? Lo que vendrá depende de lo que se viene en el mundo entero; y lo que se viene en el mundo entero es un enigma. Yo no puedo ver mucho en términos políticos, y sólo puedo mirar ahora en términos religiosos. Lo que viene es una inmensa revolución enteramente decidida a liquidar los restos de la antigua Cristiandad europea, frente a la cual no se ve nada capaz de impedírselo. Es posible que esa Cristiandad europea (estructura política de un continente animada por la idea cristiana) sea el famoso *katejon* de San Pablo [53], es decir, el Obstáculo que ataja la manifestación del Misterio de Iniquidad y debe ser quitado de en medio antes que se manifieste el Anticristo.

En este caso, la Iglesia vuelve a las catacumbas, desaparecen las patrias, y los pocos capaces del coraje terrible de seguir fieles a Cristo se repliegan sobre sí mismos a defender su fe y pedir su Segunda Venida. Es decir, esta estructura externa de la Iglesia Católica creada por la Contrarreforma y hoy casi impotente del todo y minada de internos morbos, se deshace; las patrias dejan de ser cosas sacras (la ridícula adoración al general San Martín de estos días en que escribo) convirtiéndose las naciones, como en tiempo de San Agustín, en *"organizaciones enormes de bandidaje en gran escala"*, es decir, en las fieras que vio Daniel en su *Visión* y predijo que volverán; los que creen en la divinidad de Cristo son sujetos a la persecución doble, *"la peor que ha habido desde que empezó el mundo"*; persecución de una falsa religión universal y poderosísima, que llegará quizá a apoderarse de la misma sede romana y atacará sus almas; al mismo tiem-

[53] *Ad Thessal., II, 2.*

po que atacan sus bienes y sus cuerpos los poderes políticos unificados por la Bestia, hasta la pena de muerte. *"Porque llegará un día en que os matarán creyendo con eso hacer obsequio a Dios"*, profetizó el Cristo[54].

Ésta es una alternativa. La otra es una profunda purificación de la Iglesia por el dolor, la manifestación del Espíritu en grandes santos varones —actualmente la Iglesia no canoniza más que mujeres—, la conversión de Europa y por ella del mundo por un período probablemente breve. Esto ahora parece imposible; pero otras veces ha parecido imposible, y la Iglesia ha resurgido como de un sepulcro, porque nada hay imposible a Dios.

Tenemos pues que defender los bienes de la cultura, la nacionalidad y la tradición cristiana; pero como quien ve que son perecederos, y no ve si Dios los ha condenado acaso desde ya a perecer: sin apoyar demasiado en ellos, sabiendo que Dios nos pide que luchemos, pero no nos pide que venzamos sino que no seamos vencidos. El que tiene mujer como si no tuviera mujer, el que tiene bienes como si no tuviera bienes, el que tiene patria como si no tuviera patria[55].

Y el bien nacional primero por defender es la libertad de expresión, sin la cual somos presa de la mentira y la oscuridad. La supresión de toda la prensa nacionalista unida a la máxima libertad para el resto de la prensa embanderada y comprada, aun la más guaranga, es un augurio siniestro para el país. Siniestro incluso para la religión, porque los que empiezan por amordazar a los patriotas, amordazarán mañana con la

[54] San Juan, *XVI*, 2.

[55] Los hebreos tienen hoy en la Argentina mucho más patria que muchos de nosotros. Un escritor judío mediocre tiene en la Argentina donde escribir; yo no tengo donde escribir, aunque tengo, eso sí, libertad de prensa. No me importa por mí; al contrario, para mí es más cómodo. Me importa por la Patria.

Los judíos son dueños actualmente entre nosotros de los más poderosos vehículos de expresión; y los yanquis tienen el control de todos ellos. Si la Argentina no consigue rehacer la posibilidad de su expresión independiente, está lista como nación independiente.

técnica ya hecha a los creyentes, sí se pueden separar esos dos epítetos; y entonces la Iglesia deberá prepararse al martirio, anoser que descienda definitivamente, lo que sería horrible, al acomodo total del perro mudo.

El que se deja maniatar puede no pasar de cobarde; pero el que se deja sacar los ojos y la lengua, ése es idiota.

En suma, que esa palabra de San Pablo: "*Noli vinci a malo sed vince in bono malum*" ("*no te ahogue el mal, pero en bien ahoga el mal*") no significa propiamente que hay que hacer bienes a quienes nos hacen mal, lo cual no siempre es posible; sino más bien que hay que desarrollar y radiar la propia actividad beneficiosa de tal modo que el mal que nos infieren en vez de sofocarnos quede como sofocado o al menos amortiguado en la correntada segura y pacífica de nuestro propio raudal de vida.

10. Cabo

Con perdón de Núñez de Arce, y de todos los patrioteros, de todos los engrupidos y de todos los coribantes delirantes de la Nueva Religión del Paraíso en la Tierra y el Hombre Redimido por sí mismo, dedicaremos un soneto a la Argentina tal como la vimos el 14 de agosto de 1945 desde un balcón de la Avenida al 2.100.

Rotas las riendas y la cincha rota
y de la inteligencia roto el freno,
pulgada por pulgada dentro el cieno
te hundes en la laguna que te agota.

Ni causa externa ni razón remota
busques al cáncer que te come el seno,
la estupidez, como fatal veneno,
la vida de tus vísceras embota.

No esperes en continua sacudida
alcanzar el remedio por tu mano
república plebeya y desvaída.

Perseguirás la libertad en vano
que quien de la mentira hace comida
es presa del tirano. Y del pantano.

Buenos Aires, Asunción de Nuestra Señora, año 1945.

PARTE SEGUNDA: *CARTAS*

Carta al excelentísimo señor monseñor doctor don Enrique Rau, obispo auxiliar de La Plata

Le escribo con motivo del próximo Concilio Plenario Argentino, del que S. I. será teólogo; supuesto que en esta tierra ganadera donde los teólogos no abundan mucho —y se necesitan unos 150 para hacer un concilio—, de los pocos teólogos que yo conozco, usted es el más competente. No puedo suprimir el hecho de que yo lo soy también, por la Gregoriana de Roma, con notas sobresalientes, y diploma bulado firmado por S.S. el papa Pío XII y el general de los jesuitas Wladimir Ledochowski. No creo que lo que sabía yo al dar *examen ad gradum* en 1931 lo haya desaprendido y no lo sepa ahora. Ellos entonces firmaron que yo era doctor sacro "*cum licentia ubique docendi*". Yo sospecho que sigo siéndolo, y que ahora tengo otra firma más: la firma de la tribulación soportada por amor de Jesucristo; que es, como si dijéramos, la firma de Nuestro Señor.

Primeramente doy gracias al Excelso, "*Padre de Nuestro Señor Jesucristo y Dios de toda consolación*", de que se realice por fin en nuestro país este concilio. Hace mucho tiempo que estaba, como usted sabe, en el deseo y en la expectación de esta Iglesia. En abril de 1947 estaba en Roma lo mismo que yo el reverendo padre Vicente Alonso S. J. Consiguió de su santidad una audiencia privada en Castel Gandolfo, en la cual presentó a su santidad *Siete Puntos* sobre la Iglesia Argentina. Uno de ellos era: "*¿Por qué no se realizan en la Argentina sínodos de sacerdotes periódicamente, siendo así que eso está gravemente mandado por el derecho canónico; y ya van 20 y más años que no se*

cumple eso entre nosotros?"... Sé de labios del propio actor que la respuesta del Padre Santo fue *à peu près* la siguiente:

"—¿Y qué quiere que yo le haga, ¡Dígaselo al Sr. arzobispo! Yo no puedo estar en todas partes...".

Ud. sabe excelentísimo señor y amigo que los sínodos son necesarios, aunque más no sea que para fomentar la "caridad" entre los sacerdotes —¡que se conozcan y se traten entre ellos al menos!—, y lograr la coalescencia de este cuerpo social, que tal como va ahora ciertamente no es cuerpo ni nada que se la parezca. Ud. conoce sin duda los innumerables textos de los canonistas y los Santos Padres donde esto se recomienda y exige; como por ejemplo en San Agustín, los sermones, especialmente el 355 y 356, en donde cuidadósamente el santo informa a su pueblo de los asuntos de la Iglesia y les ofrece minuciosa cuenta de su conducta episcopal; —y, más notable aún, la *Epístola 38* de San Cipriano, en que no pudiendo el santo reunir a sus sacerdotes y fieles por causa de la feroz persecución de Domiciano, los informa del gobierno de su diócesis por carta, diciendo que *"la unidad de la Iglesia es unidad de persuasión, no de violencia"*; así como en la *Epístola 14* se disculpa desde su escondite de no conferir con sus sacerdotes *"pues desde el principio de mi episcopado decidí no hacer cosa de mi cabeza sin el consejo vuestro y el consenso del pueblo..."*. Es el genuino espíritu de la Iglesia. ¿Qué cuerpo social podemos ser los sacerdotes argentinos, donde *"si patitur unum membrum NON compatiuntur omnia membra; si gaudet unum membrum NON congaudent omnia membra?"* [56], antes andamos todos sueltos cada uno por su lado, sin importarnos un ardite que se hunda un hermano a nuestra vera?

No hay solidaridad, no hay respeto, no hay amistad Y siendo así ¿cómo podemos ser discípulos de Cristo? ¿Cómo podemos predicar la caridad fraterna a los fieles? Para esto, valía más ser judíos... ¡La Iglesia del Silencio! Les aseguro que en la Argentina hay varios sa-

[56] San Pablo, *I Cor,* 12, 26.

cerdotes que pertenecen, si Uds. quisieran ver, a la Iglesia del Silencio, con que tanto ruido hacen ahora; y los han hecho de ella, no los moscovitas precisamente, sino otra raza de moscardones.

Los sínodos, en el trato y encuentro de los sacerdotes entre sí, servirían incluso de regulador de la conducta —porque la moral personal se resguarda y apuntala por la moral social— y quizá serían rémora a la epidemia de apostasías que —Ud. no lo ignora— cunde en esta gran capital.

¿Qué espera la Iglesia Argentina de este concilio, última oportunidad quizá que Dios nos da de *conversión*? Lo espera todo. Para concretar:

un *Programa Máximo*, o, al menos,
un *Programa Mínimo*.

Programa Máximo: Supongo que el temario habrá sido ya determinado, al menos en sus líneas generales, por la veneranda Sede Apostólica.

No meter hoz en mies ajena.

Empero el seminario arquidiocesano no es mies ajena para mí, donde fui honorablemente catedrático 10 años, e impartí una "*enseñanza impecable*", como testimonió en Roma en 1947 un ex alumno mío, el presbítero doctor Jorge Mejía, actualmente profesor del mismo seminario de Buenos Aires. (Por lo demás, Ud. mismo, excelentísimo señor y amigo, pronunció la misma palabra o equivalente al producirse aquí la vana polvareda de infamia del "telegrama forjado" en 1947; a saber: "*Algún día verán que el padre Castellani era el primer defensor de la ortodoxia en la Argentina*" —dijo Ud. al padre Mandrioni). Desde ese puesto del seminario elevé entonces muchos informes sobre lo que a mí competía —sin meterme jamás en lugar de oficio ajeno— sobre todo acerca de la deficiencia de los estudios y la vida intelectual en el dicho seminario; notas que deben de estar guardadas, es de suponer. Me remito en particular al informe jurado que entregué en propias manos al reverendo padre Lichius, visitador apostólico, cuando hizo la visita canónica extraordinaria al seminario hace cerca

de 10 años ya. Nada obtuve con exposiciones, a no ser golpeado de manera netamente inicua; pero el ser yo golpeado no remedió ningún abuso ni deficiencia, al contrario.

El régimen del seminario iba en mi tiempo —y estimo que no ha cambiado mucho— a contrapelo del sentido común y la honradez natural: no se cumplían los mandatos y avisos de la Santa Sede, mientras se hacían grandes "homenajes" al "Día del Pontífice". No se aprendía con seriedad ni se enseñaba con competencia; y el rector de entonces profesaba públicamente porque así le convenía a él —contra de lo declarado por S. S. Pío XI en su encíclica STUDIORUM DUCE— que el sacerdote *"no necesitaba ciencia sino piedad"* —y había que ver lo que entendía él por "piedad"—; de modo que en su juicio los estudios eran como una manera de pasar el tiempo, hasta que llegara la ansiada hora de meter barba en cáliz... y ejercer el "ministerio": el ministerio de la impartición de la Verdad, reducido así por él a la venta intensiva de ceremonias mágicas a cargo de una manga de empleados servilmente sometidos a la llamada "Jerarquía", es decir, a la Gerencia. Una prueba de esto es que los exámenes eran una verdadera farsa, y los alumnos que allí se aplazaban por ignorantes eran promovidos muchas veces después por él sin más control ni trámite que el capricho de sus preferencias y sin más méritos que ser "confidentes del Rector"; y así en lo demás. Dejo otros abusos y lacras graves para atenerme estrictamente a mi propia y dolorosa experiencia. Para muestra basta un botón. Sobre esto informaba yo a las "autoridades", como era mi deber estricto para con Dios y la Iglesia, y era golpeado y perseguido en premio, como antes dije. El reverendo padre Juan R. Sepich elevó en 1947 un informe a la Santa Sede sobre esto que digo y otros muchos puntos, firmado por un buen número de sacerdotes y ex alumnos y profesores: espontáneamente y con entera independencia de los míos.

La epidemia de apostasías sacerdotales que padecemos es prueba clara del fracaso de la educación del seminario, que no comunica ni la doctrina de la Fe ni

la Fe; y qué es su capitalísima causa. Las estadísticas de apostasías de la Argentina son quizá las más altas del mundo. Y lo peor no son las apotasías descubiertas, sino las encubiertas; y la general falta de Fe sobrenatural que aparece en los pastores convertidos en empleados, que aparece claramente en su falta de celo y caridad sincera. *"Fides sine operibus mortua est"* [57].

Una casa de estudios donde no se estudia es una casa de desorientación y haraganería, es decir, de todos los vicios... La falta de conciencia profesional suele indicar falta de conciencia *tout court*. Profesores que no son doctores, ni hombres de estudio, ni hombres de cultura tan siquiera, diseminados ganduleramente en los seminarios de todo el país –donde los pocos buenos profesores hacen de moscas blancas cuando no de chivos emisarios– son un gravísimo mal ejemplo de superchería para los jóvenes; y causan un daño gravísimo, aunque no sea sino el de omisión. ¿Qué es esta fiebre de fundar facultades de teología y filosofía sin tener ni filósofos ni teólogos adecuados? ¡Portentosos montones de ladrillos habitados por la simulación y la superchería! Yo sé lo que es una verdadera Facultad de Filosofía; y Ud., excelentísimo señor, sabe también que los filósofos y teólogos auténticos son *rara avis* entre nosotros. Lo honrado sería fundar aunque sea *una sola verdadera Facultad*, reuniendo los pocos aptos y coadunando todos los esfuerzos. Es una tesis que estamos defendiendo inútilmente hace años por mera honradez de universitario; pero lo honrado no es acogido aquí sino con palos. ¿Creen por ventura que eso puede agradar a Cristo, que fue un hombre de honor, y por lo tanto abominaba de la mentira? ¡Ay de nosotros el día que Cristo se canse –que me parece, y tengo signos de ello, que ya se va cansando–!

El programa máximo del concilio se reduciría en cifra a considerar la falta de doctrina, sobre todo bíblica, y la falta de caridad –y de fe– en los sacerdotes –cosas que no se remedian pidiendo plata a los gobier-

57 Santiago, *II*, 17.

nos, y haciendo edificios aparatosos, donde habita el vacío, y a veces la indecencia espiritual. Y esto dicho, ya basta para mí. Técnicos tienen ustedes que levantarán listas completas de las cuestiones particulares; que yo levantaría con toda facilidad si el espacio me lo sufriera. He aquí que el *Programa Máximo* es pues un *Programa Mínimo*, y todos los mandamientos de la Ley se reducen a uno solo; que es el de no irse por las ramas y atacar la raíz. De otro modo el Sacro Concilio Plenario no pasará de uno de tantos "Congresos" de Medicina Municipal o de Odontología Solitaria en que abunda esta ciudad figuronera y parlera; y no dejaría nada detrás de sí a no ser nuevos males, como por ejemplo —me decía ayer un venerable párroco— una nueva lista de 45 mandatos bajo pena de censura sobre los 45 que ya hay; que no serán cumplidos por los pícaros ni ¡ay! tampoco por los honestos, si son fútiles o irreales; como son canónicamente inválidos, y ante Dios y la conciencia risibles, pues sobre una orden fútil o imposible, no puede caer censura eclesiástica.

El *Programa Máximo* pregúntemelo S. E. a mí, si no tiene a nadie mejor: la "cuestión económica" de los sacerdotes, de los curas que tienen demasiado y de los que no tienen lo bastante; la furia de censuras anticanónicas y a veces soberanamente injustas; el estado de "violencia y no persuasión" en sacerdotes y pueblo fiel; las numerosas iniquidades perpetradas y no reparadas; la ineficacia de la Iglesia Argentina para luchar contra las herejías, conservar las buenas costumbres y educar a los fieles; el bochornoso abandono de la SAGRADA ESCRITURA, sustitución del EVANGELIO por la "sociología" o la "sociabilidad"... ("la femineidad", "la masculinidad", "la síntesis del amor", o "el mensaje de la Bondad", pamplinerías de moda en vez de robusta predicación apostólica); la ignorancia, avaricia, inmoralidad o mala pasta de muchísimos clérigos; la selección al revés en el seminario y fuera de él; el conferimiento de dignidades eclesiásticas a paniaguados e incapaces; la arbitrariedad y la insensatez en el gobierno —no— pastoral; la falta de control de las instituciones católicas para que cumplan con su deber profesional; —la —la —la

—todo lo que le rondaré si quisiera agotar el tema, que pediría un libro.

Me sé de memoria lo que dirá a todo esto el mal pastor; el gesto y la palabra con que los pastores tamásicos apartarán estas palabras de verdad. Pero esas actitudes no les servirán en la hora de la muerte; ni tampoco, vive Cristo, en vida. "*Deus non irridetur*". "El padre Castellani es esto y es lo otro. Exagera. No ve más que los males de la Iglesia y no ve sus numerosos bienes...". Si yo no viera los bienes de la Iglesia, estando en el corazón de ella, no diría una sola palabra; y me retiraría en silencio honradamente de una sociedad que de fuera muestra roña, lacras y pus; donde se han cometido paladinamente los crímenes eclesiásticos más graves, como la simonía y la opresión de los humildes; donde Mazzolo no es el peor de los miembros ni el más digno de lástima.

Será la culpa del Patronato, del Concordato o del "Sursum Corda", pero lo cierto aquí es que estos males ni ningunos otros tienen remedio si en los tronos jerárquicos regulares o seculares se encaraman tamásicos: hombres sin autoridad natural. La autoridad legal ha sido hecha para coronar la autoridad natural, y ésta no puede crearla cuando no existe; que no es otra cosa sino la capacidad natural que se desprende de naturales o sobrenaturales "carismas" o excelencias, sea que a uno lo llamen "excelentísimo señor", o no. Un sujeto de cabeza cuadrada, corazón ovoide y barriguita rotunda, aunque le impongan 100 medias moradas, 500 cadenas de plata con crucifijos de oro y 700 vestidos colorados, no tendrá *autoridad*. Autoridad es, en definitiva, que le crean a uno los hombres; a quien Dios se la negó, en vano falsificadamente se la impartirán los mortales; puesto que Jesucristo nos previno que quien entra por la ventana y no por la puerta —que es el Espíritu de Dios— "*ladrón*" es, que no Pastor; "*ladrón y pistolero*" ("*fur et latro*")[58].

Balsa General: lo eclesiástico aquí está marchando

58 San Juan, X, 1.

literalmente cabeza abajo y patas arriba: los ciegos guían a los videntes y los asnos enseñan a los doctores. Los jesuitas no saben lo que hacen; por lo cual serán perdonados. Las "órdenes" tiran cada una por su lado, en un perfecto desorden. El bajo clero está muy bajo, dividido, desmoralizado, ensuciado. Los fieles están separados de sus pastores naturales, los cuales han sido despojados por el "*fur et latro*" de los medios de guiarlos. La ingratitud de la Iglesia hacia los beneméritos de ella es espantosa e indecorosa —feo vicio, ch'amigo—. Esto es "*un mero sobrevivir lastimoso a base de inyecciones financieras con tapadera de liturgia muerta*", como escribió un gran escritor argentino que sabe lo que dice.

Basta ya. He tenido que hacer fuerza a mi naturaleza para escribir esta carta que mi Fe me exigía, entre un examen a la mañana y una clase a la tarde. Tengo repugnancia a ponerme en el *limelight* sin necesidad, amo el retiro, me entiendo bien con el silencio de la regla de los *ermitaños urbanos*; y los trabajos forzados a que estoy condenado ustedes saben bien por qué, los he aceptado por Cristo; y no voy a ir a buscar Cireneos entre la clerecía. Si escribo es por imperativos que están absolutamente por encima de la comodidad y ventaja propias. Poco meto yo en el bolsillo, como usted comprenderá, con que haya sínodos o no los haya, con que en el semiasnario se enseñe teología o teratología. Pierdo tiempo y dinero escribiendo esto; y no lo escribo de propia voluntad sino respondiendo al requerimiento mudo de muchos humildes doloridos o escandalizados hermanos de la Fe, cuyos quejidos suben al trono de Dios. Esto que digo yo no lo digo yo, sino que lo dicen los fieles; si no quieren escuchar, tanto peor, yo cumplí. "*Veritatem dico, non mentior. Vos videritis. Et ante tribunal Domini exspecto vos*".

FLOTO SOPORTADO POR LA CARIDAD DE NUMEROSAS ALMAS, ES DECIR, POR LA CARIDAD DE LA AUTÉNTICA IGLESIA DE DIOS; QUE SI FUERA POR LA CARIDAD DE LAS AUTORIDADES SIN AUTORIDAD, HACE MUCHO ESTARÍA EN EL FONDO.

Dicho lo cual, sólo resta pedirle disculpa de haberlo escogido de recipiendario; cosa que espero no causará daño a su nombre ni a su futura luminosa carrera, que es la misma que yo deseo a todos en Cristo, a los cuales pongo sobre mi cabeza como siervos de Cristo mejores que yo —no más probados que yo—, después de haber preparado este concilio en oración y penitencia.

Leonardo Castellani Conte Pomi

Buenos Aires, 6 de noviembre de 1953, día de San Leonardo.

Carta al excelentísimo señor nuncio apostólico de su santidad, monseñor doctor Mario Zanín

No he hablado nunca con S. E. Otros le han hablado de mí, y S. E. también ha hablado mucho de mí; bien o mal, no lo sé. Pero yo no he hablado con S. E. No está de más entre cristianos entenderse directamente, y no solamente por habladurías ajenas; porque si no ¿cómo seríamos *hermanos*?

Ha llegado el momento de decir útilmente algunas verdades. Un gran doctor católico inglés ha escrito: "*Unless Rome has balanced information she can do nothing*" ("*Roma nada puede hacer, a menos de tener información equilibrada*")[59]. Roma no tiene actualmente información buena acerca de la Argentina; o por lo menos acerca de muchas cuestiones argentinas capitales; y éste es un hecho del cual tengo experiencia y evidencia propia. La fama que tiene la diplomacia vaticana de ser "la mejor informada del mundo" falla en el caso de nuestro país, por lo menos.

Lo que voy a decir aquí a S. E. no es nuevo: lo he dicho muchas veces a quien correspondía y como correspondía. Hace muchos años que vengo dando testimonio con obras, palabras y escritos, incluso públicamente, incluso a mis riesgos y con grandes costas, de las realidades que aquí voy a recordar; y de las que ahora algunos se asombran tanto; o se hacen los asombrados. Yo no soy profeta y no tengo visiones; pero de mis obras se puede espigar una cantidad de *previsiones* o afirmaciones previsibles que se han verificado a la letra, ha-

[59] Benson, R. H., THE LORD OF THE WORLD, Hutchinson, pág. 18.

biendo sido desdeñadas en su tiempo por los "Pastores", los cuales aquí entre nosotros parecen desdeñar u odiar o tratar de eliminar el carisma de *Doctor*, corrigiendo temerariamente la enseñanza del Apóstol: *"alios pastores et doctores"* [60].

Voy a reflexionar aquí sobre estos cuatro puntos:

1. ¿Es la Argentina un país católico?
2. ¿Tiene la Argentina realmente Pastores?
3. ¿Por qué no los tiene?
4. ¿Qué va a pasar ahora?

1. ¿Es la Argentina un país católico?

La Argentina es un país católico. Hay que entender qué significa esta proposición.

El señor Brujulart que vive enfrente de mí ¿es un católico o no? Ha sido bautizado a la edad de 7 meses, ha hecho la primera comunión, se ha casado "por la Iglesia" —pagó los 50 pesos al cura y se dejó llevar ante un altar vestido de yaqué—, y cuando muera lo llevarán de nuevo al templo y será rociado de agua bendita y de latines frangollados; conoce poco o nada de la religión; va a misa o no va, según le acomode; tiene la cabeza llena de ideas heréticas o erróneas, bebidas en diarios, revistas y novelas; vive conforme a una moral muy elástica y exterior; ha puesto entre paréntesis uno o dos mandamientos de la Ley de Dios; y su fe consiste en una vaga mitología que no tiene mucha relación con la vida real. ¿Es católico Brujulart? Si quieren llamarlo católico, hagan lo que quieran; yo no lo llamo católico.

Algo así pasa con la nación argentina, como nación. En su conjunto es *católica mistonga*, tiene una especie de cristianismo de tango; sin que esto signifique que no haya en todos los estratos sociales —sobre todo en el

[60] *Ephes.*, IV, 11.

pueblo— algunos cristianos bien legítimos; y también bien ignorados u oprimidos a veces.

El cuadro del catolicismo mistongo es algo que requeriría un libro, que yo no he de escribir. Baste decir aquí que la plebe tiene una tal incultura religiosa que su religiosidad frisa la superstición y el fetichismo; las clases cultas un cristianismo tan adulterado que su religiosidad frisa la herejía naturalista (deísmo, protestantismo, modernismo) y el clero tan poca fe sobrenatural y formación teológica que su religiosidad frisa el fariseísmo, o al menos el *funcionalismo*, que es su primer grado. La proporción de sacerdotes *funcionales* (cosas que funcionan, funcionarios) comparada con los sacerdotes *carismáticos* (sacerdotes que enseñan la fe) aunque no se pueda reducir a estadísticas, sabemos que es muy grande. "*Intelligenti, pauca*".

El libro que sobre el catolicismo mistongo debiera escribirse tendría que ser un libro irónico o humorístico. La base podía ser la noticia sobre la Argentina actual que trae la HISTORIA ECLESIÁSTICA del doctor Marx traducida por Ruiz Amado, S. J., y completada hasta nuestros días por los "Padres de la Compañía de Jesús". El botarate ingenuo que redactó el apéndice *Argentina* hizo grande ironía sin saberlo, porque cada una de sus eufóricas proposiciones, que pintan al catolicismo argentino como una jauja sudamericana, pueden ser leídas irónicamente con gran provecho. Los "triunfos" del catolicismo argentino son para este infeliz, por ejemplo: "*cuatro sacerdotes han ido a Roma a estudiar la Acción Católica italiana; y a su vuelta la Acción Católica se ha propagado mucho numéricamente*"; y otros números, estadísticas y exterioridades que no son la *fe*; y a veces tienen menos que ver con ella que con la política, la propaganda y el "clericalismo". Recomiendo a S. E. que lea ese artículo y lo compare con la realidad que tiene ante los ojos, si tiene tiempo; que sí tendrá, porque pertenece a su deber, según creo.

El estado del catolicismo mistongo de esta nación es parecido al estado del cristianismo luterano en tiempo de Sören Kirkegor salvando algunas diferencias esen-

ciales. El gran filósofo danés tuvo de Dios la misión de decir en su patria que *ese cristianismo* no era *el cristianismo.* ¿Qué era pues? Era a lo más la *"Religión A"* —que dice él— contrapuesta a la *"Religión B"*, por la cual entiende y describe él al verdadero cristianismo, en libros que son inmortales. La Religión A es una religiosidad sin misterios, a lo más la religión de los grandes paganos como Homero, Sófocles o Varrón; la cual en un cristiano actual no es una inocente *regresión al paganismo*, o *marcha atrás* o simple *retardo*, sino una verdadera desintegración o adulteración; como en un adulto ser achiquilinado o puerilizado no es una inocente vuelta a la infancia —y menos la que recomendó Cristo— sino que es una aberración y monstruosidad; ya que sabemos que la vida no vuelve atrás sino desintegrándose. La Religión A en la Argentina consiste en un poco de mitología y un poco de moralina.

La Religión B es la religión con misterios, la cual no es una cosa fácil y natural sino difícil; la religión de la Fe sobrenatural que es *"deudora del martirio"* y que no se puede obtener sin alguna forma de martirio, incruento, lento, o como sea; martirio que comienza por el aplastamiento del intelecto humano por la Fe, lo cual no es ningún juego o deporte; y que si no comienza con eso, no existe. Esa religión de la cruz es la que hay que devorar, la cual *"al tragarla es dulce pero después amarga el vientre"* [61] y nos devora a nosotros como una llama cada vez más divinamente exigente a medida que crece. Es una religión de conflicto. Todos tenemos un conflicto con Cristo, porque todos somos pecadores; y el que no comienza por *sentirse* y *reconocerse* pecador y necesitado de redención no es cristiano; porque no puede rezar con sinceridad ni siquiera el Ave María. Los obispos en su última pastoral dicen: *"Hemos cumplido con nuestro deber".* No es ésa la palabra del hombre religioso B. El hombre religioso B dice: "Soy un siervo inútil; piedad de mí pecador, ¡oh Dios!".

En esta Religión B se puede y debe decir con ver-

61 Apokalypsis, X, 10; Ezequiel, III, 3.

dad: "yo no soy cristiano, pero deseo serlo y camino a serlo", porque es un camino y no un estado de asiento y de reposo, como si "ya estuviésemos salvados". La salvación *se hace*, no está; deviene, no es: "*spe enim salvi facti sumus*". De Kirkegor dijo su amigo Nielsen en un café: "*Este Soeren que está aquí con nosotros, enseña que no ha habido jamás un solo cristiano... ni siquiera Cristo*". A este chiste contestó el filósofo con otro chiste. Pero si hubiera querido contestar en serio, pudiera haber dicho: "Cristo fue el cristianismo total y en estado de acto puro en cada momento de su vida; pero... aun el mismo Cristo no pudo decir «Todo está cumplido» sino en el último momento de su vida; más aún, según San Pablo, solamente cuando fue sentado a la diestra del Padre como cabeza del cuerpo místico; más aún, en ese cuerpo todavía Cristo pena, se esfuerza y camina: *se hace cristiano*. Mas nosotros, que ese cuerpo constituimos, en ningún momento podemos decir que «ya somos, ya está», fuera del momento de la muerte y aún más allá, porque todavía queda el Purgatorio"... *Nos hacemos cristianos solamente*; no somos "*ciudadanos del cielo*", como dijo poco ha un teólogo trascordado.

Esa Religión B, ese cristianismo exagerado —es decir verdadero— es rarísimo en la Argentina, a juzgar por las señas: no se predica, no se enseña, no se ven sus ejemplos, no se ven sus efectos: se predica al "dulce Nazareno" (Constancio Vigil); se enseña una mitología fácil (el niñito Jesús, la "madrecita buena" que es la Virgen, San Antonio buscanovios y San Judas que hace acertar la lotería); sus ejemplos son las claudicaciones continuas de la jerarquía y la gruesa inmoralidad de los "fieles"; sus efectos son los que estamos viendo...

—¿La Argentina es un país católico?

—Católico mistongo, sea.

2 y 3. ¿Tiene la Argentina realmente Pastores? ¿Por qué no los tiene?

¿Quién tiene la culpa de esta regresión de la Religión B a la Religión A; "*neopaganismo*", como lo llamó San Pío X?

Los malos pastores y los malos gobernantes principalmente. La Argentina es una nación anómala, es decir, informe. Y cuando un ser deficienta en su *forma*, la culpa la tiene la causa eficiente, no la materia, que de suyo es inerte. La causa eficiente de toda sociedad es la autoridad, enseñan los sociólogos.

Dejando aparte a los malos gobernantes, que entrego al brazo seglar de los historiadores —como Sarmiento o Mitre, como el que rezó una oración ajena en el Congreso Eucarístico de 1934, que fueron masones hasta el día de la asumpción del mando, fueron católicos ese día, juraron por los SANTOS EVANGELIOS, y siguieron más masones que antes—, mi concernimiento es con los malos pastores.

Los unitarios liberales se enojan con el arzobispo Escalada porque "cedió a Rosas", dicen. Los pastores que lo sucedieron no cedieron menos sino mucho más a los gobernantes unitarios liberales.

La continua agachada y achicamiento de las autoridades eclesiásticas ante las autoridades políticas es la causa de la decadencia de la Iglesia Argentina; y la causa de esa agachada es que no hemos tenido pastores elegidos por los fieles, como en la primitiva Iglesia —ni tampoco estrictamente por la Iglesia—, sino por el nefasto "Patronato".

Ni los sacerdotes ni los fieles influyen para nada en la designación de sus obispos; ellos les caen —¿del cielo?— en platos voladores, procedencia desconocida, si no del infierno por lo menos de Mercurio, Saturno o la Luna; y ellos tienen que aceptarlos, les gusten o no; y en consecuencia los fieles se han desinteresado de ellos, y ya no cuidan de que sean malos o buenos pastores; les besan el anillo y ¡abur!. Y el que a los fieles no les importe ya tener malos o buenos pastores, quiere decir que no son *fieles*. ¡Vaya un amor a la Iglesia! ¡Y vaya una Iglesia!

Así como se fundó en Rosario una "Sociedad Católica Amigos del Cardenal" —cosa superflua y ofensiva, puesto que habría de suponerse que todos los católicos son más-que-amigos del cardenal—, podríase fundar más

bien una "Sociedad Católica de Enemigos del Cardenal"; con el loable fin de conseguir de Dios que el cardenal no se tuerza, no tropiece y no se siente; y de sacarlo de su lugar usurpado en cualquiera de estos tres casos.

Sociedad muy conforme al EVANGELIO: Jesucristo no hizo en su vida pública sino luchar contra los malos pastores, el principal obstáculo a su Manifestación; a los cuales llamó "*mercenarios*", "*lobos con piel de ovejas*" y "*ladrones*"... y todas las demás cosas bonitas que S. E. sabe. Si se examinan los EVANGELIOS se ve que "la empresa" de Cristo, el objeto continuo de su acción pública, lo que da unidad a sus acciones y a su carácter; en suma, lo que tuvo que hacer él como hombre de acción, fue la lucha contra el fariseísmo. Como dicen los filósofos, preparar la materia y apartar los impedimentos de la forma es el trabajo principal de la forma; después de lo cual ella entra sola: como el trabajo principal del fuego es sacar la humedad de la leña, dice Santo Tomás.

En la Argentina no hemos tenido pastores santos, si se exceptúa el bondadoso y un poco corto Mamerto Esquiú. Hemos tenido en cambio pastores malnacidos, pastores cobardes, pastores avarientos, pastores iletrados, pastores simoníacos, pastores embusteros, pastores calumniadores, pastores concubinarios; y lo peor de todo, pastores villanos, estúpidos o idiotas. Yo lo pongo en tiempo pasado; S.E. es muy posible que pueda conjugar el tiempo, si —como creo— no pertenece a ninguna de esas categorías.

El diablo conoce muy bien aquello de "*heriré al pastor y se dispersarán las ovejas*". En nuestro país ha hecho una obra fina; y a consecuencia de ella, la Iglesia Argentina es un montón de ruinas, donde se esconden no pocos bichos, algunos venenosos.

"*El excelentísimo N.N. no dejará a su muerte más que ruinas*", nos decía poco ha un ilustrado y abnegado sacerdote, a cuyo desinteresado testimonio puede S. E. acudir. (Su nombre va en sobre aparte).

El "*excelentísimo N.N.*" es un ejemplo de cuanto

estoy, con dolor, diciendo en esta página: el reverso mismo del retrato que del Obispo nos han dejado San Pablo, San Agustín, Santo Tomás. No es de mí trazar aquí el retrato moral del "*excelentísimo N. N.*" ni menos propalarlo; por lo demás, lo tiene S. E. R. delante de los ojos. Tome en último caso el retrato moral del *excelentísimo N. N.* que tiene el pueblo fiel en su mente –los fieles avisados que lo conocen de cerca– y compárelo con el retrato del Obispo que nos da la Escritura.

¿Qué se puede esperar de esto sino ruinas? ¿Creen que Dios va a hacer milagros continuos? ¿Piensa que Cristo bajó al mundo para destruir el orden natural de las cosas y hacer que el ciego guíe a los que ven? Cristo fue a buscar la oveja sarnosa y se la puso sobre los hombros; pero no dijo que la oveja sarnosa había de ser pastor.

¿Roma no tiene alguna culpa de esto?

En Roma no nos conocen; y tengo motivos para afirmar que nos desprecian un poco. En Roma no tienen buena información sobre nosotros; y con la mala información que tienen, creen que pueden gobernarnos no solamente en lo general –que es lo que les concierne, porque el primer motor da el movimiento *total* pero no directamente los movimientos particulares–, sino también en cosas muy particulares y menudas, en las cuales hacen disparates descomunales y aun aberraciones e iniquidades por falta de conocimiento, es de suponer. Para dar un ejemplo, conocemos una orden de Roma a un obispo argentino de *prohibir* a un escritor de la más estricta ortodoxia y de gran preparación, de *prohibirle escribir acerca de cosas religiosas*; al mismo tiempo que despachaban una condecoración apostólica a Constancio Vigil, escritor no católico, heterodoxo y tontaina. La aberración contenida en esta orden no se puede explicar con palabras. Para un escritor cualquiera –y más para ese escritor particular– el no escribir sobre religión es simplemente no pensar sobre religión; cosa físicamente imposible, como sería ordenarle que sus amígdalas no segreguen saliva; o

sus suprarrenales, adrenalina; pero lo peor de todo es que la Iglesia no se fundó para impedir que alguno piense sobre religión, sino para lo contrario; y el ver que un hominicaco ignoto desde 12.000 millas de distancia pretenda *impedir* a un hombre que no conoce y probablemente sabe más que él de teología, que piense teología... es una imagen lamentable y ridícula; y por decirlo así, apocalíptica. "*La abominación de la desolación en el lugar donde no podría estar*"... que dijo Cristo.

Parece pues que habría lugar a otra Sociedad de Enemigos de Roma; la cual entre nosotros tendría muchísimos candidatos, algunos de ellos entre los mejores hombres del país. Cuando yo estudiaba en Roma traté con algunos de los puntos (o *pezzigrossi*, como dicen) de lo que llaman "los círculos vaticanos" y encontré en ellos una ignorancia tal de nuestras cosas y tan pocas ganas de superarla, que comencé a escribir por broma una geografía humorística e irónica "*ad usum Reverendissimorum Praelatorum, Curialium et Consiliariorum Ecclesiasticorum in urbe Roma*", cuyo comienzo debe estar todavía entre mis papeles; inspirada en una sabrosa anécdota de mi paisano y amigo monseñor Agustín Piaggio, el que fue vicario general de la Armada, traductor de Papini y Mattiussi, y autor de varios apreciados libros. El número de esos "monsignori" burócratas que confunden Buenos Aires con Río de Janeiro, o al padre Leonardo Castellani con el padre Leonardo Feeney, o creen que hay indios en Buenos Aires, o que Caracas está a tiro de diligencia de Caseros, o que Buenos Aires es una nación sudamericana cuya capital es Matto Grosso, es lamentable; y como Matto Grosso significa en italiano "Loco Grande" les causa una gracia loca esta "*piccola nazione sudamericana*" que tiene por cabeza un loco grande.

La cosa es trágica y por eso la tomo en cómico. Si Roma no cumple con su deber, poco podemos hacer *como Iglesia*, aunque cada uno pueda salvar su alma si quiere; como estoy yo ahora salvando la mía. Roma no debe pretender una centralización excesiva, que

llega a lo imposible; debe abstenerse de pretender gobernar lo que no conoce; debe simplificar su burocracia; debe cumplir y hacer cumplir el derecho, canónico y natural; debe destituir o apartar a los prelados indignos; debe encontrar el camino para procurárnoslos excelentes y sabios. *El deber de Roma es darnos pastores según el corazón de Dios.* Si eso no hace, no hace nada por nosotros; y es inútil que nos prodigue palabras afectuosas, y que diga que nos quiere mucho.

Véase lo que pasa en caso contrario. Ahí lo tiene S. E. delante de los ojos. Existe actualmente una fricción entre el gobierno nacional y el clero; o mejor dicho una pequeña parte de él; algunos pocos sacerdotes y obispos a quienes la Cámara de Diputados ha declarado "*malos sacerdotes y falsos católicos*", siendo así que varios de ellos que yo conozco son buenos muchachos enteramente católicos en fe y costumbres, incapaces de sublevaciones, sediciones o crímenes algunos. La Cámara, pues, se ha arrogado el poder judicial y definitorio que pertenece de suyo solamente a la autoridad religiosa; pues es evidente que el fuero de juzgar si uno es *buen católico* o *mal católico* no pertenece al diputado Benítez; ni siquiera al diputado Díaz de Vivar, con toda su teología.

¿Cómo se ha podido producir ese pequeño y un poco risible error de jurisdicción? A causa de una serie de pequeñas agachadas previas de la autoridad religiosa.

Le voy a poner aquí a S. E. dos ejemplos públicos de agachadas o claudicaciones:

....

....

....

Las claudicaciones fueron muchas y estos ejemplos que doy no son los peores. S. E. lo debe saber mejor que yo. Si S. E. quiere, le puedo revelar en particular otros más graves.

El poder de definir, juzgar, corregir y sentenciar en materia religiosa lo dio Cristo a su Iglesia y no al

poder civil: Cristo no dijo que a Tiberio Augusto atañía directamente determinar si el Espíritu Santo era menor o mayor que el Padre o el Hijo; ni si un fiel cualquiera era mal cristiano y se había salido de la Iglesia. Si esto se acepta o permite, el que se sale de la Iglesia es el dignatario eclesiástico que lo permite o acepta. De esa manera caminamos a una Iglesia de Estado, como las Iglesias protestantes o cismáticas. *"Fornicar con los reyes de la tierra"*, llamó el Profeta a esa claudicación.

Hace diez años escribí en un ensayo sobre la situación de nuestra patria tras la revolución de junio de 1943 lo siguiente: *"El caso de la Iglesia Argenina puesto en dos palabras es el siguiente: está atada con rendaje de oro a un Estado que ha dejado de ser católico, o va por ese camino; y con la mayor buena voluntad de que no deje de ser católico, tiene que agarrarse de los colores de la bandera —que son los de la Inmaculada, desde luego—, del Preámbulo de la Constitución —que reconoce al Dios de los deístas—, del catolicismo de nuestros próceres —que fueron masones, pero solamente de mentirijillas—, del Catecismo de Sarmiento —que lo tradujo del francés para ganarse unos pesos— y de los Tedéums y Bendiciones de Piedras Fundamentales. Esto constituye una dificultad seria y un problema que no es para bromas —¡Dios me perdone!— y que nos atormenta desde Estrada y Frías. Los socialistas dicen que la solución es la ruptura o separación violenta de la Iglesia y el Estado. Los católicos dicen que el remedio es un concordato. De nosotros no depende la decisión ni quizá de hombre nacido, sino que lo zanjará con el tiempo la Circunstancia o la Providencia. Nosotros desearíamos un visitador apostólico de agallas, y un sínodo o concilio nacional..."*. (Una especie de Concilio Nacional se llevó a cabo el año pasado 1953; y como sabe S. E. no dio resultado alguno. Tampoco podía darlo; pues fue planeado y realizado en forma que no diese resultado alguno. Le escribí una carta acerca de él a S. E. el obispo Rau. No me contestó una palabra. El obispo Rau será muy "excelencia" pero no es un caballero. Sería de desear que los obispos fueran por lo menos caballeros).

Este juicio lo escribí hace diez años y nadie le hizo el menor caso; excepto la revista ESTUDIOS POLÍTICOS de Madrid que lo reprodujo en parte; y excepto el excelentísimo señor obispo de Rosario monseñor Antonio Caggiano, que me hace el honor de recordarlo todavía en sus pláticas espirituales, afirmando que "*tiene mala doctrina y exhortaciones a la rebelión contra las autoridades*" ante el pasmo de las maestras jubiladas o las cándidas corderas de la Acción Católica; ya que les parece —a las que me conocen como hombre más sumiso y menos rebelde de esta nación de supersumisos— una verdadera sonsera y un desparpajo mirabolante; aunque a mí me parece más bien que es el paso del estadio ético al estadio religioso; y todos los días rezo al Señor porque tan importante dignatario llegue pronto al estadio religioso, dejando el estadio humorístico.

Por causa del patronato no tenemos en esta nación pastores que realmente estén en el estadio religioso, y que vivan la Religión B: la religión de la fe sobrenatural, el misterio y el martirio. S. E. conocerá ya la anécdota del Zorro Roca —que es rigurosamente histórica— que incluí en ese mismo malaventuroso ensayo —el cual ahora no me gusta más, como pasa con todos nuestros escritos de hace 10 años—, habiéndola oído de un testigo contemporáneo. Léala S. E., que es muy ilustrativa. Para salvar mi alma escribí hace 10 años ese panfleto religioso, o *tract*, como diría Newman; y para lo mismo escribo ahora esto, que tiene estilo de panfleto —es necesario— pero alma de EVANGELIO.

Nuestros prelados en general tienen reparo —hay honrosas excepciones— de predicar desde sus cátedras catedralicias el EVANGELIO en seco; algunos hemos escuchado que llevaban su prudencia a corregir el EVANGELIO y a predicar exactamente lo contrario de lo que Cristo dijo; por ejemplo —ahora que me acuerdo— que "*los ricos se salvan más fácilmente que los pobres*" (sic). Hacen esto "para evitar males mayores". Los males mayores son que el Gobierno les quite todas las "subvenciones", y no les dé más plata.

Parecerían afirmar con las obras que si la Iglesia Argentina recibe 60 millones de pesos al año, el cristianismo es verdadero. Si el cristianismo careciera de esos 60 millones, a lo mejor ya no se puede sostener, y los cristianos argentinos desaparecen, y la Iglesia se hunde. Nosotros creemos —salvo mejor opinión de S.E.— que lo contrario es más probable. Jesucristo y sus Apóstoles no dispusieron de esa suma para su propaganda: se arreglaron como pudieron; y es asombroso lo que pudieron en su humilde pobreza.

Los protestantes se escandalizan de que los obispos católicos tengan vestidos de seda, cadenas de oro —¡y qué cadenas!—, dos autos, chófer, radio, televisión, secretarios, toda una corte, y un suntuoso palacio episcopal. Se les suele explicar que todo eso lo *presta* la Iglesia, Madre Prudente, para que puedan cumplir su misión, sobre todo en casos de apuro como éste: porque es evidente que en un caso como éste, un obispo tiene medios para cumplir su misión de *"testigo de la verdad"* que no tengo yo, mísero ermitaño urbano, a quien el agente de la esquina puede meter en chirona para toda la vida... No les da la Madre Iglesia ese aparato exterior porque sean Fulano o Mengano, porque sean duchos en política y administración, o porque tengan dones sobre los demás fieles —aunque pueden tenerlos— para que usen de ellos como se les antoje. La Iglesia sabe que el mundo se paga de esas exterioridades; y que es preciso, mientras en el mundo vivamos, sostener y respaldar al pobre obispo que lleva una carga mayor que la de los pobres curas y ermitaños urbanos. Pero si el obispo no usa de su cátedra, trono y palacio para llenar su misión, no los merece de ningún modo y los usurpa; y la Iglesia debería retirárselos prudentemente, por lo menos para salvar sus almas; y en casos extremos, el pueblo fiel —que es también la Iglesia— debería deponerlos, como sabe S. E. que lo hacían en la primitiva Iglesia; de lo que ha quedado un rastro en el derecho canónico, el *"odium plebis"*.

Así que yo les digo a los protestantes: "Ustedes no entienden ni pizca del asunto: todo eso es herra-

mienta para que ellos puedan cumplir su misión: no tienen el don de milagros como los Apóstoles". Y ellos me replican: "¡Pero no lo usan para cumplir su misión: no predican la verdad peligrosa, se callan, dejan que las cosas se arreglen solas!". Ante la cual réplica yo me suelo callar, y remitirlos a S. E., que debe estar mejor enterado que yo de ese asunto. Para que las cosas se arreglen solas, no se necesitan gobernantes.

Mi finado noble amigo don Lautaro Durañona tenía una teoría que él explicaba así: *"La Iglesia debería resucitar los antiguos diezmos y primicias, poniéndonos un impuesto en proporción a nuestros réditos. Yo oigo misa en el Pilar y doy 10 pesos cada domingo a la colecta; la mujercita que está a mi lado da un peso. No es justo: porque en proporción a lo que poseo y gano, yo debería dar 100 ó 500 pesos, si ella da uno. Pero esto nos los debería tasar la Iglesia a cada uno; o mejor dicho, la Acción Católica...*

"Así por lo menos se conocería quiénes son católicos y quiénes se llaman solamente; y además la Iglesia no estaría supeditada a las «subvenciones». En realidad ahora el Estado recoge los diezmos, por medio de impuestos, se queda con la mayor parte, y le tira a los clérigos un pedazo de pan a cambio de su libertad espiritual...". Eso sostenía ese noble y cristiano varón que fue el director de TRIBUNA.

Hablando de Acción Católica, es sabido de todos que aquí es un fracaso: es *inacción católica.* Y eso pasó porque no se cumplió jamás lo que mandó el sumo pontífice acerca de ella. ¿No han dicho los papas que ella es *"participación de los laicos en el apostolado jerárquico"*? Si nuestros dignatarios dignitosos hubieran querido dar una *verdadera* participación a los fieles en el apostolado, les hubiesen dado de inmediato y para empezar una participación prudente y gradual en estas tres cosas:

1. Designación de los Obispos.

2. Administración de los bienes parroquiales.

3. Organización de empresas de apostolado, como

un diario católico, una revista católica y una editorial decente, que ahora no tienen ustedes y les hace falta.

Por convertir a los "accioneros católicos" en petizos de los mandados de los curas y los monseñores ociosos, ahora los mejores elementos entre los creyentes se han acabado por retirar de ella para dedicar su actividad inempleada a algo que sea verdadera acción y no pamplinerías devotas o pavaditas infructuosas –cuando no verdaderas torpezas o aberraciones, que también se han dado casos. La Acción Católica consiste en hacer discursos acerca de *en qué consiste la Acción Católica*... Menos mal si siempre hubiera consistido en eso; pero se han dado casos de verdaderos disparates, de faltas de cordura y de caridad, como podría documentar fácilmente a S. E.

No es para todos la bota de potro. Para poder hacer trabajar realmente a la Acción Católica se requiere saber lo que se quiere, tener algo dentro de los cascos, estar adornado de condiciones de hombre de empresa o de mando, además de saber teología y conocer a este pobre país. No parecen haber tenido eso los que han organizado una inmensa maquinaria complicada que funciona en el vacío, para irrisión nuestra ante los protestantes y judíos; que en materia de *acción* pueden darnos grandes ejemplos.

En cuanto a la principal aberración de la Acción Católica, merece carta aparte.

4. ¿Qué va a pasar ahora?

Estoy escribiendo para contestar a una cantidad de buena gente que me pregunta por teléfono y *viva voce* ¿qué hay que hacer ahora? –como si yo tuviese una curia a mi disposición–, y como si no tuviese que ganarme honestamente la vida. Lo primero que les respondería es que hay que reflexionar, examinar la conciencia y orar; porque el mal no está en los síntomas sino en las raíces. Después hay que *unirse*, porque los católicos actualmente no constituimos para nada un

cuerpo como el que describe San Pablo[62], es decir, una *iglesia*, que significa *asamblea, reunión* o *comunidad*; sino que andamos sueltos como bola sin manija; y, para decir la verdad, somos bolaceros. Finalmente hay que *obrar*, pero no por el camino de la política tortuosa, sino por el camino de la fe recta, que se traduce en obras de caridad no fingida, de *charitas veritatis*: como ha hecho el excelentísimo señor obispo de San Luis con respecto a sus dos hijos calumniados.

Es menester que los fieles intervengan de algún modo en la elección de sus obispos: ésa es la tradición constante de la Iglesia. Católicos a los cuales no les importa tener buenos o malos pastores, no son católicos. ¡Vaya una manera de amar a la Iglesia o de pertenecer a ella! Y ese desinterés actual de los fieles respecto a sus pastores viene naturalmente de que en manera alguna pueden ellos influir en su selección necesaria; la cual se hace por caminos ocultos —quiera Dios que no tortuosos— y el pastor desconocido les llueve a las ovejas humilladas como el tronco o la serpiente que Júpiter mandó a las ranas. No se puede pretender de los fieles que hagan milagros continuos; ni siquiera del Espíritu Santo. Y así sucede que sacerdotes de grandes dones espirituales o intelectuales, o al menos con más condiciones que ninguno para ser guías o cabezas, conforme a San Pablo, no son nunca preconizados, antes al contrario son generalmente perseguidos o postergados; y los curialillos de las curias se confeccionan sus listines de "obispables" y predicen a veces con años de antelación la próxima decisión del Espíritu Santo.

S. E. sabe que la Iglesia ha resuelto siempre, de diferentes maneras en las diferentes épocas, este problema de la comunicación y unión vital de los fieles con sus cabezas. Aquí hay que resolverlo.

Es notable lo que mandó Cristo acerca de los profetas y apóstoles que prometió mandar a su Iglesia

62 *I Cor.*, *VI*, 13.

en el curso de los siglos hasta la consumación de ella: mandó que *"los reconociéramos"*, que los *"supiésemos distinguir"*, que *"los recibiésemos"*. *"El que recibe a un profeta como profeta* —dijo— *tendrá recompensa de profeta; y el que reciba a un apóstol como apóstol tendrá recompensa de apóstol..."*. Eso es difícil y meritorio, reconocer a los profetas actuales mientras viven; que a los que han muerto ya y están en los altares muy pintaditos y acicalados, que ya no se mueven ni estorban, eso es fácil y no incomoda. Pero ahora las curias ¿reconocen a los profetas actuales y los reciben? Los reconocen para romperles el alma si pueden. No sé si ha leído S. E. un notable cuento del escritor romano Pío Duca D'Elía, llamado *La expulsión*, en el cual se describe no sin gracia cómo San Ignacio de Loyola bajó del cielo disfrazado y entró en un noviciado de la Compañía de Jesús; cómo hizo de nuevo su dura carrera de estudiante sacerdote, profeso y profesor de teología mística, con graves y crecientes dificultades, y cómo al final fue expulsado de la orden a la calle con grandes oprobios y vituperios al cabo de 30 años de vida religiosa intachable... Y describe allí el poeta cómo en el momento en que le leyeron el decreto de expulsión —con dispensa del proceso por el papa, pues había *periculum in mora*— y al salir el santo llorando entre las dos filas de bancos de la capilla doméstica, de golpe se animaron las estatuas de los santos de la Compañía, con gran espanto de la comunidad que estaba presente, y salieron con su fundador; y al llegar a la puerta de salida, el portero se le abrazó dando gritos; que no era otro que San Alonso Rodríguez. No sé nada acerca de la verdad o verosimilitud de este cuento, que es gracioso si edificante no; puesto que de la Compañía de Jesús yo, como todo el mundo, sé poco; pero don Pío Duca D'Elía debe de saber algo.

Quiero decir que la fe y la religiosidad no consisten propiamente —según Jesucristo— en hacer suntuosos sepulcros, grandes fiestas y grandes panegíricos a los profetas y santos antiguos y golpear a los que actual-

mente Dios manda; sino en saber reconocer y aceptar a los de ahora. Y a los que otra cosa hicieren, Cristo les fulminó una terrible palabra, que S. E. conoce, y que sin duda lo llena de temor de Dios y santa cautela: *"En verdad os digo que el castigo de éstos en el Juicio será peor que el de Sodoma y Gomorra"*. ¿Y qué peor castigo que dejar a las curias que no reconocen los dones de Dios en sus hermanos —antes a veces los desprecian o persiguen— que dejar que se conviertan en una especie de Sodoma o de Babel?

Hay que resolver aquí estos problemas, excelentísimo señor. Hay que resolverlos o conseguir que Dios Nuestro Señor y el sumo pontífice los resuelvan, en lo posible. Si S. E. no puede hacer nada para resolverlos, mejor es que se vuelva a la China para salvar su alma; y nos deje solos.

No pedimos a S. E. que salve a la Nación Argentina, déjenosla no más; le pedimos que cumpla el mínimum mínimo de su deber. No pedimos a los obispos que sean todos varones santos; les pedimos solamente que parezcan varones. No pedimos a los curiales que tengan la santidad; les pedimos que perciban y no persigan la santidad. No pedimos a los sacerdotes que crean en el EVANGELIO; les pedimos solamente que enseñen el EVANGELIO: todo el EVANGELIO.

Con usted, sin usted, o contra usted, nosotros trataremos de salvar a la Argentina; y si fracasamos, salvaremos nuestra alma, que es lo que en definitiva importa.

Disculpe que use mi lengua franca, que es la lengua de la región en que nací, como usted usa su lengua véneta o friulana, que aunque he aprendido en el curso de mi pobre vida otras 8 ó 9 lenguas, ahora que soy viejo vuelvo a la lengua de mi niñez; que fue la de mi abuelo don Leonardo, arquitecto constructor de 11 iglesias; de mi padre don Luis Héctor, profesor y tipógrafo; y de las buenas gentes del Chaco Santafesino, incluyendo a Pedro Vicentín, Eduardo del Mármol y Mundo Pagano; en nombre de los cuales y de

otros miles de brava gente de estos pagos hablo; y no en el mío propio que es, para servir a S. E., en Xto. Jesús

Leonardo Castellani E.U.

Buenos Aires, 27 de noviembre de 1954, Beato Leonardo Kimura S. J.

Carta al excelentísimo señor monseñor Antonio Caggiano, cardenal arzobispo de Buenos Aires

Con mi debida reverencia:

Recibí tu carta del 16 de marzo de 1966.

Le agradezco el autógrafo; y también, por qué no, la ofensa gratuita que contiene; porque libera mi conciencia.

No digo me guste ser ofendido, mas que a veces el ofendido sale ganando, por lo que después diré.

Dejar de contestar y guardar silencio era más fácil para mí. Mas parece es mi deber contestar. Consulté con Dios Nuestro Señor lo mejor que supe. Si me equivoco, peor para mí. Y si no me equivoco, quizá más peor. Pero si me callo pensando es mi deber hablar, hago lo de San Pedro en el pretorio.

No sería quizá deber mío hablar públicamente, si el caso fuese ofensa o daño mío solamente. Pero el caso es ejemplo de una situación que sufren los fieles; los sacerdotes sobre todo; y toca al decoro y al provecho de la Iglesia.

Tengo el título de doctor en teología y filosofía refrendado por la Santa Sede; o sea lo que llamaban antaño de *doctor sacro*. Un doctor que preguntado por quienquiera en cosa de su oficio, no respondiese por miedo a los poderosos ¿peca? "*Peca mortalmente*", respondió Geoffroy des Fontaines, en el siglo XIII, ante la Universidad de París.

¿Cuál sería esa situación de que hay que dar testimonio, sigo preguntando?

Un escritor que firma *Alberto Ferrer* comenta de antemano, en el suplemento de LA RAZÓN del 1 marzo,

el próximo concilio de los 70 obispos argentinos. A mi parecer, es un poco confuso, pero toca algunos puntos de nota; por ejemplo, el gobierno despótico de algunos obispos, y la falta de justicia, caridad y solidaridad en la Iglesia Argentina. Y aduce la inquietud y descontento de "los curas" —sobre quienes cae directamente el descontento de los fieles, como allí se nota— patente ellos ruidosamente en los casos de Mendoza y Córdoba.

No tocó ese punto —que el gran Rosmini-Serbati calificó de "*llaga de la Iglesia*"— el Concilio Vaticano II: los *Patres* tenían en mira otras metas, sin duda excelentes. Quizá la falta de justicia y caridad no pesa tanto en otras naciones como en Argentina. Pero la verdad es que aquí ella es la llaga más preocupante; como constatará quienquiera tenga algún trato con "los curas". Si el hecho es real, como lo creo, tienen razón; porque eso simplemente evacuaría el EVANGELIO.

"*Con pretexto de «obediencia», han convertido la relación Obispo-Sacerdote en la relación Amo-Criado y Señor-Esclavo*", dice el susodicho Ferrer; de lo cual daré al final a S. E. un pequeño ejemplo particular y neutro. Eso es todo lo contrario de lo que mandó el Príncipe de los Apóstoles, a saber: que el Obispo o el Presbítero *se convierta en la forma del clero*[63]: "*Apacentad la grey del Señor que os toca, proveyendo no forzados sino espontáneos según Dios; no con miras al torpe lucro, sino voluntarios; ni como dominantes sobre el clero, sino hechos «forma» (tipoi) de la grey con el corazón*", dice San Pedro; para no decir nada de lo que dijo Cristo en la parábola del Buen Pastor.

Se podrían traer no pocos ejemplos —yo mismo podría— destos "*dominadores sobre la heredad*" como traduce Colunga el enérgico "*katakyriéuontes tón klerón*" de San Pedro. Se ha inventado y se predica con profusión un concepto de la virtud de la obediencia eclesiástica que es eso mismo: hacerse el Dominador, el Dictador, e incluso el Padre Eterno; que cuando lo

63 *I, Petr.* V.

asimilan las monjas, hay que ver lo que pasa en los monjeríos. Incluso apoyan ese concepto de obediencia, no ya ciega mas aun maquinal, en un texto evangélico tergiversado: "*El que a vosotros oye, a Mí oye*", donde Cristo se refiere no a la obediencia sino a la Fe. Nuestro Señor no dijo una sola palabra sobre la *obediencia*, anoser refiriéndose a la obediencia al Padre Celestial. La obediencia a los superiores terrenos es una virtud moral –no teologal– y consiste en un medio ("*in medio stat virtus*") como, siguiendo a Aristóteles, enseña Santo Tomás. "*Algunos obispos se pasan la vida incitándonos a la desobediencia*", me dice un religioso mendocino. "*La Jerarquía no me dirige, no me enseña, no me convence. Me arroja solo frente a Cristo. Pero ¿y la Iglesia? ¿Debemos prescindir de ella?*", me decía ayer no más un feligrés, que es representativo de miles de feligreses.

No voy a hacer a S. E. y a los 70 obispos el temario de sus deliberaciones, porque no me toca ni sabría; antes las recibiré con amor y reverencia. Sólo quería decir que si no se preocupan de la justicia y la caridad *intraportas*... pueden traducir todas las oraciones de la liturgia del latín al castellano, o viceversa; pueden nombrar 700 veces al Concilio Vaticano y a nuestros hermanos separados; llenar 10 páginas a máquina de lugares comunes devotos; condecorar a Constancio Vigil padre e hijo, y al doctor Noble; condenar al comunismo 10 veces; defender la propiedad privada; denigrar a los protestantes con monseñor Bonamín o alabarlos con monseñor Rau, etcétera, etcétera, pero no rozarán siquiera la llaga de la permanente esterilidad de la Iglesia Argentina; que de aquella falta procede.

"*La Iglesia argentina es un montón de escombros*" –me dijo el sacerdote más ilustrado y estudioso de la Capital–. "*La gente se retira en silencio de la Iglesia*" –nota el citado Ferrer–. Eso lo noté también literalmente en mi libro EL RUISEÑOR FUSILADO que S. E. no conoce, y no aprobaría si lo conociese. Si la Iglesia repele hoy día, o atedia, o no atrae a tantos argentinos, por ser demasiado hermosa no puede ser: la her-

mosura siempre atrae. Es que simplemente la perciben normalmente fea; pues los que se retraen en silencio son muchas veces hombres íntegros y nada protervos. Seguirá siendo hermosa *ab intus*, como reza el psalmo; pero la andamos camuflando fea.

La esterilidad de la Iglesia Argentina es materia de preocupación a todos los que la aman; sabemos que esto dijo el papa a varios prelados argentinos. Ningún adelanto en materia de conquista, ni siquiera de conservación, antes al contrario; ninguna obra que toque eficazmente la realidad, más bien al contrario; ningún gozo ni contento ni quietud ni apreciación ni gratitud para los que *pro viribus* trabajan por ella; destrucción de obras ya hechas; retroceso en prensa católica, literatura católica, e incluso en predicación idónea (*"Y a esto llaman palabra de Dios"*, dijo José L. Torres). Confusión en las instituciones de la Iglesia "establecida" e incluso patentes injusticias en promociones y postergaciones; y, en consecuencia, retroceso en la práctica de la religión, constatable incluso en las estadísticas de los asistentes a misa.

Falta justicia y amor

Lo demás sobra sin eso.

¡BAJA IGNACIO!

Por ejemplo, ahora que el país está barrido de propaganda comunista impresa, la Iglesia argentina no dispone de un solo órgano eficaz de defensa de la Fe. La revista Esquiú no defiende la Fe, se aprovecha della. Roguemos por su conversión. *"¡Qué mala es la buena prensa!"*, decía Torres. ¿Las numerosas universidades católicas? Son tan endebles intelectualmente o más que las del Estado laico. No tienen categoría universitaria; ni siquiera honradez a veces. Ojalá me equivoque.

Usar la religión para tercería de la ineptitud es cosa grotesca, si no fuera deplorable. Una revista o una universidad "católica" debería ser mejor o igual en calidad que las judaicas; y si no es así, se está usando la etiqueta "católica" como alcahuetería. Si Cristo hubiese bajado al mundo para facilitar que los ineptos

ocupasen el lugar de los aptos, entonces Cristo —que Él perdone— sería un peligro público.

La esterilidad de la Iglesia Argentina es causa principal del actual desorden del país. Una Iglesia pura, activa y bien jerarquizada sería antídoto y contrapeso al plebeyismo y canallería política.

Como la luna es reflejo de la luz del sol, así el actual desorden civil es reflejo del desorden eclesiástico; o con mejor metáfora, como un eclipse de sol es reflejo de la opacidad de la luna.

En suma, aquí la Iglesia aparece como un aparato de falsificar valores; de hacer que los que no saben enseñen a los que saben, y los más ciegos guíen a los menos ciegos. La desjerarquización perfecta. Falsificación. Es como querer caminar cabeza abajo. Y por eso no camina.

Es horroroso que el argumento polémico principal de los protestantes contra los católicos sea aquí verdadero: *Son pueblos atrasados porque son católicos,* dicen. En efecto: malos católicos.

Ha resultado que el liberalismo es peor que el protestantismo. Y el pueblo ve aquí a los gobernantes eclesiásticos de bracete con los gobernantes liberales; como ese "Santo de la Democracia" bautizado por monseñor Bonamín. Éstos no son heréticos, ni masones ni "tiranos" hasta tanto no toquen los bienes de la Iglesia y la "subvención". ¿Quién es amigo de uno sino el que le da plata? Aunque gobiernen muy mal, siempre hay esperanza de sacarles "subsidios" para hacer un seminario más, aunque ya sobren y bostecen los seminarios: o despoblados, o —lo que se ve ahora— desviados.

Después deste preludio literario, voy a su carta del 16 de marzo.

En respuesta a una mía del 16 de enero, en que exponía a S.E. un sucedido. Es éste: vino de Roma a los padres paulinos una orden de que no editaran ningún libro mío; lo cual equivale en puridad a condenar todos mis libros futuros ¡antes de estar escritos! Solamente Dios sabe —y apenas— si esos futuribles

serán erróneos; pero la anónima y oculta "orden" ya lo sabía, por lo visto; y así dije arriba que algunos funcionarios eclesiásticos se ponen por encima hasta del Padre Eterno.

Pregunté el motivo: ya que ni a los peores delincuentes se sanciona sin oírlos ni leerles la acusación. *"Si he hablado mal, da testimonio; si he hablado bien, ¿por qué me hieres?"*. Ni el superior local, padre Pasquero, ni el general de los paulinos, padre Alberioni, ni la Sacra Congregación del Indice quisieron o supieron contestarme. El señor arzobispo de Paraná, monseñor Tortolo, bondadosamente se encargó a ruego mío de averiguar el tal "motivo" en Roma: sin resultado.

En suma, los paulinos de Buenos Aires se declararon *"hijos de obediencia"*; los paulinos de Roma se remitieron a *"una insinuación que tenía valor de orden"*; y la Sacra Congregación de la Inquisición se hizo la gallina distraída y no respondió nada. Están por encima de la sencilla honradez natural: son "sobrenaturales".

Considerando que esa forma de castigar sin motivar (o sea, hacer daño al prójimo desde la oscuridad) era un desdoro de la Iglesia de Xto., me dirigí a S. E. como a mi superior eclesiástico.

S. E. contesta en la susodicha carta del 16 de marzo como los chicos: "Yo no he sido". Más que eso yo esperaba; esperaba a lo menos lo que dijo doña Prescila Aguirre de Pueyrredón (Ver LOS PAPELES DE BENJAMÍN BENAVIDES):

> *"Yo digo: una tal acción*
> *Nunca ha de verse en la Iglesia"*.

En el segundo párrafo de su carta S. E. añade literalmente: *"Con toda franqueza le digo que yo no hubiese aprobado algunos libros suyos que conozco"*. Bien: no le toca; desde el momento que han sido aprobados por los obispos a quienes canónicamente toca, a saber: mi propio diocesano (Salta) o el del lugar donde el libro se publicó (San Juan, San Isidro). Sería una ofensa gratuita e inútil si yo dijese a S. E. que desapro-

baría algunas de sus elocuciones o pastorales recientes: no me toca. Tampoco toca a S. E. desaprobar ahora mis libros; y el decírmelo no parece nada elegante.

Un censor eclesiástico debe determinar si en un libro hay algo contra la fe o la moral; para todo lo demás carece de toda facultad. Que le guste o no el libro, eso es para su entrecasa: si no hay allí nada contra la fe o la moral cristiana, debe aprobarlo; y si algo hubiere, debe avisar al autor antes de condenar. Pero conocemos de sobra censores, censorillos y censorucos que se erigen en dictadores del Buen Gusto, de la Literatura o de la Opinión. ¿Cuántos escritores católicos someten aquí sus obras a la supervisión eclesiástica? Ninguno. Ningún hombre en sus cabales se prestará a que le escupa su asado un anónimo, totalmente irresponsable de llapa; pues no se dignan dar razón de la condena si condenan; como consta en el caso dicho.

Tres veces he sido víctima desta maniobra sigilosa para impedir la publicación o venta de mis libros, que son mi único medio de vida; maniobra cuyo propio nombre es insidia y felonía. Las dos veces, callé; por virtud, o si quieren, por pereza. A la tercera vez, hablo: esta vez por virtud; y por última vez. Y ni siquiera hablo por legítima defensa propia; sino por la dignidad y decoro de la Iglesia y de Cristo, en cuyos nombres se hacen estas insidias y felonías. Los están dejando mal.

Loado sea Dios que en mis obras no se ha deslizado nunca el más pequeño error doctrinal; pues eso a Él se debe. Todo mi trabajo se ha dirigido casi desde mi niñez al servicio de Dios y de su Iglesia: Dios se me ha manifestado agradecido... y nadie más. Mi obra por lo menos está en gracia de Dios.

Todo el mundo sabe que tengo razón, incluso su eminencia; todo el mundo sabe que no me la darán, incluso yo.

Este ejemplito de la falta de justicia y caridad y aun de honradez en el seno de la Iglesia, es de mi parte enteramente neutro. La censura no es ya problema para mí, pues no pienso escribir más libros; y si

acaso Dios Nuestro Señor me hiciese escribir otros, veo perfectamente que ha caducado toda obligación de someterlos a una censura que se ha declarado de antemano hostil y arbitraria; que ciertamente no es censura canónica ni cristiana, sino tramoya y despotismo.

Con esto, pongo mi carta y todo mi camino a los pies de la Providencia divina.

No dudo de su buena voluntad, que S. E. atestigua con el nombre de Jesucristo y su Santísima Madre; y reciba la expresión de mi propia buena voluntad, en el nombre de Jesucristo y su Santísima Madre.

Leonardo Castellani Conte Pomi

Buenos Aires, Pascua de Resurrección de 1966.

PARTE TERCERA: *LEONARDO CASTELLANI*

Reseña biográfica

Leonardo Luis Castellani nació en Reconquista, provincia de Santa Fe, el 16 de noviembre de 1899. Sus padres fueron Luis Héctor Castellani, florentino naturalizado argentino, llegado al país a los 5 años de edad, y Catalina Contepomi, argentina nativa, mujer muy inteligente, según su hijo, y de familia friulana y condal. Fue el mayor de cuatro hermanos. María Magdalena, Luis Oscar y Arnaldo Néstor le siguieron en este orden.

Su abuelo paterno, don Leonardo, fue un arquitecto italiano que arribó a la Argentina en el año 1872 en una de las inmigraciones sarmientinas. Se afincó en el Norte Santafesino. Fundó con otras trece familias la reducción de San Antonio de Obligado. Construyó en la zona once iglesias o capillas.

Su padre fue maestro normal y periodista, fundador y director de EL INDEPENDIENTE, primer periódico del Chaco Santafesino. Militó en el radicalismo de Alem. Murió asesinado de un pistoletazo —en el año 1906— por la policía del régimen, cuyos abusos y atropellos censuraba con suma dureza. Fue hombre indoblegable y de vivo carácter.

Leonardo nieto estudia las primeras letras y lo que es hoy el ciclo primario en la escuela particular de don José Parodi, en su pueblo natal. Sufre en su niñez una grave inflamación en el ojo izquierdo que no puede ser detenida. Llevado tardíamente a la capital de su provincia, lo pierde. En el año 1913 ingresa como alumno pupilo en el célebre Colegio La Inmaculada, de los padres jesuitas, en la ciudad de Santa Fe. Durante su pupilaje anuda una amistad de por toda la

vida con dos condiscípulos: el egregio poeta santafesino Horacio Caillet-Bois y el político y hombre de pro de San Juan doctor Alberto L. Graffigna. Se recibe de bachiller en el año 1917; y el 27 de julio de 1918 ingresa en el noviciado de la Compañía de Jesús en Córdoba, donde rehace, además, sus estudios en letras. En 1922 vuelve a Santa Fe para estudiar un año de filosofía y en 1923 cursa otro de la misma disciplina en el Seminario Metropolitano de Villa Devoto. A partir de 1924, y durante cuatro años, en el ciclo secundario del Colegio del Salvador de Buenos Aires, enseña castellano, literatura, historia e italiano. Entre sus alumnos de entonces figuran Juan Carlos Goyeneche y Marcelo Sánchez Sorondo. Principia a colaborar en la revista ESTUDIOS. Por esa época aparecen en la revista del Colegio del Salvador las fábulas que más tarde conformarán su primer libro. En 1928 inicia los estudios de teología en el Seminario Metropolitano de Villa Devoto. Consciente el padre Luis Parola, S. J., provincial de la orden en la Argentina en ese entonces, de las notables capacidades del joven estudiante, al promediar sus estudios lo envía a proseguirlos en la Universidad Gregoriana. Parte para Europa en la segunda mitad de 1929.

En Roma aprendió teología y filosofía con grandes maestros: el cardenal Luis Billot, S. J., y el reverendo padre Charles Boyer, S. J., entre otros. El 31 de julio de 1930 el cardenal Marchetti - Selvaggiani lo ordena sacerdote en la iglesia romana de San Ignacio. Permaneció un año más en la Gregoriana preparando el examen final para el doctorado de filosofía y teología —llamado examen *ad gradum*— que dio con éxito. Con esto finalizaron sus estudios romanos.

El día 8 de julio de 1932 parte para Francia, donde permanecerá tres años. Durante el primero de ellos, en Amiens-Sur-Marne, en la Picardía, hace ejercicios espirituales y lo que se llama en la Compañía de Jesús *segundo noviciado* o *tercera probación*. Pasa luego a París: allí vivirá los otros dos años franceses. Asiste a la Facultad de Filosofía de la Sorbona como alumno

regular. Émile Bréhier fue su profesor de Historia de la Filosofía. Concurre a cursos libres de verdaderos sabios: al de Georges Dumas sobre examen clínico de enfermos mentales en L'Asyle Sainte Anne (años 1932-3); al de Georges Wallon sobre la escuela nueva (años 1932-3); y a los del padre Marcel Jousse S. J. —de cuyas ideas fue introductor en la Argentina— en L'École d'Anthropologie (años 1932-3) y en L'École Pratique des Hautes Études (años 1933-4). Al finalizar el curso de 1934 se le otorga el diploma d'Études Supérieures en Philosophie, Section Psychologie. Un jurado integrado por C. Bouglé y Abel Rey, que tuvo como *patron de thèse* a Georges Dumas, aprueba con *mention honorable* su tesis: LA CATHARSIS CATHOLIQUE DANS LES EXERCISES SPIRITUELS D'IGNACE DE LOYOLA (un ensayo sobre análisis psicológico). Pasó sus vacaciones entre el primero y segundo año de la Sorbona en Londres, estudiando la lengua inglesa. De París va a Lovaina a recibir lecciones de filosofía del padre Joseph Maréchal, S. J., durante tres meses.

En julio de 1934 va a Alemania y Austria con el patrocinio del embajador argentino en Francia, doctor Tomás Le Breton, para profundizar sus estudios acerca de lo que el padre Castellani juzgó su vocación en el primer tramo de su vida intelectual: la psicología y los problemas educacionales. Visita escuelas de retardados y reformatorios infantiles en Milán, Munich, Innsbruck y Viena, en particular en esta última capital. Los principales fueron: Hellabrun (escuela de párvulos defectuosos), Korneuburg (escuela de prevención física y social de adolescentes), Hirtenberg (escuela de niños anormales), Gugging (manicomio modelo de Viena), Kaisereberdorf (reformatorio de menores criminales y anormales), y Niederoesterreicher Landes Regierung, dirigido por el doctor Seys-Inquart. A principios de 1935 pone fin a su formación intelectual y regresa a su patria. Durante su estadía en Europa había comenzado a colaborar en CRITERIO, lo cual sigue haciendo hasta 1942. Apareció, además, en Buenos Aires, la primera edición en libro de CAMPERAS.

Ya en la Argentina y durante 11 años lleva a cabo una ingente labor intelectual a través de la cátedra, el libro y el periodismo. Como profesor se desempeñó en el Colegio del Salvador (lógica e historia); en el Seminario Metropolitano de Buenos Aires (psicología e historia de la filosofía); en el Colegio Máximo de San Miguel (metodología); y en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario (psicología II), cátedra ganada por concurso luego de haberla dejado vacante Aníbal Ponce. Como escritor publicó 14 libros y la traducción al castellano con notas y comentarios propios de los primeros cinco tomos de la SUMA TEOLÓGICA. Como periodista escribió en todas las publicaciones católicas y nacionalistas del país; desde 1937 hasta 1941 colaboró en LA NACIÓN; en 1940, y hasta 1942, desempeñó la dirección de ESTUDIOS, revista de la orden jesuítica, a la que puso a la altura de las necesidades del país.

En 1943 se vincula con Lautaro Durañona y Vedia, de quien será desde entonces grande y sincero amigo, director, junto con Santiago Díaz Vieyra, de CABILDO; y el 13 de junio de ese mismo año aparece su primera colaboración en dicho diario: *La Coordinación y los católicos*. De CABILDO fue sin duda el padre Castellani la primera pluma. Cuando en 1945 el gobierno nacional cierra CABILDO, sigue colaborando en TRIBUNA, sucesor del clausurado, hasta que es a su vez cerrado en el año 1947. En 1945, con vista a las elecciones del 24 de febrero de 1946, fue incluido en el segundo lugar de la lista de candidatos a diputados nacionales de la Alianza Libertadora Nacionalista y resultó el más votado de ella con 20.837 votos.

Desde su llegada a la Argentina comenzaron a preocuparle las deficiencias de la enseñanza y de la formación que se impartían en el seminario arquidiocesano y el discrecional gobierno que se ejercía en la provincia argentina de la Compañía de Jesús. Como era su obligación, expuso sus críticas a través de los medios que cualquier profesor del seminario y miembro eminente de la orden tenía a su disposición. Dichos juicios y advertencias no fueron atendidos por sus superiores y cho-

caron grandemente al reverendo padre Tomás Travi, S. J., provincial de los jesuitas. Por esta época el padre Castellani acababa de recibir con votos públicos el grado de *profeso*, primero del *cursus honorum* de la Compañía de Jesús.

A mediados de 1946 el padre Travi lo conminó a abandonar la Compañía de Jesús en forma tal que pareciera voluntaria. Lo acusó de "*observar poca obediencia a la censura*" y de otros cargos menores. El padre Castellani no accedió a ello y presentó los descargos correspondientes. A partir de entonces se le niega voz activa y pasiva en las asambleas deliberativas de los profesos y se lo excluye de la que habría de tratar las deficiencias de la vida religiosa en la provincia y la designación de tres procuradores para elegir un nuevo general en Roma. Ante éste acto que considera inicuo, redacta diez cartas con informes periciales dirigidas a los profesos argentinos sobre el estado de la provincia, las que fueron interceptadas y nunca llegaron a destino. La vida de aquí en adelante se le hace imposible dentro de la orden. A su juicio son claras ya ahora dos cosas: el propósito del provincial de separarlo de cualquier manera de la Compañía de Jesús, y la falta de causales para hacerlo. Decide viajar a Roma y dar a conocer al general de la Compañía los hechos sucedidos, sus antecedentes y la situación insufrible que le ha sido creada.

En diciembre de 1946 parte hacia Europa en el Naboland con un pasaje obsequiado por el sacerdote salesiano José Silva, pues su provincial le ha concedido permiso mas no dinero. El 1 de enero de 1947 llega a Génova. Los superiores locales de la casa de la Compañía se niegan a recibirlo y le ordenan seguir viaje a España, cosa imposible de hacer por no tener que tocar el barco puertos españoles. Finalmente queda en Génova. Intenta vanamente hablar con el R. P. Juan Bautista Janssens, S. J., nuevo general de la Compañía de Jesús. El cardenal José Siri, arzobispo de Génova, intercede por él sin éxito. Por esta época el diario EL PUEBLO de Buenos Aires publica un telegrama datado en Génova informando que el padre Castellani ha sido reducido al estado

laical, lo cual era falso. Reducción al estado laical significa ser privado en forma permanente del ministerio sacerdotal. Nunca, ni en esta época, ni antes ni después de ella el padre Castellani fue colocado en tal estado. Por fin es recibido por el padre Janssens. La audiencia dura cinco minutos. En ella el padre general lo conmina a salir de la Compañía de Jesús bajo condiciones que él determinaría posteriormente. No acepta. En junio de 1947 recibe orden por escrito de trasladarse en el término de cuatro días a Manresa, España. Parte para su nuevo destino con la salud quebrada. Su delicado sistema nervioso no puede resistir los golpes que caen sobre sus espaldas. Los tres últimos meses en Génova debió pasarlos en la Casa San Francisco, Monte Parloli, convento franciscano, por haber sido excluido de las casas de la Compañía de Jesús.

En Manresa vivió dos años de sufrimientos y ostracismo. No se le dio ocupación en que pudiese aplicar sus oficios de profesor y escritor, ni facilidades para que lo logre por su cuenta. Volvió a recaer su salud en trastornos nerviosos que se resolvieron en una neurosis. Su médico barcelonés, el doctor José Córdoba y Rodríguez, dictaminó reiteradamente y por escrito que sin el regreso a su tierra y el retorno a sus trabajos la salud no volvería a su quicio. Su confesor, el reverendo padre José Murall, S. J., y sus amigos argentinos y españoles le aconsejaron que solicitase su traspaso al clero secular de su país, lo que hizo. El 6 de septiembre de 1948 desde Roma le fue negado por escrito. Ya era claro para él, ante este último hecho —atentatorio de su salud corporal y espiritual—, que su vida en Manresa sería imposible de sobrellevar. Con la ayuda de cuatro amigos —cuyos nombres el padre Castellani aún mantiene en secreto—, y recordando a San Juan de la Cruz, huyó del convento para buscar ayuda y salvación en su patria entre los suyos.

Abandonó Manresa el 19 de julio de 1949 y llegó a Buenos Aires en avión el 22 del mismo mes. Se albergó en el Colegio del Salvador, dio cuenta de lo acaecido al padre Juan Castillejo, S. J., rector del colegio y, por escrito, por estar ausente en Córdoba, al padre Juan Mo-

glia, S. J., provincial. Comisionó luego al presbítero Amancio González Paz para que se entrevistase con éste y le ofreciese su sincera voluntad de permanecer fiel y sumisamente en la orden en condiciones humanas y razonables, como siempre fue su deseo desde que ingresó al noviciado cordobés. El padre Moglia prometió, o conservarlo en la Compañía de Jesús, o facilitarle el traslado honorable al clero secular del país, lo que no se cumplió.

El 18 de octubre de 1949, después de misa, se le leyó el decreto de expulsión de la Compañía, firmado por el padre general y refrendado por el sumo pontífice, el cual decreto autorizaba la supresión del proceso de expulsión, de las admoniciones, de la prueba y de la defensa del acusado. Siempre creyó —y aún lo sigue creyendo el padre Castellani— que tanto el general como el papa fueron falsamente informados acerca de su persona por sus acusadores dentro de la orden, aquí y en Roma. El padre Travi por este tiempo se desempeñaba en Roma como asistente del general de la Compañía de Jesús para los asuntos de las provincias sudamericanas. Las acusaciones que fundaban el decreto de expulsión eran dos: *"haber desobedecido durante 20 años"*, y en particular *"el no querer volver a su reclusión en Manresa"*. La primera era falsa; la segunda, imposible de cumplir. El padre Castellani apeló inmediatamente a ambas autoridades firmantes. Nunca recibió de ellas respuesta alguna. En virtud de este decreto abusivo y doloso quedó a los 50 años de edad —después de haber servido fielmente a la Iglesia y a la orden durante más de 30 años— en la calle, sin indemnización alguna; suspendido canónicamente, es decir, sin poder ejercer el ministerio sacerdotal; con la salud y el ánimo quebrantados; en situación socialmente molesta y difamado. Según el derecho canónico, el *expulso* de una orden religiosa queda automáticamente suspendido por un año como sacerdote; debe hallar un obispo benévolo que lo reciba en su diócesis; y vivir un tiempo bajo su vigilancia. Mientras tanto, debe recibir de la orden que lo expulsó una cantidad de dinero para alimentos. Antes del año —o al

año a más tardar— deberá ser restituido al ministerio sacerdotal si los informes de su obispo protector son buenos.

La orden le pasó $ 300 mensuales, cantidad insuficiente que hubo de completar el padre Castellani con su trabajo. Fue acogido con benevolencia y amistad por monseñor Roberto Tavella, arzobispo de Salta, quien lo alojó en su casa y lo honró cuanto pudo. Pasado el plazo estipulado por el derecho canónico y cumplidas a satisfacción del derecho generosamente las condiciones a que estaba obligado el padre Castellani, ni se le regularizó el estado, ni se le restituyó el ministerio sacerdotal.

En Salta, adonde llegó en 1950, fue poco a poco mejorando su salud, aunque el clima no era el ideal para él. Desempeñó en la escuela normal de esa ciudad las Cátedras de Metafísica y de Problemas Nacionales. El lunes de Pascua de 1951 se recibió en el arzobispado de Salta una comunicación del obispo de Cochabamba, monseñor Buschl, en la que se ofrecía al padre Castellani, por mandato de la Sagrada Congregación de Religiosos, la restitución de la misa siempre y cuando pasare la frontera y se internase en un asilo de ancianos de esa ciudad bajo la vigilancia de un "sacerdote prudente". El padre Castellani tenía 51 años. Le pareció que se deseaba renovar la situación de Manresa. No aceptó.

Va entonces a Buenos Aires a consultar a médicos. Estos le desaconsejan Salta y le recetan un descanso de un año en su pueblo natal. Al volver a Salta con el fin de reconocer sus efectos personales se encuentra con otra comunicación de la Sagrada Congregación de Religiosos que prescribe a monseñor Tavella la incardinación del padre Castellani en su arquidiócesis con la condición formal de que celebre misa solamente dentro de los límites de ella. Le seguía negado el poder confesar y predicar, lo cual le impedía ejercer cualquier curato o capellanía y, en consecuencia, se le privaba de los medios de vida sacerdotal. Reside unos meses en la casa de su hermana María Magdalena, en Reconquista, pero no hay allí ocupación para un escritor y profesor de filosofía.

Decide a principios de 1952 establecerse en Buenos Aires y tratar de reasumir su cátedra en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, cosa que logra. Enseña en ese establecimiento hasta el año 1955, en que es cesanteado como todos los docentes sacerdotes por el sarampión anticlerical de Perón. En el año 1953, al mismo tiempo que se instala en su actual vivienda de la calle Caseros, se junta con su biblioteca especializada que había sufrido sucesivamente cinco estancias y traslados: su celda de Villa Devoto, el despacho del reverendo padre Hugo de Achával, S. J., la casa de su hermano Arnaldo, el palacio arzobispal de Salta y la casa de su hermana María Magdalena. Al nuevo domicilio la biblioteca llegó diezmada.

A partir de esta época, ya más tranquilo en lo personal y en lo humano, comienza a ordenar sus papeles y a proyectar su futura obra intelectual que será fecunda y valiosa.

La rehabilitación sacerdotal salteña, aun con sus limitaciones, no es válida en Buenos Aires. Se da una situación curiosa: el mismísimo padre Castellani que podía celebrar el Santo Sacrificio de la misa en la ciudad de Salta no lo podrá hacer en ningún altar de la ciudad de Buenos Aires. Pero esto, lo mismo que todo lo que cruelmente le fue ocurriendo en estos años, no hace mella ni en su fe robusta ni en su vida ejemplar. El presbítero Humberto Raúl Núñez, ex alumno suyo en el seminario metropolitano, recuerda que en las misas que celebraba en la parroquia de Nuestra Señora de la Piedad varias veces dio la comunión a un padre Castellani que como seglar —aunque siempre llevando sotana— se llegaba al comulgatorio de los fieles.

Por lo que a él toca, cierra con un olvido caritativo el período de dolores que principió en 1946. Durante esos desdichados tiempos conoció a dos nobles amigos, de los mejores que tuvo en su vida: Florencio Gamallo y Enrique von Grolman, quienes lo ayudaron en todo cuanto pudieron. Florencio Gamallo fue, además, cuando al padre Castellani le faltó editor, quien hizo el papel de tal, especialmente en el difícil período que va de 1951 a 1957.

En los años 1952 y 1953 dictó cursos de filosofía en la Sociedad Científica Argentina; en 1954 y 1955, en el Teatro del Pueblo; en 1965, en el Colegio Champagnat; en 1968 y 1969 en el salón de actos de la Parroquia Nuestra Señora del Socorro. Todos con éxito clamoroso de público, cosa digna de ser notada en esta ciudad mercantil y afilosófica.

En el año 1955, tras su cesantía en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, se incorpora al cuerpo de redacción del diario TRIBUNA de San Juan, propiedad de Alberto L. Graffigna. A partir del 1 de febrero de 1956 y hasta el 31 de diciembre del mismo año publica todos los domingos el comentario del EVANGELIO del día. Reúne luego todas las domínicas y con ellas conforma dos de sus libros más leídos: EL EVANGELIO DE JESUCRISTO y LAS PARÁBOLAS DE CRISTO. Sigue colaborando en TRIBUNA hasta su cierre en 1957, provocado por un atropello de la Revolución Libertadora de Aramburu.

En 1952 viaja a Lourdes como penitente, en corta peregrinación de pocos días.

En el año 1961 vuelve después de 12 años a celebrar misa en la Parroquia Santa Elisa de esta ciudad. La parcial restitución sacerdotal que se le dio en Salta le es dada en iguales términos en Buenos Aires; pero como el padre Castellani considera en conciencia no válida la prohibición de predicar y confesar no hace caso de ella. Cuando al presbítero Héctor Herráez, párroco de Santa Elisa, lo nombran titular de la parroquia Tránsito de la Santísima Virgen, el padre Castellani pasa a oficiar en esta iglesia. Tiempo más tarde vuelve a Santa Elisa.

En el año 1966 el nuevo nuncio apostólico, monseñor Lino Zanini, *manu militari*, arregló definitivamente la situación absurda y desdorosa para la Iglesia en que se encontraba el padre Castellani: se le restituyó plenamente, sin reservas ni condicionamientos, el ministerio sacerdotal.

En el mes de enero de 1967 apareció el primer ejemplar de JAUJA, revista mensual, que fundó y dirigió hasta el último de los 36 números durante 3 años. En ella escribió siempre el editorial, que llamó *directorial*, y la

crítica literaria, y una sección de comentarios sobre temas de actualidad llamada *Periscopio.*

El 16 de noviembre de 1969 cumplió 70 años de vida y 50 de escritor. Un grupo numeroso de amigos encabezados por Federico Ibarguren le brindaron un discipular homenaje en el Colegio Champagnat de Buenos Aires.

En el año 1962 viaja por un mes a Chile. En 1972 y 1973 realiza sendos viajes a Méjico. Durante 1970 y 1971 tuvo achaques de salud de los que salió con sufrimientos.

Hasta el 2 de junio de 1973 parecía que ya no recibiría heridas de parte de la Iglesia de su patria. Pero no fue así: ese día, un miembro de ella con poder para hacerlo, el presbítero Osvaldo Francisco Musto, nuevo párroco de Santa Elisa, lo expulsó de la parroquia: *"No puede decir usted más misa aquí"*. Sobre este hecho la jerarquía eclesiástica, de la cual dependen tanto el padre Castellani como el curita Musto, no ha dicho palabra alguna.

Viene bien, en atención a esto, remarcar el siguiente hecho: durante el largo período en que estuvo suspendido *a divinis*, el padre Castellani no dedicó su vida intelectual ni a la política ni a la sociología —como parece ser hoy moda en el clero semiletrado de nuestra patria— sino al estudio de las SAGRADAS ESCRITURAS. Esta sorprendente dedicación a *lo religioso* se puede constatar fácilmente con sólo mencionar los libros que publicó en aquel lapso: CRISTO ¿VUELVE O NO VUELVE?, EL EVANGELIO DE JESUCRISTO, LAS PARÁBOLAS DE CRISTO, EL ROSAL DE NUESTRA SEÑORA, DOCE PARÁBOLAS CIMARRONAS y su admirable EL APOKALYPSIS DE SAN JUAN. Para escribir este notable libro, que es un comentario literal del oscuro texto revelado y que el autor considera el mejor de los suyos, leyó a todos los comentaristas del Apokalepta en sus lenguas originales, reaprendió el griego —¡a los 60 años!— y de este idioma —no del francés como hacen nuestros sabios vernáculos— tradujo el texto original.

Actualmente vive en el aprecio de sus amigos. Dice él que con salud escasa. Poco le importan ya las cosas

de este mundo. Cuando Julio Irazusta lo invitó el año pasado a dar una conferencia sobre Maurras, le contestó que, aunque amaba mucho a Maurras, no la iba a dar, pues todo su tiempo lo tiene ocupado en preparar una buena muerte.

Buenos Aires, septiembre de 1973.

Índice

PARTE TERCERA: *LEONARDO CASTELLANI*